

*BRUCE
ALEXANDER*

**EL MISTERIO
DE LAS PROSTITUTAS
ASESINADAS**

UN CASO DEL JUEZ FIELDING

Lectulandia

En el Londres del siglo XVIII, el legendario juez ciego John Fielding y su joven ayudante Jeremy Proctor se enfrentan a su caso más escalofriante: una serie de crímenes pavorosos, cuyas víctimas son todas prostitutas, desata el pánico en Covent Garden. Ciertas sospechas inquietantes sobre el asesino obligan a *sir* John a urdir un temerario plan de consecuencias imprevisibles...

Con la maestría de que ha dado muestra en los anteriores títulos de la serie el autor logra un acabado retrato de época, sumiendo al lector en las atmósferas y los ambientes de la capital británica en una de sus etapas históricas más fascinantes.

Lectulandia

Bruce Alexander

**El misterio de las prostitutas
asesinadas**

Juez Fielding - 4

ePub r1.0

Ablewhite 18.03.16

Título original: *Person or persons unknown*

Bruce Alexander, 1997

Traducción: Gemma Moral Bartolomé

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

En el que me dispongo a cumplir un encargo y tropiezo con un homicidio

No hace mucho escuché una historia de labios de un marino con el que pasé un buen rato una tarde en un café. No se trataba de un vulgar marinero, sino del segundo oficial de un barco que hacía el servicio de las Indias Orientales. Yo, Jeremy Proctor, le había representado aquel mismo día en calidad de abogado ante la Corte Suprema. Para no extenderme demasiado, diré que le había defendido con éxito de una acusación de asalto criminal. Se había visto involucrado en una reyerta en una taberna de mala nota con tres hombres de dudosa reputación, los cuales afirmaron que les había insultado. El marino se había marchado en el acto y ellos lo habían seguido para exigirle que se disculpara, esgrimiendo cuchillos y un garrote para apoyar sus exigencias. Viéndolos avanzar hacia él, no tuvo más remedio que hacer uso de la única arma que llevaba consigo: una espada. No era un alfanje, es decir, no era una espada para batirse propiamente dicha, sino un arma de tipo ceremonial, algo parecido a un espadín. Sin embargo, sabía utilizarlo y de ello dio fe la escena sangrienta con la que topó un alguacil de chaleco rojo que pasaba casualmente por allí. Mi cliente no mató a ninguno, pero causó tan graves heridas a los tres que todos requirieron urgentemente la asistencia de un cirujano.

Su declaración ante el tribunal, cubiertos de vendas y escayolas, dificultó grandemente mi labor. El tabernero, que también declaró contra mi cliente, presentándolo como un matón pendenciero y violento que profería blasfemias, la dificultó aún más, si cabe. No obstante, logré arrojar dudas sobre los cuatro, y durante mi interrogatorio al alguacil que había efectuado el arresto establecí que las «víctimas» eran sobradamente conocidas como rufianes, chulos y proxenetas; uno de ellos había cumplido condena en Newgate por una paliza que infligió a una de sus «amigas». El defendido, mi cliente, ofreció un excelente testimonio en favor de sí mismo. Tan solo en una ocasión vaciló, y fue cuando el juez le hizo una pregunta sumamente razonable: «Si es usted tan inocente en este asunto como afirma ser, ¿qué estaba haciendo en una taberna conocida como lugar de reunión de prostitutas, alcahuetes, y gentes envueltas en diversas actividades delictivas?». A esto, tras vacilar unos instantes, mi cliente respondió: «Señoría, aunque, como dice usted, el lugar era de todos conocido, su fama no había llegado a mi conocimiento. No soy londinense sino, como bien puede adivinar por mi forma de hablar, un galés de Cardiff, y no conozco esta gran ciudad más que como visitante. Digamos que fui a parar a aquel lugar sin darme cuenta y que lamento profundamente mi error». Su respuesta, si bien era igualmente razonable, me produjo la impresión de que, si había

dicho la verdad, no era toda la verdad, y el temor de que el juez y el jurado opinaran lo mismo. No obstante, en el alegato que dirigí al jurado hice cuanto estuvo en mi mano por disipar esa sospecha. «¡Defensa propia! ¡Uno contra tres! ¿Y no se habría defendido cualquiera de ustedes del mismo modo de haber estado en su lugar?», argüí. Etcétera. Se impuso mi argumentación. Al cabo de unos minutos el jurado halló al acusado no culpable. Mi cliente y yo salimos de la sala juntos. Él estaba tan contento por el resultado, por no decir sorprendido, que me rogó que le permitiera invitarme a comer algo. Dado que no tenía más comparecencias aquel día, y puesto que conocía un café cercano a Old Bailey que, además de la divina ambrosía a la que soy adicto, servía toda suerte de bollos y dulces, acepté su invitación de buen grado. A fuer de sincero, debo decir que también deseaba hacerle una pregunta.

Mientras comíamos, poco había de que charlar si no era del juicio recién concluido, por lo que no me fue difícil ponerle en situación de lanzarle mi pregunta.

—Solo he tenido un mal momento —le dije—, y ha sido cuando el juez le preguntó qué hacía usted en aquel lugar.

—Bueno... yo...

—Vacila ahora —dije—, y ha vacilado antes. —Lo miré con la misma severidad de un juez—. Dígame, ¿qué estaba haciendo allí? ¿Buscando compañía barata para la noche? ¿O había alguna otra motivación oculta?

Así pues, me contó su historia:

—Aunque soy el tercero en el mando en un gran navío —empezó—, y tengo más autoridad y responsabilidad que la mayoría de hombres que me doblan la edad, en cuestiones mundanas soy más ignorante que cualquier golfillo de Londres con la mitad de mis años. La noche previa al incidente de cuyas consecuencias acaba usted de rescatarme, disfrutaba de mi primera noche en tierra. Había ido al teatro de Drury Lane a ver una obra de Shakespeare, pero estaba deformada por la moda del momento: *Romeo y Julieta* cortada, moldeada y «mejorada» para adaptarse a los gustos de los mercaderes y sus señoras.

»Solo fui al teatro y solo me marché de él, más que ofendido por lo que se había hecho con la obra de un poeta al que yo reverencio. Me hallaba por tanto algo irritado cuando, de manera repentina, una niña me tiró de la manga y me obligó a detenerme, una niña que no debía de tener más de catorce años, quince a lo sumo. Me susurró con tono apremiante que necesitaba un sitio donde pasar la noche. Al punto me sentí impresionado por su aire inocente y, lo confieso, por su belleza. Parecía al límite de sus fuerzas, completamente desesperada, ¿comprende? Le pregunté si tenía hambre. “Oh, sí, señor —me dijo—. Hace mucho que no he comido como es debido”. Ante aquella situación, le ofrecí llevarla a un establecimiento cercano que me habían recomendado y donde podría comer. Tenía limpios el rostro y las manos y no iba harapienta, de modo que no nos impidieron la entrada, aunque me fijé en que nos ponían en un rincón, fuera de la vista de los demás clientes.

»Cenamos unos buenos bistecs de buey y hablamos... ¡ah, lo que llegamos a

hablar! Cuando le dije que era oficial de un barco que hace el servicio de las Indias Orientales, quiso saberlo todo de aquellas tierras que tan poco se conocen aquí y de las que tanto se habla. Le describí las fabulosas riquezas de los maharajás, los paseos a lomos de elefantes, y las cacerías de tigres. Me hizo infinidad de preguntas y era tal su asombro que me miraba boquiabierto. Ello no hizo más que aumentar su atractivo, a su modo infantil, por supuesto. Sin embargo, debo admitir que, mientras estábamos allí sentados, charlando, me enamoriqué de ella. Soy un hombre con sentimientos, señor, y no me avergüenza admitirlo. Recuerde, además, que acababa de ver una representación de *Romeo y Julieta* que, aunque fuera parodia, no pudo por menos que afectarme.

»Así pues, me hallaba completamente a su merced cuando, tras haberme interesado yo por su situación, me contó una terrible historia de infortunios. Me dijo que había llegado a Londres hacía poco, procedente de Scarborough (un largo viaje, sin duda) para cuidar a una tía enferma. La mujer no tardó en morir, dejando a la chica en manos de sus acreedores. Estos se presentaron y se apoderaron de todo cuanto pudiera venderse para pagar la diligencia de regreso a Scarborough. Temiendo que aquellos buitres volvieran para despojarla de sus propias pertenencias, la chica buscó alojamiento en una casa respetable y se dispuso a buscar trabajo. Al no hallarlo y habiéndosele terminado el dinero con que pagar el alojamiento, se le había negado la entrada al mismo esa misma mañana. En su bolsa llevaba todas sus pertenencias: sus ropas y unas cuantas baratijas que le había regalado su tía como recuerdo. Allí mismo, en la mesa, se echó a llorar. Me di cuenta de que me hallaba en situación de aprovecharme de ella, mas no quise convertirme en un seductor de mujeres, sobre todo de aquella a la que juzgaba tan joven e inocente. Así pues, tras pagar la cuenta de nuestra cena, le entregué cuanto me quedaba y le dije que pasara la noche en un hostel, que nos encontraríamos al día siguiente por la noche y que entonces le daría todo lo que fuera menester para que cancelara la deuda de la pensión y se pagara el billete de vuelta a Scarborough en la diligencia. Ella me dio el nombre de la taberna en la que luego se produciría el altercado, asegurándome que estaba cerca de la pensión. Me besó la mano con gratitud, dándome las gracias una y mil veces. Yo la subí a un coche de alquiler.

»A la noche siguiente, ella no se hallaba en la taberna, pero en su lugar me encontré con los tres hombres que ha conocido usted en los tribunales. Exigieron el dinero que yo llevaba para la muchacha, afirmando que ellos se lo entregarían. Comprendí al instante que eran unos chulos y unos canallas, y así se lo dije. Lejos de sentirse insultados, sonrieron despectivamente y me siguieron al exterior de la taberna para pedirme, no que me disculpara, sino el dinero que le había prometido a ella. En aquel momento estaba convencido de que aquellos hombres la habían amenazado, que quizá le habían causado daño para sonsacar el motivo de nuestra cita, por lo que no dudé en castigarlos con la espada. Pero, después de haber tenido tiempo para meditarlo bien, comprendo ahora que ella era cómplice activo de la

jugada. Tanto si los tres hombres eran sus agentes como sus amos, actuaban gracias a la información que ella les había proporcionado por propia voluntad. Había sido ella, en definitiva, una ramera con su disfraz de inocencia, la que había nombrado el lugar de la cita, que era tal como lo ha descrito el juez. El hecho de que me hubiera atraído hasta allí significaba que ella lo había planeado todo.

Tan solo en un punto me desconcertó el relato del joven oficial de la marina mercante.

—¿Por qué no le contó esta historia al juez? —le pregunté—. En realidad, si se la hubiera contado desde el principio, ni siquiera habría llegado a juicio.

—En un primer momento quería protegerla —contestó—. Luego, al comprender que había desempeñado un papel principal en la farsa, me avergoncé de haberme dejado embaucar de aquella manera. Sencillamente, me sentí demasiado mortificado para usar toda la verdad en mi defensa.

—Joven —dije yo, pues a mis cuarenta y dos años tenía casi veinte más que él—, no debe sentirse jamás avergonzado de su propia bondad y generosidad, como tampoco debe dejar que se endurezca su corazón, pues la próxima vez quizá la historia sea cierta y la inocencia que usted perciba sea real. Así me aconsejó en una ocasión un hombre más sabio que yo, y así le aconsejo yo a usted ahora.

Nos despedimos al poco rato. No sé si él habrá vuelto a pensar en lo que le dije entonces, ni si lo hará en el futuro, mas yo he pensado en ello con intensidad y a menudo, porque me trajo a la memoria con todo detalle uno de los casos más sangrientos e inquietantes al que hubo de prestar su diligente atención sir John Fielding.

Sir John, magistrado del tribunal de Bow Street y jefe de los Vigilantes de Bow Street fue, durante mi juventud, maestro, padre y algo más, a camino entre un héroe y un dios. Nos conocimos cuando yo, huérfano a la sazón, comparecí ante él falsamente acusado de hurto. No dejándose engañar por el testimonio perjuro de mis acusadores, sir John los despidió con una severa advertencia, me colocó bajo la tutela del tribunal y acabó acogiéndome en su propia casa. A partir de los trece años de edad, viví bajo su protección, realicé cuantas tareas domésticas me solicitó lady Fielding y le asistí siempre que pude dentro de mis posibilidades. Aunque ciego, sir John requería de poca ayuda directa en sus quehaceres habituales. Sin embargo, en ciertas investigaciones criminales que acometió como magistrado, mi ayuda era inestimable, o al menos así me lo aseguraba él a menudo.

De tales investigaciones, ninguna constituyó mayor motivo de frustración para él ni causó un pánico mayor en el distrito de Covent Garden, donde nosotros vivíamos, que el que ahora me dispongo a referir. Puede que hayas deducido ya, lector, que también a mí me causó aflicción.

Corría entonces el año de 1770, veintisiete años antes del momento en que esto

escribo. Sin embargo, recuerdo perfectamente que todo empezó un día en el que me habían sido encomendados encargos y tareas de diversa índole. Annie Oakum, que había sustituido a la señora Gredge como cocinera de la casa (y desempeñaba mucho mejor su trabajo), me había pedido aquella mañana que la acompañara a hacer la compra al mercado de Covent Garden. Yo tenía ya quince años y era un muchacho robusto, pero mi fuerza se vio puesta a prueba en el viaje de vuelta, pues Annie había comprado patatas, manzanas y zanahorias en cantidad suficiente para todo el mes... y yo era su mula de carga. Tan pronto llegué a casa lady Fielding cayó sobre mí, presa de la excitación, y me envió al correo para recoger una carta de su hijo que acababa de llegar. Su hijo, Tom, era un guardiamarina de servicio en el Mediterráneo (todo el correo marítimo llegaba en diligencia desde Portsmouth). Inspirada sin duda por la descripción de los resplandecientes palacios de Constantinopla que Tom había tenido ocasión de contemplar por sí mismo, lady Fielding me puso manos a la obra inmediatamente para hacer que nuestro pequeño palacio brillara un poco más. Me dio instrucciones de que fregara las escaleras desde la planta baja hasta mi aguilera del ático, y partió en dirección al Asilo de la Magdalena para Prostitutas Arrepentidas, cuyo funcionamiento supervisaba, tras haberle asegurado yo que la tarea estaría terminada a su regreso.

No fue así. Me llegó de abajo el mensaje de que me presentara a sir John, que quería encomendarme un encargo urgente. Mis obligaciones para con sir John estaban por encima de cualquier otra. Sin embargo, de haberseme permitido elegir, habría arrojado cubo y cepillo a un lado con la misma vehemencia para apresurarme a acudir a sus habitaciones. Disfrutaba con su naturaleza excéntrica, a ratos grave y otras veces ingeniosa; me gustaban sobre manera sus encargos, pues me llevaban invariablemente al gran mundo que tan impaciente estaba por descubrir y, finalmente, aunque procuraba disimularlo, había acabado por considerar que las tareas domésticas eran indignas de mí.

Sea como fuere, no perdí tiempo en acudir a su llamada y llamar a su puerta con resolución. Entré, tras ser invitado a hacerlo, y encontré al señor Mardsen, el escribano del tribunal, junto a sir John, que acababa de dictarle una carta. Después de doblarla rápidamente, el señor Mardsen se hallaba en aquel momento aplicando la cera y marcándola con el sello del magistrado.

—Ah, Jeremy, eres tú, ¿verdad? —dijo sir John—. Ven y siéntate. Esto estará listo en un instante.

—Menos aún —dijo Mardsen—, pues ya está listo para ser entregado. —Deslizó una esquina de la carta entre los dedos de la mano derecha de sir John que le dio las gracias, luego se despidió de mí con una inclinación de cabeza y se fue.

—Siéntate de todas formas, Jeremy —dijo sir John—. Quiero que conozcas el contenido de la carta a fin de que comprendas mejor las instrucciones especiales que luego te daré.

—Sí, sir John. —Me senté en una de las dos sillas que había frente a su mesa.

—Sir Thomas Cox acaba de morir.

El nombre me era vagamente familiar. Me pareció adecuado hacer algún comentario y lo hice lo mejor que pude, teniendo en cuenta mi ignorancia.

—No sabía que estaba enfermo.

Sir John soltó una sonora carcajada.

—No estaba enfermo, a menos que la vejez sea una enfermedad en sí misma. No; tenía ochenta y siete años, muchos más de los que cabe esperar para la mayoría. Yo le hubiera felicitado por su longevidad, si hubiera tenido la delicadeza de retirarse hace cinco años o más. Era, aunque quizá ni tú ni otras personas lo supierais, el juez pesquisidor en la ciudad de Westminster^[1]. En realidad, no existía motivo alguno para que tú lo supieras, dado que no había convocado ningún jurado ni había emprendido investigación alguna en los últimos cinco años. Sin embargo, se mostraba reacio a renunciar a su cargo y a su sueldo, de modo que seguía año tras año, prometiendo reanudar sus deberes oficiales tan pronto como se hallara en condiciones para ello.

—Y jamás los reanudó —dije—. ¿Quién, entonces, realizaba tales deberes?

—Oficialmente, nadie. En realidad, yo. —Tamborileó suavemente con los dedos en el sobre—. Verás, el cargo de juez pesquisidor es muy antiguo y fue creado para remediar la ignorancia del hombre sobre la muerte. El juez pesquisidor tenía poderes para convocar un jurado, y oficiar luego como juez. Juntos debían hallar la causa de cualquier muerte sospechosa: accidente o asesinato, causas naturales o envenenamiento, etcétera. Bien, en la práctica, un magistrado con experiencia, o incluso un alguacil, son capaces de determinarlo. Si hallamos a todos los habitantes de una casa cortados en pedazos, como ocurrió no hace tanto en Grub Street, entonces, como hay Dios que sabemos que se ha cometido un asesinato. La única investigación de recuerdo reciente en la que realizaron esfuerzos para disimular la naturaleza del crimen fue el caso Goodhope, y para determinar la causa exacta de la muerte fue precisa la ayuda de un médico.

—Que proporcionó el señor Gabriel Donnelly.

—Exactamente. Y eso me lleva a la carta que tengo ante mí. Esta mañana el lord magistrado supremo me ha notificado la muerte de sir Thomas. Ha reconocido, además, que el cargo de juez pesquisidor de la ciudad de Westminster ha permanecido vacante durante cinco años de manera oficial, pero me ha pedido que reinstituya las actuaciones formales del juez pesquisidor, con jurado incluido, hasta el momento en que se designe uno nuevo permanente. En otras palabras, pretende que actúe como juez pesquisidor y como magistrado al mismo tiempo durante un intervalo de tiempo indeterminado.

—¿Puede usted hacerlo, sir John? —pregunté.

—Oh, eso creo —contestó él—. He pedido al señor Mardsen que buscara las actas y me las leyera, y son sumamente sencillas. No obstante, sé cómo actúan el lord magistrado supremo y sus amigos tratándose de tales nombramientos, y mientras se

preste atención temporalmente a los asuntos, se contentan con dejar que siga funcionando de igual modo indefinidamente. No tengo la menor intención de permitírsele en este caso, de modo que he puesto cuatro condiciones. No es menester explicarlas ahora. Lo que sí debes saber es que se detallan en esta carta. En consecuencia, te pido, Jeremy, que se la entregues al lord magistrado supremo; si no está, tendrás que esperarlo. Mi carta requiere una respuesta inmediata, a saber, si acepta o no mis condiciones. Que me responda por escrito en mi propia carta. El señor Mardsen me ha indicado que ha dejado espacio más que suficiente para respuesta tan breve. La cuestión es que también habrás de esperar a que te la dé. Insiste. Moléstale, si es preciso, pero tráeme una respuesta.

—Descuide, sir John.

—Buen muchacho. —Me tendió la carta. Sin embargo, vacilé al cogerla.

—Solo hay un problema —dije.

—¿Ah?

—He estado fregando las escaleras de arriba y no estoy adecuadamente vestido para visitar al lord magistrado supremo, es decir, puesto que tendré que esperar.

—No acabo de entenderte.

—El mayordomo del magistrado supremo no me dejará entrar a menos que vaya bien vestido.

—Oh, no te dejará, ¿eh? Bueno... —Estas palabras las pronunció con cierta agresividad. Luego, tras una pausa, siguió en tono más conciliador—. Ciertamente, mmm, quizá sería mejor que te cambiaras de ropa. Aunque, confieso que no me gusta la idea de que los mayordomos sean jueces de la vestimenta. No me gusta siquiera la idea de que existan mayordomos. Pero date prisa. Quiero que este asunto se resuelva lo antes posible.

Con la mejor de las intenciones me puse en camino poco después hacia la residencia de William Murray, conde de Mansfield, lord magistrado supremo del tribunal del rey, sita en Bloomsbury Square.

A mi modo de ver, tenía todo el aspecto de un joven caballero cuando enfilé New Broad Court. Un súbito estirón en primavera había hecho necesario renovar mi guardarropa. Lady Fielding compró para mí con la misma sensatez y generosidad con que antes había vestido a su hijo, Tom, mezclando prendas de confección con otras de mayor calidad, pero de segunda mano. Más generosa fue conmigo, en realidad, pues me compró dos calzones de confección, uno de ellos más oscuro y de mejor paño para que lo usara a diario. Mas, como antes ocurriera con Tom, el mayor regalo que recibí fue una casaca; verde botella era, con ribetes blancos, y como afirmó el vendedor: «Apenas lo había llevado aquel para quien se encargó». ¿Quién no se sentiría todo un petimetre de Londres con semejante casaca?

Había elegido aquella ruta en particular con el propósito de ver a una persona por

la que había perdido el seso en los últimos tiempos. La conocía solo por su nombre de pila, que, según me dijo, era Mariah. Dudo de que ella supiera el mío, aunque yo se lo había dado, pues conocía a muchos hombres todos los días, hablaba con todos ellos y tenía encuentros más íntimos con algunos de ellos. ¿Cómo podía esperarse que recordara a alguien que no podía ofrecerle dinero, ni la cháchara ingeniosa que estaba de moda, sino tan solo una torpe adulación y una fascinación que trababa la lengua?

Hacía apenas dos semanas que me había fijado en ella por primera vez. Me había quedado mirándola desde la otra acera de una calle angosta, totalmente prendado de su belleza morena, mas no tan solo por ello, sino que tuve la sensación de que la conocía de antes. Claro que eso no habría sido nada difícil: Londres era entonces casi tan grande como ahora, una ciudad con un millón de habitantes aproximadamente. Supe que era una chica de la calle por la pose que adoptaba y el modo en que intentaba atraer la atención de los hombres que pasaban por su lado. Diríase que eran incontables las que ejercían la profesión en aquella orilla del Támesis, y la mayoría se hallaban justo allí, en Covent Garden y sus alrededores. Sin embargo, estaba seguro de que la impresión de conocerla no se debía meramente a algún otro encuentro fugaz. No; me parecía conocerla, por así decirlo, de un tiempo pretérito. ¿Qué tiempo era ese?

A menudo estaba en New Broad Coart y algunas veces cerca de allí, en Drury Lane. Me había atrevido a hablarle un par de veces... no, en realidad habían sido tres. La primera le pregunté el nombre y ella me contestó de buena gana, pero cuando le di las gracias y seguí caminando, incapaz de añadir una sola palabra, me llamó, no tanto con enojo como con fastidio. Su nombre no despertó en mí ningún recuerdo. En la segunda ocasión, me dirigí a ella por su nombre, le dije el mío y le pregunté, balbuceante, si por casualidad nos conocíamos de antes. Ella me contestó con total descaro que no recordaba tal cosa, pero que era fácil conocerla mejor y que solo me costaría un chelín. Eso me cortó las alas. Farfullé que no tenía tanto dinero, lo cual era mentira, le deseé buenos días y poco faltó para que echara a correr.

La tercera ocasión se había producido el día anterior. La buscaba porque por fin tenía un leve indicio de cómo nos habíamos conocido, si bien no iba mucho más allá del encuentro fugaz que antes había desechado. Lo había recordado como en un sueño, el de unas atracciones callejeras en Covent Garden. Una sola pregunta bastaría para asegurarme. Sin embargo, cuando fui a buscarla a su ubicación habitual, me reconoció desde lejos por mis otros dos intentos de hablar con ella, me dio la espalda con aire malhumorado y echó a andar rápidamente por Drury Lane. Yo la seguí hasta que se reunió con un tipo que era más o menos de mi estatura, pero con unos cuantos años más. Le susurró algo, se volvió hacia mí, me señaló y luego siguió caminando a paso vivo. Por el contrario él vino directamente hacia mí y me impidió el paso. Me acusó de «incordiar a la señorita» y me aconsejó que «moviera el trasero» en la dirección opuesta. Para ayudarme, me aferró por los hombros, y me habría dado un empujón, de habérselo permitido yo, pero me desasí con un rápido movimiento de

los brazos y, de paso, le hice perder el equilibrio. El tipo retrocedió unos pasos tambaleándose. Así nos quedamos, midiéndonos mutuamente con la mirada, y mirando yo más allá, buscando infructuosamente a Mariah, que había desaparecido entre la multitud de transeúntes de Drury Lane, o quizá se había metido en alguna tienda del camino. Algunos transeúntes se habían detenido al percibir en el aire esa hostilidad que podría conducir a un entretenimiento pugilístico. Sus deseos no se vieron satisfechos. Debí de relajarme ostensiblemente por la decepción de haber perdido de vista a Mariah, porque de repente el tipo dio la vuelta sin más explicaciones y se alejó. Yo hice lo mismo, sin prestar atención a los gruñidos de los mirones que acababan de perderse un rato de diversión. Sir John me había dado la orden estricta de no pelearme en la calle, y era una orden muy justa, pues no sería apropiado que alguien que estaba bajo su protección perturbara la paz ciudadana de manera tan patente.

Así pues, cuando abandoné Bow Street en dirección a Bloomsbury Square aquella tarde en cuestión, es cierto que elegí un camino que tal vez me condujera cerca de Mariah, pero había resuelto limitarme a mirarla al pasar y, por lo tanto, caminaba por el lado de la acera opuesto al que ella solía ocupar. Me había ofendido con su manera de enojarse, de huir de mí y de echarme luego encima a aquel chico matón. ¿Quién era? ¿Qué era para ella? Si Mariah no deseaba hablar conmigo, desde luego yo no tenía nada que hablar con ella. Sin embargo, una última mirada confirmaría tal vez el recuerdo de una tarde de verano de hacía dos años, de una compañía de volatineros, de una muchacha más joven que yo, más ágil y grácil que todos los demás. ¿Era ella? ¿Cómo iba a averiguarlo si no la veía una vez más? No vi a Mariah por ninguna parte.

Pero desde luego ella me vio a mí.

Mientras caminaba por una acera escudriñando la otra, noté una mano sobre la manga y un súbito tirón. Volví la cabeza como un resorte, dispuesto a defenderme y la descubrí medio escondida en un portal.

—¡Mariah! —exclamé.

—¡Tú! —exclamó ella casi simultáneamente.

Luego se hizo el silencio mientras ambos nos mirábamos con sorpresa.

—Pareces alguien importante hoy —dijo.

Hablaba con inseguridad, de un modo que sugería que el inglés no era su lengua materna. También eso concordaba con mis recuerdos.

—Esta es mi ropa buena —dije—, en realidad la mejor que tengo. —Luego, con el despreciable propósito de impresionarla, añadí—: Voy de camino a Bloomsbury Square para entregar una carta al lord magistrado supremo.

—¿Trabajas para él?

—No, para sir John Fielding. Es el magistrado del tribunal de Bow Street.

—Ah, he oído hablar de él. Es un hombre importante, ¿sí? Envía a todo el mundo a Newgate.

—No, los envía al Old Bailey para que sean juzgados. Desde allí los envían a Newgate... o a Tyburn. —¿Entendería ella tal distinción?

—Mmmm. ¡Tyburn! —Mariah se aferró la garganta, cerró los ojos y sacó la lengua—. Fui una vez allí para verlos colgar. ¡Nunca más! Es horrible.

—Estoy seguro. Yo nunca he estado.

Se produjo un silencio embarazoso. Mi mente se quedó en blanco mientras la miraba. Sus cabellos negros y lustrosos relucían a la luz del sol. Sus ojos eran casi igual de negros, sus párpados parecieron entornarse. ¿Era por suspicacia, o sencillamente me sometía a una nueva valoración?

—Antes he sido mala contigo. Lo siento.

Cierto era que parecía sentirlo, aunque no ofreció explicación alguna sobre su conducta. Yo quería preguntarle quién era el tipo que me había enviado para que me cortara el paso. Quería preguntarle por qué lo había hecho. No lo hice; me limité a asentir, como indicando que aceptaba sus disculpas.

—Quería preguntarte una cosa.

Ella me sonrió del modo más encantador.

—¿Y qué quieres preguntar?

—Desde que te vi por primera vez tengo la sensación de que te conocía de antes... y en cierto sentido creo que es verdad. Dime, cuando eras más pequeña, ¿trabajaste con una compañía de volatineros... de acróbatas?

—*Saltimbancos? Acrobati? Si!*... sí, eran mis hermanos y mi padre. Ellos... ellos volvieron a Italia.

—¿Y te dejaron aquí sola? —La idea me pareció absolutamente monstruosa. Habían dejado huérfana a todos los efectos a una muchacha que era de su propia sangre.

Sin embargo, mientras acudían a mí tan negros pensamientos, el rostro de Mariah sufrió un triste y extraordinario cambio, pues pareció arrugarse ante mis propios ojos. Volvió la cara, pero vi que estaba llorando y me rompió el corazón. Metí la mano en el bolsillo y encontré el pañuelo que Annie me había lavado. Se lo puse a Mariah en la mano. Estuvo un par de minutos secándose los ojos y sonándose la nariz, pero consiguió por fin dominarse.

—No, no fue así —dijo—. Yo fui culpable. Fui muy estúpida. Dije que no volvería a Italia, que me quedaría en Inglaterra. Ellos dijeron que tenía que hacer lo que me ordenaran, pero la noche antes de que se fueran hui y me escondí con unos a los que tenía por amigos. —Luego añadió con gran amargura—: Resultaron ser falsos amigos.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté—. ¿Cuándo ocurrió todo eso?

—Hace un mes.

—¿Y has estado en la calle desde entonces?

—No, primero estuve en una casa... ¿comprendes? Me escapé. Hasta esto es mejor. —Entonces, de repente, se apartó de mí y esbozó una sonrisa forzada—. Pero

hablamos de esto luego, ¿sí?

—¿Luego?

—¡Qué casaca tan bonita! —Acarició el paño suavemente—. Ese sir John te pagará muy bien, si tienes una casaca así. Pero te digo que, porque me gustas y porque me recuerdas de antes, te doy un buen precio... dos chelines solo. Vamos, tengo un sitio cerca. Vamos, ¿eh?

—No —dije yo con firmeza—. Como te he dicho, he de entregar una carta al lord magistrado supremo.

—Ah, sí, la famosa carta —dijo con cierta ironía—. Eso lo haces después, ¿eh?

—No, debo irme. —Pero hundí la mano en el holgado bolsillo de la casaca, saqué un chelín y se lo puse en la palma de la mano—. Toma esto por tu tiempo. ¿Quizá podríamos volver a hablar?

Ella aceptó el chelín con avidez y se lo metió en el corpiño entre sus exquisitos pechos. ¡Ah, cómo envidié a aquel chelín!

—Por un chelín hablamos cuando quieras, ¿eh? Sí, hablamos. Me gustas. Y la próxima vez vienes conmigo, ¿sí?

—Adiós.

—Adiós, y gracias. *Grazie! Molte grazie!*

Pese a lo difícil que me resultaba separarme de ella, me alejé presuroso, perdiéndome entre el gentío de Drury Lane, luchando contra la corriente humana en dirección a Hart Street, que me conduciría directamente a Bloomsbury Square. No estaba lejos. No me había entretenido mucho y estaba seguro de que había compensado los minutos perdidos con mi gran prisa por llegar allí.

Sin embargo, cuando llegué a mi destino, vi que me había entretenido demasiado, o quizá no me había dado la suficiente prisa, pues, qué vieron mis ojos si no un carruaje tirado por cuatro caballos que se alejaba de la que sin lugar a dudas era la puerta de William Murray, conde de Mansfield y lord magistrado supremo. Lo vi alejarse, parado en la acera como si deseándolo pudiera hacerle volver. Desapareció por fin por la Great Russell Street y yo me volví hacia la puerta y la golpeé con el pesado aldabón en forma de mano. Tuve que esperar casi un minuto para que me abriera el mayordomo vestido de librea. Habiendo yo crecido desde la última vez, su figura me pareció menos imponente. No obstante, sus maneras glaciales habrían hecho retroceder a todo un regimiento de soldados.

—Traigo una carta para el lord magistrado supremo de parte de sir John Fielding —dije, blandiendo la tal carta como un alguacil agitaría un mandamiento judicial.

—Acaba de irse. —El mayordomo extendió la mano para recibir la carta.

—Tengo instrucciones de entregársela personalmente y aguardar respuesta.

—Puede que tarde bastante en volver.

—Aun así.

—Muy bien, entonces —dijo él, y se dispuso a cerrar la puerta.

—Eh... ¿podría esperarle dentro? —pregunté, maldiciéndole por ser un villano

sin corazón, por hacerme rogar—. ¿Tal vez en ese banco del vestíbulo?

Él se volvió y miró el banco, luego me miró otra vez a mí... me miró muy atentamente, de hecho, examinándome de pies a cabeza.

—Por supuesto —dijo.

Se hizo a un lado, abriendo la puerta para que pasara, y yo entré y me senté en el banco, que estaba tapizado pero no tenía respaldo. En realidad no era lo que se dice muy cómodo, pero superaba con mucho quedarse fuera, esperando de pie como un vagabundo.

—Gracias —dije al mayordomo, cuidando como siempre mis modales.

—No hay de qué —dijo él, cerrando la puerta.

Luego, dándome la espalda, echó a andar, se detuvo y se volvió para mirarme de nuevo.

—Muchacho —dijo—, es una hermosa casaca esa que llevas.

No di crédito a mis oídos. Balbuceando conseguí apenas darle las gracias antes de que se alejara por el otro extremo del vestíbulo. En los dos años que había estado yendo y viniendo entre Bow Street y Bloomsbury Square, jamás había visto al mayordomo condescender en lo más mínimo ni una sola vez. Aquella había de ser sin duda una casaca singular, puesto que despertaba admiración en un hombre de naturaleza tan imperturbable.

La casaca, en realidad, había hecho aumentar la estima de Mariah hasta el punto de doblar su precio. Ah, sí, naturalmente mientras estaba sentado allí solo y me preparaba para una larga espera, mis pensamientos volaron rápidamente hacia ella. Evoqué su imagen tal como la había visto mientras hablábamos junto a un portal hacía unos minutos apenas. Había belleza en aquel rostro suyo, sin duda, pero también estaba lleno de expresividad, de vida y de buen humor. ¿Eran así todas las chicas italianas? No, estaba convencido de que ella era única en el mundo entero. Son cosas de la juventud.

Evoqué también, lo mejor que pude, un recuerdo mucho más borroso que databa de dos años atrás. En una tarde de domingo me había detenido en medio de una multitud congregada en torno a la plaza para contemplar a un grupo de volatineros que realizaban hazañas increíbles. Quien más me impresionó fue la chica menuda de cabellos negros que trepaba hasta lo alto de una pirámide humana, posaba triunfante durante un momento mientras la multitud aplaudía, y se lanzaba luego de cabeza a las esteras que había en el lejano suelo, daba una voltereta, se ponía en pie y recibía aplausos aún más entusiastas. La multitud, admirada, le lanzaba monedas de uno y de dos peniques. Ella las recogió todas gateando, y cuando pasó cerca de mí le arrojé un chelín, uno de los tres que me quedaban en el bolsillo. Ella buscó su procedencia con la mirada, clavó en mí sus negros ojos y besó la moneda con sus dulces labios. Me dio también las gracias en una lengua extraña, usando tal vez la misma frase que le había oído hacía unos minutos al despedirnos, la que sonaba un poco a «hierba mohosa^[2]». ¡Ah, cómo me conmovió! Más aún me conmovió el gesto de bendecir mi

regalo con un beso, y por encima de todo, su mirada; con ella me reconocía, pese a mis pocos años, como persona importante. Durante las semanas siguientes, regresé a Covent Garden todos los domingos con la esperanza de volver a verla y trabar relación con ella... pero en vano. Me informaron más adelante de que tales artistas se mueven sin parar de feria en feria y de ciudad en ciudad. No había modo de saber dónde podrían estar.

Mientras permanecía sentado en el vestíbulo mano sobre mano, estirando las piernas de vez en cuando, me llegaron los ruidos de la casa, ora cercanos, ora distantes. Parecía no haber en ella más que los sirvientes, sin embargo, en una casa como aquella, más grande incluso que la de Black Jack Bilbo, debía de haber todo un ejército de doncellas y lacayos. Deduje que aquellos sonidos los producían al limpiar. Una doncella pidió ayuda a un lacayo para mover unos muebles, y pronto se oyeron unos golpes. Arriba alguien tarareaba una cancioncilla, quizá para hacer el trabajo más llevadero. La casa, sin sus señores, bullía de actividad.

¿Y yo? Simplemente seguía sentado, solo con mis pensamientos, y todos mis pensamientos eran para Mariah. No cabía la menor duda sobre su situación. Sola en Londres, convencida con engaños para que se separara de su familia, se había visto obligada a prostituirse para sobrevivir. ¿Cuánto duraría? Cuando hacía dos años puse los ojos sobre ella por primera vez, parecía un poco más joven que yo y ahora parecía un poco mayor. Algo más de tiempo en la calle y acabaría pareciendo mucho mayor... y no mediante el artificio de la cara pintada. No, si seguía el rumbo que me había descrito el señor Bilbo, los estragos de las enfermedades y la ginebra acabarían por cobrarse su precio. Por ello, si bien soñaba despierto con un intercambio de besos apasionados, no quería imaginar siquiera tener con ella un trato más carnal, aunque se podía comprar fácilmente y tenía con qué. Pese a que temía grandemente las enfermedades, y cada día tenía ocasión de observar las devastadoras consecuencias de la sífilis, más aún temía mancillar el sincero afecto que sentía por ella con bajos deseos animales. Cualquier hombre de la calle podía hacerla suya por dos chelines — ¿o era solo uno?—. Solo yo podía darle...

¿Qué era lo que podía darle? ¿Era amor aquella atención desbordante, aquella obsesión por ella que parecía haberme poseído por completo? En cierto sentido no me gustaba, pues me parecía haber perdido el dominio sobre mí mismo y yo, créeme, lector, siempre me había considerado un muchacho serio. Sin embargo, era tan agradable estar sentado allí, simplemente, pensando en Mariah, y era tan fácil hacerlo... por lo poco para lo que servía.

Pues, una vez más, ¿qué podía ofrecerle yo? Deseaba cambiar su suerte con todo mi corazón, haciendo posible que abandonara las calles, pero ¿cómo lograrlo? No tenía más que quince años de edad; no tenía dinero, ni empleo fijo. En mi estado de dependencia —al fin y al cabo, era huérfano— no podía hacer otra cosa que desear ayudarla. Quizá no había acertado al elegir cuando *sir* John se mostró tan deseoso de que me dedicara al oficio de la impresión; con todo lo que había aprendido de mi

padre y mi facilidad para componer tipos, quizá para entonces sería ya un oficial, capaz de emanciparme y quizá incluso de casarme. El gran ejemplo de *sir* John, empero, me había hecho cerrar los ojos a toda consideración práctica, estimulándome a elevar mis ambiciones hasta una carrera en leyes, tal vez demasiado elevadas para alguien como yo.

¡Ah, lo que podría hacer con algo de dinero! En realidad no se necesitaría mucho, lo suficiente para pagarnos el pasaje a América a los dos. Allí podríamos iniciar una nueva vida. Había oportunidades para todos en la gran ciudad de Filadelfia, o quizá en Boston o en Baltimore. Aquellos eran nombres mágicos para mí, como tantos jóvenes ingleses de aquel tiempo, nombres de esperanza, símbolos de optimismo que avivaban la imaginación. Ciertamente despertaban la mía, pues, ¿qué otra cosa podía hacer mientras esperaba, si no hilvanar fantasías de lo que podríamos hacer Mariah y yo en las colonias americanas? Veía aventuras en el negocio de la impresión, quizá incluso una carrera en leyes, discursos que pronunciar, importantes documentos que firmar, y en todos aquellos sueños, Mariah se hallaba a mi lado, como un modelo de esposa para un personaje como yo; la cubriría de sedas y encajes; tendríamos hijos y una gran casa. O quizá debería hacerme granjero; allí, en aquel nuevo país, había tierras para todo el que quisiera trabajarlas. Tan solo necesitaría un hacha, un arado y semillas... y a Mariah; juntos nos abriríamos camino en la vida, haciendo frente a los peligros, ayudando y recibiendo la ayuda de nuestros vecinos iroqueses.

Así fue como pasaron los minutos, sentado solo en el vestíbulo de aquella gran casa. Perdí toda noción del tiempo, de las horas transcurridas (dos, de hecho, y buena parte de una tercera). Tan ensimismado estaba en mis propios pensamientos y fantasías que no me di cuenta cuando volvió el mayordomo y sus pisadas resonaron en el amplio vestíbulo, hasta que llegó a mi lado, iluminando mi rincón en sombras con el candelabro que llevaba. Me puse en pie, sobresaltado.

—Ha regresado —dijo, depositando el candelabro sobre una pequeña mesa auxiliar.

Mientras hablaba, oí el estrépito de las ruedas de un carruaje y el ruido de los cascos de sus cuatro caballos que se detenían ante la puerta de la casa. ¿Cómo lo había sabido el mayordomo? ¿Había alguien apostado en una de las ventanas superiores?

El mayordomo abrió la puerta con gran autoridad, un «Bienvenido, milord», y una perfecta reverencia. Yo me retiré modestamente de la puerta cuando entró por ella el lord magistrado supremo precipitadamente. El conde de Mansfield entregó sombrero y bastón al mayordomo, me echó una ojeada y gruñó.

—El chico de *sir* John Fielding —le informó el mayordomo.

—Lo he reconocido. —Luego se dirigió a mí—. ¿Tienes una carta para mí, chico?

—En efecto, milord. —Avancé hacia él y le tendí la carta, haciéndole una reverencia a mi vez.

Él la tomó y rompió el sello. Tuvo que acercarse al candelabro para leerla.

—Smithers —dijo al mayordomo—, hágame el favor de traer luz aquí. *Lady Mansfield* volverá pronto y detesta volver a una casa a oscuras aún más que yo.

—Me ocuparé de ello inmediatamente, milord —dijo el mayordomo, y se fue mientras su amo volvía la atención hacia la carta.

—Oh, de modo que pone condiciones. ¡Bueno!

El lord magistrado supremo siguió leyendo, mascullando para sí hasta el final de la carta. Después la dobló y quiso devolvérmela.

—Puedes decirle a *sir John* que haré cuanto esté en mi mano para lograr que se cumplan sus condiciones. No puedo prometerle más.

Yo no moví las manos de los costados, negándome, de hecho, a aceptar la carta.

—*Sir John* solicita expresamente que le responda por escrito, milord. Me ha dicho que queda espacio al final de la hoja.

—¿Oh? ¿En serio? Quiere algo que poder agitar ante mis narices en el futuro, ¿no es así?

—Si usted lo dice, milord.

—Sí, lo digo. —Suspiró—. Bien, ven conmigo, pues.

El lord magistrado supremo cogió el candelabro y me condujo a la biblioteca, que estaba muy cerca. De pie junto a la gran mesa, cogió una pluma, la sumergió en el tintero y garabateó su respuesta. Puso su firma y rúbrica y me tendió la carta; esta vez la acepté, dándole las gracias.

—He escrito lo que antes he dicho... que haré cuanto esté en mis manos. —Me despachó con un gesto—. En marcha, muchacho.

Me fui tras hacerle una reverencia, y salí al vestíbulo, que se había transformado de repente gracias a la luz de medio centenar de velas. El mayordomo apenas se fijó en mí cuando salí por la puerta.

En el exterior era casi de noche y se habían encendido todas las farolas de Bloomsbury Square. Elegí una ruta diferente, tomando por Southampton Street y luego Little Queen Street. Aunque era más larga y yo iba con retraso, de ese modo rodeaba las calles en las que podía tropezar con *Mariah*. No deseaba verla en conversación con algún joven petimetre, y menos aún pillarla en el momento de marcharse del brazo de alguno de ellos hacia algún lugar de citas.

Las calles estaban atestadas, como siempre en aquella hora del día en que la gente salía de trabajar y se dirigía a su casa para descansar. Sin embargo, entre ellos vi a uno que en aquel preciso instante se encaminaba al trabajo, y era el alguacil Perkins, que solo tenía un brazo. Lo vi justo delante de mí cuando giré hacia Great Queen Street, pues era fácilmente reconocible por detrás gracias a la manga de la casaca sujeta por debajo del codo. Durante el último año, desde la época en que salimos juntos en busca de un testigo desaparecido por la orilla baja del Támesis, nos habíamos hecho muy buenos amigos. Yo admiraba su orgullosa manera de comportarse pese a su desgracia: tenía un gran sentido común y una actitud animosa y cordial que ninguno de los Vigilantes de Bow Street de dos brazos podía igualar.

—Hola, señor Perkins —grité, corriendo para alcanzarlo.

Él se volvió rápidamente y con cautela —parecía hallarse siempre alerta— y luego, al reconocermelo, se relajó y esbozó una sonrisa.

—Ah, Jeremy, así que eres tú. Supongo que vamos en la misma dirección. ¿Quieres ir conmigo?

—Por supuesto. ¿Y cómo está usted en esta agradable noche?

—Ni mejor ni peor que en la de ayer, lo que viene a ser que no estoy nada mal. —Echamos a andar—. ¿Y de dónde vienes a estas horas?

—De entregar una carta de *sir John* al lord magistrado supremo, y esperar tres horas para la respuesta.

—Ah, bueno, un hombre como él siempre te hace esperar. Debe de vivir en una casa magnífica, ¿no?

—Oh, sí, la mejor que he visto, en Bloomsbury Square. —Tras estas palabras se me ocurrió una idea—. Señor Perkins, quisiera hacerle una pregunta.

—Adelante, Jeremy.

—¿Cree usted que podría convertirme en uno de los Vigilantes de Bow Street?

—¿Quieres decir en el futuro?

—No, ahora... pronto. Usted y yo sabemos, como la mayoría, que se ha autorizado a *sir John* a reclutar nuevos hombres como Vigilantes.

—Cierto, o al menos eso he oído.

—¿Por qué no puedo ser yo uno de ellos? Conozco sus deberes. Conozco Westminster y la ciudad.

—Bueno, eres un poco joven.

—El alguacil Cowley fue aceptado cuando tenía dieciocho o diecinueve años.

—Tú tienes el doble de cerebro que él, eso te lo aseguro. Aun así...

Reflexionó sobre ello sin decir nada durante unos instantes, y mientras pensaba, giró hacia Drury Lane, con lo que mi plan para dar un rodeo y evitar a Mariah se fue al traste.

—Pensaba que querías estudiar leyes —dijo por fin el alguacil Perkins—. Eso es algo más importante que andar por ahí con un garrote. Personalmente, no quisiera verte perder semejante objetivo en la vida.

—Bueno, no tengo por qué —dije—. Podría estudiar leyes en mi tiempo libre, quizá. Tal vez me costara un poco más, pero...

—Por si no te has dado cuenta, Jeremy, a nosotros los Vigilantes nos queda muy poco tiempo libre. —Me lanzó una mirada penetrante—. Y déjame que te sea sincero en esto. No estoy del todo convencido de que tengas afición a pelear. Eres un chico valiente, sin duda, te he visto actuar a la altura de las circunstancias. Pero en las calles y de noche, uno tiene que estar siempre un poco furioso, llevar su furia y su suspicacia a cuestras para que sea su escudo. Si te desafían, tienes que estar dispuesto a partir cabezas, aunque sea leve la causa. Solo así puedes hacerte respetar por la pandilla de canallas que rondan por estas calles de noche; solo así puedes conservar

ese respeto. Me temo que tú intentarías razonar con ellos. —Hizo una pausa, como si sopesara algún plan, alguna acción—. Pero...

Habíamos girado hacia New Broad Court por su parte más estrecha, exactamente por el lugar donde había hablado antes con Mariah. Pese a mi propósito, pronto me encontré buscándola con la mirada. No la vi por ninguna parte.

—¿Pero qué, señor Perkins? ¿Qué iba a decir?

—Que si vinieras a verme, podría enseñarte un par de cosas. Tanto si persistes en esa idea de ingresar en los Vigilantes, cosa que no te aconsejo, como si no, te sería útil saber defenderte mejor. Algunas veces tienes que salir de noche, y deberías...

—¡Asesinato! ¡Un horrible asesinato!

El grito procedía de un lugar tan cercano que parecían habérselo chillado al oído.

—¡Asesinato!

Perkins y yo giramos en redondo, buscando el origen de la voz de alarma, pero lo que vimos a nuestra espalda fue una multitud de gente que intentaba recorrer un angosto pasaje. Unas cuantas zancadas nos llevaron hasta allí. Perkins encabezaba la marcha, empujando a unos y a otros con el garrote a derecha e izquierda, pero sin pretender hacer daño a nadie. No dejaba de decir: «A un lado, a un lado. Soy un alguacil. ¡Abran paso a la ley!». Eso fue lo que hicieron en su mayor parte, aplastándose contra los toscos ladrillos del pasaje, sometidos a la autoridad del garrote alzado del señor Perkins. Cuando llegamos al otro extremo del oscuro pasaje, descubrimos que se abría a un pequeño rincón, o quizá calleja, en el que se veían varias puertas y unas escaleras que conducían a pisos superiores. Debajo de las escaleras se veían dos piernas que sobresalían de unas faldas y unas enaguas. ¿Podía ser Mariah? No, la figura era demasiado corpulenta, la falda era de otro color. Un hombre menudo levantaba y tiraba de los tobillos para sacar el cadáver de debajo de las escaleras, mientras su compañera aferraba la bolsa atada alrededor de la cintura.

—Suelte esa bolsa —gruñó el señor Perkins—, a menos que quiera probar el garrote. Y usted —dijo a su compañero—, deje caer los pies o lo probará también. Apártense a un lado los dos, y ni se les ocurra pensar en escabullirse.

Los dos hicieron lo que les ordenaba, aunque a regañadientes, mientras la muchedumbre que se agolpaba a nuestra espalda murmuraba, llamándoles buitres, ladrones de cadáveres y cosas parecidas.

—Solo queríamos saber quién era —dijo la mujer que antes tiraba de la bolsa—. Hemos pensado que a lo mejor llevaba una carta en la bolsa o algo así.

—Eso dicen ustedes —replicó Perkins—, pero dejemos que sea *sir* John quien lo juzgue.

—Podría estar viva —dijo el hombre, un tipo extraño con cara de rata—. Estaba caliente al tocarla.

—Entonces tendremos que comprobarlo. Jeremy, sácala de debajo de las escaleras.

Yo me dispuse a cumplir lo encomendado con presteza, sin sentir la menor repugnancia siempre que el alguacil Perkins estuviera allí conmigo. Tiré con fuerza.

—Bien, ¿quién ha gritado «asesinato»? —preguntó él.

Un hombre que se hallaba entre la multitud, lejos de los primeros, alzó la mano.

—He sido yo —dijo—. Yo he gritado.

—Venga aquí.

Mientras tanto, yo había sacado el cuerpo del lugar donde yacía. Era cierto que sus miembros aún estaban calientes, pero en su rostro asomaba la muerte. Sus labios dibujaban una mueca y sus ojos, muy abiertos, fijos, no veían nada. Era una mujer joven, que quizá en otras circunstancias podría haber pasado por guapa. Dos grandes manchas de colorete animaban sus mejillas hundidas.

—¿Qué crees, Jeremy? ¿Está viva o muerta?

—Muerta, aparentemente, pero no veo ninguna herida.

—¿Marcas en el cuello por estrangulamiento?

—Ninguna.

—Será mejor que le busques el pulso en la muñeca.

Esto me sumió en la más absoluta perplejidad.

—¿El pulso en la muñeca, señor Perkins?

—Déjalo. —El alguacil señaló con su garrote a la macabra pareja del modo más amenazador—. Será mejor que se queden donde están si no quieren recibir una buena.

Perkins se acercó al cadáver, se arrodilló, dejó el garrote en el suelo y cogió la muñeca inerte.

—¿Lo ves, Jeremy? Justo aquí. Toca este punto con el pulgar y notarás cómo fluye la sangre... si es que fluye. En este caso, no.

Tras lanzar una mirada cautelosa a los dos bellacos, volvió luego su atención hacia el cadáver. Le bajó la blusa y el corpiño. Los senos, liberados, cayeron por su propio peso. Se oyeron risitas disimuladas entre la multitud de curiosos. El alguacil miró con repugnancia a los que estiraban el cuello para ver mejor, luego colocó la mano sobre el corazón del cadáver y la retiró ensangrentada.

—Ahí está la herida —dijo—. Es pequeña, justo debajo del esternón, hacia arriba, directa al corazón. No ha producido mucha sangre. La muerte le ha llegado así. —Hizo chasquear los dedos. Recogió su garrote y se puso en pie. Luego se dirigió a la multitud—: Bien, si alguno de ustedes cree que puede conocer a esta pobre mujer, que se acerque a mirarle la cara. —Hablando conmigo, añadió—: Tápale las tetas, Jeremy. Ponía decente.

Cumplí su orden lo mejor que pude y noté, al tocar el cadáver, que se había enfriado levemente.

—Al resto —prosiguió el alguacil Perkins, refiriéndose a los que aún abarrotaban el pasaje—, le aconsejo que se vaya. *Sir John Fielding* vendrá pronto y traerá más Vigilantes con él. No les gustará encontrarse con mirones. A todos los que no se

queden con el fin de identificar el cadáver u ofrecer algún indicio, les ordeno que se dispersen.

Aunque parecían reacios, la mayoría se dio la vuelta y echó a andar por el pasaje.

—Los ha ahuyentado usted —dije.

—Y ahora —dijo Perkins— debo despacharte a ti también. Ve a buscar a *sir* John, Jeremy. Cuéntale lo que ha ocurrido y cuando regreses con él, trae unas lámparas. Puede que pronto no podamos ver nada por aquí sin ellas.

Partí entonces, abriéndome paso para salir del pasaje, aduciendo algo sobre la importancia de mi misión, igual que había hecho Perkins unos minutos antes. Tuve que retorcerme para dejar por fin atrás a todos ellos y eché a correr por Broad Court. En un momento dado me pareció vislumbrar fugazmente a Mariah, pero no tenía tiempo ni deseos de asegurarme. ¡Debía llegar a Bow Street cuanto antes!

II

En el que un viejo amigo regresa y ofrece su ayuda

Sir John Fielding abandonó Bow Street precipitadamente y en medio de cierta confusión, delegando en el alguacil Baker la tarea de informar a lady Fielding de que había sido requerido por un asunto urgente concerniente a su cargo.

Baker se dispuso a cumplir el encargo, pero se detuvo, vacilante.

—¿Debo decirle que el asunto es un asesinato? —preguntó.

—No —respondió su jefe—, eso solo serviría para alterarla. Ah, pero dígame que Jeremy está conmigo y que regresaremos juntos. En cualquier caso, no debe esperarnos para cenar. —Recalcó estas palabras con una inclinación de cabeza, y el señor Baker se apresuró a subir las escaleras. Luego, dirigiéndose hacia el resto de nosotros, sir John dijo—: Bien, pongámonos en camino.

Éramos cuatro: además de sir John y de mí mismo, el señor Benjamin Bailey, capitán de los Vigilantes de Bow Street, y el joven alguacil Cowley nos acompañaban cuando partimos en dirección a Broad Court Street. Bailey marchaba en cabeza, abriéndonos camino entre los transeúntes para que pasáramos; le seguía el señor Cowley, y sir John y yo cerrábamos la marcha.

El señor Cowley se dio la vuelta y señaló al frente.

—Hemos tenido suerte, señor. Ahí delante está el Rastrero^[3] con su carro. —Yo miré en aquella dirección y, en efecto, allí lo vi. El Rastrero, un pájaro de mal agüero y de feo rostro, había sido designado oficialmente para recoger los cadáveres de los indigentes en aquel lado del río. ¡Cómo le evitaba la ciudadanía! No podía culparles, pues con la tosca calavera y los huesos cruzados, toscamente pintados en su carro, del que tiraban dos rocines que parecían moribundos, debía de parecer la encarnación misma de la muerte que a todos nos aguarda. De él se contaban historias terroríficas. Algunos consideraban incluso que verlo era un signo de mala suerte de la peor especie. Eso explicaba por qué nuestro lado de Bow Street estaba tan atestado y el suyo tan vacío.

—¿Le digo que espere, sir John? —preguntó Cowley—. Se ahorraría un viaje, vaya que sí.

—También usted.

El joven alguacil corrió a interceptar al Rastrero. Cuando se reunió con nosotros de nuevo habíamos enfilado ya New Broad Court y teníamos a la vista el pasaje donde nos aguardaba el señor Perkins.

—El Rastrero dice que había venido a llevarse al viejo Josh, el mendigo —informó Cowley—. Ha caído muerto allá abajo, en Russell Street.

—¿El viejo del caramillo? —preguntó sir John.

—Ese mismo.

—Bueno —apuntó Bailey—, debo decir que no me sorprende. No tenía buen aspecto desde hace meses.

—Me entristece de veras —dijo sir John—. Siempre tenía un saludo cordial en la boca y era agradecido. —Suspiró—. Tuvo una muerte rápida y eso es una bendición.

Mantuvimos un momento de silencio por respeto al viejo Josh mientras seguíamos andando. Fue a mí a quien correspondió romperlo.

—Es ahí delante, señor Bailey —dije—. Ese pasaje lleva a un patio interior.

—Sí —dijo él—. Lo conozco, y ese patio da a un callejón que conduce a Duke's Court.

Eso era nuevo para mí, que evitaba lugares lóbregos y angostos como aquel siempre que me fuera posible.

Las amenazas del alguacil Perkins al enjambre de mirones habían surtido efecto. Hallamos el pasaje desierto y, al entrar en el patio, no vimos con él más que a cuatro personas, aparte de la mujer muerta. Perkins empujó a dos de ellos con el garrote para que avanzaran hacia sir John. Los reconocí al instante.

—Perdone, sir John —dijo Perkins—, pero he pensado que quizá desearía ocuparse de estos dos inmediatamente.

—¿Quiénes son?

—Digan el nombre.

—Bert Talley, señor.

—Esther Jack, señoría, pero nosotros solo...

—¡Silencio! —bramó Perkins—. Yo le contaré a sir John lo que he visto. Solo entonces podrán hablar.

—Proceda, señor Perkins.

—Lo que he visto se resume fácilmente. Cuando Jeremy y yo nos hemos abierto paso para llegar hasta aquí, había una muchedumbre de curiosos a los que he dispersado y también estos dos. Él tiraba de la víctima para sacarla de debajo de las escaleras, un poco más allá de donde ahora yace. Y ella... ella tiraba de la escarcela que la víctima lleva sujeta a la cintura. Bien, he creído, y sigo creyendo ahora, que han sido sorprendidos en la acción de robar, que pretendían llevarse esa escarcela y huir por el callejón. En consecuencia, los he retenido aquí en espera de que juzgue usted el asunto.

—Bien presentado, señor Perkins —dijo sir John—. Bien, señora, ¿qué tiene que decir a esto?

—Nosotros solo queríamos ayudar, buscando una carta o algo parecido en su bolso para identificarla.

—¿Era necesario mover el cadáver para eso?

—Lo era, milord —dijo el hombre llamado Bert Talley, que tenía un rostro ratonil—. Solo sobresalían los pies por debajo de la escalera. Hemos oído gritar asesinato y hemos venido corriendo. Así es como la hemos encontrado. Así que he tirado de ella

y por Dios que aún estaba caliente al tacto.

—¿Es eso cierto, señor Perkins?

—Sí, sir John, y así nos lo ha hecho saber. Ha sido entonces necesario examinar mejor a la mujer para comprobar que la víctima no estaba viva.

—Así pues, ¿realmente han intentado ayudarle en su empeño?

—En cierto sentido, sí, señor.

—¿Y la mujer no había abierto la escarcela?

—No, señor, solo tiraba de ella.

—Entonces, me temo que siendo una mera cuestión de intención, y únicamente eso, debemos aceptar su palabra. Señor Talley y señora Jack, pueden irse, pero debo decirles que si alguno de ustedes dos comparece ante mí en el tribunal de Bow Street, recordaré este incidente y pesará en su contra. Considérenlo una advertencia.

Los dos personajes se alejaron por el pasaje tras muchas y efusivas gracias, inclinando varias veces la cabeza y retorciéndose las manos sin parar.

Sir John y el alguacil Perkins sostuvieron entonces una conversación en la que se habló de la descripción de la escena, del estado del cadáver y de la naturaleza de la herida de la víctima. El señor Perkins dedujo que la mujer había muerto poco antes, quizá apenas unos minutos antes de que él y yo llegáramos a la escena del crimen.

—¿Existe algún modo de averiguar en qué lugar exacto del patio se infligió la herida? —preguntó sir John—. He de suponer que no pudo ser apuñalada en el lugar donde la hallaron.

—No es probable, señor. ¿Es importante?

—Quizá. Ciertamente puede que lo sea. ¿Señor Bailey? ¿Señor Cowley?

Ambos alguaciles se acercaron a él rápidamente. El señor Bailey preguntó qué deseaba.

—¿Me harían el favor de examinar los alrededores y buscar señales de lucha? Suponemos que la mujer, la víctima si así lo prefiere, ha sido apuñalada en otra parte. El señor Perkins me ha informado de que es muy corpulenta, de unos setenta y cinco kilogramos de peso, de modo que han debido de arrastrarla hasta ese sitio que hay debajo de las escaleras. Me temo que habrá muchas pisadas por el patio, pero las huellas que dejaría un cuerpo así al ser arrastrado deberían ser visibles.

Cowley pareció preocupado por la petición de sir John.

—Pero, señor —dijo—, se ha hecho completamente de noche. La luna no alumbra ya.

—Entonces le aconsejo que utilice la lámpara que le he ordenado que trajera consigo. Confío en que lo haya hecho.

—Eh, sí, sir John.

—Entonces, enciéndala y póngase manos a la obra. ¿Señor Perkins? Quisiera hablar con el que ha dado la voz de alarma. Tráigame a ese hombre, ¿quiere?

Cuando el alguacil Perkins se alejó en busca del hombre, sir John se inclinó hacia mí y me habló en voz baja.

—Jeremy, descríbemelo, por favor.

—Desde luego. Es un hombre bajo, de poco más de metro cincuenta, menos de sesenta kilos de peso, más bien cerca de cincuenta y cinco, y razonablemente bien vestido.

—Mmm —gruñó sir John—. Eso bastará. Gracias.

Instantes después el hombre se hallaba ante nosotros. Me maravilló que un hombre de tan menudas proporciones hubiera podido dar semejantes voces.

—Dígale su nombre al magistrado —dijo Perkins.

—Sebastian Tillbury, señor. —Hablabá alto y claro.

—¿Y cuál es su oficio, señor Tillbury?

—Soy mozo de cuadra, señor. Tengo buena mano para los caballos, si me está permitido decirlo, y si desea usted saber dónde me hallo empleado, es en el Elefante y el Castillo, en el Strand.

—Ah —dijo sir John—, una taberna muy respetable, ciertamente.

—No la hay mejor para los viajeros en todo Westminster.

—Bien puede ser, pero dígame, señor Tillbury, ¿cómo es que ha hallado usted el cadáver de esa desdichada mujer? ¿Había entrado en el callejón desde Duke's Court?

—No, señor, ese camino es peligroso al anochecer. Tropecé con ella del modo más natural, pues me dirigía a mi casa. Vivo en una habitación aquí cerca, junto al patio. No es gran cosa, pero me basta. Venía por el pasaje desde Broad Court y he estado a punto de caer sobre ella. Le sobresalían los pies de debajo de la escalera.

—E inmediatamente usted ha supuesto que se trataba de un asesinato y ha dado la voz de alarma. ¿Por qué? Según tengo entendido, el cuerpo aún estaba caliente.

—Lo supuse porque nadie se tumbaría en un lugar como ese para descansar, por muy borracha o cansada que estuviera la persona. Hay ratas y toda suerte de bichos ahí debajo.

—Comprendo. ¿Vio u oyó a alguien más cuando tropezó con ella?

—No, señor.

Bailey dio un grito. Él y Cowley habían llevado sus investigaciones hacia el peligroso callejón.

—¿Qué ocurre, señor Bailey?

—Tenemos algo para usted, sir John.

—Bien. Llévame hasta ellos, Jeremy. Y usted, señor Tillbury, aguarde unos instantes, se lo ruego. Terminaré con usted enseguida.

Siguiendo las indicaciones de Bailey, trazamos un amplio círculo para llegar hasta los alguaciles, que sostenían la lámpara en alto para iluminar el camino.

—¿Qué es, señor Bailey?

—Solo esto, sir John, no había huellas de un cuerpo arrastrado, y como usted ha dicho, hay muchas pisadas desde aquí hasta la escalera donde se ha hallado el cadáver, pero el alguacil Cowley se ha fijado en que unas pisadas en la tierra eran más profundas que las otras.

—Como serían las de un hombre que transportara una carga pesada.

—Así es, sir John. De modo que las hemos seguido en la tierra hasta este lugar, que es donde empieza el callejón y los adoquines. Imposible seguirlas a partir de aquí.

—Comprendo. Aun así, prosigan a lo largo del callejón y busquen cualquier otro indicio: gotas de sangre, botones, cualquier cosa parecida que pudiera fijar la escena exacta del crimen.

—Así lo haremos, señor.

Sir John y yo volvimos sobre nuestros pasos para reunirnos con Tillbury. De camino, me hizo la siguiente observación:

—Ocurre a veces, Jeremy, especialmente en casos de agresión y asesinato, que el mismo que denuncia el crimen es el que lo ha cometido. Desea llamar la atención sobre el hecho y cree que alejará las sospechas de sí dando la voz de alarma. He considerado esta posibilidad en el caso del señor Tillbury, pero la he desechado. No es imposible que un hombre de sesenta kilogramos arrastre un cuerpo de una mujer de setenta y cinco, pero sería altamente improbable que un hombre tan pequeño la transportara en brazos. Creo que podemos permitir al mozo de cuadra que siga su camino sin mayores recelos.

Sin embargo, tenía unas cuantas preguntas más que hacerle.

—Señor —dijo, tocando la venda de seda negra que le cubría los ojos—, como puede ver, he perdido la facultad de la visión. Dice usted que tiene una habitación aquí. ¿Debo suponer que su puerta da al patio? ¿Tiene ventana?

—Sí, señor, es tal como usted supone, señor.

—¿Cuántos vecinos tiene usted?

—¿Aquí, en el patio?

—Sí.

Tillbury reflexionó un momento.

—Bueno, señor, déjeme pensarlo. Está la anciana que vive al lado, pero es tan corta de vista, que se puede considerar que también ella es prácticamente ciega. Luego, arriba, hay un tipo robusto llamado Jaggery, que trabaja de portero en la casa de postas^[4]. Aunque apenas lo veo.

—Oh, ¿y a qué se debe?

—Trabaja desde el mediodía hasta la medianoche.

—Y en consecuencia se hallaba en su lugar de trabajo en el momento en que la mujer fue asesinada.

—Supongo que sí. Y luego, también arriba, está el viejo Joshua, el mendigo... ese que toca el caramillo por los alrededores de Covent Garden.

Se produjo una pausa. Sir John permaneció imperturbable.

—Lamento tener que decirle, señor Tillbury, que me ha llegado la noticia de que Joshua ha muerto esta noche en la calle. Ha sido una especie de ataque.

La pausa que siguió fue aún más prolongada.

—Siento oírsele decir. Él y yo habíamos compartido más de una botella y nos habíamos contado muchas historias. Pero supongo que la edad no perdona. En los últimos tiempos, había veces en que le costaba Dios y ayuda subir las escaleras. —Suspiró—. Quizá haya sido lo mejor.

—Quizá. En cualquier caso, puede usted irse, y gracias. Le pediría tan solo que se lleve a mi joven ayudante, aquí presente, y se lo presente a su anciana vecina para que pueda hacerle unas preguntas. Aunque no vea, puede que haya oído algo significativo.

—Le complaceré con mucho gusto, señor.

Sir John se volvió hacia mí y asintió. Luego, cuando me alejaba con Tillbury, oí al magistrado gritar:

—¡Señor Perkins, creo que tiene usted un testigo más para mí!

Me hubiera gustado oírle interrogar a aquel testigo, pues sentía siempre una absoluta fascinación al escucharle en tales situaciones, pero aún me gustó más que me confiara una tarea de tanta importancia, cosa que jamás había ocurrido hasta entonces. Solo me quedaba esperar que pudiera extraer de la anciana alguna información valiosa.

Tillbury me condujo hasta la puerta de la anciana y yo llamé con unos suaves golpes.

—Algún pariente la mantiene, o ha dispuesto lo necesario para mantenerla —dijo él en voz baja—. Cada mes viene un mozo de una oficina de abogados con unos cuantos chelines para ella, lo bastante para pagar el alquiler y seguir viviendo.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde detrás de la puerta. El tono era quejumbroso, algo suspicaz.

—Soy Tillbury, su vecino, señora Crewton.

La anciana gruñó unas palabras ininteligibles. La oí descorrer el cerrojo, luego saltó el pestillo y la puerta se abrió. La anciana apareció en el umbral, demacrada, llena de arrugas, ataviada con un vestido raído que en otro tiempo fue muy elegante. Aunque yo no tenía la menor idea de su edad, de haberme asegurado Tillbury que tenía cien años, le hubiera creído.

—Señora —le dijo él—, este muchacho tiene unas preguntas que hacerle.

—¿Se trata del asesinato?

—¿Se ha enterado, entonces? —pregunté, haciendo lo posible para adoptar una expresión grave y severa, al estilo de sir John.

—Por supuesto —contestó ella—. ¿Cómo no voy a enterarme con los gritos que ha dado Tillbury? Deben de haberle oído hasta en la catedral de San Pablo.

—¿Ha visto alguna cosa, señora?

—Veo muy poco —dijo ella—. Me siento junto a la ventana. Las formas pasan por delante como meros fantasmas. Sin embargo, ¿qué pueden importarme? Soy vieja, ¿comprendes? Y por la noche, en la oscuridad, no veo absolutamente nada.

—Lo... lo siento. —No sabiendo qué otra cosa añadir, guardé silencio y esperé.

—¡Ah, pero puedo oír! —En sus labios, esta sencilla declaración adquirió un gran dramatismo—. Y a menudo tengo la facultad de ver con los oídos.

—¿Podría ser más concreta? —pedí—. ¿Qué oyó usted, por ejemplo, justo antes de que el señor Tillbury gritara asesinato?

—No fue justo antes, digamos que fue un poco antes cuando oí una discusión, una riña era, entre un hombre y una mujer. La voz de ella era aguda y estridente, de lo más desagradable, y la de él, áspera y estridente, también era muy desagradable a su manera.

—¿Y de dónde procedían las voces? ¿Estaban cerca?

—No, cerca no, pero tampoco muy lejos. Hacia la derecha estaban, en el callejón. Hay un callejón allí, ¿no es cierto, señor Tillbury?

—Oh, sí, señora. Así es, en efecto —dijo él.

—¿Y qué se decían esos dos? —pregunté.

—Oí las voces, pero no las palabras —contestó ella—. A él no le entendía en absoluto, pero armaba mucho ruido.

—¿Y a la señora?

—¿Una señora, esa? Oh, creo que no, mozalbeta. —Soltó una risita fría, sin alegría—. Las de su clase vienen por aquí a menudo porque está un poco apartado. Las oigo a ellas y a sus clientes haciendo sus marranadas contra la pared.

—Pero ¿qué dijo ella, señora? Creo que debe de haber oído usted algo. —Me temo que perdí la paciencia, lo que alteró un poco mi tono. ¡Cómo envidiaba a sir John su imperturbable persistencia!

—Bien, si insiste —dijo ella, delatando con su voz que estaba muy molesta—, solo he oído una frase con claridad, y ha sido esta: «No con tipos como tú».

—¿Nada más?

—Nada más que pudiera entenderse. Pero...

—Pero ¿qué?

—Lo ha dicho de una manera, es decir, su forma de hablar era... bueno, me ha parecido que era irlandesa.

Tras haber recabado esta información, decidí dejar las preguntas. Saludé a Tillbury con una inclinación de cabeza, indicando que había terminado, di las gracias a la anciana brevemente y me dispuse a salir.

—Debía de ser un hombre muy corpulento —dijo ella, musitando para sí.

—¿Por qué lo dice? —quise saber.

—Muy fácil. La ha traído hasta aquí y la ha metido debajo de las escaleras, ¿no? Yo estaba sentada en la oscuridad y también eso lo he oído.

—Gracias de nuevo, señora Crewton. Ha sido usted de gran ayuda.

Había aprendido una lección sobre los interrogatorios. A partir de aquel día, recordaría siempre que debía dejar hablar a los testigos. Tal vez la anciana se hubiera limitado a confirmar lo que sir John ya había deducido, pero el magistrado se alegraría siempre de tal confirmación.

Acompañé al señor Tillbury hasta su puerta y también le di las gracias.

—Me temo que está un poco chiflada y habla demasiado a veces, pero se puede confiar en lo que dice.

Cuando volví junto a sir John, vi con sorpresa que estaba solo. La mujer a la que había dejado como último testigo estaba dando alguna información al señor Bailey, y él lo apuntaba con un lápiz en un trozo de papel a la luz de la lámpara, que sostenía Cowley. Me pregunté si realmente aquella mujer podía saber algo.

—Ah, Jeremy, ¿qué tienes para mí? Espero que me perdones por haberte enviado a hablar con esa mujer. Me ha parecido que si estaba tan ciega como dice el señor Tillbury, tú la interrogarías mejor. Si hablara yo con ella, sería literalmente como un ciego conduciendo a otro ciego. —Así se burlaba él a menudo de su aflicción.

—Señor, le estoy muy agradecido por esta oportunidad.

—Eres muy amable. Pero ¿qué te ha dicho ella?

En mucho menos tiempo del que había empleado la señora Crewton para contármelo a mí, le comuniqué a sir John la frase que había oído la anciana de labios de la víctima y su sospecha de que la mujer era irlandesa. Añadí que, si bien no había podido ver al asesino, le había oído llegar hasta allí y colocar el cuerpo debajo de las escaleras.

—¡Excelente! —exclamó sir John—. Lo has hecho muy bien, Jeremy, pues todo lo que te ha dicho concuerda con todo lo que me ha contado la mujer con la que acabo de hablar. Se llama Maggie Pratt. Conocía bien a la víctima, cuyo nombre, según ella, es Teresa O'Reilly. Por lo tanto la víctima era, en efecto, irlandesa, como ha supuesto la señora Crewton. Esa mujer, la Pratt, que en realidad no es más que una muchacha, nos ha dicho que vio a Teresa O'Reilly conversando en Duke's Court con un soldado, un granadero de casaca roja de la guardia de la Torre, poco antes de que el señor Tillbury descubriera el cadáver y diera la voz de alarma. Bien pudiera ser que la víctima, perseguida por el soldado, dejara Duke's Court y entrara en el callejón, donde han tenido el altercado final. ¿Qué es lo que ha oído tu testigo, Jeremy? «No con tipos como tú». También eso encaja perfectamente, pues los irlandeses, sobre todo los de procedencia rural, detestan a los soldados ingleses de casaca roja. Puede que ella, quizá por alguna experiencia personal, sintiera una animadversión especial hacia ellos, puede que lo rechazara y le dijera algo parecido a lo que oyó la señora Crewton. Tal vez entonces, el soldado, presumiblemente borracho, la apuñalara en un ataque de ira. Y tras haberla apuñalado, ha ocultado el cadáver con la esperanza de que al menos así se retrasaría el hallazgo. ¿Lo ves, Jeremy? Todo encaja a la perfección, ¿no es cierto?

—Muy cierto —dije.

—Maggie Pratt ha accedido a revisar las tropas de la Torre mañana —dijo sir John—. Más bien parece impaciente por hacerlo, pues dice que ha visto muy bien a ese tipo y que quiere que se haga justicia.

Tras entregar la carta que yo mismo había escrito al dictado de sir John, regresé de la Torre de Londres sumido en la inseguridad y el desconcierto, incapaz de afirmar que estuviera convencido de que llegaría a manos de su destinatario aquella misma noche. Desde luego yo había hecho lo posible. Caminando audazmente hacia la puerta que me habían indicado, había pedido que me permitieran entrar para entregar una carta del capitán Conger, el coronel en funciones del regimiento. El guardia de la puerta me había dicho entonces, con la mayor indiferencia, que volviera con ella al día siguiente. Yo le había replicado que no, pues el remitente de la carta era nada menos que sir John Fielding, magistrado del tribunal de Bow Street. El guardia siguió mostrándose impertérrito hasta que grité con toda la fuerza de mis pulmones que una mujer había sido asesinada y que se sospechaba de un guardia granadero. Esto hizo salir al sargento de guardia que, si bien no me permitió la entrada, me prometió solemnemente poner la carta en manos del capitán Conger. Me fui entonces, consciente de que nada más podría hacer, convencido también de que me habrían llevado a presencia del coronel en funciones de haber ostentado el chaleco rojo y el garrote de los Vigilantes de Bow Street.

De modo que allí estaba yo, de vuelta por fin en el número 4 de Bow Street. Aunque me sentía violento por mi fracaso al no conseguir trasponer la puerta de la Torre, tenía la impresión de que sir John lo comprendería, como en verdad ocurrió. También estaba muerto de hambre, pues no había comido nada más que una manzana o dos desde el desayuno. Sin embargo, arriba me aguardaba una sorpresa que retrasó aún más mi comida.

Saludé con la mano al señor Baker, el guardián del calabozo, al tiempo que me dirigía hacia las escaleras.

—Sir John tiene una visita —me dijo.

—¿Oh? ¿Quién es?

—Tú lo conoces mejor que yo... un médico irlandés. Ayudó en aquel caso de Goodhope.

—¡El señor Donnelly!

—Ese es. Lo he enviado arriba directamente, pues recordaba que el juez lo conocía bien.

—Y yo —dije, exultante, precipitándome hacia las escaleras para subirlas de dos en dos.

Conocía bien a Gabriel Donnelly, desde luego. Había llegado a considerarlo como amigo cuando llegué a Londres, pues, como bien recordaba, había mostrado un sincero interés por mí cuando yo no era más que un mozalbete de trece años. En cuanto a sir John, había afirmado que siempre estaría agradecido al señor Donnelly por el modo en que había aliviado los últimos días de la primera lady Fielding.

En mi impaciencia, abrí la puerta de golpe y me los encontré a todos sentados a la mesa de la cocina. No obstante, en el último momento recordé las normas de una conducta decorosa, me detuve en seco, me quité el sombrero y cerré la puerta con

suavidad.

Donnelly reaccionó ante mi ruda aparición levantándose al punto de la silla y avanzando hacia mí con la mano extendida.

—Dios del cielo, ¿eres tú, Jeremy? Pero si pareces un hombre hecho y derecho. Diría incluso que ya eres un hombre. ¿Y qué edad tienes?

—Quince años, señor —contesté con modestia, dejando que me estrechara la mano con brío.

—Bueno, pareces mayor y sobre todo con esa elegante casaca... ¡todo un caballere!

—Siéntate con nosotros, Jeremy —dijo lady Fielding—. El señor Donnelly nos ha entretenido magníficamente con sus historias sobre el valle Ribble.

—Sí, por cierto —convino sir John con una vibrante carcajada.

Acerqué una silla y me senté junto a Annie, nuestra cocinera. Se notaba que tanto ella como los demás estaban muy alegres. Tenían el rostro encendido por la risa; todos sonreían. Annie me guiñó un ojo cuando me senté.

—Ah, pero creo que he sido injusto con las buenas gentes de allá —dijo Donnelly, reanudando su recital—. Son campesinos, gentes sencillas, ni más ni menos. Y si sus modales rústicos y su forma de hablar... oh, Dios, ¡su forma de hablar! —Puso los ojos en blanco del modo más expresivo, provocando nuevas risas —, si a nosotros nos parecen extraños, pueden estar seguros de que las costumbres y el habla de Londres les parecerían más extraños aún a ellos.

—Sin duda, sin duda —dijo sir John—. ¿Quiénes somos nosotros para imponer nuestro modo de vida?

Mas, cuando Donnelly prosiguió, su tono y su semblante eran más serios.

—No, no son tontos. Me arriesgaría a decir que entre todos ellos, yo era al más tonto por haberme ido hasta allí en pos de aquella reticente viuda. —Exhaló un amargo suspiro, pero sin dejar de sonreír—. Tienen ante ustedes esa figura de la comedia, la del pretendiente rechazado. No bastó con seguir a lady Goodhope al interior de Lancashire, donde intenté iniciar la práctica médica entre gentes tan pobres que solo podían pagarme con gallinas, lechones y promesas de encalarme la casa; ni con sentir una gran compasión hacia ella por su condición de viuda y un gran cariño por ella incluso en aquellos arrebatos de estúpida altanería a la que tan a menudo era dada; ni con que le diera al ignorante de su hijo los únicos rudimentos de educación que ha tenido en sus nueve años de vida. No, nada de eso fue suficiente. Como finalmente descubrí, era también necesario que tuviera una gran fortuna personal con la que financiar la educación de su hijo y su regreso a Londres para ocupar el lugar de su padre en la Casa de los Lores. ¿Qué podía ofrecerle yo? Unas cuantas gallinas, un cochinito o dos y un último ofrecimiento de ayuda de mi padre que ascendía a quinientas libras. No era suficiente. Ella eligió, por el contrario, venderse a un comerciante de carbón de Lancashire, de la ciudad de Wigan, un hombre tan increíblemente ignorante que suponía que todo lo que necesitaba para

convertirse en lord Goodhope era casarse con lady Goodhope. Aunque sufrió una decepción al descubrir su error, se mostró bien dispuesto a casarse con ella para vivir en su casa, a la que yo mismo le oí alabar como «la más grande del valle, de todo Lancashire». No me cabe duda de que ella se siente cómoda con él pues procede de su misma clase, aunque está mejor educada. En cualquier caso, ha tomado una decisión definitiva. Se han leído las amonestaciones. No había razón para que permaneciera allí por más tiempo, de modo que... aquí estoy.

Una vez concluido su relato, guardó silencio con la mirada baja. Las dos mujeres que habían estado escuchando dejaron escapar un «aah», que sonó como un coro, expresando una gran desilusión y simpatía a la vez.

Por su parte, sir John se inclinó, aferrando la mesa con ambas manos.

—Muy cierto —dijo—, aquí está. ¿Qué planes tiene, señor D.?

—Pues volver a empezar. Mi padre ha puesto a mi disposición una pequeña cantidad de esas quinientas libras para que pueda abrir y equipar una consulta en un barrio de Westminster. Si no consigo labrarme así una posición en Londres en, oh, digamos en el plazo de un año, siempre me quedará la Marina. No puedo seguir aceptando dinero de mi padre para siempre... a mi edad.

—¿Ha encontrado ya algún lugar?

—Sí —respondió—, aunque aún no está convenientemente equipado.

—Comprendo —dijo sir John, reflexionando—. No es la mera curiosidad lo que me impulsa a hacerle estas preguntas. Se ha producido un homicidio especialmente inquietante hoy mismo y a tiro de piedra de esta misma casa.

Al oír estas palabras, lady Fielding se levantó con presteza.

—Creo que ha llegado el momento de que el sexo débil se retire.

Annie, que había escuchado fascinada y con ojos desorbitados la noticia dada por sir John (pues no se había hablado del asesinato del callejón en ningún momento), se levantó con reticencia, claramente consternada por no poder oír los detalles del espantoso suceso.

—Sí —dijo sir John, poniéndose también en pie, como todos los demás—, quizá sea mejor que os retiréis. Buenas noches, querida. Buenas noches, Annie.

Donnelly agradeció a lady Fielding su hospitalidad y Annie me susurró al oído que tenía un pastel de carne esperándome en el horno.

Instantes después las mujeres se habían ido y nosotros tres volvimos a sentarnos a la mesa.

—Hábleme de ese asunto, se lo ruego —pidió el señor D.—. Siempre me han interesado los casos en los que la medicina puede ser de ayuda en la investigación criminal.

—Los homicidios en particular —apuntó sir John.

—Sí, el cuerpo de la víctima es a menudo el testigo más elocuente.

—Bien dicho, señor, pero permítame que le dé algunos detalles de este caso...

Y eso hizo, en efecto, haciendo un hábil resumen, poniendo de relieve lo que

había dicho Maggie Pratt y la testigo a la que yo había interrogado, la señora Crewton.

—Le hemos concedido a esta mención del soldado —concluyó sir John— la importancia suficiente para escribir al coronel en funciones del regimiento de la Guardia, exigiendo que todos los soldados bajo su mando a los que se haya dado permiso hoy sean puesto en orden de revista para que la señorita Pratt pueda mirarlos y decirnos con cuál de ellos hablaba la víctima. Jeremy ha entregado la carta. ¿Has podido entregársela al capitán Conger en mano, muchacho?

—Me temo que no, señor —contesté—. No se me ha permitido trasponer los muros de la Torre. Pero el sargento de guardia me ha prometido entregársela al capitán personalmente.

—¿Le has dicho cuál era el contenido de la carta?

—Alto y claro, sir John.

—Entonces, estoy convencido de que ha cumplido su promesa. —El magistrado guardó silencio durante unos instantes y tamborileó sobre la mesa con los dedos en un momento de agitación. Cuando se detuvo, parecía haber llegado a alguna decisión—. Señor Donnelly —dijo—, ¿está suficientemente equipada su consulta para examinar ahora el cadáver de esa mujer?

—¿Una autopsia completa?

—No sé lo que eso implica. Déjeme decirle qué es lo que deseo saber. La herida que ha matado a la mujer era de un tipo muy peculiar. Era, tal como me la han descrito, una herida pequeña que ha ocasionado muy poca hemorragia, y que se ha infligido justo debajo del esternón.

—¿Un golpe tan solo? —preguntó el médico.

—Así lo tengo entendido.

—Eso es de lo más insólito.

—¿Ah, sí? Sin embargo, lo que quiero saber es si esa pequeña herida ha podido ser causada por una bayoneta militar. ¿Podría medir la anchura y la profundidad de la herida hasta tal punto de precisión?

—Oh, sí, ciertamente mi consulta está equipada para ello.

—Y, desde luego, cualquier otra cosa que hallara de interés sería bien recibida.

—Por supuesto, comprendo.

—Y le aseguro —continuó sir John—, que mi tribunal tiene fondos para pagarle por sus servicios profesionales... igual que en aquella otra ocasión.

—Entonces, mi primer caso será un cadáver.

—Como usted bien dice, señor D. Ah, una cosa más. La mujer en cuestión, es decir, la víctima, es irlandesa. Teresa O'Reilly se llama, o se llamaba.

—Eso no presenta dificultad alguna. Según mi experiencia, señor, por dentro todos somos iguales.

Así fue como esa misma noche, el señor Donnelly y yo viajamos en carro, acompañados por el alguacil Cowley, hasta la pequeña granja del Rastrero, que estaba cerca de la orilla del río. Aunque el Rastrero plantaba semillas a menudo, nada crecía jamás en el campo que rodeaba su cabaña. Apenas eran visibles las malas hierbas y unas cuantas flores silvestres cuando nos paramos junto a la cerca que rodeaba la propiedad, pero el negro suelo del Támesis que se extendía más allá de la cerca se presentó ante nosotros como una negra extensión semejante a un enorme foso, que debía ser cruzado para llegar al cobertizo en cuyo interior ardía una luz mortecina.

—Hay una entrada ahí delante —dije al alguacil Cowley—. Guíe usted el carro y yo la abriré.

Cowley azuzó a los caballos, yo salté al suelo y corrí hacia la puerta de la cerca. Conseguí abrirla con esfuerzo lo suficiente para que pudiera entrar el carro, y luego volví a subirme a él.

—Qué lugar más extraño y siniestro —comentó el señor D.

—Yo lo detesto, por dentro y por fuera —dijo el joven alguacil—. Está encantado.

—Es como tú decías, Jeremy, como una pequeña granja, sobre todo a la luz de la luna. Vaya, si podría ser una granja cualquiera de Lancashire.

—En este campo es donde entierra a los pobres. Se dice que los entierra unos encima de otros, de modo que los últimos están casi en la superficie.

—No tendrán un entierro cristiano, claro está —dijo el señor D.

—Quizá algunos. No estoy seguro.

El angosto camino rodeaba la cabaña donde vivía el Rastrero con su hermana. A ella la había visto unas pocas veces y solo habíamos hablado en una ocasión. Era tan rara como su hermano e igualmente desagradable. La cabaña estaba sumida en la oscuridad, con los postigos cerrados. El cobertizo tenuemente iluminado se alzaba justo delante.

—Sir John me dijo una vez —comenté— que el Rastrero había heredado este trabajo de la familia. Un antepasado suyo, su abuelo o quizá su bisabuelo, había prestado un gran servicio a las ciudades de Londres y Westminster^[5] durante la gran peste del siglo pasado, al llevarse a los muertos que nadie más se atrevía a tocar.

—Y ahora él presta el mismo servicio en este siglo.

—Así es, señor.

—Y por esa molestia sin duda es considerado como una especie de paria.

Fue entonces cuando el alguacil Cowley intervino con aspereza.

—No estoy seguro de lo que quiere decir eso, señor, pero puedo asegurarle que circulan por ahí historias horribles sobre él.

—¿Qué tipo de historias? —preguntó el señor D.

—Bueno, se dice que a él y a su hermana no les falta nunca la carne... si entiende

lo que quiero decir.

—¿Se ha encontrado alguna vez...?

La pregunta de Donnelly fue interrumpida bruscamente por un súbito revuelo junto al cobertizo. Los dos rocines esqueléticos y cojos que tiraban del carro del Rastrero, que tan inmóviles solían estar, se habían alterado ante nuestra proximidad: relinchaban y pateaban el suelo torpemente, moviendo las estrechas cabezas de un lado a otro. Nuestro tiro de alquiler también se mostró inquieto, pero el alguacil Cowley se puso en pie en el carro y los contuvo, azuzándoles para que siguieran adelante.

Justo entonces emergió una figura, destacándose su tenue silueta en el umbral de la puerta del cobertizo. Era la figura achaparrada del Rastrero. En las manos llevaba algo largo que, sin embargo, era demasiado grueso para ser una escoba, y lo blandió amenazadoramente.

—¿Quién anda ahí? —gritó—. ¡Quieto donde estéis si no queréis que os vacíe la escopeta encima!

Cowley refrenó a los caballos. Todo quedó en silencio durante unos instantes, hasta que caí en la cuenta de que era yo quien debía identificarnos y dar a conocer nuestro propósito.

—Soy Jeremy Proctor —le grité a mi vez—. Traigo una orden de *sir* John.

—Bien, acércate entonces, pero deja ese carro y el tiro donde están. A mis caballos nos les gusta que vengan aquí otros de su especie por la noche.

No tuvimos más remedio que hacer lo que nos decía. El señor Cowley se quedó en el carro, mientras el señor Donnelly y yo nos bajábamos y dirigíamos nuestros pasos hacia el cobertizo. El Rastrero siguió en su sitio, pero sosteniendo la escopeta de un modo menos amenazador, bajo el brazo.

—¿Siempre se comporta así? —preguntó Donnelly en un susurro apenas audible.

—Nunca había venido de noche —contesté—. No me había hecho falta.

—Debo pedirles que salten por encima de la valla. Tal como están ahora, mis caballos se escaparían si abrieran la puerta.

Donnelly asintió con un gruñido y traspasó la valla sin grandes dificultades. También yo lo hice con mi acostumbrado salto. Espantados, los dos caballos huyeron al otro extremo del cercado con su trote cochinerero. Una vez allí, adoptaron su actitud habitual de inmovilidad absoluta y cabezas gachas.

—Miren por dónde pisan. Hace tiempo que no limpio por aquí, no señor.

La luna brillaba aún lo suficiente para permitirnos ver el camino. Cuando nos acercamos, el Rastrero abandonó su puesto y entró en el cobertizo. Siguiendo sus pasos, entramos también. Me preguntaba qué pensaría Gabriel Donnelly de aquel lugar.

El cobertizo del Rastrero servía de depósito de cadáveres para los pobres de Londres, así como los que nadie reclamaba o los que no se podían identificar. Yo lo había visitado con mayor frecuencia de la que hubiera deseado en los dos últimos

años y siempre estaba igual. En verano olía mucho peor que el resto del año, pero fuera verano o invierno, los muertos ocupaban su lugar, los hombres a la derecha y las mujeres a la izquierda, cubiertos por un pedazo de lona. A derecha e izquierda había también pilas de ropa de los muertos. Se decía que el Rastrero se ganaba sus buenos dineros vendiendo aquellas prendas a los que ganaban su buen dinero vendiéndolas a los vivos.

El médico observó la escena ceñudo, con desaprobación. También el Rastrero fruncía el entrecejo. La única lámpara que iluminaba aquel lugar no hacía gran cosa por alegrarlo. Inmediatamente percibí una fuerte antipatía entre los dos hombres.

—¿Qué quieren? —preguntó el Rastrero. Más que una pregunta, era un desafío. Dio un paso o dos hacia el señor Donnelly y lo examinó detenidamente. Aunque sus ojos no eran iguales (pues el izquierdo era sensiblemente más pequeño que el derecho), veía perfectamente bien con ambos. No tenía necesidad de acercarse tanto, lo más probable es que pretendiera intimidar al médico.

El señor D., empero, no se dejó intimidar.

—Tengo una orden —sacó una carta del bolsillo— de *sir* John Fielding, al que usted conoce como magistrado del tribunal de Bow Street, por la que se me faculta para llevarme el cadáver de una tal Teresa O'Reilly con el fin de realizar un examen médico.

El Rastrero rompió el sello y abrió la carta. Sus ojos recorrieron la hoja con indiferencia. Me convencí de que no sabía leer. Le devolvió la carta al señor D.

—¿Quién es esa? —preguntó con un tono de lo más hostil.

—La que se ha llevado esta misma noche de New Broad Court —dije yo.

El Rastrero me lanzó una mirada que parecía considerar la información aportada como una interrupción irrelevante. Luego volvió a mirar al señor D.

—¿Y quién es usted?

—Soy el cirujano que realizará el examen médico.

—Eso pensaba. Y supongo que hará su examen delante de un montón de estudiantes de medicina y hará bromas y cortará el cuerpo en pedazos y les enseñará las entrañas. No me gusta que usen a mis damas y mis caballeros para esas cosas. No hay semana que no aparezca por aquí uno de esos sierrahuesos intentando comprar a una de estas buenas gentes. Estas personas no están a la venta.

—Lo comprendo. Le aseguro, señor, que no tengo estudiantes. No tengo aprendices. El examen médico se llevará a cabo en la intimidad de mi consulta.

Después de haberse desahogado, el Rastrero se relajó un tanto, de hecho, dio un paso atrás y bajó los ojos como si reflexionara.

—Bueno —dijo por fin—, será como usted dice y el propio *sir* John ha dado la orden. —Luego añadió, dirigiéndose a mí—: No se puede discutir con *sir* John, ¿no es cierto, chico?

—Eso me temo —dije con seriedad.

Con un ruidoso suspiro, el Rastrero dio media vuelta, haciéndonos señas para que

lo siguiéramos, y encabezó la marcha con sus piernas cortas y arqueadas hacia el pedazo de lona más alejado del lado izquierdo. Se inclinó y con un solo movimiento destapó el cadáver. Luego se alejó, doblando el trozo de lona mientras caminaba.

—Adelante —dijo—, llévensela.

Donnelly y yo nos apañamos como pudimos. Corrí hacia el Rastrero y le rogué que me diera alguna ropa con que cubrir el cadáver. Encontró las mismas prendas que llevaba la muerta encima de la gran pila de ropa y me las arrojó. La rigidez de la muerte había empezado a apoderarse de miembros y tronco. Esto dificultó la tarea de vestirla, lo que conseguimos tan solo en parte, pero hizo más fácil que la transportáramos entre los dos una vez vestida. El Rastrero no nos prestó ninguna ayuda; se limitó a acompañarnos hasta la valla, iluminando el camino con su lámpara. Siguió con nosotros mientras Cowley acercaba el carro. Yo eché una ojeada por encima del hombro hacia los dos caballos que continuaban en el otro extremo del cercado; no se movieron ni un ápice. Parecían profundamente dormidos. Con la ayuda de Cowley, metimos el cadáver en el carro. El Rastrero no dijo una sola palabra. Cuando terminamos, dio media vuelta y volvió al cobertizo.

Los tres guardamos silencio mientras rodeábamos la cabaña y atravesábamos el campo. Cuando Cowley refrenó los caballos junto a la verja de entrada, salté a tierra para abrirla. Fue entonces —por qué entonces precisamente no sabría decirlo— cuando el señor Donnelly estalló en un torrente de insultos dirigidos nada menos que hacia el Rastrero. Cuando volví a subir al carro y ocupé mi lugar junto a Teresa O'Reilly, el buen doctor lanzaba sus quejas a la oscuridad a voz en cuello.

—¡Por Dios bendito y por todos los santos, no me cabe duda de que ese hombre está loco! Actúa como si fuera un rey y el cobertizo su reino. Los llama «sus damas y caballeros», como si esos pobres cadáveres abandonados fueran sus súbditos. ¡Y ese osario en que ha convertido el cobertizo! La próxima epidemia de peste de Londres se iniciará allí. ¡Fíjate en lo que te digo! ¡Semejante suciedad, el lugar lleno de todo tipo de bichos, el suelo cubierto de excrementos de caballo y Dios sabe qué más! Jamás, ni en Dublín, ni en lugar alguno de Europa, había visto semejante... semejante...

Y así continuó durante unos minutos más.

III

En el que sir John ejerce como juez pesquisidor

Resultó evidente que la carta de sir John al capitán Conger había sido recibida. No puedo jurar que el sargento de guardia cumpliera su palabra y la entregara al capitán personalmente; puede que pasara antes por otras manos. Sin embargo, no cabía la menor duda de que había llegado a su destinatario, pues allí estaba él, junto a la puerta de entrada, para recibir a nuestra pequeña comitiva.

El capitán Conger era un hombre de un metro ochenta de estatura, rostro alargado y facciones angulosas, y no sonreía; parecía una persona poco dada a sonreír. O al menos así me lo pareció a mí mientras cruzábamos el foso por el estrecho puente cerca de la orilla del Támesis. El capitán era fácilmente reconocible por la abundancia de galones en su casaca y las charreteras en los hombros. Habíamos traspasado la puerta exterior sin ser molestados. El capitán nos esperaba en la siguiente puerta, la Byward Tower Gate, que se hallaba justo después del puente sobre el foso. No se movió hasta que nos acercamos, avanzando unos cuantos pasos. Yo toqué el brazo a sir John a la altura del codo para que se detuviera y recibiera el saludo del capitán.

—Sir John, ¿me permite presentarme? Soy el capitán George Conger, coronel en funciones de este regimiento en ausencia de sir Cecil Dalenoy.

—Quien sin duda se halla en algún boscoso rincón del reino despojándolo de animales de caza. —Sir John extendió la mano y el capitán la estrechó cordialmente—. Es un placer conocerle, capitán, aunque lamento que haya de ser en tan lamentables circunstancias.

—No más que yo. —El capitán miró por encima del hombro del magistrado y nos vio a mí y al tercer miembro de nuestro grupo—. Si son tan amables de seguirme, he hecho lo que me pidió: los soldados del regimiento que tuvieron permiso ayer están formados.

A mí, el capitán me saludó con una breve inclinación de cabeza, dio media vuelta y echó a andar a buen paso. Sir John y yo no tuvimos dificultad en seguirle, pero la señorita Maggie Pratt, menuda y de cortas piernas, se vio algo apurada para no rezagarse.

El capitán Conger la había mirado con cierto recelo, como si dudara de su capacidad como testigo. A sir John ella se había presentado como «costurera sin trabajo». Sin embargo, yo sospechaba, como estaba convencido de que también sospechaba él, que la relación de aquella señorita con la víctima, Teresa O'Reilly, una mujer de la calle, era de índole profesional.

Se había dispuesto que ella nos esperaría por la mañana en la esquina de Drury Lane con Angel Court, pero cuando nuestro coche de alquiler llegó al lugar de encuentro, no estaba allí. Así pues, sir John me envió a Angel Court a buscarla, advirtiéndome que anduviera con ojo. Angel Court era, y hasta cierto punto aún lo es, una calle pequeña y de la peor fama. («Calle» es en realidad un nombre demasiado bueno, incluso «callejuela» era más de lo que merecía, pues si bien se podía entrar, no tenía salida). Era lo que por aquel entonces se llamaba un «tugurio»: un pasaje oscuro y angosto en el que se apiñaban las pensiones bajas, algunas de las cuales no pasaban de ser dormitorios colectivos, sin espacios entre ellas. No había modo de saber cuántas personas vivían allí, o quizá fuera mejor decir, dormían allí en una noche cualquiera. ¿Cómo encontraría a Maggie Pratt? ¿Cómo se podía encontrar a alguien en semejante lugar? Decidí que lo mejor era recorrer el pasaje gritando su nombre. A medida que me adentraba en Angel Court, entornando los ojos para escudriñar en la penumbra de una mañana encapotada, oí un portazo cercano y unos pasos apresurados, apareció ante mí un hombre joven, que pasó a toda prisa por mi lado. Tenía un aire muy familiar. Luego la misma puerta volvió a sonar y oí que lanzaban al aire un torrente de insultos de lo más horrendo, entrelazado de obscenidades y blasfemias... presumiblemente en pos del joven que acababa de pasar por mi lado. La voz era femenina, pero desde luego el lenguaje no lo era. Procedía de una galería que quedaba sobre mi cabeza. Allí estaba Maggie Pratt asomada, quizá con la esperanza de ver al que acababa de partir. Cuando se agotó su verborrea, le grité desde abajo que sir John la esperaba en un coche de alquiler y que tuviera a bien darse prisa. Y se la dio, por cierto, pues no debió tardar más de un minuto en coger su capa y cerrar la puerta. Luego corrió escaleras abajo, disculpándose profusamente, pero sin justificar en modo alguno la escena de la que yo acababa de ser testigo. Hasta que estuvimos los tres instalados en el coche y recorrimos buena parte del camino hasta la Torre, no me di cuenta de que aquel hombre joven de aspecto familiar que había pasado por mi lado con tanta precipitación en Angel Court era el mismo que me había impedido el paso cuando subía por Drury Lane en pos de Mariah.

—Capitán Conger —dije audazmente en voz alta—, nuestra testigo tiene cierta dificultad para seguir el paso que usted ha impuesto.

—Y, ay, me temo que yo también —mintió sir John con galantería. (Yo sabía por experiencia que podía hacerme brincar para mantener su ritmo cuando tenía prisa).

—Perdónenme —dijo el capitán, deteniéndose para esperarnos, mirando a derecha e izquierda para disimular su impaciencia—. A un veterano como yo le resulta difícil adaptarse.

Cuando llegamos a su altura, reanudó la marcha junto a nosotros, prácticamente a paso de funeral, aunque en silencio y mirando severamente hacia adelante.

Caminamos hacia la derecha a lo largo del foso; al otro lado del muro era visible

el Támesis. Luego, tras recorrer un pasaje a nuestra izquierda, salimos a un gran espacio abierto, en cuyo centro se alzaba la gran Torre Blanca, el castillo que protegían todas aquellas fortificaciones. Yo nunca lo había visto tan de cerca, aunque lo había vislumbrado a menudo desde cierta distancia, cuando en días de sol parecía brillar bajo la luz; aquella lóbrega mañana, sin embargo, parecía más gris que blanca, pero también más impresionante aún por su tamaño y su forma. Nuestro destino se hallaba después del castillo, en un estrecho campo en el que había soldados haciendo instrucción. Más lejos aún se veía un grupo de soldados más pequeño formado en dos filas en un rincón del campo.

Me arriesgué a mirar a Maggie Pratt. La muchacha que antes sonreía, animada por la novedad de la excursión tras su encontronazo con el chico matón en Angel Court, tenía ahora el semblante solemne y se mostraba insegura. Al parecer el grave propósito de nuestra visita había empezado por fin a adquirir importancia para ella.

Al acercarnos nosotros, el sargento al mando dio la orden de cuadrarse. El capitán Conger se adelantó e intercambió unas palabras con el sargento, luego regresó junto a nosotros y se dirigió a sir John.

—Puede decirle a su testigo que recorra las filas y examine el rostro de estos hombres uno a uno —dijo—. Todos los que disfrutaron de permiso ayer están aquí. Puede tomarse el tiempo que desee, por supuesto. No conviene precipitarse en un asunto de este calibre.

—Estoy completamente de acuerdo, capitán. —Luego sir John se volvió en dirección a la testigo—. ¿Señorita Pratt? ¿Ha oído al capitán?

—Sí, señor.

—Entonces, proceda tal como él le ha indicado.

—Sí, señor.

Estas últimas palabras, las primeras que pronunciaba desde que nos habíamos apeado del coche de alquiler, las dijo en un tono tan bajo que apenas fueron un susurro. Avanzó con resolución hacia la primera fila, donde el sargento la esperaba. Ella, que era de por sí una mujer menuda, quizá una muchacha aún no del todo desarrollada, pareció encogerse aún más al lado de los guardias granaderos. El más bajo de ellos era de mi estatura, y yo era entonces exactamente igual que soy ahora: un hombre de estatura media; a partir de ahí iban subiendo, y uno o dos parecían más altos que el capitán. Sin embargo, ella fue de uno a otro muy lentamente, mirándolos a todos a la cara, examinándolos con el mayor cuidado. Así llegó hasta el final de la primera fila; el sargento la acompañó entonces hasta la segunda fila, que ella examinó con la misma meticulosidad que había demostrado con la anterior. Por su parte, los hombres se sometieron a la inspección sin mostrar ningún signo externo de emoción; por su reacción, o la falta de ella, les hubiera dado igual que les mirara su coronel o el rey Jorge en persona. Eran veinte en total, como yo mismo había contado.

Cuando terminó, la muchacha volvió con nosotros. Sin embargo, no había hecho ninguna acusación, no había extendido el dedo para señalar a alguien, de modo que

yo —quizá como todos los demás— supuse que no había visto al que estaba buscando. Sir John nos hizo retroceder hasta un punto distante de las dos filas de soldados para que pudiéramos hablar sin ser oídos. El capitán Conger nos siguió lentamente.

—¿Ha reconocido al hombre al que vio hablando con la víctima entre los soldados congregados aquí? —preguntó sir John.

La muchacha vaciló antes de contestar.

—Esto es muy desconcertante, señor.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

—He visto a dos que parecían ser él.

Sir John no dijo nada durante un buen rato.

—Dos, ¿eh? —Suspiró. Era evidente que la muchacha no había resultado tan buen testigo como él esperaba—. Muy bien, ¿y cuáles son?

—El quinto de la primera fila, empezando por la izquierda, y el tercero de la segunda, empezando por la derecha.

—Hablaré con los dos. Capitán, ¿está usted ahí?

—Sí, señor.

—¿La ha oído?

—En efecto.

—Aísle a esos dos hombres del resto y entre sí. Y si puede procurarme una habitación en el que pueda interrogarlos por separado, le estaré muy agradecido.

—Así se hará, pero, sir John...

—¿Sí, capitán Conger?

—No piense mal de su testigo. Tiene mejor ojo del que yo esperaba. Los dos que ha elegido son hermanos. Tienen un gran parecido.

Una vez fueron separados los dos soldados del resto, sir John pidió al sargento que registrase los efectos personales de ambos para comprobar si alguno de los dos tenía un cuchillo de hoja estrecha.

—Algo parecido a un estilete —fue su descripción. Luego ordenó que le enviaran a uno de los hermanos.

—¿A cuál de los dos, señor? —preguntó el sargento.

—Ah, no sé, al mayor, supongo.

Así pues, apenas unos instantes después de que el sargento se hubiera marchado, oímos que llamaban a la puerta del despacho del capitán, que nos habían cedido. Sir John ordenó al que llamaba que entrase y fue el mayor de los dos hermanos quien obedeció. También era el más alto y supuse que antes se hallaba en la segunda fila. Por eso mismo no lo había visto demasiado bien, pero ahora comprobé que, ciertamente, se parecía mucho al quinto de la primera fila empezando por la izquierda.

El soldado se plantó en posición de firmes ante nosotros.

—¿Su nombre, señor? —preguntó sir John.

—Sperling, Otis, cabo, ¿señor!

—Puede sentarse, cabo. Tengo que hacerle unas preguntas. Yo soy, por si no le han informado, sir John Fielding, magistrado del tribunal de Bow Street.

—Prefiero quedarme de pie, ¿señor!

—Bien, como guste. Las preguntas se las haré en calidad de testigo. No se ha presentado cargo alguno contra usted. Quisiera que ambos estuviéramos cómodos, y a mí me es imposible si grita usted «¿señor!» cada vez que me dirige la palabra. Se lo ruego, relájese.

El cabo Sperling hizo un esfuerzo y cambió a una posición militar menos fatigosa. También consiguió decir:

—Como quiera, señor —en un tono de voz normal, al tiempo que me echaba una ojeada.

—Ayer le dieron permiso para salir, según tengo entendido.

—Sí, señor, pero solo parte del día.

—Hábleme de ello, por favor. Qué hizo, qué vio, ese tipo de cosas. Empiece con el momento en que abandonó la Torre.

El cabo Sperling hizo un buen resumen, conciso, de cómo había empleado el tiempo desde que salió por la verja de la Torre a las tres de la tarde, en compañía de su hermano, Richard, y de un cabo llamado Tigger, ambos del mismo regimiento de granaderos de la guardia. Su intención, afirmó, era coger la diligencia de las cinco en dirección a Hammersmith junto con Richard, para que ambos pudieran cenar con sus padres; su padre era carretero en aquella comunidad. Habían partido cada uno por su lado: Richard había prometido reunirse con los otros dos en la casa de postas, y los dos cabos salieron juntos para divertirse como más les pluguiera.

—¿Y cómo se proponían conseguirlo ustedes dos? —preguntó sir John.

—Oh, como suelen divertirse los soldados, señor, bebiendo, contando historias y quejándonos de la conducta del regimiento. —Luego añadió—: Quiero decirle, señor, que nos limitamos a pasar el rato juntos, y que en ningún momento tomamos bebidas fuertes, solo cerveza, señor.

—Comprendo. ¿Y dónde pasaron el rato de esa forma?

—Bueno, en dos lugares diferentes. El primero era un sitio cerca del final de Fleet Street que no pone objeciones a servir a los soldados siempre que se comporten bien: el Cheshire Cheese.

—Conozco bien ese lugar, donde yo mismo he bebido y comido —dijo sir John—. ¿Y cuál fue el segundo lugar?

—Pues fue la taberna de la casa de postas donde debía encontrarme con mi hermano.

—¿Y el cabo Tigger se quedó allí con usted?

—Sí, señor, hasta que llegó Richard y nos fuimos en la diligencia.

—¿Y no estuvo usted en ningún momento en la zona de Covent Garden, usted solo o con el cabo Tigger?

—No, señor, no tenía nada que hacer allí.

—Muy bien. —Llegados a este punto, sir John hizo una pausa y ofreció luego el siguiente resumen—: De modo que usted se halló en compañía del cabo Tigger desde el momento en que abandonó la Torre a las tres hasta que partió con su hermano Richard en la diligencia de las cinco en dirección a Hammersmith. ¿Es eso correcto?

—A eso tendría que decir que sí y que no, señor.

—¿Ah? Explíquese, por favor.

—Sí, estuve con Tigger todo el tiempo, pero no, Richard y yo no nos fuimos en la diligencia de las cinco.

—¿Cómo es eso?

—Richard llegó tarde. Yo me enojé con él, pues no había otra diligencia hasta las seis y media. Se suponía que era una fiesta, una celebración, por así decirlo, y él se presentó tarde.

—¿Y qué celebraban?

—Mi ascenso, señor.

—¿A cabo?

—Sí, señor.

—Mmmm —murmuró sir John, y guardó silencio—. Cabo Sperling —dijo luego—, dice usted que su hermano llegó demasiado tarde para coger la diligencia de las cinco. ¿Cuándo llegó?

—Eso no puedo decirlo con exactitud, puesto que no tenía entonces reloj, aunque ahora sí lo tengo. Mi padre me lo regaló anoche, señor.

—Debe de estar muy orgulloso de usted.

El cabo enrojó de vergüenza, miró a derecha e izquierda, y arrastró los pies.

—Como usted diga, señor.

—Dígame la hora aproximada, entonces.

—¿Señor? —dijo el cabo, frunciendo el entrecejo, pero sin duda lo había entendido.

—La hora en que llegó su hermano.

—Ah, bueno, no llegó muy tarde... menos de media hora, diría yo.

—¿Un cuarto de hora? ¿Eso diría?

—Más o menos, no mucho más. —El cabo volvió a mirarme de reojo.

—Muy bien —dijo sir John—. ¿Qué excusa le dio su hermano? ¿Qué lo retuvo tanto tiempo?

—Eso tendrá que preguntárselo a él, señor.

—¿No quiere decírmelo usted?

—Sí, señor, pero él no me dijo nada, solo que era un asunto personal. Luego, cuando llegó tarde, dijo que no había podido evitarlo.

—¿Y esas fueron todas sus explicaciones?

—Es muy reservado. Debe usted comprender, señor, que las cosas no son siempre fáciles entre hermanos, aun cuando estén en el mismo regimiento.

—Quizá especialmente en ese caso.

—Como usted diga, señor.

—Casi hemos terminado —dijo sir John—. Pero quiero preguntarle, cabo, cuándo se separó su hermano Richard de usted y del otro cabo. Ha dicho que salió de la Torre con él, los tres juntos.

—Sí, señor. Richard siguió con nosotros hasta que llegamos al Cheshire Cheese. Allí fue donde nos dejó.

—¿A qué hora aproximadamente?

—Tendría que calcularlo también, pero me parece probable que tardáramos un cuarto de hora en ir caminando hasta allí.

—De modo que no vio a su hermano desde las tres y cuarto, aproximadamente, hasta las cinco y cuarto. ¿Correcto?

—Correcto, señor.

Sir John dio por finalizado el interrogatorio del cabo Otis Sperling, pero le ordenó que regresara a la habitación donde había estado esperando a que le llamara. Cuando salió, sir John se recostó en la silla y juntó las yemas de los dedos de ambas manos. Reflexionó durante unos instantes.

—Bien, ¿qué te ha parecido? —me preguntó.

—Da la impresión —contesté— de que Richard Sperling es nuestro hombre.

—Esa es la impresión, por cierto. Hay cierta discrepancia en la cuestión del tiempo, pero dime, Jeremy, ¿qué cara ha puesto el cabo cuando le he pedido que fuera más concreto con respecto a la tardanza de su hermano? Ha respondido con prontitud.

—Sí, pero parecía un poco nervioso. Ha fruncido el entrecejo, se lo ha pensado, ha mirado en derredor. Al final del interrogatorio tenía la frente algo sudorosa.

—Hay una ventana abierta a mi espalda. Esta habitación es bastante fría.

—Exactamente —dije.

—Bien pudiera ser —dijo sir John— que tras haberse escapado que su hermano no había llegado a tiempo para marcharse los dos en la diligencia de las cinco, haya comprendido por mis preguntas subsiguientes que la cuestión del tiempo era esencial. Y así, tal vez se haya dedicado a minimizar el retraso de su hermano. Bien pudiera ser que Richard llegara a la casa de postas con una hora o más de retraso. Quizá incluso llegara con el tiempo justo para coger la diligencia de las seis y media.

—Lo que lo situaría dentro de los límites de tiempo establecidos por lo que vio Maggie Pratt y el hallazgo del cadáver.

—Que aún estaba caliente —apuntó sir John.

Parecía a punto de añadir algo cuando llamaron a la puerta. Invitado a entrar, el sargento apareció en el umbral de la puerta con aire de total satisfacción.

—Me alegra informarle —dijo— de que no he hallado cuchillos de ningún tipo entre los objetos personales de Sperling, Otis, ni de Sperling, Richard. Y buena cosa

es, además, pues la posesión de tales armas sería motivo para un consejo de guerra.

—Bueno, sargento —dijo sir John—, si usted se alegra, yo también me alegro.

—Ambos tienen un buen historial, señor, aunque Sperling, Richard, lleva poco más de un año en el regimiento.

—¿Qué edad tiene?

—Diecinueve años apenas, señor.

—¡Qué joven! Bien, sea como sea, debemos llevárnoslo a Bow Street para proseguir con nuestra investigación.

—Eso tendrá que hablarlo con el capitán Conger, señor.

—Me lo imaginaba —dijo sir John, levantándose de la silla—. ¿Quiere llevarnos ante él, por favor?

Cuando el sargento nos dejó junto al capitán, en el patio de armas, sir John tuvo ciertas dificultades para convencer a este de la necesidad de trasladar a Richard Sperling a Bow Street.

—¿Se le acusa formalmente?

—En absoluto —respondió sir John—. Sin embargo, creo que estaría más dispuesto a cooperar en un entorno más oficial.

—Todo el peso de la ley, ¿es eso?

—Algo por el estilo, supongo. En cualquier caso, ¿le dará usted permiso para comparecer como testigo?

—Por supuesto, si puede volver.

—¿Perdón? No comprendo, capitán. Si no hay necesidad de detenerlo para que sea juzgado, por supuesto que podrá volver.

—Y si se presenta la necesidad, también queremos que vuelva para que podamos celebrar un consejo de guerra. La justicia militar es rápida, segura e imparcial, sir John.

—Bueno, estoy seguro de que es rápida cuando menos. Pero veamos, capitán, es demasiado pronto para discutir sobre cuestiones de jurisdicción. Ha de convocarse un jurado pesquisador a fin de establecerse formalmente que se ha cometido un asesinato.

—¿Existe alguna duda?

—No, pero un cirujano ha examinado el cadáver y prestará declaración. Puede que su testimonio sea favorable al soldado raso Sperling.

—O desfavorable.

—Ciertamente. Sin embargo, es una investigación abierta que no extrae conclusiones de culpabilidad o culpabilidad probable.

—Comprendo —dijo el capitán—. ¿Y quién es el juez pesquisador?

—Bien... —Sir John vaciló—. Soy yo quien actúa como tal *pro tempore*.

El capitán Conger lo miró del modo más escéptico. Meditó unos instantes.

—Sir John Fielding —dijo por fin—, me inclino ante su reputación, pues es excelente. No obstante, no permitiré que se lo lleve así, por las buenas, como parece

usted sugerir. Una escolta armada llevará al soldado Sperling a Bow Street. Si se hace el menor intento por retenerlo o por entablar contra él un proceso criminal, seguirán mis órdenes de traerlo de vuelta a la Torre, haciendo uso de la fuerza, si fuera necesario.

Sir John asintió para dar su aprobación, si bien parecía molesto.

—Entonces, también yo tengo que estipular ciertas condiciones —dijo—. Son estas: En primer lugar, el soldado Sperling no será encadenado, puesto que es un testigo y no se le ha acusado de ningún crimen.

—De acuerdo.

—En segundo lugar, el cabo Tigger formará parte de la escolta y también a él se le permitirá prestar declaración.

Aunque el rostro ceñudo del capitán indicaba que entendía en realidad las implicaciones de esta condición, no puso objeción alguna.

—De acuerdo —repitió.

—Y, finalmente, que al menos uno de los miembros de la escolta sea de rango igual o superior para garantizar que el cabo Tigger y el soldado Sperling no intercambian comentario alguno sobre el crimen, ni sobre sus actividades de ayer.

—De acuerdo.

—Bien, si usted está conforme, capitán, yo también lo estoy —dijo sir John, sonriendo cordialmente—. Y le ofrezco mi mano para sellar el acuerdo.

Ciertamente eso fue lo que hizo, y ambos se estrecharon la mano.

—A propósito, capitán Conger, quisiera saber si el teniente Churchill se halla por aquí. Lo conocí el año pasado. Creo que sería una descortesía que no lo visitara mientras estoy en la Torre.

—Sir John, se halla ausente cazando en, como usted ha dicho antes, «algún boscoso rincón del reino», al igual que casi todos los oficiales del regimiento excepto yo. No olvide, señor, que he puesto mi confianza en usted en este asunto. Si actúa en mi contra, me colocará en una situación sumamente embarazosa y sin duda sufriré las consecuencias. Buenos días, señor.

Tras estas palabras, giró sobre sus talones y se alejó con su vivo paso de veterano.

—La vista es hoy a las once de la mañana —le dijo sir John, alzando la voz. (Aunque el capitán no dio muestras de haberle oído, yo estaba convencido de que así era). Luego añadió, dirigiéndose a mí—: Maldita sea si ese hombre no pide demasiado. —Recordó entonces algo más y gritó de nuevo, alto y claro—: ¡Capitán! No olvide asegurarse de que el soldado Sperling lleve consigo su bayoneta.

—Así se hará, sir John —replicó el capitán.

—Caballeros, esto es un proceso legal para determinar la naturaleza de la muerte de Teresa O'Reilly. Con ese propósito hemos llamado a testigos que prestarán declaración, y esta será o no pertinente cuando se lleve a juicio este caso, si es que se

lleva. Yo, como magistrado, actúo *pro tempore* como juez pesquisidor, y así, mientras dirijo esta investigación como pesquisidor, atenderé a cuanto se diga con mi oído de magistrado.

Sir John se dirigía a doce hombres a los que *Mardsen* había tentado en la calle con la promesa de un chelín. Se hallaban sentados en dos grupos de seis en las dos primeras filas de la pequeña sala del tribunal, en la planta baja del número cuatro de *Bow Street*. Los testigos se sentaban a un lado: *Maggie Pratt*, *Gabriel Donnelly* y el soldado *Sperling*, que estaba situado entre un cabo, del que supuse que sería *Tigger*, y el sargento que nos había ayudado en la Torre y del que desconocía el nombre. El señor *Mardsen* estaba sentado junto a *sir John*. Daba la casualidad de que yo era la única persona presente que no habría de tomar parte en la vista.

—En primer lugar —dijo *sir John*, dirigiéndose siempre al jurado pesquisidor—, permítanme que les dé a conocer los hechos. La difunta fue hallada en un patio junto a *New Broad Court* que da a un callejón que conduce a *Duke's Court*. Quizá ustedes conozcan bien ese vecindario, pues el lugar está muy cerca de donde ahora nos hemos reunido. Un residente del patio, el señor *Sebastian Tillbury*, la encontró con los pies sobresaliendo de debajo de una escalera poco después de la seis, e inmediatamente dio la alarma. El alguacil *Perkins* pasaba por allí y acudió al punto a la llamada. Miró su reloj y fijó la hora de su llegada en las seis y ocho minutos. Tomen nota de la hora, por favor, dado que puede ser de la máxima importancia. El cadáver aún estaba caliente.

Aquí hizo una pausa, musitó algo al oído de *Mardsen* y esperó mientras oía la respuesta. Luego prosiguió del siguiente modo:

—En este momento quisiera llamar al primer testigo, el señor *Gabriel Donnelly*, médico, que ha realizado el examen *post mortem* de la difunta. Lo llamo ahora para que preste declaración sobre la causa de la muerte.

Donnelly se levantó de la silla y caminó pesadamente hasta situarse delante de *sir John*. Parecía exhausto, pobre hombre, pues yo sabía que había permanecido despierto casi toda la noche para realizar la autopsia a la víctima. Sin embargo, durante el interrogatorio de *sir John* que sigue, respondió con voz fuerte y segura.

—Señor *Donnelly*, ¿podría darnos un breve resumen de su experiencia como médico?

—Con mucho gusto. Serví durante siete años en la Marina de Su Majestad hasta el año 1768, fecha en la que pasé a practicar mi profesión brevemente en Londres y durante los dos años siguientes en Lancashire. He regresado a Londres recientemente para reanudar mi práctica aquí.

—¿Y ha practicado usted, en este tiempo, otros exámenes *post mortem*?

—Muchos. Fue sobre todo en la Marina donde tuve ocasión de hacerlo. Yo diría que el número se eleva a algo más de dos veintenas... unas cincuenta, aproximadamente.

—Muy bien. ¿Quiere decirnos ahora cuál es, en su opinión, la causa de la muerte

de Teresa O'Reilly?

—Sí, señor. —Sin embargo, antes de empezar, respiró hondo y exhaló un largo suspiro—. Encontró la muerte por una única herida de arma blanca en el corazón. Se la infligieron en un punto ligeramente por debajo del xifoides, es decir, del esternón. El instrumento que le produjo la muerte, una hoja afilada y estrecha, le fue clavado en un ángulo levemente dirigido hacia arriba hasta atravesar la gran vena cardiaca y se mantuvo así, seguramente hasta que la víctima dejó de debatirse. Como resultado de este tipo de herida, perdió una considerable cantidad de sangre internamente, pero muy poca por el punto de entrada.

(En este momento debería decir que, lejos de confundir a los miembros del jurado, la declaración del señor Donnelly pareció interesarlos grandemente. La variopinta colección de hombres, la mayoría de ellos de escasa educación, si es que tenían alguna, se inclinó como uno solo mientras se ofrecían los detalles anatómicos de la muerte de Teresa O'Reilly. Vi que, no uno, sino dos de los doce se palpaba la sucia camisa para encontrarse el esternón, y luego el lugar preciso en el que se había infligido la herida).

—¿Había algo insólito en todo esto? —preguntó *sir* John.

—Pues sí, señor —respondió Donnelly—. Lo insólito del caso consiste en la precisión de la herida. El hecho de que fuera perfectamente dirigida, de que se diera una única cuchillada hacia arriba, la hace diferente, según mi experiencia, de la muerte normal por apuñalamiento, que suele caracterizarse por la abundancia de heridas y de efusión de sangre. Vea usted, el corazón está perfectamente protegido por el cuerpo. Está situado en la caja torácica, rodeado de costillas y situado detrás del esternón, un hueso plano de extrema dureza que le sirve de escudo. La mayoría de la gente no lo sabe y, como consecuencia, continúa infligiendo heridas en el tórax y el abdomen de la víctima hasta que se causa una herida mortal. La muerte de una sola cuchillada en el tórax es, diría yo, muy poco corriente.

—¿Y qué deduce usted de todo ello? —preguntó *sir* John.

—Sencillamente que el que causó la muerte de Teresa O'Reilly sabía bastante, quizá mucho, sobre anatomía humana. Conocía el emplazamiento exacto del corazón y el camino más directo para alcanzarlo.

—Aunque tengo intención de volver a llamarle, quisiera hacerle una última pregunta, señor Donnelly. Me ha oído usted decir en mi resumen inicial que el alguacil Perkins llegó al lugar en que se descubrió el cadáver pasados ocho minutos de las seis, momento en el que aún lo notó caliente. A partir de este dato, ¿podría usted dar su opinión sobre la hora de la muerte de la mujer?

—Me temo que no será muy exacta. Pudo haber sido cualquier momento entre media hora y unos minutos antes de que se hallara en aquel patio.

—Gracias, señor Donnelly. Eso es todo por el momento.

El médico volvió a su asiento. El jurado pesquisador, liberado del trance en que lo había mantenido su declaración, volvió de repente a la vida con murmullos y

susurros, haciendo necesario que *sir* John les llamara al orden.

—Les recuerdo, caballeros —dijo—, que esta es una vista oficial. Cualquier comentario entre ustedes en este momento está fuera de lugar y es del todo impropio.

Tras haberse pronunciado de manera tan severa, apenas suavizó su tono cuando llamó a Maggie Pratt a declarar. Tanto fue así que la muchacha avanzó hacia él acobardada y con gran turbación.

—¿Podría darnos su nombre completo, señorita Pratt, a fin de que el señor Mardsen lo registre?

—Margaret Anne Pratt —respondió con un hilo de voz.

—¿Lo ha oído? —preguntó *sir* John a Mardsen, que gruñó afirmativamente—. Debo pedirle que en sus próximas respuestas hable más alto. Bien, una vez más para que conste, según me dijo al preguntarle yo su ocupación, es usted «costurera, sin trabajo actualmente». ¿Desea usted que así conste?

—Eh, sí, señor.

—¿Su edad?

—Veintidós, por lo que sé.

—Usted identificó el cadáver de Teresa O'Reilly ante el alguacil Perkins, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Podría usted explicar su relación con la difunta?

—¿Señor?

—¿Eran amigas o conocidas? ¿La conocía bien?

—Creo que la conocía bastante bien. Compartíamos una habitación en Angel Court.

—Entonces, debía de conocerla muy bien, ciertamente.

—No tanto como eso. Ella la tenía durante el día y yo durante la noche.

—Curioso arreglo —comentó *sir* John con tono de guasa—, pero indudablemente práctico en ciertas circunstancias. Díganos lo que sepa de ella.

—Bueno, sé que era irlandesa, y que vino aquí hace unos dos años de un lugar llamado Waterford del que siempre estaba hablando. Tenía mi edad, más o menos, y... bueno, desde luego eso es todo lo que sé de ella.

—Que desde luego no es demasiado.

—No, señor.

—Quizá yo pueda ayudarla a recordar más cosas. ¿Cómo se ganaba la vida?

—Bueno, señor, de eso no estoy segura, porque la habitación era suya durante el día y desde luego yo no asomaba por allí cuando no me tocaba, pero creo que tenía amigos, caballeros que le daban dinero.

—¿Cuántos de esos amigos tenía?

—Oh, muchos, señor. Se lo trabajaba muy bien, ella, y le echaba mucha cara.

—Así que, lo que me está diciendo es que era una mujer de la calle, una vulgar prostituta.

—Puede decirse así, señor... aunque yo no soy quién para juzgar a los demás.

—Más bien no —dijo *sir John*—, pues dudo de que se halle en situación de hacerlo.

Al oír estas palabras, un par de miembros del jurado que habían captado las implicaciones del comentario, estallaron en risitas disimuladas. Una vez más *sir John* los llamó al orden, aunque su tono era más indulgente que antes.

—¿Alguno de aquellos «amigos», como los llama usted, la visitaba a menudo? —siguió preguntando—. ¿Le nombró a alguno?

Ella abrió la boca con presteza y a mí se me ocurrió que daría el nombre del individuo con el que me había cruzado en Angel Court, pero luego, quizá se lo pensara mejor, porque cerró la boca y no dio ningún nombre ni pronunció palabra alguna. Yo lo vi, como lo vio el jurado, pero la ceguera se lo impidió a *sir John*.

—Vacila —dijo.

—Intento recordar —replicó ella—. Pero no, señor, no recuerdo ninguno. Teresa llevaba allí al que se presentara, y no temía a nadie. Era tan grande como la mayoría de los hombres, hacía el doble que yo, y sabía defenderse, si llegaba el caso.

—¿No se amilanaba fácilmente ante una amenaza, entonces?

—Oh, no, señor.

—¿Ni tampoco vacilaba en defenderse si creía que corría peligro?

—Ella no, desde luego.

—Muy bien, señorita Pratt, es suficiente. Pasemos a la información que me dio usted cuando hablamos anoche en el patio junto a New Broad Court. ¿Qué me dijo entonces?

Ella lo miró con suspicacia, casi con incredulidad.

—¿Es que no se acuerda?

Su respuesta, hija de la inocente ignorancia, hizo que toda la sala estallara en risas estentóreas. Pillado por sorpresa, el propio *sir John* se unió a ellas, y por ello no pudo tratar al jurado ni a la testigo con tanta dureza como hubiera empleado en caso contrario. Lo cierto es que tuvo que limitarse a esperar a que se apagaran las risas, entre ellas la suya propia, y golpear la mesa con el mazo de carpintero que parecía tener siempre a mano. Pidió a todos que guardaran silencio, mientras Maggie Pratt permanecía de pie, mirando en derredor, enfurruñada como una niña al verse convertida en el hazmerreír de todos los adultos. Me fijé en que era la única mujer de la sala y me pregunté si eso no tendría algo que ver con aquella hilaridad burlona. Sentí lástima de ella.

—No, mi querida señorita Pratt —dijo *sir John* tras haber impuesto el orden en la sala y recuperado el dominio de sí mismo—. Recuerdo muy bien lo que me dijo. Sin embargo, es necesario que lo repita para el jurado y para las actas.

—Comprendo —dijo ella con frialdad—. Bueno, en ese caso, estoy dispuesta a repetirlo. —Respiró profundamente y comenzó—: Estaba yo paseando después de comer y beber algo en la Tompkins Ale House, cuando me encontré en Duke's Court

y allí vi a una fulana corpulenta que hablaba con un soldado.

—¿Está segura de que era un soldado? —preguntó *sir John*.

—¿Que si estoy segura? Esa casaca roja que llevan es inconfundible.

—Supongo. Continúe, por favor.

—Bueno, pues ella se volvió a medias y entonces vi que era Teresa con toda seguridad. Así que me fui hacia ella, porque tenía que decirle una cosa.

—¿Y qué era?

—Algo personal —contestó ella, y esperó para ver el efecto que producía su respuesta. Cuando se dio cuenta de que aquella evasiva no le serviría de nada, prosiguió—: Tenía que ver con uno de sus amigos que venía a la habitación preguntando por ella a cualquier hora.

—¿Cómo se llamaba? Debió de dárselo.

—No lo recuerdo, señor.

—Sin embargo, lo recordaba muy bien cuando se acercó a Teresa O'Reilly al verla en Duke's Court.

—Quizá, pero creo que solo iba a describírselo.

—Entonces, descríbanoslo a nosotros.

—Bueno —dijo ella con un suspiro—, era más joven que yo, pero no mucho. En tamaño y figura es como el joven caballero que vino con nosotros a la Torre, ese que está sentado ahí —me señaló—. Pero no quiero decir con eso que sea su joven ayudante, solo que es como él.

—Me alivia saberlo —dijo *sir John*. (Y también, lector, me alivió a mí).

—Lleva el pelo corto como los irlandeses, pero no lo es, o al menos no me lo ha parecido por su forma de hablar, y tiene la nariz un poco torcida. Eso es todo lo que puedo decirle, señor.

Maggie Pratt acababa de hacer una descripción bastante precisa de aquel al que yo había apodado «chico matón» y con el que había tropezado dos veces: una en Drury Lane y otra en Angel Court. Estaba convencido de que ella sabía cómo se llamaba.

—Será suficiente, gracias —dijo *sir John*—. Bien, de modo que usted se acercó a Teresa O'Reilly en Duke's Court para quejarse de ese individuo. ¿Y qué le dijo ella?

—Nada, señor. Cuando me acerqué, me guiñó un ojo y me hizo una señal con la cabeza como diciendo: «Sigue andando. Ahora no puedo hablar». Así que eso hice, pero cuando estaba allí, muy cerca de los dos, el soldado se dio la vuelta y me miró, y yo a él.

—¿Podría reconocerlo?

—Sí, señor.

—¿Diría usted que Teresa O'Reilly y el soldado se trataban con acritud?

—¿Señor?

—¿Discutían? ¿Se peleaban?

—Oh no, señor. Yo diría que Teresa había encontrado otro amigo.

—Y díganos qué ocurrió después de su encuentro en Duke's Court. En concreto, ¿qué hizo usted después?

—Pues estuve dando vueltas por allí un rato más, y luego, cuando estaba en New Broad Court, oí que alguien gritaba «¡Asesinato!» y después un terrible alboroto. Me acerqué por el pasaje para ver qué ocurría, y cuando la sacaron de debajo de las escaleras, vi que era Teresa. Sabía que sería ella, aunque no sé por qué.

—¿Qué intervalo de tiempo transcurrió entre su encuentro con Teresa O'Reilly y el soldado y el momento en que llegó por el pasaje y la vio muerta? —*Sir John* hizo esta pregunta con gran severidad para poner de relieve la seriedad de la cuestión.

—No sabría decírselo, señor. Las personas como yo no llevamos reloj.

—Pero cuando usted y yo hablamos la primera vez, señorita Pratt, me dijo que había visto a la difunta «justo antes» con un soldado que parecía de la Guardia de Granaderos.

—Eso es.

—Bien, ¿cuánto tiempo pasó? ¿Un rato? ¿Fue usted directamente de Duke's Court a New Broad Court y oyó entonces la alarma, o se detuvo en alguno lugar por el camino?

—Oh, me detuve. Entré un momento en la Shakespeare's Head, que es un lugar de lo más respetable. Allí hago siempre muchos amigos. —Luego añadió con tono tranquilizador—: Pero estuve poco tiempo.

—Por lo que veo, tenemos dificultades para establecer el tiempo transcurrido —dijo *sir John* al jurado—. Pero debemos continuar. —Dijo entonces a la señorita Pratt, que seguía de pie ante él—: ¿Ve usted al hombre que se hallaba en compañía de la difunta en esta habitación? Si es así, haga el favor de señalarlo.

Ella se dio la vuelta y señaló al soldado Sperling.

—Es él, al menos eso creo. Había dos soldados, como ya sabe usted, señor.

—Lo sé muy bien. Eso es todo, señorita Pratt. —*Sir John* conversó brevemente con el señor Mardsen y luego dijo—: Que conste en acta que la señorita Pratt ha señalado al soldado raso Richard Sperling, granadero de la Guardia.

Mientras ella volvía a sentarse junto al señor Donnelly, *sir John* se volvió hacia los doce hombres sentados en las primeras filas.

—El problema de los dos soldados se explica fácilmente —les dijo—. De hecho, cuando la señorita Pratt ha ido a la Torre conmigo a primera hora de la mañana, no ha señalado a uno sino a dos soldados como posibles candidatos. Esto, sin embargo, no la impugna como testigo, pues los dos soldados son hermanos, y según me han dicho tienen un parecido extraordinario. He hablado con uno de ellos y he quedado satisfecho por el momento. No obstante, aprovecharé ahora para corroborar la historia que me ha contado antes el cabo Otis Sperling con el cabo Tigger.

El cabo Tigger se levantó dispuesto a colocarse ante *sir John*.

—Quédese donde está, cabo. ¿Sargento? ¿Está usted ahí? Dé su nombre, por favor.

—Aquí estoy, señor —dijo él, poniéndose en pie—. Silas Tupper, sargento de la Guardia de Granaderos.

—Puede permanecer donde está, pues no le haré más que un par de preguntas. Dígame: ¿Le ha ordenado el capitán Conger que impidiera que el cabo Tigger hablara de este asunto con el soldado Sperling antes de esta vista, que de hecho no hablaran entre ellos en absoluto?

—Así es, señor.

—¿Y ha cumplido usted esa orden?

—Sí, señor. No se han dicho nada absolutamente en todo el tiempo que han estado juntos.

—Bien, sargento, gracias. Puede sentarse. Y ahora, cabo Tigger, por favor, ocupe su lugar ante mí.

El alfanje del cabo tintineó un poco en su vaina mientras caminaba. Eso, y el par de pistolas que llevaba ceñidas a la cintura hacían de él una figura impresionante. Dijo llamarse John Tigger, cabo de la Guardia de Granaderos. Luego, a petición de *sir* John, contó prácticamente la misma historia que antes habíamos oído al cabo Sperling. Tan solo percibí la diferencia de que fue más concreto con respecto al retraso del soldado. Afirmó que había mirado su reloj cuando el cabo Sperling salió al encuentro de su hermano y le reprendió en la taberna de la casa de postas, y que pasaba entonces un cuarto de hora de las cinco. El cabo Tigger había permanecido con los dos hermanos en la taberna hasta que subieron a la diligencia y partieron en dirección a Hammersmith a las seis y media.

Tras dar por concluido el interrogatorio del cabo Tigger, *sir* John llamó a Richard Sperling para que declarara como testigo. El joven soldado era la viva imagen de un patético abatimiento cuando ocupó su lugar ante *sir* John; daba la impresión de haber sido ya declarado culpable y sentenciado. Sin embargo, consiguió sobreponerse lo bastante para adoptar una actitud más acorde con su condición de soldado al dar su nombre y rango y declarar que tenía diecinueve años.

—Soldado Sperling —dijo el magistrado—, me temo que tendrá que contarnos cómo pasó las dos horas, quizá un poco menos, que mediaron entre el momento en que se separó de su hermano y del cabo Tigger en el Cheshire Cheese y el momento en que se reunió con ellos en la taberna de la casa de postas.

—Sí, señor —dijo él, con voz tan forzada que apenas era audible.

—Hable más alto, joven. Proceda.

—Sí, señor. —Carraspeó.

Los miembros del jurado habían adoptado la misma actitud de intensa concentración que antes mantuvieran para escuchar la declaración de Donnelly.

—Los dejé allí, como usted dice, y me alejé rápidamente en dirección a las calles que bordean Covent Garden —explicó—. Una vez allí, no hice más que dar vueltas, buscando, poniéndome en el camino de la tentación.

—¿Y qué buscaba? —preguntó *sir* John—. ¿Cómo deseaba ser tentado?

—Deseaba la tentación de la carne. Buscaba una mujer.

—Bueno, hay montones de mujeres por los alrededores y muchas bien dispuestas al propósito que usted parecía tener en mente.

—Lo sé, señor, y por eso vine aquí. —Bajó la vista, pero su voz no perdió su firmeza cuando siguió hablando—: Yo... yo no había estado nunca con una mujer... de esa forma, y me avergonzaba de ello, considerándome menos que un hombre. Estaba decidido a cambiar las cosas, y pensé que me bastaría con el tiempo que faltaba para que saliera la diligencia y que podría hacer lo que era menester que hiciera. No obstante, cuando me vi en aquellas calles y el aspecto agotado y endurecido de aquellas mujeres que estaban disponibles, y pensé en la posibilidad, quizá la certeza, de contagiarme una enfermedad, y recordé mi educación cristiana, me fue imposible seguir adelante con mi plan. Entré en un local y pedí una cerveza para armarme de valor.

—¿Qué local era ese? —preguntó *sir* John.

—No lo recuerdo, señor, de verdad que no, aunque quizá podría encontrarlo si...

—No importa. Continúe.

—Muy bien. Al salir de la cervecería, una mujer trabó conversación conmigo. Puede que fuera en Duke's Court. Si esa mujer que hay ahí lo dice, habré de aceptarlo. En cualquier caso, me dijo que se llamaba Teresa y... me gustaba. Era una mujer grande, irlandesa, y parecía comprender mi problema. Había algo maternal en ella... no como si fuera mi madre, ya me comprende, sino...

—Lo comprendo. Continúe.

—Yo... acepté irme con ella y me llevó a un lugar en Angel Court, una habitación inmunda con un colchón de paja, una silla y nada más. Estuve allí poco tiempo. Yo..., —vaciló, buscando las palabras adecuadas—. Fracasé en lo que pretendía conseguir. Ella se mostró comprensiva, pero se negó a devolverme el dinero.

Entonces y solo entonces, unos cuantos miembros del jurado empezaron a reír disimuladamente, pero sus propios compañeros les hicieron callar y *sir* John no creyó necesario llamarles al orden.

—De modo que me fui. Me fui a toda prisa, pensando que debía de llegar tarde... y por supuesto así fue. Tuvimos que esperar a la siguiente diligencia para Hammersmith, lo que nos hizo llegar más de una hora tarde a la fiesta de mi hermano. Siento que ocurriera así. Siento haber ido con aquella mujer. Pero, por favor, créame, señor, le juro por Dios Todopoderoso y todo lo que es sagrado que yo no la maté.

El soldado jadeaba casi a causa de la emoción. En sus ojos brillaban las lágrimas.

—No me queda más que una pregunta para usted... o quizá dos —dijo *sir* John—. ¿Es usted ayudante del médico en la Guardia de Granaderos?

—No, señor, no soy más que un soldado de infantería.

—¿Ha sido aprendiz de algún médico?

—No, señor.

—Muy bien. Puede regresar a su asiento.

El soldado obedeció, caminando con más rapidez y confianza que antes tras haber hecho su confesión.

—¿Sargento Tupper? ¿Quiere usted ponerse otra vez en pie?

El sargento se levantó como un resorte, haciendo que la vaina de su arma golpeará la silla. Tomado por sorpresa, entonó la preceptiva respuesta militar:

—¡Señor!

—Esta misma mañana le he pedido que registrara los efectos personales de los hermanos Sperling para comprobar si alguno de los dos tiene un cuchillo. ¿Qué ha encontrado usted?

—Nada parecido en ninguno de los dos casos, señor.

—También pedí que la bayoneta del soldado raso Sperling fuera traída como prueba. ¿La ha traído usted?

—Sí, señor, y se la he entregado al médico, como usted ha solicitado.

—Muy bien. Puede sentarse. ¿Señor Donnelly?

—¿Sí, *sir* John? —respondió él, levantándose con más calma.

—¿Ha tenido oportunidad de examinar la bayoneta del soldado raso Sperling?

—Sí, señor.

—¿Había algún rastro de sangre en ella?

—Ninguno, señor. Estaba limpia y reluciente, como es de esperar de un granadero de la Guardia.

—Perfectamente. En ausencia de cualquier tipo de cuchillo, ¿pudo la bayoneta haber infligido la herida que ha descrito antes a Teresa O'Reilly?

—No, señor, no es posible. De haber sido empujada en profundidad para causar el daño que he descrito, habría dejado una herida más ancha y con una ligera forma de luna creciente, y esa no es la herida que yo hallé en el cadáver. Por lo que he descubierto, la herida la produjo una hoja larga, plana y estrecha... lo que podría describirse como estilete.

—Gracias. Creo que esto es todo lo que necesitamos saber de usted. En cuanto a usted, señorita Pratt, ¿quiere hacerme el favor de ponerse en pie?

La mujer obedeció con cierta reticencia y una leve expresión de fastidio.

—¿Señor?

—Si ha escuchado atentamente, se habrá fijado en el problema que existe con respecto a la hora. Usted ha afirmado que vio al soldado raso Sperling, como él mismo ha admitido, con la difunta «justo antes» de que se hallara el cadáver. Y el señor Donnelly, el médico, nos ha dicho que, si el cadáver aún estaba caliente poco después de las seis, Teresa O'Reilly pudo ser asesinada media hora antes como máximo, digamos que a las cinco y media como más pronto. Aun así, según el cabo Tigger, el soldado raso Sperling llegó a la casa de postas a las cinco y cuarto y, por lo tanto, no pudo ser él quien asestó la herida mortal. Así pues, decirle que creo que es usted una buena testigo en lo tocante a la identificación, pues ha sido demostrado.

Pero creo que es una mala testigo en cuanto a la hora. ¿Insiste en que vio al soldado Sperling poco antes de que se hallara el cadáver?

—Sí —respondió ella con énfasis—. No estaba lejos de aquel patio, si se va por el callejón, y ellos estaban cerca de él. Lo vi perfectamente a la luz del día.

—¿Ha dicho «a la luz del día»?

—Sí, señor.

Sir John se inclinó hacia Mardsen y sostuvo una breve conversación con él, al término de la cual asintió y volvió su atención hacia la señorita Pratt.

—En ese caso —dijo—, debo rechazar su testimonio, pues el señor Mardsen me informa de que la luz del día dura en esta época del año hasta poco más de las cinco, y que a partir de esa hora, empieza ya anochecer. Por lo tanto, solo puedo juzgar que pasó usted más tiempo en la Shakespeare's Head del que se dio cuenta. Puede usted sentarse, señorita Pratt.

—Pero yo...

—Siéntese, por favor.

Ella se dejó caer en su asiento con mayor reticencia aún que antes para levantarse.

—Y ahora, señores del jurado —dijo sir John, dándose la vuelta para encararse con ellos—, ¿puede identificarse, por favor, aquel de ustedes que haya sido elegido portavoz?

Se levantó entonces un hombre alto y un poco más viejo que los demás.

—Sí, señor —dijo a sir John—, soy yo.

—Me temo que usted y sus once compañeros se sentirán quizá decepcionados por su participación en esta vista, pues debo indicarles cuál ha de ser el veredicto. No cabe la menor duda de que se cometió un asesinato. Teresa O'Reilly no murió por causas naturales, eso es obvio. Tampoco pudo suicidarse, sacarse el arma del corazón, deshacerse de ella, y ocultarse en el lugar en que fue hallada. Se ha demostrado, gracias incluso al testimonio de la señorita Pratt, que el soldado raso Sperling, al que había visto conversando con la difunta no pudo estar involucrado en su muerte. El soldado raso Sperling ha justificado su retraso. El cabo Tigger ha confirmado la hora de su llegada a la taberna de la casa de postas.

»Por lo tanto, en el caso de la muerte de Teresa O'Reilly, debo indicarles que lo declaren “asesinato por persona o personas desconocidas”. Deben mostrar su conformidad exclamando “sí”. ¿Están de acuerdo?

Los doce prorrumpieron en varios «síes» discordantes.

—Entonces, que así conste. El veredicto es de «asesinato por persona o personas desconocidas». —Dio un único y fuerte golpe con el mazo sobre la mesa—. El jurado puede marcharse con el agradecimiento del tribunal.

Yo, que estaba sentado muy cerca de los hombres de las primeras filas, oí que uno comentaba a otro:

—¡Este ha sido el chelín más fácil de ganar de toda mi vida!

—Puede que sí —replicó el otro—, pero también ha sido instructivo, muy

instructivo.

IV

En el que se descubre una nueva víctima y es identificada

Pasaron los días y sir John seguía tan lejos de la solución del rompecabezas como al principio. ¿Quién era aquella persona o personas desconocidas que habían segado la vida de Teresa O'Reilly? ¿Y con qué fin? De hecho, se habían hallado ocho chelines en la escarcela que llevaba atada a la cintura y con la que la pareja de rateros estaba dispuesta a arramblar. Se han cometido asesinatos y siguen cometiéndose por mucho menos; era evidente que el robo no era el motivo. ¿Venganza? ¿Quién podía saberlo? Nadie, salvo Maggie Pratt, se había presentado para dar más detalles de la vida de la mujer irlandesa. Se habían fijado carteles por Covent Garden anunciando el asesinato y pidiendo información, pero sin resultado. ¿La había matado un cliente rechazado en un ataque de rabia? Lo que me había contado la señora Crewton parecía apoyar esa teoría, sin embargo, la ubicación perfectamente calculada de aquella única cuchillada en el corazón parecía contradecirla. ¿Podía existir el asesinato sin un motivo?

Yo tenía mis propias sospechas, si bien poco fundamentadas. Se centraban en el individuo al que había apodado «el chico matón». Ciertamente, lo había visto salir de la habitación de Maggie Pratt, la misma que esta compartía con Teresa O'Reilly. No cabía la menor duda de que la señorita Pratt lo conocía, pues se había dirigido a él con grosería y familiaridad. Eso no implicaba, empero, que O'Reilly lo conociera igualmente bien. Por otro lado, si él había asesinado realmente a la mujer, ¿podría haberla llevado hasta aquel lugar bajo las escaleras donde tan toscamente había sido ocultada? Tuve que admitir, a mi pesar, que era muy dudoso. Con un peso de setenta y cinco kilogramos o más, la difunta había sido una carga muy pesada para Donnelly y yo juntos, cuando la habíamos sacado del cobertizo del Rastrero. Yo, que aproximadamente era del mismo tamaño y tenía la misma fuerza que el tipo en cuestión, no hubiera podido con ella solo, o al menos hubiera tenido grandes dificultades, y dudaba mucho de que él pudiera hacerlo mejor. Con todo, no me gustaba, y es más fácil atribuir fechorías a los que nos desagradan. Si cualquier persona de las que yo conocía tenía que ser ahorcada por la muerte de Teresa O'Reilly, prefería que fuera él. Decidí averiguar más cosas sobre él.

Durante mis encargos cotidianos en los alrededores de Covent Garden tuvo ocasión de buscar a mi «matón», pensando que tal vez tuviera tiempo de seguirlo a cierta distancia y sin ser observado, y descubrir así alguna cosa sobre sus idas y venidas y los lugares que frecuentaba. Sin embargo, por mucho que lo busqué, no conseguí hallarlo. ¿Había desaparecido de repente? ¿Había abandonado Londres? No, decidí, aquel era de los que seguramente solía salir de noche.

Sin embargo, por casualidad me encontré con Maggie Pratt una mañana en

Covent Garden, mientras yo hacía la compra. Me reconoció de inmediato, pero me miró con desconfianza e intentó pasar de largo.

—Por favor, señorita Pratt —dije—. ¿Puedo hablar un momento con usted?

—¿De qué?

—Solo quiero hacerle unas preguntas... solo unas preguntas.

—Creo que ya le di todas las respuestas que tenía a tu amo.

—Estas son un poco diferentes de las tuyas. Quizá podríamos ponernos allí, un poco apartados de la multitud.

Pararse en medio de la plaza era correr el riesgo de que te golpearan y zarandearan la ingente muchedumbre. Maggie permitió que la condujera a un lado, fuera de la marea humana.

—Muy bien, ¿qué quieres? —me preguntó con tono desafiante, ansiosa por marcharse.

—Cuando fui a buscarla a Angel Court, ¿recuerda que un hombre joven salió de su habitación y que usted le gritaba muy enfadada?

—Lo recuerdo muy bien —contestó, mirándome con fijeza.

—¿Quién era?

—Eso es asunto mío.

—¿Era el mismo que se presentaba a menudo preguntando por Teresa O'Reilly? Usted dijo que era parecido a mí en estatura y corpulencia.

—Pero también dije claramente que no eras tú.

—Muy cierto, pero esa no es la cuestión. ¿Era el mismo individuo que vi en Angel Court?

—Si lo era o no lo era no tiene nada que ver con Teresa. Y ahora, si te apartas, seguiré mi camino.

—Pero ¿cómo se llamaba?

Con los labios apretados, quiso empujarme a un lado. Yo no tenía autoridad para detenerla, de modo que me aparté para dejarla pasar. Mientras se alejaba rápidamente, me lanzó una mirada por encima del hombro, no tanto una mirada de miedo, como yo en cierto modo esperaba, sino de fastidio. Con un suspiro, me di la vuelta y reemprendí mi camino hacia el puesto del señor Tolliver, el carnicero.

Había, obviamente, otra persona que sabía algo del individuo en cuestión, sin embargo, me avergüenza confesar que era reacio a interrogar a Mariah acerca de él por miedo a enojarla. Había comprobado, además, que no era tarea sencilla encontrarla para hablar con ella. Era menos probable hallarla en su lugar habitual en New Broad Court. Por dónde andaba, no podría decirlo, pues apenas tuve tiempo para buscarla mientras iba y venía precipitadamente portando cartas y peticiones para sir John a todas partes de Westminster y de la City. En las pocas ocasiones en que conseguí verla, conversaba con uno o con otro y yo no deseaba esperar hasta que terminara y quedara libre o, por el contrario, se fuera cogida del brazo (como yo mismo presencié una vez) de su compañero sin dejar de charlar.

Finalmente conseguí encontrarla sola un día, hacia la caída de la tarde, y decidí hacerle unas preguntas discretas. La saludé cortésmente y con una sonrisa, y le ofrecí un chelín.

—Ah, no, joven señor —me dijo con una dulce sonrisa—, ¡he visto qué ropas más caras tiene! No es posible que venga con su casaca y sus *pantaloni* viejos para regatear. He dicho antes que son dos chelines. Ese es mi precio. No acepto más un chelín.

—Solo quiero hablar contigo —dije—. Por eso pagaría un chelín.

—¿Como antes? —Mariah rio alegremente al oírme—. Me paga, hablamos.

Depositó un chelín en su mano. De nuevo se lo metió por la blusa dejándolo caer en el corpiño, y de nuevo yo sentí una punzada de envidia. No obstante, no estaba aquel día tan embobado por ella como para desviarme de mi propósito y dedicarme únicamente a decirle galanterías. Tampoco intentaría ganármela con mis fantasías de evasión.

—¿Recuerdas —dije— aquel día, cuando iba vestido como ahora y quería hablar contigo, y tú te molestaste y huiste por Drury Lane sin decirme nada?

—Pero me perdona, ¿sí? No fui amable esa vez. Ya he dicho antes que lo siento.

—Oh, y yo acepté tus disculpas entonces y no te guardo resentimiento ahora. Pero enviaste a un joven a hablar conmigo para que me ahuyentara. Quería saber qué relación tiene él contigo.

—¿Relación? —Pronunció la palabra con cuidado; parecía haber cierta suspicacia en su tono.

—Sí, quiero decir, ¿es tu amigo? ¿De qué lo conoces?

Mariah asumió una expresión pensativa, sopesando mis preguntas, y no le resultó posible mentir.

—No es mi amigo, no. Le debo dinero. Debo pagar.

Aquella no era en modo alguno la respuesta que yo esperaba. ¿Cómo podía deberle dinero, y cuánto?

—No entiendo —dije—. ¿Has firmado alguna especie de contrato? ¿Es por eso por lo que trabajas así?

—Creo que ahora te has de ir. Hablamos otro día. Quizá.

—Pero... —Estaba totalmente desconcertado, no sabía qué hacer ni qué decir—. Dime su nombre al menos.

—¿Para qué lo quieres saber?

—Bueno... lo he visto otras veces desde aquel día. Me gustaría saberlo... para poder saludarlo por su nombre si vuelvo a encontrármelo por la calle.

—¡Ja! Aprende a mentir mejor o di la verdad. Toma...

Metió la mano en su seno y encontró mi chelín, o uno igual.

—Toma —repitió—. No más charla. No vuelvas si no pagas dos chelines y vienes conmigo. ¡Ahora vete!

Me fui, en efecto, pero la dejé con el chelín en la mano. No podía aceptarlo, claro

está. En mis fantasías, al menos, yo era su salvador. ¿Cómo iba alguien que pretendía desempeñar semejante papel aceptar que le devolvieran un dinero libremente entregado?

Eché a andar, vacilante, intentando digerir lo que acababa de saber, olvidando por un momento que tenía un destino concreto... aunque quizá no lo olvidara del todo, pues de algún modo giré oportunamente Drury Lane arriba y seguí la ruta que me había indicado el alguacil Perkins para llegar a su alojamiento.

Perkins vivía sobre los establos en las caballerizas que había a la entrada de Little Russell Street, justo detrás de Bloomsbury Square. Él lo consideraba un lugar adecuado para un hombre como él, que vivía solo. Me había dicho que ocupaba dos estancias, buenas y espaciosas, y que no le importaba el olor de los caballos, pues había crecido entre ellos en una granja de Kent. («Son más limpios que nosotros», me había asegurado en una ocasión). Lo que más le gustaba era el espacio de que disponía en las caballerizas para dedicarse a su pasatiempo favorito que, según él, era «mantenerse en forma». Era muy constante y consagraba una hora diaria al mantenimiento de su asombrosa fortaleza. (Yo mismo le había visto levantar del suelo a un hombre de sesenta y cinco kilos o más con su único brazo). Su hora para «mantenerse en forma» era la que precedía al momento de partir para incorporarse al servicio como miembro de los Vigilantes de Bow Street. Me había invitado a pasarme por allí para que pudiera iniciar un curso de instrucción en métodos de defensa, pues consideraba que estaba mal preparado para atravesar cierto barrios bajos de Londres, «donde te rebanarían el pescuezo como si tal cosa». Casualmente aquel día era el mismo en que debía recibir mi primera lección. No sabía muy bien qué esperar y, por lo tanto, estaba algo nervioso.

Aunque no llegué con retraso, lo encontré ejercitándose ya, sudando copiosamente, dando puñetazos a un gran saco de lona del tamaño de un tronco de hombre, que colgaba de un árbol en un rincón del patio de las caballerizas. Parecía lleno de arena o de tierra, pues su peso era considerable.

Casualmente el señor Perkins se dio la vuelta cuando yo atravesaba el patio, en el que no había más que dos mozos de cuadra ganduleando con indiferencia. Me alegré de que me viera llegar, porque parecía arriesgado darle un golpecito en el hombro cuando se hallaba ocupado de aquel modo.

—Ah, Jeremy —dijo—, me alegro de verte. He empezado pronto, pensando en que enseñaría más que practicaría. Me gusta sudar un poco todos los días, ¿comprendes? Parece que uno se siente mejor después.

—Lo recordaré —prometí.

—Sí, harás bien en tomar nota.

El alguacil jadeaba un poco. Me pregunté si no llevaría ya una hora en el patio.

—Bien —prosiguió—, ¿por dónde empezamos? En primer lugar, quítate la casaca y el sombrero. Hoy hace un poco de frío, pero pronto te calentarás.

Lo hice y luego me arremangué igual que él.

Durante cinco minutos largos me obligó a hacer una serie extenuante de estiramientos que me dejaron agotado. Pero luego descubrí que no era más que el preámbulo de lo que venía después, es decir, un intervalo de duro trabajo golpeando aquel pesado saco que colgaba del árbol. Yo no logré que se balanceara como él, pero eso no le preocupó. Al señor Perkins le interesaba mucho más que lanzara mis golpes de la manera correcta, inclinándome en cada uno de ellos o, como él mismo dijo, «echando el cuerpo detrás de cada golpe». Cuando le cogí el tranquillo, conseguí que el saco se balanceara un poco, y muy orgulloso que me sentí. Sin embargo, justo cuando empezaba a divertirme (pese a que tenía las manos despellejadas), él me detuvo, diciendo que era suficiente.

—Pero aún no hemos terminado —dijo—. Ah, no. Tienes que entender que defenderse no consiste solo en pelear a puñetazo limpio. Lo cierto es que te encontrarás con unos cuantos alborotadores dispuestos a hacerte frente y luchar cuerpo a cuerpo. Si son más grandes que tú, intentarán tirarte al suelo y sacarte un ojo o estrangularte. Si son de tu tamaño o más pequeños, tendrás que vigilar por si sacan la navaja.

—¿Qué hago entonces? —pregunté.

—Fíjate en mí, Jeremy. Si tuviéramos la misma fuerza y la misma habilidad con los puños, tú estarías en ventaja, ¿no crees?

—Supongo que sí.

—Porque tienes dos manos y yo una, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Pero fíjate muy bien ahora. —Se acercó a mí—. Tengo una rodilla para hacerte mucho daño en las partes. —Y con estas palabras, subió la rodilla hasta tocarme la entrepierna, pero sin la fuerza de un golpe—. Y tengo una cabeza para dar topetazos. —Me aferró por la camisa y me tocó la frente con la suya—. Bien —continuó—, algunos canallas son también expertos en dar rodillazos y cabezazos, pero muy pocos, yo todavía no he conocido a ninguno, saben hacer esto o defenderse adecuadamente de algo así.

Se separó de mí para volver junto al saco que colgaba del árbol y realizar una extraordinaria demostración. Girando en torno al saco, le soltó patadas a un lado y a otro. Fintaba con un pie y golpeaba con el otro, y luego fintaba dos veces antes de golpear. Se movía sin parar, con la gracia y la velocidad de un bailarín, pero daba golpes fuertes y desde todos los ángulos; daba la impresión de que algunos de ellos tenían una fuerza mortífera. Jamás había visto ni imaginado nada parecido.

Entonces, de repente, se detuvo, dio media vuelta y se aproximó a mí. Volvía a jadear levemente, pero no estaba cansado en absoluto como a mí me parecía que debía estar.

—Las patadas son tu mejor arma —dijo, guiñando un ojo—, porque las piernas son más fuertes que los brazos. Puedes dar una patada con toda la pierna desde el trasero y romper un hueso. En la espinilla está bien porque, aunque no rompas una

pierna, puedes causar un gran dolor. En la rodilla es mejor, porque la rótula está suelta y si la desplazas o la rompes, al tipo lo dejas totalmente inválido. Lo mejor de todo es la patada en las costillas, pues si le rompes una, y es bastante fácil romperlas, puedes dañarle algún órgano interno.

—Pero, señor Perkins, ¿es eso juego limpio?

—¿Eres tonto o qué, Jeremy? No eres ningún matón. No vas por ahí buscando pendencia. Pero puede que la encuentres cualquier día o noche. Cuando algún villano te busque las cosquillas, tendrás que defenderte. Él no jugará limpio. Tú tampoco debes hacerlo.

—Sí, señor, comprendo.

—Ahora, veamos qué patadas sabes dar. No es necesario que te muevas sin parar como yo, por el momento. Solo tienes que dar unas cuantas patadas.

Solté un par de patadas, cambié de posición y golpeé el pesado saco dos veces más.

—Bien —dijo—, pero ponle más brío. Suelta la patada desde la rodilla.

Yo me esforcé por hacer lo que me indicaba.

—Mejor —dijo—. Pero golpea más arriba, buscando las costillas.

Di unas cuantas patadas más.

—Ahora pon el trasero en el golpe. Esta vez quiero que golpees con la pierna izquierda, fintando con la derecha. La única defensa que tendrá tu rival será cogerte del pie y dejarte a la pata coja. Si te demuestra que es eso lo que pretende, dale un puñetazo en la cara. Bajará la guardia con toda seguridad. Así que, veamos una patada, una finta y un golpe en la cara. Adelante, Jeremy, lo estás haciendo muy bien. Eres un buen alumno, sí señor.

La segunda víctima fue hallada veintiocho días después de la primera. Estas son las circunstancias del hallazgo, tal como llegaron a mi conocimiento: El alguacil Clarence Brede, un hombre de carácter taciturno al que yo no conocía apenas, realizaba una ronda por las calles y callejas que van desde Covent Garden hasta St. Martin's Lane. Dando la vuelta por Bedford Court hasta Bedford Street, donde los lupanares y tabernas estaban llenos incluso a aquella hora —las cuatro de la madrugada—, acabó en la angosta calleja que desemboca en el cementerio de la catedral de San Pablo. Se le ocurrió entonces que no había pasado por allí en su primera ronda, de modo que se dirigió a la verja cerrada del cementerio. Aparentemente no había nadie por los alrededores. La luna se cernía ya a baja altura sobre la iglesia, proporcionándole luz suficiente para ver un gran bulto u objeto apoyado en los barrotes puntiagudos de la verja. Corrió hacia el bulto y al acercarse vio que era un cuerpo, el cuerpo vestido de una mujer. Se hallaba prácticamente boca arriba, pero tenía los hombros apoyados contra la verja y la cabeza caída sobre el pecho. Toda posibilidad de que la mujer hubiera caído allí simplemente por estar

borracha se disipó con rapidez cuando quiso darle una leve bofetada en la mejilla para despertarla. La mejilla estaba fría. La cabeza le cayó hacia un lado. A la luz de la luna, el alguacil vio que el mentón y la mandíbula habían ocultado una herida mortal que le circundaba el cuello.

Sacó la caja de yescas que llevaba en el bolsillo y encendió la lámpara que tenía consigo. Alzó el mentón de la mujer para examinar la herida con mayor detenimiento y vio que había perdido mucha sangre por el centro que no se notaba a primera vista, pues la sangre se había deslizado por el cuello y la pechera del vestido, que era de un tono azul oscuro llamado índigo, y se había absorbido. Estaba medio seca y pegajosa al tacto. El alguacil Brede dejó el cadáver donde yacía y, sosteniendo la lámpara en alto, rastreó la zona. Cuando hubo confirmado que su primera impresión era la correcta, que en efecto no había nadie por allí, volvió a Bedford Street. Agarró al primer tipo casi sobrio que pasó por allí, le preguntó el nombre y la dirección y luego le ordenó que fuera a toda prisa al número cuatro de Bow Street e informara al primer alguacil que viera de que había una mujer asesinada junto a la verja del cementerio de San Pablo, junto a Bedford Street. El alguacil Brede añadió que, si no entregaba el mensaje, sería culpable de entorpecer la labor de un alguacil en el cumplimiento de su deber y sería tratado por sir John Fielding, magistrado de Bow Street, con severidad. El achispado mensajero partió con toda la prisa que le permitía su estado y el alguacil volvió a la verja para montar guardia junto al cadáver.

Así fue cómo, sacado de la cama por Annie Oakum, acompañé a sir John y a Benjamin Bailey al lugar del segundo homicidio. Eran ya las cinco, quizá un poco pasadas, cuando llegamos a nuestro destino y en el este se veían los primeros apuntes grises del amanecer incipiente. Si bien el mensajero del alguacil Brede había cumplido fielmente su misión, por el camino debía de haber hablado a bastantes más sobre el asesinato a las puertas del cementerio, pues a nuestra llegada descubrimos que se había congregado allí toda una muchedumbre. Debía de haber veinte o treinta personas allí, y entre ellas cinco o seis mujeres. Se habían apiñado en el extremo más alejado de la estrecha calleja cercana a la verja, inspirados únicamente por una ruidosa curiosidad. La mayoría estaban ebrios; unos pocos parecían tener dificultades para mantenerse en pie y todos parecían acosar al alguacil, pero este, por su parte, se mantenía firme, manteniéndolos a raya a sus buenos dos o tres metros de la figura yacente que vigilaba.

—Síganme —dijo Benjamin Bailey.

Y eso hicimos, sir John el último con la mano sobre mi hombro, caminando tras los pasos de aquel gigante que llevaba largo tiempo sirviendo como capitán de los Vigilantes de Bow Street. Bailey se limitó a abrirse paso a empujones a través de la multitud, empuñando el garrote con ambas manos, apartándolos a derecha e izquierda para conducirnos hasta el señor Brede.

—Ah —exclamó el asediado alguacil—, me alegro de verlos. He tenido que dar un par de golpes, aunque no he partido ninguna crisma.

—Bien, usted y el señor Bailey despejen la calle. Tiene usted mi permiso para partir unas cuantas si es necesario —dijo sir John—. Pero primero tendré que avisarles.

Avanzó unos cuantos pasos para encararse con los primeros curiosos.

—Soy sir John Fielding, magistrado del tribunal de Bow Street —anunció, y se elevaron unos gruñidos de respuesta—. Les ordeno que se dispersen. Cualquiera que crea conocer la identidad de la víctima o tener algún tipo de información, que espere en Bedford Street. El resto debe regresar a sus domicilios para que podamos desarrollar nuestra investigación sin interrupciones ni estorbos. Les concedo un minuto para despejar la zona, luego ordenaré a mis alguaciles que los echen. Cualquiera que se resista será arrestado, multado y encarcelado por un periodo no menor de treinta días.

Sir John retrocedió dos pasos y aguardó. Aproximadamente la mitad de los curiosos, incluyendo todas las mujeres, dio media vuelta de inmediato y se alejó por el callejón. El resto permaneció quieto unos instantes apenas, intercambiando miradas hoscas, para retroceder luego, algunos lentamente, la mayoría a buen paso.

—Señor Bailey, cuando usted y el señor Brede los hayan acompañado hasta Bedford Street, quisiera que se quedara allí para encargarse de que no vuelvan. También puede interrogar a los que puedan tener alguna información por si mereciera la pena. Señor Brede, cuando llegue usted a Bedford Street, haga el favor de regresar y presentarme su informe. —Hizo una pausa—. Procedan, caballeros.

Los dos alguaciles echaron a andar manteniendo una amplia distancia entre ellos. Ambos empuñaban los garrotes. Lo que quedaba de la multitud se dispersó al verlos. A uno de los más borrachos, empero, se le enredaron las piernas y cayó de bruces ante Brede. Incapaz de levantarse, ni siquiera con la inestimable ayuda de un buen golpe propinado en la espalda por el alguacil, el pobre tipo intentó arrastrarse sobre codos y rodillas infructuosamente. Brede se agachó y le dijo algo que no pudo oír por el ruido de las pisadas sobre los adoquines, luego siguió adelante y dejó al hombre tirado en el suelo. Un minuto después, el callejón estaba despejado.

—¿Te has dado cuenta, Jeremy —dijo sir John— de que parecen haber aumentado las alharacas y las muchedumbres alborotadas?

—Ahora que usted lo menciona, sí, señor, lo he notado.

—No hace ni un mes que se produjeron terribles disturbios en St. Martin's Lane y otros igualmente graves en Drury Lane hace dos semanas. —Hizo una pausa y añadió—: Temo grandemente el gobierno del rey turba.

El alguacil Brede volvió corriendo, deteniéndose tan solo para hablar brevemente con el hombre caído. Instantes después se hallaba junto a nosotros.

—¿Señor Brede?

—Sí, sir John, aquí estoy.

—Entonces, deme su informe, señor.

El alguacil procedió a informar a sir John, usando muchas menos palabras de las

que yo he empleado para descubrir el modo en que halló el cadáver de la mujer. Era, como he dicho, un hombre taciturno, de carácter reservado, que se mantenía algo apartado de los demás alguaciles. No por ello se mostraba hosco, simplemente era un poco envarado en sus maneras, era un hombre que se sentía incómodo y parecía hacer que los demás se sintieran incómodos a su vez.

—¿Cree que la agresión se ha producido en el mismo lugar en que ha hallado el cadáver? —preguntó sir John.

—Sí, señor, lo creo.

—Bueno... ¿y por qué, alguacil? ¿Qué ha hallado usted que sustente su teoría?

—Es lo que no he hallado.

—¿Sí?

—Al ver que estaba muerta, he encendido mi lámpara y he rastreado el lugar por si el asesino se hallaba aún en las inmediaciones, aunque me parecía poco probable. También he buscado manchas de sangre. No he encontrado ninguna en todo el callejón. Pero había algo más.

—¿Y qué era, si puede saberse?

—Bueno, señor, si no le importa acercarse al cadáver. —Guíe a sir John para que diera los tres pasos necesarios—. Cuando he vuelto aquí, y antes de que empezara a agolparse la gente, he mirado el cadáver más de cerca a la luz de la lámpara y he visto que tenía el vestido desabrochado, cerrado de cualquier manera. De modo que me he atrevido a echar una mirada. Ya sé que no debemos tocar nada, pero he creído que era importante. ¿Puedo hacerlo de nuevo, señor?

—Sí, por supuesto.

Excepto una ojeada al llegar, yo no había mirado a la víctima que yacía contra la verja. La fea herida del cuello se hizo plenamente visible cuando Brede alzó la lámpara para que la viéramos. Luego se arrodilló junto a ella y le abrió el vestido. Aunque ciertamente no había visto demasiados muertos y era escaso mi conocimiento sobre el daño que podía causar un asesino con un cuchillo en un cuerpo humano, no era, ni he sido jamás, lo que podría llamarse remilgado. No obstante, me horrorizó hasta tal punto lo que vi que el estómago se me revolvió instantáneamente.

—Dado que no puede usted ver, señor, deberá aceptar mi palabra de que tiene el cuerpo realmente hecho pedazos.

—Jeremy, ¿puedes ser más concreto?

—Sí, señor, lo intentaré. —Respiré hondo antes de empezar y noté de repente el hedor de la sangre y los órganos, el hedor del matadero—. Tiene un corte grande y largo entre los pechos que le baja hasta donde alcanzo a ver. Luego tiene cortes bajo los pechos y la piel se ha retirado hacia atrás, como doblada hacia los costados, de modo que se le ven las entrañas. Hay mucha sangre y le han sacado de dentro una cosa como una cuerda gruesa y sanguinolenta.

—Esos han de ser los intestinos —dijo sir John—. Es suficiente, Jeremy. Cúbrela, señor Brede. Vamos, alejémonos del olor.

Así lo hicimos, retrocediendo unos cuantos pasos. Sin embargo, el olor pareció perseguirnos, impregnando el aire todo.

—Cuando he visto cómo estaba, he mirado debajo del cuerpo y he visto que la sangre había traspasado el vestido y había empapado las piedras. Así que estoy seguro de que le han cortado la garganta desde atrás, como es habitual, luego le han dado la vuelta, por así decirlo, y la han dejado caer tal como está ahora y le han hecho entonces todo lo demás. —Hizo una pausa antes de añadir—: Me considero culpable de esto, sir John.

—¿Cómo es eso, señor Brede?

—Bueno, pasé por aquí poco después de la medianoche y miré por el callejón desde Bedford Street. La luna estaba más alta entonces y veía bastante bien. Todo parecía en orden, así que seguí hasta St. Martin's Lane, donde suelen surgir siempre los problemas. Quizá si hubiera venido hasta aquí para echar un vistazo, habría atrapado al canalla que ha hecho esto, o incluso podría habérselo impedido.

—No es probable, alguacil. Existe un elemento de casualidad en estos asuntos. Debe usted quitárselo de la cabeza, pues se ha conducido correctamente, sobre todo por el modo en que ha mantenido a raya a esa muchedumbre de camorristas antes de que llegáramos nosotros. Tengo que felicitarle.

Sir John se volvió entonces hacia mí.

—Jeremy, debo enviarte a ti y al señor Brede en busca del señor Donnelly. Tú has visitado ya su nueva consulta. ¿Podrás encontrarla?

—Estoy seguro, señor.

—Entonces, tú y el señor Brede debéis hallar algún establo abierto, alquilar un carro y despertar al señor Donnelly. Esta pobre mujer no es para el Rastrero.

—Conozco el lugar adecuado en Half Moon Street —dijo Brede.

—Pues diríjense hacia allí los dos. Yo me quedaré con el señor Bailey. Envíemelo de vuelta con cualquier testigo potencial que él considere digno de ser interrogado.

—Volveremos lo antes posible —dije.

Brede no dijo nada y siguió mudo durante todo el camino hasta los establos. Sin embargo, apuntó con el garrote hacia el borracho en un gesto de amenaza cuando pasamos junto a él, como si quisiera advertirle de que no debía moverse. El desgraciado, al que supuse arrestado, estaba sentado en el mismo lugar en que había caído, mirándonos con expresión de embotado asombro.

La siguiente vez que vi a aquel tipo fue en la sala del tribunal de Bow Street. Lo había llevado hasta allí Bailey, según me dijeron, después de efectuar un registro en los edificios y casas de los alrededores que no había proporcionado pista alguna; ninguna de las personas que dormía cerca de la verja había oído gritos; la mujer, cuyo verdadero nombre seguía siendo desconocido, había sido asesinada en silencio.

Sir John había obtenido mejores resultados. Cuatro de las mujeres que el señor

Bailey había llevado a su presencia tenían información que darle, si bien era similar en todos los casos. A todas se les permitió ver la cara de la víctima por separado (ocultándoles las terribles heridas del tronco); todas la identificaron únicamente como «Polly», aunque una de ellas afirmó que en St. Martin's Lane se la conocía por «Polly Dos Peniques», por haberse vendido por tan poco cuando la necesidad la apremiaba. Todas menos una se habían enterado de su acalorada disputa con un «extranjero»; solo una había sido testigo directo de la misma y se llamaba Sarah Linney. Dos dijeron que el sujeto en cuestión era un judío por nombre Yossel y lo tildaron de «robaputas», el tipo de ladrón que robaba a las prostitutas sus ganancias, a menudo a punta de cuchillo. Las cuatro estaban muy indignadas y seguras de que era él quien había matado a su compañera Polly; todas dijeron que también temían por su vida.

En cuanto a mí, tras haber contribuido a trasladar el cadáver hasta la consulta del señor Donnelly, regresé con sir John a Bow Street. Allí, con gran decepción por mi parte, fui enviado arriba para desempeñar mis habituales tareas domésticas. No eran entonces más que las siete de la mañana, y Annie Oakum y lady Fielding se hallaban en la cocina tomando el desayuno cuando yo entré. Las dos se levantaron con vehemencia, impacientes por oír los detalles del asunto que nos había levantado de la cama a sir John y a mí antes del amanecer. Sus preguntas me pusieron en una delicada situación. Sir John me había advertido que no dijera nada sobre lo que había visto y oído.

—¿Ni siquiera a lady Fielding? —le había preguntado yo.

—Quizá sobre todo a ella —replicó él.

Así pues, ¿qué podía decir yo cuando me pidieron detalles de todo tipo? Contesté tan solo que sir John había tenido que iniciar una investigación por asesinato. (Era lo más seguro, pues ninguna otra cosa menos grave que un asesinato hubiera hecho que sir John saliera de casa a hora tan temprana). Por supuesto, no se dieron por satisfechas con eso y siguieron interrogándome del modo más apremiante. Por fin, alcé las manos y dije a lady Fielding y a Annie que tendrían que preguntar a sir John si querían saber más, pues él me había ordenado que no dijera nada. Ellas tomaron mis palabras como un desafío. Lady Fielding dijo a Annie que se fuera a Covent Garden a hacer la compra del día y a averiguar cuanto pudiera en la calle; mientras, ella haría sus averiguaciones en el Asilo de la Magdalena para Prostitutas Arrepentidas; las noticias del exterior parecían llegarles siempre. A mí —y lo tomé como una forma de castigo por mi silencio— me reservó la tarea de fregar, y puesto que había dado un repaso reciente a las escaleras, me vi condenado a hacer lo mismo con los suelos de la cocina, del poco utilizado comedor y de la sala.

Tras el desayuno, que devoré de tan hambriento como estaba, emprendí rápidamente mi tarea. Lady Fielding se marchó. Annie salió y volvió (complaciéndome al explicarme que tan solo se había enterado de que la víctima era una mujer). Mientras tanto, yo me dediqué a trabajar con gran ímpetu. Aunque no me gustaba lo más mínimo fregar y lo demás, tenía mucha práctica y sabía que si yo

quedaba satisfecho con el trabajo realizado, también complacería a lady Fielding. De este modo logré terminar poco después del mediodía, momento en el que me dirigí a las escaleras y, descendiendo hasta la sala del tribunal, me dispuse a esperar hasta descubrir algo más sobre los progresos de la investigación.

Abrí la puerta de la sala con sigilo y busqué un sitio cerca de la puerta también en silencio. Mientras me instalaba, oí a sir John que concluía con un caso de controversia entre un comerciante de Covent Garden y un maestro de obras. Por lo poco que oí, deduje que el maestro de obras había erigido una caseta permanente de las que había un número creciente en el mercado, que la caseta se había desplomado con la primera tormenta fuerte y que, no solo se había arruinado la estructura, sino también el suministro de frutas y verduras de todo un día.

Cito aquí la sentencia de sir John, pues aún la tengo fresca en la memoria. Que él me perdone si me equivoco en alguna palabra:

—Si bien el acusado se ha defendido ciertamente con ingenio, no puedo por menos que considerar falaz su argumento de que el hundimiento de la caseta se ha debido a un caso fortuito, puesto que ningún otro edificio se hundió durante la tormenta en cuestión. Ha llegado incluso a sugerir que esta calamidad ha caído sobre el demandante como castigo por sus pecados. Creo, señor Beaton, que se ha excedido, pues no nos compete a nosotros juzgar los pecados de los demás, a menos que sean tan flagrantes como para considerarse de naturaleza criminal, e incluso entonces tendríamos que formar parte de un jurado en un juicio. De igual forma que se excede en esto, no llega usted a comprender plenamente lo que constituye un caso fortuito. Según las leyes, el término de caso fortuito se refiere a un suceso que ocurre sin intervención ni participación humana, como una gran inundación, o fuertes vientos, o similares. Dado que no se produjeron inundaciones y que el viento que soplaba no era especialmente fuerte, no podemos atribuir el derrumbamiento del puesto a tales causas naturales, y dado que no puedo presumir de estar al tanto de la relación del demandante con su Creador, nos queda tan solo una obra mal ejecutada como causa posible del derrumbamiento. Es por ello que fallo en favor del demandante y, por lo tanto, le obligo a usted, señor Beaton, a construir una nueva caseta para el señor Grimes, que cumpla con sus requisitos y que resista un mínimo de, pongamos cinco años, salvo acción divina, claro está. También habrá de pagarle la suma de cinco libras por la pérdida de género y de clientela. Si no cumple con las obligaciones dictaminadas por este tribunal... bueno, señor, se ganará usted una estancia en Newgate. ¿Me ha entendido? ¿Sí o no?

Beaton estaba totalmente abatido. Sin levantar la cabeza respondió dócilmente:

—Sí, señor, entendido.

—Así sea. —Sir John dio un mazazo sobre la mesa y exclamó—: ¡Siguiente caso!

(Lector, he citado la sentencia de sir John Fielding en toda su extensión como ejemplo de las lecciones que aprendí en su tribunal de Bow Street mucho antes de que empezara a estudiar derecho formalmente con él. En este caso, por supuesto, no

olvidaría jamás lo que constituía legalmente un caso fortuito^[6].)

—Thaddeus Millhouse, acérquese —gritó el señor Mardsen a voz en cuello.

Sir John conversó unos instantes con su escribano, le escuchó atentamente y luego asintió. Mientras, un hombre de baja estatura se levantó, muy cohibido, y dio los cinco o seis pasos que lo separaban del magistrado. Lo reconoció inmediatamente como el borracho que había caído a los pies del alguacil Brede.

—Thaddeus Millhouse, ha sido usted arrestado por desobedecer mi orden de abandonar el callejón que conduce desde el cementerio de San Pablo hasta Bedford Street. Dado que fui yo quien dio la orden y que el alguacil Brede ha pasado una noche larga y trabajosa, le he dispensado de su presencia. Conozco bien las circunstancias de este caso. Bien, ahora debe usted decirme, señor Millhouse, qué tiene que decir en su defensa.

—Bueno, señor... —respondió él en un tono de voz tan bajo que tuve que estirar el cuello para oírle—. Yo estaba dispuesto a cumplir su orden, pero no pude.

—¿Y por qué?

—Estaba borracho, señor.

—Un poco más alto, por favor.

—¡Estaba borracho! —La exclamación surgió de su boca como un aullido de desesperación e hizo brotar carcajadas entre los presentes. Se hallaban allí para divertirse, y aprovechaban la más mínima ocasión para el regocijo. Sir John acalló las risas haciendo uso del mazo.

—Señor Millhouse, no era usted el único borracho anoche, en el callejón. Los otros consiguieron llegar a trompicones hasta Bedford Street, ¿por qué usted no?

—Ay de mí, sir John, estaba tan lamentablemente ebrio que di un traspié y no habría podido levantarme del suelo ni que me mataran.

—Lamento informarle, señor, de que el castigo por ebriedad pública es el mismo con el que amenacé a la turba anoche: multa y encarcelamiento durante no menos de treinta días. ¿No tiene nada más que decir en su defensa?

—Lo cierto es que no.

—Entonces no me queda más remedio que...

—¿Puedo hablar por él, señor? —Era una voz de mujer la que se había alzado en la pequeña sala del tribunal, y era una mujer de la primera fila la que se había puesto en pie con un bebé en los brazos para acercarse a Thaddeus Millhouse.

—¿Y quién es usted, señora? —quiso saber sir John.

—Soy su mujer. Me llamo Lucinda Millhouse, y aunque usted no puede verlo, quizá se haya hecho oír, de modo que debo mencionar que llevo en brazos a nuestro hijo, Edward Millhouse.

Lejos de mover a risa a la multitud congregada en la sala, la súbita y dramática interrupción de la señora Millhouse acalló todas las voces inmediatamente. Incluso Mardsen se quedó boquiabierto, mirándolos a los dos, o quizá sería mejor decir tres, con los ojos desorbitados. No sé si él recordaba que hubiera ocurrido algo parecido en

otra ocasión; sé que yo no recordaba nada igual. Todos los presentes se limitaron a aguardar lo que vendría después. ¿Aprobaría sir John semejante interrupción? ¿O, sencillamente, ordenaría al señor Fuller que expulsara a la mujer de la sala?

—¿Y qué es lo que desea decir, señora Millhouse? —preguntó el magistrado.

—Deseo decir esto, señor: que si le ponen una multa, no podremos pagarla; y que si lo encarcelan, Edward y yo nos moriremos de hambre. No lo digo para defender a mi marido, claro, sino para pedir clemencia. Thaddeus acaba de obtener un empleo. Se lo suplico, déjele trabajar.

La muchedumbre de la sala levantó grandes murmullos, sin embargo, por una vez sir John no hizo nada para acallarlos. Permaneció inmóvil durante casi un minuto.

—Señor Millhouse, dígame, ¿en qué trabaja usted?

—Soy académico y poeta.

—¡Dios mío! —gimió sir John en lo que era una exclamación exasperada.

—Antes fui maestro —añadió el señor Millhouse.

—Y sin duda, abandonó usted su empleo para venir a Londres, donde buscaría fama y fortuna como poeta.

—Sí, señor. —Millhouse bajó la cabeza—. De eso hace unos seis meses.

—Y aún no las ha encontrado.

—No, señor, solo algún que otro trabajo en Grub Street.

—Pero, según afirma su mujer, se le ha dado un trabajo estable, presumiblemente de larga duración. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor. El señor John Hoole me ha contratado para ayudarle en la traducción del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto y para servirle de secretario. Se halla incapacitado debido a una rodilla rota. Tenía... tenía que empezar el próximo lunes. Salí anoche con unos amigos para celebrar nuestra buena suerte.

—Amigos que le permitieron beber más de la cuenta.

—Ellos no tuvieron la culpa, señor. Me temo que, cuando empiezo a beber, no puedo parar.

—Bueno, creo, señor Millhouse, que entonces lo más prudente sería no empezar nunca.

—Esa parece ser ciertamente la respuesta, señor.

Una vez más, sir John guardó silencio, entrelazando las manos para reflexionar sobre el asunto.

—Este tribunal no se dedica a matar de hambre a madres y bebés —dijo al fin—. No obstante, señor Millhouse, usted mismo ha admitido su culpabilidad. Ha declarado que su intención era obedecer mi orden, pero que no pudo porque estaba borracho. En cualquiera de los dos casos, señor, es usted merecedor de un castigo. ¿Cuál ha de ser, pues? —Nos dejó con la incertidumbre durante unos segundos—. Estoy dispuesto a suspender la condena a treinta días de cárcel en respuesta a la súplica de su mujer. Sin embargo, le condeno a pagar una multa de un chelín al mes durante un tiempo no superior a un año a partir de hoy. ¿Podrá pagarla?

El señor y la señora Millhouse profirieron sendas exclamaciones al mismo tiempo; él para darle sus sinceras gracias, y ella para bendecirlo en nombre de Dios.

Sir John les indicó que callaran con un ademán y prosiguió.

—Sin embargo, señor Millhouse, si en ese año comparece de nuevo ante mí por embriaguez pública, poca clemencia podrá esperar de mí. ¿Lo ha comprendido?

—Oh, sí, señor, desde luego que sí. Pero, señor —añadió—, hay una cosa más.

—¿De qué se trata?

—Esa mujer, la del callejón, la víctima del asesinato...

—Sí, ¿qué le pasa?

—Por lo que he oído esta mañana mientras esperaba a comparecer ante usted, existe cierta dificultad para identificarla.

—Correcto.

—Creo que yo sé quién es.

La señora Millhouse se volvió hacia su marido con viva sorpresa.

—Claro que el callejón estaba oscuro. La luna estaba muy baja cuando me acerqué para mirar. Y ha quedado establecido que me hallaba borracho...

—Sí, hombre, sí, dígalo ya.

—Pese a todo, creo que se trata de Priscilla Tarkin, que vive en nuestro patio interior en Half Moon Street.

—Oh, Tad —gimió su esposa—. ¿Polly? Dime que no es ella.

Él no pudo darle esperanzas, pues a pesar de sus reservas, después de haber hablado parecía completamente seguro.

—¿Y por qué no había dicho nada en su momento?

—Lo hubiera hecho —dijo él—, pero me temo que cuando tropecé y me caí, se me quedó la mente en blanco. No recuerdo absolutamente nada de lo que pasó después.

—De acuerdo —repuso sir John—. Bien, sin embargo debo pedirle que se quede, pues la ley exige una identificación formal.

La señora Millhouse insistió en acompañarnos a la consulta que Donnelly tenía en Tavistock Street. Mientras yo les conducía hasta allí, pues era el único que sabía dónde se hallaba exactamente, ella había transmitido a *sir* John todo cuanto sabía de la pobre Polly Tarkin. Aunque yo no podía saberlo entonces, la historia que contaba era característica de muchas mujeres maduras obligadas a prostituirse por necesidad: un marido que moría dejándolas endeudadas, un hijo que marchaba a las colonias americanas para no volver, desesperación, imposibilidad de ganarse el sustento si no era vendiendo su cuerpo. Polly no era joven ni guapa, de modo que con frecuencia pasaba hambre. La familia Millhouse había compartido a menudo con ella lo poco que tenían. A cambio, ella cuidaba de Edward cuando la señora Millhouse tenía que hacer algún recado en la ciudad.

—¿No tenía ningún oficio?, ¿no podía realizar otra clase de trabajo? —preguntó *sir John*.

—No me lo dijo —contestó la señora Millhouse—. La pobre mujer se avergonzaba de lo que hacía. No tuvimos corazón para darle la espalda.

Thaddeus Millhouse había escuchado el triste relato de su mujer sin decir nada, mientras recorríamos calles y callejones. Su único comentario, cuando terminó, fue:

—Lo que hiciera o no hiciera ya da lo mismo. Todos sentimos vergüenza ante Dios. —Lo dijo con un tono extraño y de tal forma que puso fin a la conversación.

Solo el pequeño Edward Millhouse, que parecía no haber alcanzado aún el año de edad, tuvo algo que decir. Empezó a mostrarse irritado y cuando llegamos al edificio del señor Donnelly, lloraba a pleno pulmón.

—Le están saliendo los dientes —explicó su madre, meciendo al bebé.

Fuera cual fuera el motivo de su irritación, su llanto sirvió para anunciar nuestra llegada a Donnelly, pues cuando llegamos a su puerta, el médico la había abierto ya, ansioso como estaba por dar la bienvenida a posibles pacientes.

—Ah, es usted, *sir John*. —Debo decir a su favor que no se mostraba en absoluto decepcionado—. Pasen, pasen todos.

Sir John presentó a nuestros acompañantes y explicó la naturaleza de nuestra visita. Me di cuenta de que Donnelly lanzaba una mirada dubitativa a la señora Millhouse.

—Me temo, señora, que no puede permitirle ver el cadáver.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella—. Yo era la que mejor la conocía.

—Puede que no lo reconociera tal como está ahora. —El médico se dirigió a la puerta que conducía a la habitación contigua—. Deme un minuto y prepararé el cadáver para que lo vea, señor Millhouse.

Cuando el señor Donnelly llamó desde la otra habitación, *sir John* me indicó que me quedara donde estaba mientras él seguía al señor Millhouse y conseguía cerrar la puerta a tientas detrás de ellos.

Esperamos, Lucinda Millhouse, Edward y yo oyendo el murmullo de las voces desde el otro lado de la pared. Donnelly tenía una humilde consulta. Consistía en dos únicas salas. La primera le proporcionaba un lugar para vivir y podía servir también como sala de espera para los pacientes, si es que llegaba a tener alguno. Podían sentarse en el sofá que ocupaba yo, sofá que a él también le servía de cama. La señora Millhouse se paseó de un lado a otro durante varios minutos meciendo a Edward, que seguía protestando. De repente, se sentó en una de las sillas que se había separado de la mesa de madera de pino que había en un rincón de la estancia, y empezó a jugar con el niño, haciéndole saltar sobre una rodilla.

—No se porta siempre así —me dijo a modo de disculpa—. Por lo general Edward es el niño más bueno del mundo. Son los dientes, que le están saliendo, ¿comprendes? Les pasa a todos los bebés.

Yo le aseguré que sus lloros no me molestaban.

—Será beneficioso para Tad, quiero decir, el señor Millhouse, alejarse de nuestra habitación para ir a trabajar. Le ha sido muy difícil trabajar de día o de noche estando todos allí, apiñados.

—Sin duda —convine yo con tono comprensivo.

La puerta de la otra habitación se abrió y el objeto de preocupación de la señora Millhouse emergió por ella rápidamente. Tenía los ojos rojos, y aunque se los había enjugado con el pañuelo que estrujaba en la mano, era evidente que había estado llorando.

—Vamos, Lucy, salgamos de aquí —dijo.

Sin embargo, cuando ella se levantaba, salió también Donnelly con un pequeño frasco en la mano.

—Espere un momento —dijo—. Aquí tengo una pomada para las encías del bebé. Frótele una pizca donde le esté saliendo el diente y le aliviará.

La señora Millhouse aceptó el frasco con bastante reticencia.

—¿Qué es? —preguntó.

—Una mezcla de opio muy suave. No se preocupe. Se ha usado a menudo para los bebés de Lancashire con buenos resultados.

—No... no podemos pagarlo.

—Lléveselo con mis mejores deseos. Pero recuerde... solo una pizca.

—Muchísimas gracias. Yo...

—¡Lucy! —El señor Millhouse se hallaba en la puerta que conducía al zaguán, impaciente por partir—. Vámonos, por favor.

Ella inclinó la cabeza para despedirse de nosotros y se apresuró a reunirse con su marido, cerrando la puerta con un fuerte golpe. Nos quedamos escuchando sus pasos en la escalera, y solo entonces salió *sir* John de la sala de examen.

—¿Por qué ha hecho eso? —le preguntó el médico—. No había necesidad de mostrarle esas horribles heridas del abdomen. Sin duda hubiera bastado con que le viera la cara.

—Quería ver su reacción —replicó *sir* John calmadamente.

—¡Bueno, pues desde luego ya la ha visto! Por un momento parecía que tendría que aplicarle esencia de trementina a la nariz para reanimarlo. ¡Y esas lágrimas, Dios mío! Pensaba que iba a inundarlo todo.

—Ha sido una reacción bastante exagerada, ¿no le parece?

—Bueno, había hablado de ella como si fuera una amiga de la familia. Imagínese lo que es tener semejante trato con una prostituta.

—Y el hombre afirma ser un poeta.

—Bueno, con un poeta un exceso de emociones es siempre posible, incluso probable.

—Aun así —insistió *sir* John—, es muy curioso. Por eso le he invitado a que vaya a verme mañana por la mañana para hablar.

—Pero usted ha dicho que solo quería comentar ciertos detalles de la vida de la

víctima, como sus amistades, sus visitantes más frecuentes y cosas así.

—No quería que se pusiera a la defensiva, señor Donnelly. Pero dejemos eso. ¿Qué puede usted decirme de las heridas de Priscilla Tarkin?

—Ah, la víctima, desde luego. Bueno, he redactado un informe, como me ha pedido usted, para el registro. ¿Quiere que se lo lea?

—No, hágame un resumen. De ese modo recordaré mejor lo más importante.

—Muy bien. Veamos. —Hizo una breve pausa para poner en orden sus pensamientos—. Con toda seguridad fue agredida desde atrás. Tenía moretones en ambas mejillas que indican que una gran mano le tapó la boca. Le han cortado la garganta de izquierda a derecha con un solo tajo. El esófago y la tráquea están cercenados hasta la médula espinal. Esa es la causa de la muerte. La mutilación del abdomen y de sus órganos se hizo posteriormente. Consistió en un corte desde el esternón a la pelvis y cortes laterales bajo las costillas y aproximadamente cinco centímetros por debajo del ombligo. Son cortes largos y profundos que han causado daños considerables en los órganos: estómago e intestinos han sido gravemente lacerados. La piel del abdomen se retiró hacia atrás, seguramente para, quizá, llegar hasta su útero, que ha sido traspasado, o quizá meramente por curiosidad sobre lo que había en el interior. Los intestinos han sido desplazados, quizá también para llegar al útero.

—En otras palabras, sabía dónde debía buscar ese órgano femenino —le interrumpió *sir John*—, y era importante para él encontrarlo.

—Puede decirse así, sí.

—Y estaría en consonancia con su hipótesis de que el agresor de la primera víctima tenía conocimientos de medicina.

—Bueno... sí. —El médico se había mostrado de acuerdo, pero con reticencia. Luego añadió—: Pero existen diferencias aquí que me hacen dudar. La naturaleza de los cortes me hace pensar que se hicieron con rapidez y mano experta. Su carácter sugiere también que se hicieron con una gran rabia, una rabia absoluta.

—¿Y qué me dice del tamaño de la mujer? No lo había preguntado antes. Debería haberlo hecho.

—No era pequeña, pesaba unos cincuenta y ocho kilogramos, diría yo. No se parece en nada a la amazona que fue la primera víctima. En cualquier caso, su asesino no ha tenido problema alguno en dominarla. Aunque, dicho sea de paso, tampoco lo tuvo con la primera.

—Cierto —dijo *sir John*, y se quedó pensativo durante un momento—. ¿Puedo hacerle una pregunta muy simple?

—Por supuesto, *sir John*. A menudo son las más importantes.

—¿Sería posible infligir las heridas que usted ha descrito sin salpicarse uno mismo con la sangre de la víctima?

—La mutilación quizá, aunque se hizo deprisa, y todo lo que se hace con prisas resulta siempre sucio. Pero ese largo corte de la garganta rajó también la arteria

carótida principal y la vena yugular. La sangre ha debido de salir a borbotones, a chorro incluso. Sin duda la sangre salpicó la mano, la muñeca y el antebrazo del asesino.

—¿Jeremy? ¿Estás ahí?

—Sí, por supuesto, *sir* John.

—¿Hemos pasado por alto lo obvio? ¿Tenía el señor Millhouse la manga o el puño de la casaca manchados de sangre?

—No, señor —contesté yo tras meditarlo unos instantes—, y su casaca es de un color en el que destacaría claramente.

—Estoy de acuerdo —dijo el señor Donnelly.

—¿Y qué estatura y peso les parece que tiene?

Antes de que algunos de los dos pudiera contestar, se oyó un fuerte golpe en la puerta. El médico me miró y se encogió de hombros, luego se dirigió a la puerta y la abrió. En el umbral apareció el doctor Amos Carr, el antiguo médico del Ejército que en alguna que otra ocasión y en ausencia de Donnelly había atendido a *sir* John y a los Vigilantes de Bow Street. Él había amputado el brazo al señor Perkins, aunque este creía que podía salvarse. *Sir* John no lo tenía en mucha estima.

—Bueno, señor Donnelly —dijo con voz tonante—. Había oído decir que había vuelto usted a Londres y que había montado la consulta aquí. Aunque solo nos hemos visto dos o tres veces, he pensado en venir a verle como buen colega para darle una cordial bienvenida.

Donnelly se quedó mudo de asombro, pero se recobró y rogó a su visitante que entrara.

—¡Ah, *sir* John! —exclamó el doctor Carr al vernos—. De modo que vuelve a trabajar con el señor Donnelly, ¿no? He oído decir que le ha echado una mano con aquel feo homicidio cerca de New Broad Court.

—Y ahora ha habido un segundo crimen —dijo Donnelly.

Me fijé en que *sir* John torcía el gesto al oír el comentario. Era evidente que pensaba que el señor Donnelly se había ido de la lengua.

—¿En serio? —dijo el antiguo cirujano del Ejército—. ¿Quién era?

—Una prostituta, como la primera —contestó el señor Donnelly.

—Ah, esas pobres mujeres. Me atrevería a decir que son las que más peligro corren en las calles.

—Desgraciadamente es así —convino *sir* John.

—¿Sabe? —dijo el doctor Carr—, cuando me enteré de que prestaba sus servicios a *sir* John habían pasado ya varios días desde el suceso, y estoy seguro de que ya se había enterrado a la víctima. Pero si ha habido en verdad un segundo asesinato, puede que le sea útil un pequeño consejo en su trabajo.

—¿Qué consejo es ese, doctor Carr? —inquirió *sir* John—, estoy ansioso por saberlo.

—Señor Donnelly, creo recordar que antes disponía en su consulta de un...

¿cómo lo llaman?, ¿micro...?

—Microscopio, señor.

—Ah, sí, es usted un moderno hombre de ciencia, sí señor. Confío en que lo tenga todavía.

—Por supuesto. Me resulta útil de mil maneras distintas.

—Bien, lo que voy a decirle le sonará un tanto extraño, pero le aseguro que son hechos demostrados. Yo, personalmente, he podido observarlo en cierta manera, como voy a explicarle. —Habiendo obtenido así la atención de ambos hombres, el doctor Carr pareció inflarse visiblemente, deseando extender su discurso para prolongarlo. Hizo una pausa para crear expectación y por fin prosiguió—: Bien, en varias ocasiones, mientras estaba en el Ejército, tuve oportunidad de examinar los ojos de los muertos, y puedo decirle que es totalmente verídico que en sus pupilas puede verse la última imagen grabada en los ojos vivos. ¡Sin duda había algo allí! La dificultad estriba, por supuesto, en que no puede percibirse ni siquiera con una lupa. Lo sé porque lo intenté en todas aquellas ocasiones con dicho instrumento.

»Pero usted, señor Donnelly, con su microscopio, tendría muchas más probabilidades de éxito. Mi consejo es este: Sáquele los ojos a la segunda víctima y colóquelos de tal modo que las pupilas puedan examinarse minuciosamente. Conozco la potencia de esos micro... microscopios. Es asombrosa. Cuando obtenga una imagen clara de la pupila, aumentada decenas de veces, tendrá también una imagen del asesino. ¿No le parece totalmente lógico?

—Oh... mucho... supongo —balbució el señor Donnelly.

—¿Quiere que le ayude en la operación?

—Desgraciadamente, eso no será posible —intervino *sir* John—, pues el señor Donnelly ha concluido su examen y la víctima ha sido enviada al Rastrero.

—Quizá el cuerpo podría recuperarse —sugirió el doctor Carr.

—¡Bueno, quizá sí! Vamos, Jeremy, investiguemos esa posibilidad. Adiós.

Abandonamos la modesta consulta más deprisa de lo que habíamos entrado, *sir* John tirándome del brazo y el abandonado señor Donnelly observando nuestra partida con aire desdichado. El magistrado no dijo una sola palabra hasta que llegamos a la calle, e incluso entonces me habló en un susurro.

—Jeremy —me dijo—, siempre había creído que ese Carr era un tonto, pero estaba equivocado. Ahora veo que está completamente loco.

V

En el que se inicia y termina la búsqueda de Yossel

Aquella noche, a mi regreso después de una de las agotadoras lecciones de defensa personal con el alguacil Perkins, me hallaba casualmente en la planta baja cuando sir John ordenó que los efectivos de los Vigilantes de Bow Street al completo debían presentarse en su despacho. Curioso como siempre, me mezclé con ellos. Si bien no me habían invitado, tampoco se me había dicho que tuviera que permanecer al margen. Elegí un rincón donde pasar desapercibido, pero ninguno aquellos dignos vigilantes ataviados de rojo puso en duda mi derecho a estar presente, y ni tan siquiera me miraron de reojo. Cuando todos se hallaron congregados y así se lo hizo saber Benjamin Bailey a sir John, este se levantó para hablarles del siguiente modo:

—Caballeros —dijo—, todos están al corriente de los dos homicidios perpetrados en nuestro distrito en los últimos días. Las desdichadas víctimas eran mujeres de la calle. Hasta ahora nuestras pesquisas no nos han proporcionado pista alguna salvo un único nombre que les daré después. No hemos descubierto el móvil. Ambas mujeres seguían llevando su dinero, por poco que fuera, encima. La segunda, cuyo cadáver descubrió anoche el alguacil Brede, sufrió una horrible mutilación. Solo nos cabe conjeturar que el asesino, sea quien sea, sintió una especie de perverso placer ultrajando así el cadáver.

»Bien, poco es, quizá, lo que puede hacerse para impedir tales actos, pues se llevan a cabo en la clandestinidad y en lugares oscuros. Lo que sí podemos hacer, empero, es poner en conocimiento de las probables víctimas el peligro que corren. Parece obvio que el asesino ha elegido como víctimas a las mujeres por alguna razón depravada. La naturaleza de la mutilación de la segunda víctima lo confirma. Yo diría que las prostitutas han sido las elegidas por su accesibilidad y porque están dispuestas a acompañar al asesino, sin saber que lo es, a rincones oscuros. Lo que ustedes deben hacer esta noche y todas las noches hasta que ese hombre sea capturado es advertir del peligro a las mujeres de la calle, a todas las que se encuentren a su paso, y serán sin duda un número considerable. Si no se han enterado de que ha habido una segunda víctima, infórmenles.

»Y al mismo tiempo, mencionen el nombre “Yossel” y pregúntenles si lo conocen, si lo han visto. Su nombre me lo dieron anoche cuatro mujeres que conocían a la víctima de vista, y una de las cuales lo había visto a él y a la víctima peleándose esa misma noche. Dos lo describieron como “extranjero”, y las otras dos concretaron que se trataba de un “judío”, aunque no lleva barba ni el atuendo que podría esperarse de un judío. Las cuatro convinieron en que es el tipo de individuo que roba a las prostitutas sus ganancias. Seguramente fue ese el motivo de su pelea con la víctima,

cuyo nombre, por cierto, era Priscilla Tarkin, más conocida como “Polly”.

Sir John hizo una pausa antes de añadir:

—Se me acaba de ocurrir que quizá alguno de ustedes conozca a ese tal Yossel de oídas y de vista. ¿Quieren decirme un «sí» en caso afirmativo?

Los hombres intercambiaron miradas como si se pidieran permiso unos a otros para hablar. Como resultado, la respuesta se retrasó un poco, pero brotó como sonora afirmación cuando por fin se dejó oír.

—¡Ah! —exclamó sir John—. Al parecer la mayoría de ustedes conocen bien al tal Yossel. Entonces, es menester que lo traigan aquí si lo ven. Deténganlo para ser interrogado. En realidad no puedo afirmar todavía que sea sospechoso, pero me dieron su nombre y por el momento es lo único que tenemos. Se dice que va armado de un cuchillo, de modo que trátenlo con la debida cautela, aunque no dudo de que cualquiera de ustedes es capaz de dominarlo.

Nuevamente hizo una pausa, pero solo para inclinar la cabeza, gesto con el que los despedía.

—Eso es todo, caballeros —dijo—. Les agradezco que me hayan concedido parte de su tiempo y les aseguro que tengo plena confianza en ustedes.

Tras estas palabras volvió a sentarse, enlazó las manos sobre la mesa y aguardó a que hubiéramos salido todos. Yo subí las escaleras hasta la cocina, convencido de que, la siguiente vez que las bajara, el vil Yossel habría sido ya aprehendido y encerrado en el calabozo a la espera de que a sir John le conviniera interrogarle.

Ay, sin embargo no fue así. Pues cuando a la mañana siguiente bajé en respuesta a la llamada de sir John, encontré el calabozo vacío y al señor Millhouse paseándose de un lado a otro, mirando a derecha e izquierda. Me reconoció inmediatamente y se acercó a mí presuroso.

—Ah —dijo—, el joven señor Proctor, ¿no es así?

Contesté que así era, en efecto.

—Quizá he llegado demasiado pronto a mi cita con sir John. Me pidió tan solo que me pasara por aquí por la mañana. Le he avisado por medio de ese caballero de ahí —señaló al señor Marsden con la cabeza— de que había llegado, pero se ha limitado a decirme que esperara. Si he venido en un mal momento, estaría encantado de volver más tarde. Quizá —dijo con tono dubitativo—, ¿podrías decírselo tú?

—Con mucho gusto lo haría —dije yo, flexionando la cintura en una leve inclinación—, si él me diera permiso para entrar y entregarle su mensaje. Lo cierto es que a veces prefiere estar solo para reflexionar sobre los asuntos que pesan sobre sus hombros.

—Lo comprendo perfectamente —dijo él, devolviéndome el saludo con cortesía.

—Si me perdona —dije.

Di media vuelta, dejándolo donde estaba, y me dirigí a la puerta del despacho de

sir John. Contrariamente a lo que acababa de decir al señor Millhouse, confiaba plenamente en que sería invitado a entrar... y así fue. Una vez dentro, cerré la puerta con cuidado y crucé la estancia rápidamente en dirección a la mesa. Sir John se inclinó sobre ella adoptando un aire de complicidad.

—Está aquí —susurró—. Millhouse, quiero decir.

—Lo sé —dije—. Acabo de hablar con él en el pasillo.

—Debemos encontrarte algo, algún trabajillo, para que te quedes aquí mientras lo interrogo.

—Esas cajas del rincón están llenas de papeles —sugerí—. Los repasaré y los clasificaré en varios montones.

—Perfecto —dijo sir John sin levantar la voz—. Ahora hazle pasar.

Abrí la puerta, llamé al señor Millhouse y luego me dirigí rápidamente a la caja más grande, la abrí y esparcí unos cuantos papeles por allí. Que el señor Millhouse piense lo que quiera, me dije.

El subterfugio, quizá no del todo necesario, estaba motivado por el deseo de sir John de contar con la presencia de un observador durante los interrogatorios a los que otorgaba una importancia potencial. Sir John creía que quien contaba mentiras se delataba por fuerza mediante algún indicio. Si no era por la voz, por los ojos, por la forma de respirar, incluso por la postura que adopta en una silla. «Es posible incluso que un hombre diga la verdad —había afirmado sir John—, y delate cierta preocupación por su respuesta, o incluso por la pregunta. Conociendo lo que preocupa a un hombre, sé mejor cómo llevar mi interrogatorio».

Y así fue como, cuando entró el señor Millhouse, me encontré en un rincón atareado con una gran pila de papeles. Desde allí tenía un ángulo de visión que me permitía observar su cara mientras él conversaba con sir John.

—Entre, entre, señor Millhouse —dijo el magistrado—. Siéntese, por favor. Quizá pueda contarme usted algo más sobre la pobre Polly, sus visitantes, etcétera.

—Quizá —dijo Millhouse. Miró entonces en derredor y pareció demorarse un poco al posar sus ojos sobre mi persona. Finalmente se sentó en una silla que se hallaba frente a sir John; tan solo la mesa los separaba.

—Oh... espero que la presencia de Jeremy no le moleste. Le he encomendado la tarea de clasificar registros antiguos del tribunal. El lord magistrado supremo nos ha pedido un informe y debe hacerse inmediatamente.

—No, no, no importa.

—Muy bien. Bueno, señor Millhouse, su mujer se mostró muy sincera con respecto a las desdichadas circunstancias de Priscilla Tarkin y sobre su excelente carácter, etcétera. Sin embargo, aunque estoy seguro de que no se equivocaba, teniendo en cuenta lo ocurrido, no es el tipo de información que pueda ayudarnos en la investigación de la muerte de esa pobre mujer. Yo esperaba que usted, como hombre y vecino de Polly, pudiera haber observado mejor sus costumbres, su oficio y demás.

—Bueno, le diré todo lo que sepa, por supuesto.

—¿Cuánto tiempo hacía que se conocían?

—Desde que llegamos a Londres hace seis meses.

—¿Y cómo llegaron a enterarse de cuál era su... cómo podemos llamarlo... su línea de trabajo? No creo que ella misma se lo dijera de buenas a primeras.

—No, claro que no. Yo diría que nos dimos cuenta paulatinamente.

Millhouse pareció ponerse tenso. Las manos, que hasta entonces descansaban sobre las rodillas, no descansaron más: se movieron nerviosas para examinar las costuras de los calzones.

—No hacía mucho que estábamos en Londres, un mes quizá, cuando un horrible alboroto en la habitación de nuestra vecina nos despertó una madrugada. El tabique entre su habitación y la nuestra parece muy delgado. En cualquier caso, se oían gritos y grandes voces, una de ellas claramente masculina. Se hizo una acusación de robo que la otra parte negó. Mi mujer me instó a acudir para intentar resolver el asunto o, al menos, calmar los ánimos. Me estaba poniendo la ropa cuando, de repente, oímos un portazo y unos pasos decididos que se alejaban. Bueno, es natural que uno se extrañe de que la vecina tenga un visitante masculino pasada la medianoche, o quizá uno se limita a suponer lo más evidente; yo lo hice. Mi mujer se mostraba reacia a aceptarlo, de modo que al día siguiente abordó a Polly del modo más comprensivo y oyó de sus labios la historia que le contó a usted ayer. Mi mujer ya le había tomado afecto, que la compasión no hizo más que aumentar.

—Pero antes había dicho usted que se enteraron poco a poco —apuntó sir John—. Debían de haber sospechado algo antes de aquella noche.

—Bueno, sí. En primer lugar, era viuda, vivía sola y no tenía medios de vida aparentes. Dormía hasta bien entrada la mañana, y yo la había visto en la calle por la noche, merodeando de tal modo que se hacía accesible a los desconocidos.

—Comprendo. Bien, permítame volver a aquella ocasión en la que su mujer y usted se despertaron a causa del alboroto, y preguntarle lo siguiente: ¿La acusación de robo que ha mencionado, la hizo ella? Sé que las mujeres de la calle se convierten a menudo en presa de ladrones de todo tipo. Buscamos ahora a uno que tenía por costumbre robar las ganancias a las prostitutas. Se le vio peleándose con ella la misma noche en que fue asesinada. ¿Tenía la voz masculina que oyó usted un acento extranjero?

—Oh, no, nada de eso —contestó él—. En primer lugar, habría sido difícil decir si el hombre en cuestión hablaba, como dice usted, con un acento extranjero. Solo le oí decir con claridad: «Lo tienes tú, ¿no es verdad, maldita puta ladrona?». Perdóneme por el lenguaje. ¿Se da cuenta?, era él quien la acusaba a ella, y ella lo negaba todo.

—Ah, interesante. ¿La vio usted entrar en su habitación acompañada de algún hombre?

—No, jamás, cosa curiosa, dado que nuestras habitaciones eran contiguas. Sin

embargo, oímos voces masculinas varias veces.

—¿Acusándola?

—No, que nosotros sepamos. En todo caso, no se produjeron más alborotos.

Merece la pena mencionar aquí que el señor Millhouse se había relajado paulatinamente mientras contestaba a las preguntas de sir John. Sin embargo, durante las preguntas siguientes se puso más tenso aún que antes y su cuerpo pareció enroscarse. Cambió de posición en la silla con un desasosiego tal que, de no haberme sentado yo en su silla con frecuencia, habría dicho que estaba sentado sobre un cojín de espinas.

—Ha dicho usted que la había visto en la calle antes de la noche del alboroto. ¿La vio después alguna otra vez merodeando, a la expectativa, como si dijéramos?

—Sí, en varias ocasiones.

—¿La vio hablando con hombres?

—Algunas veces sí.

—Bien, ¿se fijó en ellos, señor? ¿Qué aspecto tenían? ¿La vio más de una vez con el mismo hombre?

—No, no, no; de verdad, sir John, no me fijé en ellos en absoluto. —La voz del señor Millhouse delataba casi la misma agitación que demostraba su cuerpo—. Era muy embarazoso encontrarse con ella en tales situaciones. Yo apartaba la vista y me alejaba deprisa. No tenía el menor deseo de observar a los que ella pretendía tentar.

—Cuando se la encontraba en la calle de aquella forma —prosiguió sir John—, ¿le saludaba ella? ¿Hacía ademán de reconocerlo? ¿Le sonreía o inclinaba la cabeza tal vez?

—No... bueno, sí, quizá. No sé. ¿Por qué lo pregunta? Bueno, muy bien, supongo que debo responder. En unas pocas ocasiones llegó a saludarme.

—Imagino que se trataba de ocasiones en que no había ningún hombre cerca.

—¡Por supuesto!

—¿Y cómo le saludaba, señor Millhouse? ¿Cree que lo miraba como a un cliente potencial?

—¡No!

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque me saludaba normalmente, como cualquiera saludaría a un vecino. «Buenos días, señor Millhouse», o algo parecido.

—¿Y qué respondía usted a sus saludos de buena vecina?

—¡Ya se lo he dicho! Pasaba de largo. Oh, puede que le dijera hola al pasar, ¡pero desde luego no me detenía a pasar el rato!

—¿Y por qué no, señor? Por lo que dice, yo diría que le hacía un desaire. ¿Por qué?

—¡Porque no quería que me tomaran por uno de esos hombres que dedican el tiempo a holgazanear charlando con putas! ¡Más claro el agua!

Sir John le permitió calmarse un poco. Ciertamente lo necesitaba. Tenía el rostro

encendido. Por un momento pensé que se mantenía sentado únicamente gracias a su fuerza de voluntad. Movía las piernas sin parar, y parecía impaciente por ponerse en pie y salir corriendo.

—Hace un momento —dijo por fin sir John, reanudando el interrogatorio—, me ha preguntado por qué le hacía esa pregunta. Permítame que le diga que hago tales preguntas para llegar a conocer su relación con la víctima. Su mujer dejó muy claro qué relación tenía ella. Sin embargo, aún no sé muy bien cuáles eran los sentimientos de usted hacia Priscilla Tarkin... ni los suyos hacia usted, ya que estamos.

En ese momento Millhouse lanzó una mirada desesperada hacia mí y me pilló mirándole fijamente. Yo había dejado de fingir que clasificaba los viejos registros del tribunal en diferentes pilas, fascinado por el desarrollo del interrogatorio de sir John. Millhouse volvió a mirar al magistrado, pero por un momento pareció incapaz de responder.

—Bueno, yo... —empezó—. Me daba pena, claro, pero yo...

Esperamos, pero tras haber empezado, no parecía capaz de seguir. No dijo nada. Permaneció sentado en silencio durante casi un minuto.

—Dejemos eso por el momento —dijo sir John—. Pasemos a otra pregunta... una que debería serle fácil responder. ¿Vio usted a Priscilla Tarkin viva la noche en que murió?

Millhouse suspiró.

—Sí —contestó—. Entró en el Dog and Duck de Bedford Street donde yo estaba bebiendo con mis amigos. Recorrió el local en busca de clientes.

—¿Y a usted le habló?

—Me saludó.

—¿Le habló usted?

—No.

—¿Quiénes eran esos con los que bebía aquella noche?

—El señor Oliver Goldsmith^[7], poeta, historiador, novelista y, en otro tiempo, según tengo entendido, también médico.

—Ese es uno. ¿Había otros?

—El señor Thomas Davies, actor, dramaturgo y editor, y brevemente, un tal señor Ephraim Butts, un amigo del señor Davies del que no sé casi nada, pues solo lo conozco de aquella ocasión.

—Muy bien. Ahora tengo algo aquí. —Sir John abrió el cajón de su mesa y hurgó en él hasta sacar una llave que colocó sobre la mesa—. Sí —continuó—, esta llave. ¿La reconoce, señor Millhouse?

—Pues parece idéntica a la de nuestra habitación.

—Sin duda lo es. Es, según creo, la llave de la habitación de Polly Tarkin, pues el señor Donnelly la halló en su bolsillo junto con un chelín y unos cuantos peniques. ¿Jeremy? —Se volvió hacia donde yo estaba—. Oigo el crujir de los papeles de vez en cuando, de modo que supongo que sigues con nosotros.

—Sí, señor —dije.

—¿Quieres ir ahora a buscar tu casaca y tu sombrero para acompañar al señor Millhouse a Half Moon Street, a fin de que pueda indicarte cuál es su habitación? Quiero que la registres, Jeremy. Averigua lo que puedas de ella, a quiénes pudo conocer y cualquier otra cosa que sirva para la investigación. Tienes permiso para traer a Bow Street cualquier cosa que consideres de interés.

Me levanté rápidamente de mi rincón.

—Estaré encantado de hacerlo, señor —dije, y me dispuse a partir. El señor Millhouse se quedó boquiabierto.

—Cierra la puerta al salir —dijo sir John—, y espera en el pasillo.

Aquel fue, para mí, un giro completamente inesperado. Primero se me había dado la oportunidad de interrogar a una testigo, la señora Crewton, y ahora se me pedía que fuera a registrar el domicilio de la víctima en busca de indicios; era evidente que sir John me ofrecía una mayor responsabilidad en sus investigaciones. Esta perspectiva me excitó como ninguna otra desde que había sido aceptado en su casa.

Mi mano temblaba levemente por la emoción cuando intenté introducir la llave en la cerradura. Pero me dominé con un esfuerzo y lo logré. En aquel momento, antes de dar la vuelta a la llave, me volví para encararme con el señor Millhouse, que se había quedado pegado a mí en el estrecho porche.

—Señor —le dije—. Ahora debo pedirle que vaya a ocuparse de sus asuntos.

—¿Cómo? Mira, muchacho...

Le interrumpí con firmeza.

—Ha oído usted tan bien como yo que sir John Fielding me ha asignado la tarea a mí y a ningún otro. Si insiste usted en acompañarme, tendré que regresar esta noche con uno de los alguaciles para que me ayude. Espero haberme expresado con claridad.

Al parecer la respuesta era afirmativa. Millhouse se había preparado como para soltar toda una arenga, pero se quedó desconcertado, incapaz de hablar. Esperé un tiempo prudencial y luego, con una firme inclinación de cabeza y un «buenos días», di la vuelta a la llave, abrí la puerta y entré. Luego saqué la llave y cerré la puerta con firmeza tras de mí.

La habitación estaba a oscuras. Me acerqué a las ventanas y retiré los pesados cortinajes. La luz que entró de repente puso al descubierto una habitación de dimensiones medianas, desde luego más grande que la mía de Bow Street, y tenía una pequeña chimenea complementada con una pequeña cocina en el rincón más alejado. En conjunto estaba mucho mejor amueblada de lo que había esperado. La cama era de buen tamaño y estaba cubierta por un pulcro edredón. Había una cómoda de tres cajones, un escritorio con una silla recta, un armario y dos cómodas sillas para sentarse, e incluso una pequeña alfombra. Todo aquello apuntaba a una vida anterior

sin privaciones. Desde luego se hallaba muy lejos de la sordidez de la habitación descrita por el soldado raso Sperling a la que Teresa O'Reilly le había llevado. ¿Cómo había conseguido vivir así Polly Dos Peniques? Me dispuse a registrar el cuarto para hallar la solución a la pregunta.

El armario no ofreció nada más que ropa, que era abundante, mucho más de lo que yo podía esperar. Algunas prendas eran viejas y raídas, otras no. De pronto recordé el vestido que llevaba cuando la asesinaron. Era de buena lana, gruesa, y acompañado del chal, debía de protegerla del frío incluso de madrugada. Sin duda se trataba de un vestido nuevo. ¿Cómo se las había apañado?

Revolví en los cajones de la cómoda, pero estos no contenían nada más que ropa interior, medias y chucherías de diversas clases que examiné a fondo. Eran muchas: cintas de todos los colores, peines sencillos y grabados, anillos. De estos, unos cuantos parecían de oro; otros, que no eran de oro, tenían intrincados diseños; y había dos con piedras preciosas de cierto valor. Lo más extraordinario eran dos camafeos que me parecieron de un valor apreciable. Me pareció que aquellas joyas eran demasiado para cualquier mujer soltera, y mucho más para alguien que fingía una gran pobreza.

Hallé algo de gran interés en el único cajón del escritorio. Era un libro de cuentas o libro mayor —no estaba seguro entonces de cómo llamarlo, pues no tenía experiencia comercial—, pero vi que se trataba de una lista de transacciones fechadas que se remontaban a unos tres años en el pasado. Debía de haber unas veinte páginas llenas, cada una de ellas con treinta entradas. Si bien los artículos vendidos, así como los compradores, se hallaban detallados en una especie de código, las cantidades se daban claramente en chelines y peniques. Desde luego tenía que llevarme aquel libro a Bow Street. Si aquella mujer se había mostrado tan activa vendiendo como aparentaba, debía de tener un tesoro escondido en alguna parte. Miré en derredor. La estancia no era muy grande, seguro que lo encontraría. De modo que inicié un registro en toda la regla. Saqué los cajones para mirar detrás de todos ellos y no encontré... nada. Realicé un hallazgo inesperado al deshacer la cama: hallé una daga metida bajo el colchón, pero al alcance de la mano, y debajo de la cama había una pistola cargada. De haber llevado aquellas armas el día en que fue asesinada, tal vez se hallara viva en este preciso momento y en su casa.

Recordando mis esfuerzos en la residencia de Goodhope hacía dos años, saqué mi caja de yescas y encendí una vela. Pude entonces examinar con sumo cuidado todos los ladrillos de la chimenea. Me llevó casi una hora, pero no encontré ninguno aflojado, todos estaban firmemente sujetos y no sonaban a hueco.

Cuando por fin terminé, tenía las manos manchadas de hollín y también las ropas, y estaba tan disgustado por mi fracaso que volví al centro de la habitación y pateé el suelo de pura frustración.

Así hallé lo que andaba buscando.

Aunque una alfombra cubría aquella parte del suelo, noté claramente que una

tabla cedía bajo la presión de mi pie derecho. Aparté la alfombra y me puse a cuatro patas para dar golpes, presionar y buscar con las manos lo que antes había encontrado mi pie sin pretenderlo. Al final me vi forzado a levantarme y volver a dar golpes en el suelo con los talones. Cuando lo descubrí de nuevo, agarré la daga de la cama y procedí a clavarla en una tabla del suelo de una anchura semejante a la de mi mano, o quizá un poco más grande. Cuando conseguí arrancarla de su sitio, miré lo que había debajo.

El hueco estaba lleno a rebosar de toda suerte de artículos que podían hurtarse fácilmente a un caballero. Había tres o cuatro pañuelos de seda, lavados y pulcramente plegados; había tres relojes, uno de ellos en un estuche que parecía de oro, incluso había dos pares de anteojos cuadrados al estilo que era entonces el más popular. Aquello era un almacén de artículos esperando a ser vendidos. Pero ¿dónde...? Quizá... ¡sí!

Lo que buscaba lo encontré debajo del montón de pañuelos. Fuera de hombre o de mujer, se trataba de una cartera de buena piel atada con unas correas, que yo desaté cuidadosamente para examinar el contenido. Estaba llena de soberanos y guineas de oro: la cosecha de tres años dedicados a realizar fechorías.

Incapaz de contenerme, dejé escapar un aullido de triunfo. Luego, recordando que solo un delgado tabique me separaba del señor Millhouse, me callé inmediatamente, aunque no pude resistirme a murmurar en voz muy baja:

—¡Polly Tarkin, te he pillado con las manos en la masa! ¡Mi buena mujer, era usted una ladrona!

Apenas tuve tiempo para entregar a sir John la cartera y el libro de cuentas (que él dejó caer en el cajón de su mesa), pues salimos a toda prisa en dirección a Tavistock Street. Lógicamente supuse que nos disponíamos a visitar al señor Donnelly, pero no fue el caso.

De camino, le expliqué en detalle el registro que había llevado a cabo. Explotaba de orgullo por lo que había conseguido. De modo que cuando empecé a percibir cierta falta de satisfacción por mi informe, me apresuré a concluir y pregunté con cierto malhumor si ocurría algo.

—Oh no, no, claro que no. Lo has hecho muy bien, Jeremy —contestó él—, pero yo esperaba que encontraras cartas, algún tipo de anotación... nombres, en definitiva. ¿Debo suponer que no había nada parecido?

—No, señor. —Pensándolo mejor, añadí—: Pero, sir John, debe de haber un montón de nombres en su libro de cuentas. Están escritos en clave, pero si se descifra...

—El señor Mardsen tiene talento para tales juegos. Estoy seguro de que los intentos de la viuda Tarkin por ocultar los nombres de los compradores de sus mercancías no presentarán mayores dificultades. Pero, verás, esos no son más que

encubridores, los que trafican con objetos robados. En cuanto al homicidio, me temo que haber descubierto que la víctima es una ladrona solo contribuirá a hacer más ardua la tarea de descubrir al asesino.

—¡Oh! ¿Cómo es eso?

—Vaya, ¿es que no lo ves? Cualquiera de las personas a las que robó pudo ir por ella para vengarse. Y, como tú has demostrado, robó a muchas personas.

—Comprendo —dije, escarmentado.

Fue entonces más o menos cuando pasamos por delante del edificio que albergaba la consulta de Donnelly. Sin embargo, cuando seguimos hasta cruzar Southampton Street y enfilar luego Maiden Lane, comprendí cuál debía de ser nuestro destino.

—Tengo cierto interés por el señor Millhouse —dijo sir John—. El hecho de que se hallara en la escena del crimen es significativo, sin duda. No parece capaz de explicar su relación con la víctima. Cuando fuiste en busca de la casaca y el sombrero, confesó que percibía algo malévolos en ella y que no le gustaban las caritativas atenciones que le dispensaba su mujer. Cuando insistí, me dijo que creía que intentaba seducirlo para poder extorsionarle luego, exigiendo dinero a cambio de su silencio, o algo parecido. A mí me parece más bien inverosímil... a menos, claro, que se estuviera produciendo ya algo por el estilo. Dime, ¿qué te ha dicho Millhouse cuando fuisteis juntos a Half Moon Street?

—Prácticamente nada. Parecía ensimismado en sus pensamientos. Sin embargo, pretendía entrar en la habitación de la viuda Tarkin conmigo. He tenido que amenazarle con volver acompañado de un alguacil para que abandonara la idea.

Sir John soltó una carcajada.

—Buen chico, Jeremy —dijo—. Creo que estamos llegando a nuestro destino. ¿Estamos cerca de la sinagoga?

—La tenemos justo enfrente. —Yo tenía razón... en mi segundo intento, al menos, por adivinar el lugar al que nos dirigíamos.

—Pienso pedirle al rabino Gershon que nos ayude a encontrar a ese tal Yossel, que parece haber desaparecido de la faz de la Tierra.

Conduje a sir John hasta la puerta de la sinagoga. Era un edificio nuevo de ladrillo, levantado en poco tiempo por la congregación de Beth El en lugar de la antigua sinagoga de madera que había ardiendo en circunstancias extrañas hacia dos años. Habían hecho un buen trabajo. La nueva sinagoga parecía la estructura más sólida y duradera de toda la calle.

—¿Llamo a la puerta? —pregunté.

—Mira a ver si está abierta.

Estaba abierta, de modo que guie a sir John para subir el único peldaño de la entrada y pasar al interior. Una vez en el vestíbulo, nos detuvimos a escuchar. No parecía haber nadie allí.

—¡Hola! —llamó el magistrado—. ¿Hay alguien ahí?

Alguien había. Un rostro apareció en el otro extremo del vestíbulo, un rostro

barbado, pero singularmente juvenil.

—Ah —dijo el rostro, y surgió también un cuerpo corpulento, vestido de negro. El rabino Gershon acudió presuroso a nuestro encuentro; sus cortas piernas lo impulsaban hacia adelante con un andar oscilante, como el de un niño—. ¡Sir John Fielding! ¡Jeremiah! ¡Bienvenidos!

Percibí, por la sonrisa de sir John, que realmente se sentía bienvenido. No obstante, no contestó hasta que el rabino llegó a nuestra altura. Entonces extendió la mano a tientas y el rabino se la estrechó con firmeza.

—Buenos días, rabino Gershon —dijo—. Espero no llegar en mal momento.

—En absoluto —respondió el rabino—. Estaba estudiando el Talmud y eso puedo hacerlo, Baruch Hashem, todos los días de mi vida.

Luego el rabino me estrechó también a mí la mano, musitando mi nombre al mismo tiempo.

—Bien —dijo a sir John—, ¿a qué debo el placer de su visita? Estoy encantado de recibirle, como siempre, pero intuyo que hoy se trata de algo especial. ¿En qué puedo ayudarle?

—Bueno, tiene usted razón al decir que se trata de algo especial, y también que precisamos su ayuda.

—Bien... explíquese.

Sir John le puso en antecedentes con un breve resumen. Le habló de los dos asesinatos en un lapso de veintiocho días, detallando la brutalidad del segundo. Puso el énfasis en las dificultades con las que había tropezado hasta entonces en sus pesquisas —la falta de pistas, la ausencia de testigos—, y concluyó diciendo que existía un testigo al que quería interrogar, pero al que no se había conseguido hallar.

—Esperaba —dijo para finalizar— que usted pudiera ayudarnos a encontrarlo.

—Entonces se trata de un judío.

—Bueno... sí, eso dicen.

—¿Y cómo se llama?

—Solo me han dado el nombre, sin el apellido, y quizá sea un apodo, que, en cualquier caso, no había oído nunca...

—Sir John, por favor, ¿qué nombre es?

—Yossel. —Aunque no era difícil de pronunciar, en aquella ocasión pareció trabársele en la lengua.

—¡Ah, Yossel! ¡Yossel Davidovich! ¡El mismo que me ha venido a la cabeza!

—¿Le considera capaz de tales actos?

El rabino Gershon meditó la pregunta largo rato, luego meneó la cabeza.

—En mi opinión, no —dijo—. Es, como dicen los cristianos, una «oveja descarriada». Le ha dado la espalda a su familia, a su herencia, a su religión. He oído decir que ha llegado incluso a negar que sea judío. Va por ahí rasurado y vestido como cualquiera que se encuentre uno por la calle.

Hizo una pausa y miró con aire desdichado primero a sir John y luego a mí.

—Pero no; creo que no haría las cosas que usted ha descrito, sir John. Déjeme que le cuente una historia. En el pueblo donde yo vivía cuando era un muchacho, había un hombre que tenía un perro. Era un hombre odioso, y su perro era realmente malo. El dueño lo llamaba matajudíos, creyendo que era muy gracioso, y lo dejaba vagar libremente, de modo que cada vez que nos dirigíamos al *shul*, el perro nos impedía el paso, gruñéndonos y ladrándonos furiosamente, como un monstruo, y venía hacia nosotros. Aquel perro nos metía el miedo en el corazón, pues no éramos más que unos niños, y salíamos corriendo e íbamos a la sinagoga por otro camino que nos obligaba a caminar casi una versta más. Por fin, a medida que nos hacíamos mayores y se acercaba nuestro *bar mitzvah*, empezamos a envalentonarnos, al vernos cerca de la edad adulta. Uno de nosotros afirmó que no permitiría que aquel perro volviera a impedirle el paso, a pesar de su nombre y por muy fuerte que ladrara. Así que, la siguiente vez que emprendimos el mismo camino, el mismo perro nos salió al paso. Gruñía... ¡oh, cómo gruñía!, y sus ladridos eran atronadores y enseñaba los dientes. Pero aquel valiente entre nosotros, que no era el más corpulento ni el más fuerte, no quiso dar media vuelta y huir. Caminó directamente hacia el perro, despacio, mirándole a los ojos. Cuando estaban cerca el uno del otro, el perro se detuvo, pero el chico siguió andando. El perro solo podía atacarle o retroceder. Retrocedió, ladrando al principio, cediendo terreno. Pero como el muchacho seguía avanzando hacia él, empezó a gemir y a correr, volviendo la mirada hacia el que lo atormentaba, hasta que finalmente huyó. El resto de nosotros lanzó vítores al verlo, y desde aquel día, siempre que el perro nos veía aparecer, se escabullía, y no volvió a molestarnos nunca más.

Pasaron unos instantes en silencio. Supuse que sir John esperaba hasta asegurarse de que el rabino había concluido.

Tras cerciorarse de que así era, fue el magistrado quien habló.

—¿Está sugiriendo que Yossel es como el perro ladrador, poco mordedor?

—¿Así se dice aquí? En ruso es diferente. —El rabino asintió—. Quizá sea eso, pero quizá Yossel Davidovich no muerda nada en absoluto.

—He sido informado de que robaba a prostitutas, a veces amenazándolas con un cuchillo.

—Amenazar es una cosa, cumplir las amenazas es otra. Creo que Yossel es un cobarde que parece peligroso.

—Puede que sí, pero cuatro testigos lo vieron peleándose con la segunda víctima, una mujer que, por cierto, se ha descubierto ahora que al parecer era también una ladrona. Lo cierto es, rabino, que solo quiero interrogarlo. Todavía no lo considero sospechoso. Sin embargo, su desaparición no le favorece.

—Lo encontraré —aseguró el rabino Gershon—. Lo intentaré.

—Gracias —dijo sir John—. Esperaba que me hiciera usted este favor.

—La verdad, sir John, es que también lo hago por mi gente, por mi congregación. Asuntos como este suelen volverse a menudo contra los judíos.

A nuestro regreso al número 4 de Bow Street, Mardsen vino a mí con el entrecejo fruncido y, meneando la cabeza, me entregó un pasquín que venía a confirmar los temores del rabino.

—Mira lo que reparten por Covent Garden —dijo en voz baja—. Será mejor que se lo leas a sir John.

—¿Leerme qué? —preguntó el magistrado, cuyo penetrante oído había recogido los murmullos del señor Mardsen sin la menor dificultad—. ¿Qué tiene ahí?

—Un pasquín, señor —contestó el escribano—. Trata sobre el asesinato de hace dos noches. No creo que le guste en lo más mínimo.

No, no le gustó. No guardé copia de aquel documento incendiario, porque no intentaré citarlo textualmente. Los puntos más importantes eran estos: Se había cometido un sangriento asesinato (el autor no tenía idea de lo sangriento que había llegado a ser, pues solo mencionaba la herida de la garganta). La víctima, una tal Priscilla Tarkin, conocida vulgarmente como Polly, frecuentaba las calles y tabernas de los alrededores de Covent Garden. Quienes la conocían bien la habían visto la noche misma del asesinato en violenta disputa con un canalla conocido como Yossel. El mencionado Yossel era sin duda el asesino de Polly, en opinión de sus amigas, pues era conocida su reputación como ladrón de prostitutas y robaba a tales mujeres sus escasas ganancias a punta de cuchillo, amenazándolas con desfigurarlas o herirlas de cualquier otra manera. Todos sabían que Yossel era judío, y la herida mortal que infligió a Polly era de tipo ceremonial, muy conocida en Europa oriental, donde los judíos raptaban niños cristianos para desangrarlos en ritos paganos.

Así continuaba todo el pasquín. Cada uno de esos puntos principales se desarrollaba extensamente, sobre todo el último, que repetía muchas de las calumnias que se vertían comúnmente sobre el pueblo israelita. Era de destacar, empero, que el autor anónimo no hacía el menor esfuerzo por relacionar el asesinato más reciente con el que se había producido veintiocho días antes, lo que me hizo dudar de que lo conociera.

¡Menudo autor anónimo! ¡Estaba casi seguro de que sabía quién había escrito el pasquín por sus anteriores obras e incluso por su nombre! ¿Estaba sir John tan seguro como yo? Si era así, y juzgando por las muestras externas que manifestó el magistrado, Ormond Neville, poeta y periodista, no sabía la que se le caería encima.

Jamás antes había visto a sir John hacer rechinar los dientes, pero, mientras estaba sentado en la silla que antes había ocupado Thaddeus Millhouse leyendo al magistrado el escandaloso pasquín, oí un sonido desconcertante que me llegaba desde el otro lado de la mesa. Alcé la vista y vi que sir John tenía la boca fuertemente cerrada y el mentón algo adelantado, pero sus mandíbulas se movían de lado a lado. Esta reacción era intermitente y se producía en los momentos en que se esforzaba por contener la rabia que sentía ante lo que yo le estaba leyendo. Durante todo el tiempo que duró la lectura —o, en cualquier caso, cada vez que yo alzaba la vista—, vi sus

manos sobre la mesa formando dos apretados puños. Finalmente acabé de leer.

—¿Eso es todo? ¿No hay nada más?

—Eso es todo, señor.

—Es más que suficiente. —Sir John se recostó en el asiento, respirando hondo, sin decir una palabra hasta que añadió—: Jamás, repito, jamás he sabido que se imprimiera y distribuyera en esta ciudad una semejante inmundicia, depravada y carente de ética. No solo interfiere e impide mi investigación y, por ende, en el proceso judicial, sino que llega a calumniar a todo un pueblo de la manera más irresponsable. ¿Te das cuenta, Jeremy, de que entre los que saben leer, los hay que creen realmente que incluso las más groseras invenciones tienen que ser ciertas si aparecen impresas?

Dado que yo mismo, a mi edad, me sentía algo intimidado por todo cuanto leía, no había dado al asunto la reflexión que se merecía. Así pues, teniendo en cuenta las circunstancias, lo mejor que pude hacer fue mostrarme tímidamente de acuerdo.

—Supongo que es así, sir John.

—¡Ya lo que creo que sí! Y quizá se haya causado un daño irreparable a los judíos. ¿Quién sabe, cuando se planta semejante semilla de maldad, lo que puede brotar en los años venideros? ¡No permitiré que semejante porquería circule por mi distrito! No permitiré que los londinenses se comporten como los habitantes de una atrasada provincia oriental de Europa.

Subrayó sus palabras golpeando la mesa con ambos puños. Yo no le había visto nunca tan furioso.

—Preveo que nos espera una mala noche —dijo—. Tendré que apostar dos hombres en la sinagoga del rabino Gershon en turnos de tres horas. No dejaré que vuelvan a incendiarla. Y nosotros... —Se interrumpió y se inclinó hacia mí sobre la mesa—. Jeremy —dijo—, sé que pasas bastante tiempo en Grub Street. Has de conocer a alguno de los que van por allí.

—Sí, señor.

—¿Podrías ir y averiguar quién es el autor de este... este...?

Tan raras eran las veces en que sir John no hallaba las palabras justas que le ahorré la tarea de buscarlas.

—No es necesario, sir John.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—Creo que es obra de un tal Ormond Neville. ¿Recuerda que fue el autor del pasquín que exigía el juicio rápido y la ejecución de John Clayton, el poeta?

—Lo recuerdo muy bien.

—Desde entonces han aparecido otros pasquines, no tan incendiarios, pero que han sido motivo de disgusto para usted. ¿Recuerda la disertación en apoyo de las ejecuciones públicas en la horca?

—Sí, ya lo creo. Pedía que se trasladara el lugar de las ejecuciones de Tyburn a Covent Garden. ¿Era suyo también?

—Estoy seguro, pues casualmente nos encontramos en la tienda de su impresor, Boyer, y el señor Neville reclamó su autoría orgullosamente. Cometió la imprudencia de preguntarme qué pensaba usted del pasquín.

—Eso hizo, ¿eh? Bueno, estaré encantado de decirle en persona lo que opino de su última obra. ¿Sabes dónde vive ese individuo?

—No, pero sé dónde es más probable hallarlo.

—Excelente. Cuando acabes tu hora de ejercicios con el alguacil Perkins...

Lancé a sir John una mirada de asombro.

—Pero... —empecé a decir, sin saber qué podía añadir después.

—Ah —dijo él—, puede que piensas que no sabía nada de sus clases prácticas, pero lo sé. Y aunque no lo apruebo totalmente, el alguacil Perkins me ha hecho comprender su utilidad. Ve, pues, y cuando hayáis terminado, me gustaría que os desviarais un poco de vuestro camino para ir a Grub Street, si es allí donde tú lo buscarías, y me traigáis al señor Ormond Neville para que podamos tener una charla.

Encontrar a Neville no fue difícil, como tampoco lo fue persuadirle para que viniera con nosotros. Me dirigí al Goose and Gander que se hallaba frente a la imprenta de Boyer en aquella calle de librerías, editores y los escritorzuelos de que se servían. Era una taberna normal y corriente, donde también se podía comer, muy parecida a las muchas que podían hallarse en Covent Garden: oscuras, con el aire cargado y, a aquella hora del día, atestadas y ruidosas. Los hombres ocupaban la barra y las mesas, formando círculos o arracimados, gritándose unos a otros. Había también unas cuantas mujeres, quizá dos más aparte de la moza de la taberna, y parecían más bien escritorzuelos que putas. Supuse que Ormond Neville habría pasado la mayor parte de la tarde allí, en el Goose and Gander, por lo que no hice caso de la multitud y lo busqué entre las mesas. Y allí lo encontré, acompañado de sus amigos y con el pasquín en cuestión frente a él. Debía de haber cinco o seis hombres con él y parecían celebrar algo: alzaban las jarras de cerveza y se rendían homenajes en tono jovial, mientras, presidiendo la mesa, el señor Neville leía a gritos el texto del pasquín a la luz de la vela. Uno de ellos, empero, parecía menos animado que los demás.

—¿Es él? —preguntó el alguacil Perkins.

—Desde luego que sí —contesté.

—Bueno, se está divirtiendo de lo lindo, ¿no? Es una pena que tengamos que estropear su fiesta, pero es nuestro deber. Vamos, Jeremy.

Seguí los pasos del alguacil. Me fijé en que había sacado su garrote y lo llevaba bien a la vista; eso y su chaleco rojo lo identificaban inequívocamente como uno de los Vigilantes de *sir* John.

Mientras nos abríamos paso entre la muchedumbre y las mesas, grité al oído de Perkins:

—Son muchos en la mesa. Le ayudaré en lo posible.

—¿Con esos? —gritó él en respuesta—. No nos causarán el menor problema.

Si bien estaba preparado y me sentía capaz de ayudar al señor Perkins, me sentí aliviado al comprobar que tenía razón. El alguacil anunció nuestra presencia dando un garrotazo sobre el pasquín desplegado en la mesa. En el acto se hizo el silencio entre los que rodeaban al señor Neville y se extendió rápidamente a los que estaban sentados más cerca de ellos. El señor Perkins había conseguido atraer su atención.

—¿El señor Ormond Neville? —dijo.

Neville se limitó a asentir con una mirada que no era tanto de miedo como de consternación.

—¿Es usted el autor de ese pasquín que estaba leyendo?

Neville miró en derredor. Difícilmente podía negar su autoría, tras haber aceptado las felicitaciones de sus colegas.

—Lo soy —contestó.

Yo miré a los demás buscando indicios de resistencia agresiva, pero no vi ninguno. Lo que sí vi, empero, me cogió por sorpresa: uno de ellos, que me daba la espalda cuando nos habíamos acercado, me miraba ahora. Nuestras miradas se cruzaron. Reconocí enseguida a Thaddeus Millhouse, como él debió de reconocerme a mí, pues rápidamente apartó el rostro y alzó una mano para ocultarlo a mi vista.

—Debo pedirle que me acompañe al número 4 de Bow Street, señor —le dijo el alguacil Perkins—. *Sir John Fielding* quiere hablar con usted.

—¿Estoy arrestado, pues?

—Solo si se resiste.

—Entonces ¿no tengo alternativa?

—Yo no veo ninguna, señor.

Neville se levantó despacio, mirando a izquierda y derecha a sus compañeros de mesa. Viendo que no podía esperar ayuda de ellos, inclinó la cabeza en señal de sometimiento.

—Por qué no se lleva su ejemplar del pasquín, señor —sugirió el señor Perkins—, dado que será el objeto de discusión.

Neville recogió el pasquín, lo dobló de cualquier manera y se lo metió en el bolsillo de la casaca. Alzó el mentón.

—Estoy listo —dijo luego, con tono melodramático.

Sin embargo, cuando nos disponíamos a partir, uno de los de la mesa se armó de valor por fin. Era el que antes parecía algo molesto cuando se había brindado a la salud del señor Neville. Aunque tuvo la prudencia de no levantarse para desafiar al alguacil, alzó la voz con tono agresivo. Por su aspecto, lo tomé por irlandés.

—Oiga —dijo—, ¿qué derecho tiene a llevárselo de esa forma? Neville no es un criminal, sino un pobre escritor, como todos los que estamos aquí. ¿Es un crimen vivir de la pluma? ¿Es que Gran Bretaña no es un país libre?

El alguacil Perkins se detuvo y posó en él una mirada glacial.

—Quizá le gustaría acompañarnos y presentar sus puntos de vista ante *sir John*.

—No —replicó el individuo—, me temo que debo ocuparme de unos asuntos urgentes. Estaba a punto de marcharme.

—Entonces le deseamos buenas noches —dijo Perkins—. Venga conmigo, señor Neville.

Neville obedeció con la mayor docilidad.

Tan pronto salimos del Goose and Gander a la oscuridad de la noche e iniciamos nuestro camino hacia Bow Street, Ormond Neville se me pegó e intentó discutir conmigo el tema del pasquín, mientras el alguacil mantenía una fría indiferencia.

—Bueno, caballere, usted y yo nos conocemos bien —me dijo, sonriéndome levemente—. Hemos hablado en varias ocasiones. Quizá podría decirme qué parte del pasquín es la que desagrada a *sir* John.

—Creo que podría afirmarse que le desagrada en su totalidad.

—¿Todo?

—Sí, señor. Oh.

Si mal no recuerdo, no volvió a pronunciar palabra en todo el tiempo. Los tres nos limitamos a marchar codo con codo. Cuando se hacía necesario caminar en fila, Perkins encabezaba la marcha y yo ocupaba la retaguardia.

Por mi parte, no dejaba de dar vueltas y más vueltas al inesperado encuentro con Millhouse. Verlo allí, en la mesa de Ormond Neville, me había sorprendido, claro, pero mucho más extraño me había parecido su reacción. ¿Por qué había vuelto el rostro intentando ocultarlo? No esperaba yo que saltara de su silla para estrecharme la mano y saludarme con una fuerte palmada en la espalda. Aun así, me parecía muy extraño que fingiera no estar allí, como si lo hubiera pillado haciendo algo que no debería hacer. Al fin y al cabo tenía todo el derecho del mundo de estar allí. Aunque bebía, no estaba borracho. ¿Era su relación con Neville lo que causaba su embarazo? Parecía probable, viéndolos juntos, que Millhouse fuera quien había dado el nombre de la víctima al autor del pasquín, puesto que él mismo la había identificado. Sin embargo, si era así, ¿por qué no le había hablado también de la mutilación de la mujer? Quería preguntárselo al señor Neville, quería preguntarle qué sabía él de Thaddeus Millhouse, pero, siguiendo el ejemplo del alguacil Perkins, guardé silencio.

A nuestra llegada, hallamos el número 4 de Bow Street agitado por idas y venidas. *Sir* John y Bailey se hallaban en el centro de todo, asignando turnos para los guardias que vigilarían la sinagoga y revisando las calles que habrían de ser cubiertas por otros alguaciles para compensar los dos hombres que habrían de hacer turnos de tres horas. Era realmente complejo y a mí me pareció que también era algo confuso. En aquella vorágine nos adentramos con el señor Neville en medio. Este parecía muy intimidado por aquel bullicio, como si quisiera hallarse en cualquier otro lugar. (Y más que habría de quererlo cuando *sir* John terminara con él).

—Pero ¿dónde están los alguaciles Langford y Brede? —gritó Bailey por encima del tumulto—. ¿Los ha visto alguien?

Al parecer no los había visto nadie. Hubo unas cuantas respuestas, pero todas

negativas.

Perkins condujo a Neville entre los congregados hasta llegar a *sir* John; yo les seguí.

—Aquí está su hombre —dijo Perkins—. Jeremy lo ha encontrado y lo hemos traído.

—Oh —repuso *sir* John con expresión algo severa—, así que aquí tenemos a nuestro autor, ¿eh? Usted es el autor de ese pasquín que ha aparecido hoy, ¿correcto?

—Sí, señor —musitó Neville.

—Bueno, alce la voz, alce la voz, señor. He oído hablar mucho del orgullo de la paternidad literaria. No me diga que no siente usted ni siquiera un poquito. Cualquiera que pueda causar todo este alboroto debe de ser sin duda un escritor muy influyente. ¿Qué tiene que decir?

Él no dijo nada.

—¿Nada? Bueno, pues tengo muchas cosas que decirle, puede estar seguro, pero en este momento todos los problemas que usted me ha ocasionado me impiden hacerlo, de modo que habré de arrestarlo hasta que esté en libertad de hablar con usted, y puede que no sea hasta mañana. Así pues, señor... ¿cómo dices que se llama, Jeremy?

—Ormond Neville, señor —contesté.

—Gracias. Así pues, Ormond Neville, le arresto por interferir en una investigación criminal e incitar al desorden público. La vista de su caso se celebrará en mi tribunal a mediodía.

—¿Desorden público? —exclamó Neville—. ¿Qué desorden?

—¡Señor Baker —gritó *sir* John—, enciérrelo en el calabozo!

Las palabras que antes faltaron a Neville brotaron de repente de sus labios mientras se lo llevaban a rastras. Protestó afirmando que se trataba de una injusticia, de un error, de...

En ese mismo momento se produjo una gran conmoción al otro lado del pasillo. La puerta de la calle se abrió de golpe. Se oyeron pasos al tiempo que aparecían unas figuras en la sombra y nos llegaba un gran clamor desde la calle.

—¡Atrancad la puerta! ¡Atrancad la puerta! —se oyó gritar.

—¿Qué pasa? —exclamó *sir* John—. ¿Qué ha ocurrido?

Yo recorrí el largo y oscuro pasillo con otros dos o tres y estuve a punto de dar de bruces con el rabino Gershon. Arrastraba tras de sí a un hombre moreno de unos veinte años de edad que lloriqueaba y gimoteaba de miedo. Aquel era, al parecer, el famoso Yossel.

—Se ha formado una turba ahí fuera —dijo el rabino, jadeante—. Nos venían persiguiendo, nos hubieran matado de no ser por los hombres de *sir* John. —Señaló hacia atrás a los alguaciles echados en falta (Alfred Langford y Clarence Brede), abriéndose paso.

Yo me di la vuelta, confuso, y vi que el rabino había llegado ya hasta *sir* John y

que debía de haberle explicado ya la situación. Vi que su prisionero retrocedía hacia mí, lo agarré por el brazo con fuerza y lo empujé hacia adelante.

—¡Alfanjes y garrotes! —gritó *sir John*—. ¡Alfanjes y garrotes!

Los Vigilantes desenvainaron espadas y empuñaron garrotes. Entraron en el pasillo en tropel, llenándolo.

—*Sir John*, aquí está el prisionero.

—Yossel Davidovich —apostilló el rabino.

—Es usted un hombre de palabra, rabino Gershon —dijo el magistrado—. ¡Señor Baker! Si está usted por aquí, coja al tipo que ha traído el rabino y mévalo en el calabozo con el escritor. Eso les dará algo que pensar.

Al otro lado del pasillo oí la voz de Benjamin Bailey, el capitán de los Vigilantes. Era en escaramuzas como aquella en las que se demostraban sus dotes de mando.

—Bien, cuando se abra la puerta, nos abalanzaremos sobre ellos como auténticos demonios. Primero los garrotes, y si no retroceden, usar la hoja plana. ¡Seguidme!

Una pausa. Luego:

—¡Abrid la puerta!

VI

En el que el señor Tolliver encuentra a la tercera víctima

La batalla que se preveía no se produjo finalmente. Los Vigilantes salieron en tromba por la puerta del número 4 de Bow Street dando alaridos, pero no encontraron la turba que les opusiera resistencia. Los pocos rezagados que seguían merodeando por allí giraron sobre sus talones y se dispersaron en todas direcciones. Fuera por la sorpresa o por auténtico regocijo, los alguaciles se miraron unos a otros y de repente soltaron grandes risotadas al unísono.

—¿Qué es eso, Jeremy? —Quiso saber sir John—. ¿Qué les resulta tan divertido?

Estábamos los dos en el umbral de la puerta. Los Vigilantes se habían desplegado en arco, y seguían mirándose y riendo, dejando que las carcajadas se fueran extinguiendo.

—Pues no lo sé, señor —contesté—. A menos que sea que han salido dispuestos a librar una batalla y se han encontrado con que no había contra quién luchar. La turba se ha dispersado.

—Bueno, puede que aún tengan ocasión de ver cumplidos sus deseos. —Luego gritó—: ¡Eh, muchachos! Diríjense a la sinagoga de Maiden Lane a toda prisa. Puede que la turba haya vuelto a formarse allí. ¿Señor Bailey?

—¿Sí, sir John?

—Si no se ha reunido una muchedumbre ante la sinagoga, deje dos hombres allí como hemos convenido y envíe a los demás a hacer las rondas tal como las ha dispuesto usted antes.

—Lo que usted ordene, señor.

El capitán de los Vigilantes echó a correr para alcanzar a los otros.

—Bien, Jeremy, tengo un trabajo de hombres para ti. Normalmente no te pediría que lo hicieras, pero como ves en estos momentos andamos escasos de hombres.

—Lo que usted me pida.

—Quiero que lleves al rabino de vuelta a la sinagoga, pero actúa con cautela. Cuando lleguéis a Maiden Lane, asegúrate de que no hay disturbios allí antes de seguir adelante. —El magistrado vaciló—. Aunque no me guste demasiado la idea, creo que sería mejor que llevaras un par de pistolas. Llévalas cargadas, pero piensa que te han de servir únicamente como elemento disuasorio. Si disparas, será mejor que tengas una buena razón... y que sea al aire. Ahora ve en busca del rabino y que el señor Baker te dé las pistolas.

Debíamos de ofrecer una curiosa estampa cuando enfilamos Tavistock Street, el

rabino Gershon con su negra y ondulante túnica y su barba negra, y yo, que no era más que un mozalbete que llevaba dos grandes pistolas, fingiendo ser todo un hombre. Al principio no caminábamos deprisa, sino con cautela, aguzando el oído por si nos llegaban los sonidos de algún disturbio. Sin embargo, ninguna de las personas que pasó por nuestro lado parecía especialmente hostil; si nos miraron más de lo normal fue por curiosidad, o quizá incluso movidos a risa.

Con todo, tuvimos una charla durante el camino, pues aquel hombre me resultaba fascinante y siempre que me hallaba con él a solas (lo cual ocurría muy pocas veces), tenía preguntas que hacerle. En aquella ocasión estaban relacionadas con el asunto que teníamos entre manos. Recuerdo que le preguntó si le había costado mucho encontrar al tal Yossel.

—Oh, no —respondió él—. Sabía dónde buscarlo.

—¿Y dónde era, señor?... si no le molesta que se lo pregunte.

—Jeremiah —dijo él, pues siempre me llamaba así—, te diré una cosa sobre los judíos. Cuando uno de ellos se mete en un lío, aunque le haya dado la espalda a su pueblo y a Hashem, aunque sea un hereje, un canalla, aun así, si está metido en un lío, digo, acudirá a su gente suplicando ser perdonado y que vuelvan a aceptarlo. Y su familia lo perdona y lo acepta, pues ¿quién puede dar la espalda a uno de su propia sangre?

—¿Y allí fue donde lo encontró usted?

—Sí, con su familia, que son personas buenas y creyentes, y rezan todos juntos por la salvación de Yossel. Pero... —Se interrumpió de repente, frunciendo el entrecejo por la concentración—. ¡Escucha! ¿Qué es eso?

Era el ruido estridente de grandes voces, que no se hallaban a demasiada distancia, además. Pero entonces me di cuenta de que estábamos a punto de pasar por delante del Shakespeare's Head, un local donde se podía comer y beber y que atraía a una clientela de mala nota.

—Mire —dije señalando el sitio—. Creo que el ruido viene de ahí.

—Entonces, pasemos deprisa —pidió él.

Así lo hicimos, avivando el paso súbitamente, y el rabino no reanudó su discurso hasta que nos hallamos a una distancia considerable.

—¿Por dónde iba? Ah sí, ya me acuerdo. Al entrar en su casa me los encontré rezando, y a Yossel con ellos. Les dije que quizá yo les llevaba la salvación que pedían para Yossel. También les hablé de sir John y lo alabé como hombre justo. Ellos me escucharon con incredulidad, Yossel el más escéptico de todos. Y luego su hermano se acercó y me entregó ese terrible pasquín con todas las viejas mentiras sobre el pueblo de Israel y me dijo: «Leedlo, habrá un pogromo. ¡No matarán solo a Yossel, nos asesinarán a todos!». De modo que tuve que discutir con ellos. Yossel negó que hubiera matado a nadie... quizá había amenazado con matar, con cortar una nariz o una oreja. Yo le dije: «Mira adónde han llevado a tu familia tus amenazas. ¡Piensa en lo que podrían significar para todos los judíos de Londres!». Oh, pronto se

echó a llorar, pidiendo perdón, y finalmente accedió a venir conmigo. No obstante, nos pareció más prudente esperar hasta que se hiciera de noche. Así que aguardamos una hora, y ya sabes, Jeremiah, lo que pasó luego. A mitad de camino de Bow Street, una mujer de la calle, una a la que él había amenazado con ese cuchillo suyo, lo vio y gritó: «Ahí está Yossel. ¡Es él! ¡Ahí va!». Entonces él hizo una tontería: echó a correr. Eso atrajo a una gran multitud. De no ser porque fue a caer directamente en manos de dos de vuestros alguaciles, creo que la turba nos hubiera despedazado a los dos. Oh, han estado magníficos esos dos hombres de sir John, se encararon con ellos, les hicieron retroceder, han...

—Rabino, perdone.

—¿Sí, Jeremiah?

—Ya hemos llegado, señor.

Tan enfrascado estaba el rabino en su relato que en algún lugar entre Tavistock y Maiden Lane se había despistado por completo. La sinagoga se alzaba ante nosotros en la tranquila calle. Los Vigilantes de chaleco rojo rondaban por allí, discutiendo sobre los nuevos itinerarios de sus rondas que les había entregado el señor Bailey (hasta ese punto llega el aborrecimiento que siente el animal racional hacia los cambios en su rutina). El rabino miró a un lado y a otro y, tranquilizado por la concentración de alguaciles en su puerta, se volvió hacia mí con una sonrisa vacilante.

—¿Tantos? —preguntó.

—Creo que solo se quedarán dos durante la noche —contesté—. Los otros tendrán que irse ahora a realizar sus rondas.

—Bueno, dos son muchos. Siempre recordaré que fueron dos los que nos salvaron de nuestros perseguidores. —Me saludó con la mano desde la puerta—. Buenas noches, Jeremiah.

Yo le di las buenas noches y le saludé con la mano a mi vez, mientras él subía los dos peldaños de la entrada. Bailey también lanzó un breve saludo. El rabino sacó una gran llave, que usó para abrir la puerta. Se oyeron chillidos de niños y la voz de una mujer mientras la puerta se cerraba; el rabino estaba de vuelta en casa y a salvo.

Me dirigí entonces hacia Bailey para presentarme ante él con la esperanza de que me asignaran una nueva tarea. Sus hombres se marchaban allí de uno en uno o en parejas.

—Bueno, fíjate en esto, joven Jeremy... con un par de pistolas, dispuesto a todo, ¿eh? Solo te falta el chaleco rojo para parecer uno de los nuestros.

¿Hablabas en serio? La esperanza de que así fuera reavivó mi fantasioso deseo de convertirme en Vigilante de Bow Street a la edad de quince años.

—Así que has acompañado al sacerdote judío hasta casa, ¿eh?

—Eso he hecho, señor Bailey. Ha sido idea de sir John que cogiera las pistolas. Me ha sorprendido.

—¿Están cargadas?

—Sí, señor.

—No tiene sentido llevar un arma si no está cargada. ¿Habéis tenido algún tropiezo durante el camino?

—Ninguno, señor. Solo alguna que otra mirada curiosa.

—La gente se os quedaba mirando, ¿eh? Bien, Jeremy, muchacho, si no tienes otra cosa que hacer, ¿por qué no te vienes a dar una vuelta conmigo por Covent Garden para asegurarnos de que no hay por ahí gente escondida, pasando el rato, esperando una nueva oportunidad? A veces ocurre con la turba... se aleja y se esconde durante un tiempo.

Yo accedí a su propuesta con vehemencia. Bailey no tardó más que unos instantes en dar sus últimas instrucciones a los alguaciles Langford y Cowley que realizarían el primer turno de vigilancia en la sinagoga, luego me indicó que lo siguiera y emprendimos la marcha hacia Bedford Street.

Caminando a buen paso giramos a la derecha al llegar a la calle y, al mismo paso, llegamos a Henrietta Street, una de las que desembocan en Covent Garden. No nos hallábamos lejos del callejón donde el alguacil Brede había descubierto el cadáver mutilado de Priscilla Tarkin apoyado en la verja del cementerio. En la esquina de Henrietta Street, el señor Bailey se detuvo a escuchar. ¿Qué podía oír aparte del bullicio que surgía de las tabernas y lupanares de Bedford Street? Serían mucho más ruidosos después, y las calles estarían realmente atestadas. Por el momento, la gente que trabajaba en el Garden de día ya lo había abandonado y la vasta población nocturna no se había adueñado aún de las calles.

Bailey señaló con la cabeza en dirección a Henrietta Street y por allí continuamos, siempre a buen paso. Después de haberle visto aguzar el oído apenas unos segundos antes, me sorprendió un poco que me hablara con aire desenvuelto mientras caminábamos.

—Tú y yo, Jeremy —dijo—, formamos todo un ejército. Tú con tus pistolas y yo con esta gran espada en su vaina.

—Es cierto —convine—. No tenemos motivos para temer a hombre alguno ni a la turba.

—Aun así, estoy impaciente por regresar a Bow Street y desembarazarme del alfanje. Es un fastidio que vaya haciendo ruido contra mi pierna izquierda al andar.

Cierto era que hacía un poco de ruido. A mí, empero, aquel sonido me parecía tranquilizador. La calle estaba oscura, las farolas eran escasas y pocas eran las ventanas en las que hubiera luz. No se veían transeúntes ni delante ni detrás de nosotros, ni había tráfico de caballos, de modo que la escena tenía un aire desierto y siniestro. De repente, se me ocurrió que no me gustaría caminar por aquella calle solo, y menos aún recorrer calles aún más oscuras, angostas y desiertas de noche con la única protección de un garrote. Quizá no estaba tan preparado como suponía para ingresar en los Vigilantes de Bow Street.

Un grito surgió del otro extremo de la calle, como si viniera a confirmar aquella

conclusión.

—¡Eh, ustedes dos! ¿Son vigilantes del juez? ¡Por aquí!

Miramos, pero no vimos nada más que un oscuro pasaje entre dos edificios. El grito no podía proceder de ningún otro lugar. Cuando cruzamos la calle, percibí una figura borrosa, agachada entre las sombras del pasaje. La figura agitó la mano, luego se levantó y avanzó hacia nosotros haciéndonos señas.

—Cuidado, Jeremy —dijo Bailey—. Podría ser una trampa. Mantén las manos en las pistolas.

Hice lo que me ordenaba hasta que llegamos a la altura del hombre que nos había llamado, pues a la luz mortecina de una farola me di cuenta de que no era otro que el señor Tolliver.

—No tema —dije Bailey—. Es nuestro carnicero.

—¿Vuestro carnicero, dices? ¿Estás seguro?

Tolliver, por su parte, parecía completamente seguro.

—¡Jeremy! Qué suerte que pasaras por aquí con uno de los vigilantes, aunque no estoy seguro de querer que veas lo que hay en el pasaje.

—¿Y qué es, señor? —preguntó Bailey. Los dos hombres altos se hallaban ahora cara a cara. Los ojos del alguacil se desviaron hacia el oscuro pasaje. Había algo o alguien tirado en el suelo a unos dos metros de la estrecha acera en la que estábamos nosotros.

—Pues es una mujer. Está muerta, vaya que sí, aunque juraría que aún está caliente. Venga a verlo usted mismo.

El señor Bailey inclinó la cabeza brevemente.

—Eso haré, señor, y gracias.

El alguacil rodeó al carnicero, que se hizo a un lado de modo que me impedía el paso. Yo intenté seguir al señor Bailey.

—Jeremy —me dijo el señor Tolliver—, creo que no es necesario que tú también lo veas.

—Oh, estoy seguro de que he visto cosas peores.

Él me dejó pasar a regañadientes y yo me apresuré a reunirme con el señor Bailey.

Ciertamente había visto cosas peores. Aquella mujer —o muchacha, pues debía de tener apenas unos años más que yo— se hallaba colocada contra la pared a un lado del pasaje, casi sentada, caída un poco hacia delante de modo que el mentón le descansaba sobre el pecho de forma muy parecida a Priscilla Tarkin.

—Está muerta, desde luego —dijo el señor Bailey al carnicero—, y aún no se ha enfriado. —Miró el cadáver—. Me pregunto de qué se habrá muerto. —El alguacil no tenía madera de investigador.

—Échele la cabeza hacia atrás —le sugerí yo, recordando a la viuda Tarkin—, y vea si le han cortado el cuello.

El señor Bailey llevó a cabo mi sugerencia. No se veía ninguna herida ni tenía

marcas de estrangulamiento en el cuello, pero el vestido desabrochado invitaba a realizar un examen.

—¿La han rajado? —preguntó—. A la última se lo hicieron.

—Bueno, veámoslo.

Bailey se arrodilló junto a ella y le abrió el vestido, poniendo al descubierto los senos pequeños de la chica, pero no había ninguna herida en el estómago.

—Oiga —dijo Tolliver—, eso no está bien. No es decente. —Parecía excesivamente turbado por una manera de actuar que yo había acabado aceptando como mera rutina.

—Pero, señor, está muerta. —¿Eso lo justificaba? Alguien, entonces no recordaba quién, había dicho que a los muertos no les importaba; brutal filosofía, cuando menos. Intenté explicarme mejor—: Mire, si la han asesinado, se ha de realizar una autopsia. Si ha muerto por causas naturales, se llevarán el cadáver para ser enterrado en la fosa común, a menos que alguien lo reclame, por supuesto.

—Comprendo. Bueno, entonces supongo que debe hacerse.

Bailey nos observaba mientras hablábamos, como si no entendiera del todo el significado de lo que decíamos. Se me ocurrió entonces que quizá aquella desdichada había sido asesinada del mismo modo que Teresa O'Reilly.

—Mire justo debajo del esternón —sugerí—. Vea si hay ahí una pequeña herida.

El alguacil hizo lo que le decía y luego alzó los dedos para mirárselos a la luz.

—Por Dios que ahí está, Jeremy, tal como tú decías. Ha salido tan poca sangre que lo he pasado por alto la primera vez. La han acuchillado con una hoja muy estrecha, de un solo golpe. ¡Eso es lo que la ha matado!

Miré a Tolliver. El carnicero se inclinaba hacia el cadáver, fascinado a su pesar.

Bailey cubrió el cuerpo lo mejor posible, se incorporó y volvió a la entrada del pasaje.

—Es un asesinato, desde luego —dijo—. Bien, señor... ¿cómo dice que se llama, señor?

—Tolliver.

—Bien, señor Tolliver, ¿podría decirme cómo ha ido a dar con el cadáver de esa pobre chica?

El carnicero meditó la pregunta unos instantes.

—Bueno, no lo sé exactamente. Esta noche he acabado tarde en el puesto, porque he tenido que limpiar y todo lo demás. He cerrado y me he dirigido a casa por esta calle, como siempre. Ahora que lo pienso, siempre echo un vistazo por este pasaje cuando paso por aquí de noche, para que no me sorprenda ningún bellaco.

—¿Y ha sido entonces cuando la vio?

—Vi algo. Podría haber sido un borracho tumbado por la ginebra; sería muy normal en este barrio. Pero me paré y miré mejor, y no sé si fue porque la cabeza le colgaba mucho o qué, pero me pareció mejor entrar a mirar. Le busqué el pulso y no tenía, pero aún estaba caliente, como ha comprobado usted mismo. Luego miré en

derredor en busca de ayuda, y los vi pasar a los dos. Usted tenía aspecto de autoridad, así que lo llamé.

—¿Y eso es todo? ¿No ha visto a nadie al otro extremo del pasaje?

—No. Hay poca luz, como usted puede ver, pero no había nadie que yo haya podido ver.

—¿Y no ha oído nada?

—No, en el pasaje no.

—¿Ni siquiera pasos?

—En ese momento no, luego oí los suyos que llegaban por la calle.

—¿Adónde conduce este pasaje, lo sabe? —Yo estaba convencido de que él lo sabía, y me pregunté por qué lo preguntaba él.

—Creo que al cementerio de San Pablo. Eso he oído decir, aunque nunca he tenido motivos para recorrerlo.

Aquello era significativo. A Polly Tarkin la habían encontrado apoyada en la verja del cementerio en el callejón que llegaba allí desde Bedford Street. Quizá el asesino tenía intención de llevar el cadáver hasta la verja y mutilarlo como el de la Tarkin. Si era así, eso significaba que todavía estaba por allí, al final del oscuro pasaje, o en alguna de las casas que se apiñaban en él.

—Perdone que se lo pregunte, señor —dijo el alguacil al señor Tolliver—, ¿qué lleva en ese envoltorio de cuero que sujeta bajo el brazo?

—Pues mis cuchillos. Me los llevo a casa todas las noches —contestó el carnicero.

—¿Cuchillos, dice?

—Sí, cuchillos. Soy carnicero. Son las herramientas de mi oficio.

—Ah, sí, eso me ha dicho Jeremy. ¿Le importaría abrirlo, señor, para que pueda echarles un vistazo?

—Bueno, yo...

Era evidente que le importaba. No obstante, para demostrar que no tenía nada que esconder, cogió el paquete, lo desató y lo abrió con cuidado. En la gamuza había ocho cuchillos de diversos tamaños y formas, cada uno metido en un bolsillo por separado. Incluso bajo aquella tenue luz, relucieron los cuchillos cuando el señor Bailey los sacó, uno por uno, para examinarlos. Todos estaban limpios de sangre y ninguno de ellos tenía la hoja tan estrecha como para haber infligido el tipo de herida que yo había visto en Teresa O'Reilly y la que el señor Bailey había visto en la chica sin identificar del pasaje. Ciertamente el alguacil también debió de darse cuenta, pues cuando terminó, asintió y dio las gracias al señor Tolliver por su cooperación.

Luego, tras aguardar a que el envoltorio de los cuchillos volviera a estar atado (incluso se ofreció a ayudar a atar las tiras de cuero que lo sujetaban), el señor Bailey informó al carnicero de que, por mucho que lo lamentara, se veía obligado a retenerlo hasta que llegara sir John, porque sin duda el magistrado desearía interrogarlo.

Se volvió entonces hacia mí y me ordenó ir en busca de sir John.

—Pero, Jeremy, quiero que vuelvas por el camino por el que hemos venido. Párate en la sinagoga y, si todo está tranquilo por allí, dile al alguacil Cowley que venga aquí. Dile que pida prestada una lámpara al rabino. Luego ve a Tavistock Street, y si encuentras al médico, al irlandés...

—El señor Donnelly —apunté.

—El mismo. Pídele también que venga aquí. Luego, claro está, ve a buscar a sir John a Bow Street. Ofrécele mis disculpas por molestarle durante la noche, pero dadas las circunstancias, querrá venir en persona. ¿Lo has entendido todo?

—Desde luego, señor Bailey.

—Ah, y que el señor Baker te dé también una lámpara. Necesitamos luz aquí. —Inclinó la cabeza para despacharme—. En marcha.

Y yo así lo hice.

La tranquilidad reinaba en la sinagoga. Maiden Lane aparecía aún más silenciosa que Henrietta Street. El alguacil Cowley parecía medio dormido aun estando de pie.

—Adelante, llévatelo —dijo el alguacil Langford—. Estoy convencido de que seguiría durmiendo aunque nos atacara una gran turba.

—Necesito moverme —dijo Cowley.

—Lo que necesitas es dormir durante el día en lugar de jugar en la cama con esa prometida tuya.

—Pronto nos casaremos. Ya verás.

—¿Para qué comprar la vaca si tienes la leche gratis? —El alguacil Langford debió de creerse muy gracioso, pues soltó una buena carcajada de su propio chiste.

Yo golpeé con fuerza la puerta de la sinagoga. Un minuto después, se abrieron unos postigos en el piso de arriba y el rabino Gershon asomó la cabeza por la ventana.

—¿Tú, Jeremiah? ¿Ocurre algo?

—Oh no, señor, solo quería saber si podría prestarnos una lámpara.

—¡Por supuesto! Ahora mismo bajo con ella.

No me gustaba la idea de dejar a Langford solo, aunque fuera por una hora, de modo que le ofrecí una de las dos pistolas que llevaba.

—Si dispara usted al aire lo oiremos y vendremos enseguida. Estamos a una manzana de aquí.

El alguacil aceptó el arma y se la metió en el cinturón.

Se abrió entonces la puerta de la sinagoga y el rabino Gershon me tendió la lámpara. Yo le di las gracias y prometí devolvérsela, pero no le expliqué para qué la necesitaba. Le hubiera alterado grandemente enterarse de que habían asesinado a otra mujer.

Le entregué la lámpara encendida al alguacil Cowley y le insté a ponerse en camino rápidamente. Luego me dirigí a Tavistock Street en busca del señor Donnelly.

Dado que no tenía la menor idea de cuáles eran las ocupaciones del médico a aquellas horas, temí no hallarlo en casa, pero vi luz bajo la puerta de su consulta de

dos habitaciones cuando llegué corriendo y sin aliento. Me detuve un poco para recobrarlo y luego llamé.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy yo, Jeremy Proctor, de Bow Street.

El médico descorrió el pestillo y abrió la puerta.

—Qué sorpresa tan agradable —exclamó—. Entra, entra.

—No puedo, aunque me gustaría. Me han enviado a decirle que vaya a Henrietta Street. Se ha encontrado a otra mujer muerta.

—Ah, Jesús bendito, ¿cuándo acabará esto? ¿Estaba tan horriblemente mutilada como la otra?

—No, señor. La han matado igual que a la primera, con una pequeña herida justo debajo del esternón. Una cuchillada hacia arriba que le ha atravesado la vena cardíaca.

Donnelly rio a su pesar.

—Vaya, Jeremy, creo que has citado mis propias palabras. Estabas presente en la vista, ¿verdad?

—Sí, señor —respondí ruborizándome.

—Muy bien, pues cogeré mi maletín y estaré contigo en un momento.

—Lo siento, señor, pero no puedo acompañarle, pues debo ir a alertar a sir John. Hemos sido el señor Bailey y yo los que llegaron a la escena del crimen, alertados por el hombre que descubrió el cadáver. —Le indiqué el lugar exacto donde se hallaba el pasaje que daba a Henrietta Street, y le aconsejé que diera un rodeo por Maiden Lane y Bedford Street—. Cortar por el Garden puede ser peligroso de noche.

—Lo haré como dices.

—Y lleve consigo una lámpara, si tiene una —dije, empezando a retroceder—, porque el pasaje está muy oscuro a pesar de la luna llena.

—Ve, pues, Jeremy, pero vuelve a visitarme cuando tengas tiempo.

—¡Lo haré, señor! ¡Adiós, señor!

Me di la vuelta y bajé las escaleras en un vuelo.

Resultaba difícil correr con la pistola y la funda vacía colgando de la cintura, y pronto dejé de correr para andar deprisa. El señor Bailey no me había pedido que corriera, de hecho, me había enviado primero a la sinagoga y luego a la consulta del señor Donnelly. Si me daba prisa, no era por obedecer sus órdenes, sino por consideración hacia el señor Tolliver, que debía de sentirse ciertamente muy poco gratificado por la amabilidad de detenerse a ver qué le ocurría a aquella pobre chica del pasaje. ¿Cuánto tiempo lo retendrían? Era imposible que Bailey creyera que Tolliver podía ser el culpable de un crimen tan vil. Si él conociera la mucha bondad que me había demostrado siempre —y a lady Fielding antes de que se convirtiera en esposa de sir John—, se habría limitado a comprobar los detalles pertinentes y le habría permitido volver a casa dándole las gracias. En cambio, había insistido en ver el juego de cuchillos del carnicero, como si fuera sospechoso del crimen. ¡Vaya, pues

claro que un carnicero llevaba cuchillos! Cualquiera idiota lo comprendería. Benjamin Bailey no era un idiota, pero había veces en que mostraba cierta falta de... de...

Así pensando, no estaba quizá tan alerta como debería. Acababa de cruzar Russell Street cuando surgió una mano de un portal que me agarró con fuerza del brazo izquierdo y me obligó a detenerme. Yo me di la vuelta con brusquedad, desasiéndome al tiempo que echaba la mano derecha a la pistola.

—Eh, compañero, deja en paz esa pistola. Tú y yo tenemos cosas que hablar.

El que hablaba salió de las sombras a la débil luz que daba la farola de la esquina. En aquel instante reconocí al «protector» de Mariah, el tipo al que yo había apodado «chico matón». Era la última persona en Londres a la que esperaba —y quería— ver en aquel momento, pero mientras lo miraba, me debatía entre el deber y la curiosidad, y la curiosidad ganó.

—¿Qué tenemos que hablar? —pregunté con mucha más frialdad de la que en realidad sentía. Por dentro me hervía la sangre.

—Bueno, en primer lugar, he oído que vas por ahí haciendo preguntas sobre mí. Por qué.

—Eso puedo decírtelo. Quiero saber qué relación tienes con Mariah, la chica italiana.

La reacción del tipo fue inesperada, pues se echó a reír, pero no como reiría cualquier otro: tenía una risita aguda, casi de niña.

—¿Mi relación dices? —repuso, todavía entre risitas—. Bueno, no soy su viejo, ni su hermano. Ni siquiera soy su marido, así que supongo que no tenemos la relación en la que estás pensando, ¿verdad?

No dije nada, pero el asco que sentía hacia él debía de ser evidente cuando me aparté de él. Di media vuelta y eché a andar.

—Vale, vale, te lo diré sin rodeos —me gritó—. Me pertenece.

Me paré en seco, preguntándome si había oído bien. Regresé junto a él.

—¿Qué has dicho?

—Digo que me pertenece... y bien poco que me gusta. Ahora, escúchame. —Habla con gravedad, como alguien dispuesto a hacer un negocio—. Cuando su familia volvió a su país, yo conseguí que se quedara. Dormíamos juntos, vivíamos como dos tortolitos. Yo la vestí adecuadamente. Luego la llevé a la señora Gould, la mejor casa del Garden, nada más doblar la esquina de Russell Street. Hay chicas en la calle que darían cualquier cosa por entrar allí, pero ella no, Mariah no. Para abreviar, la señora Gould me pagó diez guineas por ella, y fue muy generosa, porque no sabía qué tal lo haría ni nada de eso. Y lo hizo rematadamente mal. Puso mala cara, escupió, arañó y chilló. La señora Gould me mandó llamar y exigió que le devolviera el dinero y me dijo que podía llevarme a la pequeña furcia. Bueno, como hay Dios que uno no discute con la señora Gould; trabajan para ella unos cuantos tipos que son duros de verdad, así que devolví toda la pasta y me llevé otra vez a Mariah. No tuve más remedio que ponerla a trabajar en la calle yo mismo, pero para eso tuve que usar

el látigo con ella y comprarle ropa adecuada. Así que me he gastado dinero con ella y le he dado de comer. Me trae unos cuantos chelines al día, pero no es una buena trabajadora, si entiendes lo que te digo. Así, para resumir, si la quieres, puedes quedártela, ya que tanto te interesa. Yo lo único que quiero son mis diez guineas. Es un trato justo.

Lector, como puedes suponer, si antes hervía de indignación, ahora estaba a punto de estallar y a duras penas pude dominar la ira. Me temblaban las manos; las entrelacé a la espalda para que él no lo viera. La idea misma de que ofreciera a la venta a un ser humano, a una mujer, me hubiera hecho temblar convulsivamente en diferentes circunstancias, pero no quise mostrarle de aquel modo mi repugnancia, pues sin duda lo hubiera tomado como una prueba de mi debilidad. Esforzándome por dominar también mi voz, intenté replicar a su charlatanería de mercachifle.

—¿Y qué haría yo con ella?

—Eso es cosa tuya, amigo. Sácala de la calle, si es lo que quieres. Duerme con ella en tu nidito de amor. Cásate con ella, si te apetece.

—Esto es lo que digo: No tengo diez guineas, ni mucho menos. Pero si las tuviera, las pagaría inmediatamente, aunque solo fuera para alejarla de ti y de la terrible vida que le obligas a llevar.

—Nada me gustaría más, amigo, créeme. —Se acercó más a mí y susurró—: Dices que no tienes la pasta y te creo, pero escúchame. Puedes conseguirla fácilmente. En Bow Street entra un montón de dinero: de las multas, de los botines de los picaros, y cosas así. El juez ni lo echara de menos si lo coges, quizá un poco cada vez. Sería —dejó escapar de nuevo su odiosa risita—, sería como robarle a un ciego.

Fue entonces cuando lo dejé allí plantado. Había oído suficiente. De hecho, lector, había oído demasiado.

Sir John había insistido en atajar por Covent Garden, pese a que me había advertido a menudo que no debía aventurarme por allí de noche. Cuando le recordé sus advertencias, me contestó: «Llevas un par de pistolas a la cintura, ¿no?». Le conté entonces que solo llevaba una, pues le había dado la otra al alguacil Langford para que la usara si necesitaba ayuda. Tras un gruñido y un largo silencio, *sir John* había musitado: «Muy sensato».

Lo había encontrado sentado a la mesa —acababa de cenar—, y había esperado a que Annie fuera en busca de su sombrero y su casaca. Durante aquel breve intervalo de tiempo, fue *lady* Fielding, y no *sir John*, quien me dirigió una lluvia de preguntas. ¿Era cierto que el cadáver de la chica lo había encontrado Tolliver?, preguntó. ¿Por qué lo tenían retenido? ¿Sospechaba de él el alguacil Bailey? ¿Cómo era eso posible? Y otras por el estilo.

Sir John, que había permanecido en silencio durante el interrogatorio, se interpuso entonces y agitó una mano para poner fin a las preguntas.

—Basta, Kate, por favor. El señor Bailey ha actuado del modo más razonable al retenerlo hasta que yo llegue. Sabe que querré interrogarlo.

—¡Pero, Jack, el señor Tolliver es tan buen hombre! Jamás podría...

—Y un excelente carnicero también, como yo mismo puedo atestiguar. Y por supuesto, jamás podría, pero el cadáver lo ha encontrado él y por eso debo hacerle ciertas preguntas.

Apaciguada, *lady* Fielding aguardó a que Annie hubiera ayudado a su marido a ponerse la casaca. Luego ella misma le puso el sombrero en la cabeza y le dio un beso en la mejilla.

—Estoy segura de que harás lo correcto, Jack.

Nos fuimos entonces por Russell Street. Yo esperaba no tropezar con el malvado que me había hecho la abominable proposición y, por suerte, mis esperanzas se vieron cumplidas. Mientras recorríamos Russell, sin darme cuenta me puse a examinar los imponentes edificios en busca del que albergaba el conocido lupanar de la señora Gould. Había estado en él en una ocasión para entregar una carta. Recuerdo que pensé aquel día que era muy divertido estar allí entre todas aquellas mujeres que se paseaban en camisa. Ya no lo encontraba tan divertido. ¿Qué habría pensado si hubiera oído los gritos de Mariah resonando por todo el local? Todo lo que sabía ahora sobre su vida en Londres me pesaba como una losa.

Al entrar en Covent Garden, insté a *sir* John a desviarnos hacia la izquierda para recorrer su perímetro en lugar de atravesarlo. Las ventanas de los edificios que rodeaban el mercado arrojaban algo de luz y también había luna. No obstante, me alegré de llevar la lámpara que me había dado el señor Baker. La sostuve en alto con una mano y con la otra rodeaba la culata de la pistola que llevaba colgando de la cadera.

Sir John avanzaba conmigo, siguiéndome paso a paso, con la mano izquierda apoyada en mi hombro derecho. No habló apenas, lo que me sorprendió. Pensé en exponerle mis puntos de vista sobre aquel último homicidio, pero decidí que era mejor no abrumarle, pues parecía sumido en hondas reflexiones. Después de girar a la derecha en dirección a Henrietta Street, oí un murmullo de voces que procedía de los puestos del mercado. *Sir* John debió de notar que me ponía tenso, porque habló para disipar mi aprensión.

—Hombres y mujeres juntos —dijo—. Dudo de que tengamos mucho de que temer.

—Como usted diga, señor.

—¿Cuántas personas habrá allí cuando lleguemos?

Los nombré a todos, incluyendo al señor Tolliver.

—Te has olvidado de una —dijo *sir* John.

—¿Oh? ¿De quién, *sir* John?

—Del cadáver. Esperemos que tenga un par de cosas que decirnos.

Así llegamos a Henrietta Street y teníamos el pasaje a la vista. Vi allí un carro y

un tiro de caballos inconfundibles.

—Hay una sorpresa —anuncié.

—¿Qué quieres decir, Jeremy?

—Más adelante, junto al pasaje, está el Rastrero. Veo su carro.

—Sin duda lo han llamado de alguna casa cercana —dijo *sir John*—. Es una criatura desgraciada, ¿no te parece?

Yo medité un instante antes de responder.

—Supongo que sí, pero parece gustarle su trabajo, por repulsivo que a nosotros nos parezca. Tiene su pequeño reino en aquel cobertizo suyo —dije, recordando las palabras de Donnelly—. Gobierna su propia casa de los muertos.

—¿Y tú no crees que es desgraciada una criatura como esa?

—Ya comprendo lo que quiere decir, señor.

Todos menos Cowley aguardaban en la entrada del pasaje. Según descubrí luego, a aquel lo habían enviado al otro extremo del pasaje con su lámpara en busca del arma asesina. Cuando el magistrado y yo nos acercamos, el Rastrero y Donnelly se hallaban enzarzados en una violenta discusión. Recordando su primer encuentro, no me sorprendió lo más mínimo.

—Ah, aquí está, *sir John* —exclamó el señor Donnelly—. Quizá usted pueda resolver nuestra disputa.

—Lo haré si ustedes me lo permiten, caballeros.

—Sí, usted es el hombre idóneo para hacerlo. Le estaba diciendo a este caballero de aquí, este médico, que siempre se ha hecho igual, usted mira el cadáver, dice si es asesinato o no, y yo me lo llevo. No es necesario que él agarre este, se lo lleve y le haga una carnicería. Eso es insultar el cuerpo. Es una falta de respeto.

—Está usted en lo cierto en cuanto a cómo se hacían las cosas en el pasado —dijo *sir John*—. Pero recuerde que hace cinco o seis años, *sir Thomas Cox* actuaba como juez pesquisidor y a menudo le pedía que entregara un cadáver a un médico u otro para que este prestara declaración durante la vista.

—Sí, así era.

—Bueno, pues volvemos a hacer lo mismo.

—¿Y quién es el nuevo juez pesquisidor?

—Yo... hasta que se designe a otro definitivamente.

—¿Así que este médico se lleva el cuerpo?

—Me temo que sí, señor.

—Bueno, si ha de ser así, me iré con el viejo que he recogido en Half Moon Passage. No tiene marcas y su casero dice que estaba en la cabecera de su cama cuando ha muerto.

—¡Pero si discutíamos por eso! —exclamó Donnelly—. Ha dicho que solo esperaría a que viniera usted y decidiera quién se llevaba el cuerpo. Ahora se niega a esperar los escasos minutos que tardaré en comunicarle a usted mis observaciones preliminares. Tiene un carro casi vacío. Si se lo lleva, tendremos que alquilar un carro

y un tiro de caballos de una cuadra, o Jeremy y yo tendremos que acarrear el cadáver por las calles hasta mi consulta.

—Bien, eso no parece razonable, ¿no cree, señor? —dijo *sir* John al Rastrero.

—Bueno, es lo que yo decía, *sir* John —dijo el Rastrero, con cara de pocos amigos—. Abrirlos y hurgar en el interior no me parece correcto, demuestra una falta de respeto, eso es. No quiero participar en ese tipo de cosas.

—Vamos, vamos, señor, ¿no le he oído decir en más de una ocasión que a los muertos no les importa?

—Bueno... sí, pero eso era en otros casos... no era lo mismo.

—No discutiré con usted. En el pasado, usted y yo hemos trabajado juntos satisfactoriamente. Digamos que se lo pido como favor personal.

—Si lo pone así, señor, no puedo decir que no.

—Bien. El señor Donnelly y yo terminaremos enseguida y luego podrá usted seguir su camino.

El grupo de los que allí estábamos cambió entonces un poco. El Rastrero se fue para gruñirles algo a sus rocines grises y espectrales. Donnelly se llevó a *sir* John aparte para hablar con él, y yo, dado que en modo alguno se me había prohibido, me fui con ellos. A Tolliver, que había esperado durante todo el altercado con el Rastrero mostrando síntomas de impaciencia creciente, se lo llevó algo más lejos Bailey para que no pudiera oír lo que se decían médico y magistrado.

El informe de Donnelly fue breve y conciso. Dijo a *sir* John que la chica muerta no parecía tener más de quince o dieciséis años. La habían matado de la misma manera que a la primera víctima, Teresa O'Reilly, y al parecer con la misma arma. Había examinado también los cuchillos del carnicero a instancias del señor Bailey, pero ninguno tenía el tamaño preciso para infligir una herida tan pequeña. El cuerpo estaba caliente aún al ser hallado y cuando el señor Bailey lo había examinado por primera vez. Dado que el señor Bailey había consultado su reloj al ser llamado y eran las siete y media, la hora de la muerte no podía situarse más allá de las siete y cuarto. En su opinión, a la chica la habían matado en el mismo sitio en que la encontraron, aunque quizá el joven alguacil que inspeccionaba el pasaje por orden del señor Bailey encontrara pruebas que indicaran lo contrario.

—¿Eso es todo lo que puede decirme?

—Por el momento, sí. Puede que la autopsia nos proporcione algún indicio más.

—Bueno, lo poco que me ha comentado es suficiente para alejar las sospechas de nuestro amigo Yossel, quien, por cierto, es nuestro invitado en Bow Street. Parecía muy contento de aceptar nuestra hospitalidad, viendo cómo lo perseguía la turba.

—¿Por ese abominable pasquín?

—Exactamente. Tal como están las cosas, Yossel no ha podido matar a esta chica, pues en el momento en que la han asesinado, a él lo teníamos encerrado bajo llave. Dado que el arma que la ha matado es casi con toda seguridad la misma que se usó para matar a la primera víctima, la irlandesa, O'Reilly, eso lo elimina también como

sospechoso de aquel homicidio. Lo que nos deja únicamente el segundo en el tiempo, el crimen por el que surgió su nombre, y puede que también le encontremos una coartada para ese. —*Sir John* hizo una pausa y ladeó la cabeza con curiosidad—. Dígame, señor Donnelly, ¿pudo ese cuchillo de hoja estrecha, creo que me lo describieron como «estilete», pudo usarse un cuchillo como ese para cortarle el cuello a la Tarkin?

El médico vaciló.

—Bueno, tendría que consultar mis notas sobre su autopsia, pero yo diría que es posible, pero muy improbable. La mutilación se hizo con una hoja dentada; estoy casi seguro de que se usó el mismo cuchillo para la garganta.

—Bueno, al parecer tenemos un asesino que usa dos armas.

—Para dos métodos de matar. Pero hay otra posibilidad, por supuesto.

—Creo que ya sé lo que va a sugerir.

—Que hay dos asesinos sueltos en Covent Garden.

—Debo rechazar esa idea por el momento —dijo *sir John*—, por ser una perspectiva demasiado horrible para considerarla siquiera. —Suspiró y extendió la mano hacia el señor Donnelly, que la estrechó efusivamente—. Le agradezco que haya venido, sin embargo, no le pido que haga su trabajo esta noche. Mañana a las nueve celebraré una vista sobre la muerte de la Tarkin. Tenemos que saber más cosas sobre esta última víctima antes de reunir un jurado; su nombre al menos.

—Estaré allí por la mañana con mis notas.

—Estoy convencido. No creo que el Rastrero vuelva a crear más problemas, pero hágamelo saber en caso contrario.

Esperaba que *sir John* estuviera en lo cierto. Donnelly se alejó en busca del Rastrero.

Luego Bailey llevó a Tolliver ante el magistrado y lo presentó como «el que ha encontrado el cadáver y nos ha llamado al vernos pasar».

—Bueno, señor Tolliver —dijo *sir John*—, *lady Fielding* tiene muy buena opinión de usted. También Jeremy habla muy bien de usted, y yo mismo he degustado sus carnes con gran placer. En consecuencia, debo disculparme por haberle hecho esperar tanto tiempo. Quizá me haya oído usted hacer de Salomón en la disputa entre el médico y el que se encarga de recoger cadáveres, el Rastrero lo llaman; no sé cuál es su nombre auténtico.

—Lo he oído, sí —dijo Tolliver. Por su tono parecía un poco resentido, dolido.

—Eso me ha retrasado, restándole a usted el tiempo que merecía como primera persona que ha llegado a la escena de este lamentable crimen. Este es, por cierto, el tercer homicidio de estas características en un corto período de tiempo. Estamos muy preocupados, como puede usted imaginar.

—He sabido lo de los otros dos, claro está. Un carnicero de Covent Garden se entera de todo.

—Estoy seguro, señor. Quizá haya oído usted también que la muerte de esta

desdichada se ha producido exactamente igual que la de la primera víctima.

—De eso me he enterado cuando Jeremy le ha pedido al alguacil que buscara la herida en un lugar especial. Siempre he creído que el muchacho es muy despierto.

Me lanzó una mirada y yo bajé los ojos con modestia.

—Ciertamente —dijo *sir* John—. Pero, por favor, señor, cuéntemelo todo: cómo ha descubierto el cadáver, qué ha visto u oído en ese momento, etcétera. No se olvide de ningún detalle, por favor, pues es en los detalles donde los canallas se dan a conocer y por los que son capturados. Sin duda tendré preguntas que hacerle cuando termine.

El relato de Tolliver fue el mismo que antes había contado a Bailey, y las palabras que usó fueron prácticamente idénticas. Se lo perdoné, obligándome a mí mismo a recordar que un hombre puede ser un carnicero excelente, pero carecer por completo de imaginación y no tener el don de la elocuencia. Sea como fuere, pronto concluyó, y habiendo ofrecido el mismo relato dos veces, no había motivos para dudar de él.

Sir John permaneció en silencio durante un largo rato. Luego, dado que el carnicero no decía nada más, se lanzó a interrogarlo.

—Señor Tolliver, ha dejado usted claro que ni ha visto ni ha oído nada en el pasaje cuando se ha adentrado en él para investigar qué pasaba con la persona tumbada que ha divisado al pasar. Pero, dígame, ¿qué pasaba en la calle?

—¿Señor? —Era evidente que no le había comprendido en absoluto.

—Quiero decir que si justo antes de que se metiera en el pasaje había mucha gente en la calle, si había coches de alquiler o carros.

El carnicero pareció abrumado por la pregunta, y sus rasgos se convirtieron en una mueca a causa del doloroso esfuerzo que hacía por recordar.

—Yo diría, señor, que había muy pocas personas caminando por la calle, no es nada insólito a esa hora. Puede que los únicos que pasaran por Henrietta además de mí fueran el alguacil y Jeremy, que venían de lejos por la otra acera. Pero puede que los haya vislumbrado a la luz de una farola, porque no me ha sorprendido verlos llegar. He oído sus pasos.

—¿Había vehículos? ¿Jinetes?

—Bueno, no ha pasado ninguno por mi lado, pero he visto uno detrás de mí que me ha sorprendido, porque no había ninguno cuando he pasado por allí.

—¿Detrás de usted? ¿Por qué motivo ha mirado hacia atrás?

—Por los pasos que he oído antes de llegar al pasaje. Me he dado la vuelta para mirar, pues de noche por estas calles hay que ir siempre con los ojos muy abiertos. Pero no he visto nada ni a nadie excepto el carro, y solo en parte, parado en el Garden.

—¿Podría ser que antes lo hubiera pasado por alto?

—Sí —contestó el carnicero, tras un breve reflexión—, supongo que sí. Al fin y al cabo, un carro... ¿cuántos se ven al día?

—Mmmmm, bueno... sí. Pero, señor, es posible que lo que oyera fueran las

pisadas del asesino al huir. ¿No se le había ocurrido?

—No, señor, la verdad es que no.

—¿Qué me dice del carro? ¿Había algo fuera de lo común en él, en lo que vio de él?

—No, señor, simplemente era un carro. No lo he visto bien, solo la silueta. La luz no es demasiado buena allí —señaló—, como usted mismo puede ver. —Al darse cuenta de su embarazoso error, añadió—: Oh, pero si usted no puede ver. Lo siento, señor. Lo había olvidado.

—Les pasa a muchos —dijo *sir* John, quizá con una pizca de ironía—. Pero, dígame, señor, desde que se ha metido en el pasaje, ¿cuánto tiempo ha tardado en darse cuenta de que la chica estaba muerta y en pedir ayuda al alguacil Bailey y a Jeremy?

—No mucho, un minuto o dos, no mucho más.

—¿Sería ese el tiempo aproximado que habéis tardado en llegar desde Bedford Street? —preguntó luego, dirigiéndose a mí.

—Más o menos será ese, señor.

—En ese intervalo de tiempo hasta que os ha llamado el señor Tolliver, ¿has visto el carro o parte de él?

—No, señor. —De eso estaba seguro.

—Así pues, en ese breve espacio de tiempo, el asesino huyó. ¿Es eso probable?

—Bueno... podría ser, señor.

—Podría, sí. —*Sir* John inclinó la cabeza con firmeza—. Solo me queda una pregunta para usted, señor Tolliver, y es esta: ¿Conocía usted a la muerta?

—Si la conocía, ¿en qué sentido?

—En cualquiera, señor.

—La había visto unas cuantas veces por el Garden. En los últimos meses había venido a comprar a mi puesto un par o tres de veces.

—¿Sabe su nombre?

—Oh, no. Nunca se lo pregunté y ella no me lo dijo.

—¿Era una chica de la calle, una prostituta?

—No lo sé... quizá, seguramente. Hay muchas por aquí. Una vez la vi conversando con un hombre bajo una farola como lo haría una prostituta.

—¿Por casualidad fue aquí, en Henrietta Street?

Tolliver meditó un momento.

—Pues sí... justo en la esquina de Bedford Street.

—Muy bien, señor Tolliver. Sin duda se celebrará una vista con respecto a esta muerte. Aún no puedo fijar la fecha, pero quisiera que viniera usted y repitiera lo que me ha contado.

Tolliver frunció el entrecejo y asintió.

—Comprendo.

—Pero ahora es usted libre de marcharse.

El carnicero no perdió tiempo en discursos.

—Gracias, señor. Adiós, Jeremy.

Se dio la vuelta y se alejó con paso firme por Henrietta Street.

—¿Señor Bailey? —llamó *sir John*—. ¿Tiene usted la dirección de ese hombre?

—Sí, señor, y por supuesto está en su puesto del Garden todos los días excepto el domingo.

—Bien. Pronto tendré que volver a hablar con él. Hay algo aquí que no cuadra. O eso, o es el peor testigo con el que me he topado en mucho tiempo. Ambas cosas o una de las dos son posibles.

—Ahí está el Rastrero de vuelta con el señor Donnelly —dijo el alguacil—. Y veo la lámpara de Cowley balanceándose y acercándose por el pasaje.

—Unos minutos más, entonces, y podremos irnos, Jeremy —me dijo *sir John* en voz baja—. Casi desearía no haber salido.

VII

En el que se libera a Yossel y se descubre un cuarto homicidio

El desarrollo de los acontecimientos determinó que me perdiera la mejor parte de la vista que, como juez pesquisador, condujo sir John en referencia a la muerte de Priscilla Tarkin, pues me había encargado escribir y entregar un anuncio con la descripción de la chica descubierta en el pasaje por el señor Tolliver la noche anterior. Era un llamamiento a todos los que pudieran conocerla para que se presentaran e identificaran el cadáver. Dadas las circunstancias en que la había visto, me resultó difícil describirla en modo alguno. No había nada destacable en su rostro que yo pudiera recordar, y la escasa luz me había impedido retener una impresión clara. Así pues, no sabiendo qué otra cosa hacer, me dirigí a la consulta del señor Donnelly para ver mejor a la muerta.

Llegué poco antes de las ocho ante su puerta y llamé. Cuando se abrió, el médico expresó de nuevo su sorpresa al verme allí, pero no por ello su bienvenida fue menos cordial. Me invitó a entrar y yo expliqué lo que me llevaba hasta allí. Él no puso ningún reparo, pero me recordó, tras consultar su reloj, que debía marcharse en el plazo de una hora para asistir a la vista de sir John. Luego me condujo a la sala de examen, donde el cadáver de la muchacha desconocida yacía sobre una mesa larga y estrecha bajo una sábana.

—Aún no la he abierto —dijo—. Está tal como la viste anoche, solo que se ha puesto rígida en las horas posteriores.

—¿Cómo empiezo la descripción? —pregunté.

—Pues con la altura y el peso, supongo. Mide un metro cincuenta centímetros según mi medición y no creo que pese mucho más de cuarenta kilogramos. No digo que se muriera de hambre, pero sí que no se alimentaba bien desde hacía tiempo, quizá desde siempre.

Anoté el peso y la estatura con mi lápiz en el papel que llevaba conmigo y empecé a examinar su rostro.

—Tiene los cabellos castaños —prosiguió él—, y el rostro largo y ovalado. Le faltan tres muelas, dos del lado izquierdo y una del lado derecho. No he detectado más cicatrices que una en la mejilla izquierda con forma de media luna, como la que podría haber dejado un anillo al golpear la cara. Los dos dientes que faltan en ese lado están debajo de la cicatriz. En cuanto a su edad, yo diría que tenía quince o dieciséis años.

Todo esto lo anoté también debidamente.

—Estas mujeres —dije, pensando en Mariah—, estas chicas... llevan una vida

muy dura, ¿no es cierto, señor?

—Cierto es, y son los hombres quienes tienen la culpa.

—Yo... entiendo lo que quiere decir, señor. —Seguí observando el rostro de la muerta, esperando que me llegara la inspiración, sin resultado—. ¿Cómo se describe un rostro? —pregunté.

—Ah, buena pregunta, ¿no crees? —dijo Donnelly—. ¿Qué hace a uno diferente de otro? Aparte de ser largo y ovalado, ¿qué tiene este que lo hace diferente de todos los demás de Londres? Para mí es un gran misterio que Dios nos haya dotado a cada uno de nosotros con una fisonomía distinta de las otras. He oído decir que todos tenemos un doble en alguna parte del mundo, un gemelo nacido de padres distintos. Sin embargo, yo he recorrido parte de este mundo, y no he hallado prueba alguna que apoye esa teoría. En resumen, Jeremy, me temo que no puedo ayudarte. No tengo ni el ingenio ni el arte para describir un rostro correctamente.

Mientras hablaba, había permanecido frente a mí, mirando a la muerta igual que yo. Pero de repente alzó la vista y declaró:

—Debo prepararme para la vista de sir John. ¿Me perdonas un momento?

—Por supuesto —respondí—, y si me lo permite, iré a la otra habitación para intentar redactar un anuncio que nos satisfaga a los dos.

De modo que me senté en el escritorio de la otra habitación, como había dicho, y me apliqué en escribir lo que debía escribirse. Consumí varias hojas en el esfuerzo. En la habitación contigua oía al médico lavarse y tararear una melodía mientras se preparaba. Por fin salió, recién afeitado y adecuadamente vestido, y yo le tendí la última (aunque no necesariamente la definitiva) versión del anuncio.

Aquí está lo que escribí:

Sir John Fielding, magistrado del tribunal de Bow Street, quiere identificar a una mujer joven, de 15 ó 16 años de edad, víctima de un homicidio, cuyo cadáver fue hallado en el pasaje de Henrietta Street a las siete y media hace dos noches. Mide un metro cincuenta de estatura y no pesa más de cuarenta kilogramos. Tiene los cabellos y los ojos de color castaño oscuro. En la mejilla izquierda tiene una pequeña cicatriz en forma de media luna, le faltan dos dientes en ese mismo lado y otro en el lado derecho de la boca. Su rostro oblongo y flaco ostenta una nariz recta y una boca amplia. En el momento de ser hallada vestía un vestido tejido de confección casera, de color azul.

Cualquier persona que crea conocerla, puede ver sus restos en la consulta del doctor Gabriel Donnelly, en el número 12 de Tavistock Street, Ciudad de Westminster.

Después de leer el texto dos veces, Donnelly asintió juiciosamente.

—Esto debería ser más que suficiente —dijo—. «Oblongo y flaco»... bonita frase.

—Gracias, señor. Quería introducir unas cuantas frases decorosas, pero no me han parecido adecuadas.

—En tales circunstancias es mejor atenerse a los hechos. —Le echó un segundo vistazo a su reloj—. ¿Nos vamos?

Salimos juntos y descendimos las estrechas escaleras con él al frente. Cuando llegamos a la calle, me tendió la mano como hubiera hecho con cualquier caballero. Yo se la estreché vigorosamente.

—Me alegro de ver mi consulta mencionada en un anuncio impreso, aunque sea en un asunto de este cariz —dijo—. ¿Quién sabe? Quizá atraiga a un paciente vivo o dos. Dios sabe cuánto los necesito. Hasta ahora todos mis pacientes han sido muertos... y no es que no le agradezca a sir John el trabajo que me ha proporcionado.

Yo me despedí de él, sabiendo muy bien que pronto volvería a verlo en la vista. Luego partí a toda prisa en dirección a las oficinas del *Public Advertiser*, situadas a cierta distancia en Fleet Street.

De haber imaginado las dificultades con que toparía en las oficinas del periódico, habría dado por imposible regresar a Bow Street a tiempo de presenciar la vista sobre la muerte de Priscilla Tarkin, al menos en parte. El oficinista al que entregué mi anuncio se mostró reacio a aceptar mi exigencia de que se publicara en un lugar destacado de la primera página del periódico del día siguiente. Lo discutimos una y otra vez, más veces de que las que era necesario, o eso me pareció a mí. Finalmente, pedí ver al responsable, fuera el redactor, el editor o cualquier otro. Cuando apareció el señor Humphrey Collier, resultó ser redactor y editor a la vez, y zanjó la cuestión rápidamente.

—Por supuesto —dijo—, si está relacionado con las investigaciones de sir John, puedes estar seguro de que se publicará en un lugar destacado. Lo pondremos en letra grande en la parte superior de la página, enmarcado en negro. No se le escapará a nadie. Díselo así de mi parte, por favor.

Aliviado por fin de aquella onerosa responsabilidad, salí a escape en dirección a Bow Street. Mis piernas dieron de sí, pues descubrí a mi llegada que no se había avanzado tanto como yo suponía. (Más tarde supe que al señor Mardsen le había sido harto difícil reunir a un jurado; se había esparcido la noticia de que se pagaría un chelín, por lo que, naturalmente, se pidieron dos). Cuando entré en la pequeña sala del tribunal procurando no hacer ruido, vi que Donnelly acababa de prestar declaración y retomaba su lugar en el banco de silla del lado reservado a los testigos; había otras personas sentadas allí, algunas de las cuales conocía y a otras no.

Llamaron a declarar a una de las primeras, el señor Thaddeus Millhouse, pero su comparecencia fue breve. Sir John quería que confirmara la identidad de la víctima,

que se registró como Priscilla Tarkin, conocida como «Polly».

—¿Y cuál era su ocupación, señor Millhouse?

—¿Su ocupación, señor?

—¿En qué trabajaba? ¿Cómo se ganaba el pan?

—Como prostituta, señor. Ella no lo ocultaba.

—Al parecer, también completaba sus ganancias con el robo. O quizá, aunque usted no lo sepa, señor, el robo era su principal ocupación. Tenemos pruebas de ello gracias al registro de su vivienda, lo que complica en cierto modo nuestra investigación sobre su muerte.

El testigo pareció asombrado por aquella información.

—Puede bajar, señor Millhouse.

Así lo hizo, dejando espacio al señor Mardsen para levantarse y llamar a la siguiente testigo, una tal señorita Sarah Linney, a la que yo no conocía. Sir John empezó a interrogarla en cuanto se situó delante de él.

—Señorita Linney, usted conocía a la difunta Priscilla Tarkin, ¿no es cierto?

—Sí, su señoría, pero yo...

—Permítame interrumpirla para asegurarle que no soy un personaje tan augusto como para merecer el título que acaba usted de conferirme. Me complacería que se dirigiera a mí simplemente como «señor».

—Sí, señor —dijo ella—. Bueno, como decía, señor, la conocía, pero solo por el nombre de Polly. En nuestro oficio no se usan demasiado los nombres verdaderos.

—¿Y cuál es su oficio, si puede saberse?

—Polly y yo y la mitad de las mujeres de Covent Garden somos meretrices. Pero debo decir que para mí ha sido una sorpresa saber que robaba.

—Ah —dijo sir John—. Introduce usted el término bíblico «meretriz», sin embargo, yo la entiendo perfectamente y acepto la palabra. Pero ahora debo preguntarle, ¿cuándo vio por última vez a Priscilla Tarkin, conocida como «Polly»?

—Sería la noche que la espichó.

—¿Podría repetirlo en inglés corriente? Si bien el tribunal acepta palabras que se pueden encontrar en la Biblia, no reconocerá semejante argot.

—Sí, señor, fue la noche en que murió.

—Explíquenos en qué circunstancias, por favor. Cuénteme toda la historia tal como la recuerda.

—Bueno, no hay mucho que contar, pero fue en Bedford Street, en la puerta del Dog and Duck, al dar la vuelta a la esquina a ese callejón en el que la espichó... quiero decir, murió. No es un lugar al que yo vaya, el Dog and Duck, así que solo pasaba por allí. Pero oí un gran estrépito, una pelea, señor, y era terrible. ¡Y miré y vi que era la vieja Polly poniendo las peras a cuarto a ese! —Señaló a Yossel, que estaba sentado junto al señor Donnelly.

—Entiendo, señorita Linney, que acaba de señalar a alguien que está en la sala. No señale. Nombre al individuo, si es que sabe cómo se llama.

—Sí, señor. Polly estaba poniéndole las peras a cuarto a ese que llaman Yossel.

—¿Lo conoce usted por algún otro nombre?

—No, señor.

—Entonces, ese bastará.

—Bueno, pues yo me fui derecha hacia ella y le pregunté si necesitaba ayuda y ella dijo que no. Luego él, Yossel, me levantó la mano para pegarme, luego se lo pensó mejor, se dio la vuelta y se fue por Bedford hacia el Strand. Yo me volví hacia Polly y me encontré con que ella tampoco estaba porque se había metido en el Dog and Duck. Como he dicho antes, yo no voy por ese local, así que me encogí de hombros y me fui andando por Bedford, diciéndome para mis adentros que todo aquello no era asunto mío.

—¿De modo que no llegó a descubrir cuál era el motivo de la riña?

—No, señor, pero me lo podía imaginar al ver a ese tipo, Yossel, que nos había molestado a todas nosotras, pobres chicas, intentado quitarnos nuestras ganancias.

—¿Lo había intentado con usted alguna vez?

—Sí, lo intentó.

—¿Sin éxito?

—Sí, señor, sin éxito.

—Señorita Linney, ha sido usted muy concreta con respecto al altercado entre Priscilla Tarkin y ese tal Yossel, pero lo que no ha aclarado es cuándo se produjo.

—Bueno, eso es un poco difícil de decir, señor. Verá, cuando una hace la calle, dando vueltas toda la noche, bueno, una pierde la noción del tiempo. Además, había bebido un poco aquella noche, debo admitirlo, y la ginebra no ayuda a mantener las cosas en orden en la cabeza.

—Deberá usted concretar más —insistió sir John—. ¿Era pronto o tarde?

—Ni una cosa ni otra, diría yo. Yo lo pondría entre mi segundo y mi tercer caballero.

—¡Señor Millhouse! —llamó sir John—, si es usted tan amable de ponerse de pie donde está, quizá pueda aclarar este punto. Recuerdo que usted declaró en su entrevista conmigo que había visto a Priscilla Tarkin en el Dog and Duck aquella noche, antes de su muerte. ¿Solo estuvo allí una vez?

—Por lo que yo sé, sí, señor —contestó Millhouse, que se había levantado de su silla como le pedían—. Al menos yo solo vi a Priscilla Tarkin una vez mientras estuve allí, y me había sentado a la vista de la puerta.

—Supondremos entonces, a efectos de esta investigación, que fue su única visita al Dog and Duck aquella noche. Recuerdo, además, que ha dicho usted que se limitó a pasearse por el local y se fue. ¿Es eso correcto?

—Sí, señor.

—¿Podría determinar a qué hora estuvo allí?

—Sí, porque poco después de que ella entrara y saliera, el señor Goldsmith, que era uno de los que estaban sentados a nuestra mesa, sacó el reloj y dijo que era la una

y que había de marcharse porque tenía trabajo que hacer aquella noche. Luego pagó generosamente la ronda y nos aconsejó que siguiéramos su ejemplo y volviéramos a casa. ¡Ojalá hubiera hecho caso de su consejo!

—¡Desde luego! Puede usted sentarse, señor Millhouse. Bien, señorita Linney, ¿acepta usted esa hora? Usted vio a Polly entrar en el Dog and Duck. El señor Millhouse sitúa esa visita a la una de la madrugada más o menos.

—Si usted lo dice, así será, señor.

—Lo digo. Puede bajar, señorita Linney. —El magistrado aguardó unos instantes a que ella volviera a su silla arrastrando los pies. Luego prosiguió de la siguiente forma—: Así pues, que nosotros sepamos, Priscilla Tarkin no fue vista ni oída desde aquella hora hasta que el alguacil Brede descubrió su cadáver en las cercanías a las cuatro de la madrugada. Llevaba muerta algún tiempo. La sangre de sus heridas había empezado a secarse. Han oído ustedes decir al señor Donnelly que ese hecho sugiere que llevaba muerta una hora. De modo que entre la una y, más o menos, las tres de la madrugada, no sabemos dónde estuvo. Sin embargo, la hallaron muy cerca del Dog and Duck, donde la habían visto por última vez. ¿Es un misterio, o simplemente una discrepancia? Prosigamos. ¿Señor Mardsen?

Los doce hombres de aspecto vulgar que se hallaban sentados a la derecha de sir John mostraron un interés poco común por el siguiente testigo convocado por Mardsen, pues se trataba de Josef Davidovich, al que reconocí inmediatamente como el hombre que el rabino Gershon había llevado a Bow Street la noche de la víspera. Entre los miembros del jurado se elevaron unos murmullos. Sir John acalló todas las conversaciones de inmediato, llamando al orden.

—¿Es usted Josef Davidovich, conocido como Yossel? —preguntó al hombre que se había colocado ante él.

—Sí, señor, soy yo —respondió.

—¿Se encontró usted con Priscilla Tarkin, conocida como Polly, la noche de su muerte?

—Sí, señor, así es, señor. —Yossel contestaba con excesiva rapidez y vehemencia, como si quisiera garantizar su cooperación por la prontitud de sus respuestas.

Su aspecto había empeorado un tanto después de pasar la noche en el calabozo. Sin embargo, pese a la barba de dos días y los cabellos revueltos, persistía en él una cierta belleza tosca. Mentalmente aposté a que había sacado más dinero a las mujeres engatusándolas que con amenazas. Allí, en aquel momento, empero, no hizo el menor intento por engatusar a sir John, lo que hubiera sido completamente inútil en cualquier caso. De hecho, retorció el sombrero con nerviosismo entre las manos.

—Fue visto mientras reñía con ella —dijo sir John—. Haga el favor de decirnos cuál fue el motivo de la pelea.

Yossel vaciló.

—Bueno, señor, puede que esté metiendo la cabeza en la soga, pero no será por

asesinato. Sabía que Polly era una ladrona, y muy hábil, además, y aunque yo no me dedico a robar, le había dado el soplo, por así decirlo, de dónde podía usar sus habilidades: un lugar concreto, una casa concreta. Bueno, por eso yo tenía derecho a una parte, no demasiado grande, no pedía la mitad ni nada de eso. Bueno, el caso es que yo sabía que ella había visitado aquella casa y que se había llevado ciertos objetos de valor, así que quería mi parte, eso es, como habíamos acordado. Entonces la vi en Bedford Street y me acerqué a ella y le exigí lo que me correspondía, porque la verdad es que yo tenía que compartir mi parte con uno que había trabajado en aquella casa concreta. Así que, al ver a Polly, yo...

—¿Le importaría ser más concreto sobre la casa y sus moradores?

—Eh, no, señor. Pero, oiga, yo no soy un ladrón. Yo me limité a ponerla a ella en la pista correcta, por así decirlo.

—Así pues, ¿esto no debe considerarse como una confesión de culpabilidad sobre el robo?

—Oh, no, señor, no si puedo evitarlo.

—¿Y si no puede?

—¡No irá a usar esto en mi contra, señor!

—Continúe con su historia, Yossel.

—Bueno, que sea lo que Dios quiera, como siempre digo. —Miró a un lado y otro con una sonrisa nerviosa, y tras haber hecho su elección, siguió adelante con su historia—. Así que vi a Polly en Bedford Street y seguramente fue a la una de la madrugada, y me fui derecho hacia ella, y le dije que quería mi pasta, y ella dijo que no la tenía, que aún no había ido a la casa, y yo sabía que eso era mentira. Así que nos pusimos a discutir, insultándonos y blasfemando. Entonces llegó Biddy, que es como la conozco yo, esa Linney con la que acaba de hablar, y le pregunta a Polly si necesita ayuda y Polly dice que no. Aun así, Biddy saca su navaja y viene hacia mí... bueno, amenazándome. ¡Entonces eché a correr por Bedford Street! Solo me detuve una vez para mirar hacia atrás y vi que Polly entraba en el Dog and Duck y que Biddy se quedaba sola con la navaja en la mano.

Se interrumpió en este punto, esperando al parecer que lo que había dicho hasta entonces fuera suficiente, y por un momento realmente dio esa impresión, pues sir John se desvió de su habitual método de interrogatorio y se volvió hacia el jurado.

—Puede que ustedes doce, caballeros, se sorprendan al oír hablar de la súbita aparición de una navaja en manos de nuestra anterior testigo, la señorita Linney, pero me temo que esa aparición es absolutamente creíble. Le han oído decir en dos ocasiones que ella no frecuenta el Dog and Duck. Lo cierto es que, según descubrió el alguacil Brede tras hacer averiguaciones, el dueño de dicho establecimiento le prohibió la entrada hace unos meses porque, durante un altercado, sacó esa misma navaja. ¿No es así, señorita Linney?

La aludida emitió un gruñido y farfulló algo, hundiéndose más y más en la silla, como si quisiera hacerse invisible.

—¡Hable más alto, por favor!

—¡Sí, señor!

—Gracias. —Sir John se volvió hacia el testigo—. Bien, señor Davidovich, o Yossel si así lo prefiere, tengo entendido que lleva siempre un cuchillo. De hecho, el alguacil Baker le confiscó uno cuando lo encerró en el calabozo de Bow Street. Cuando la señorita Linney se acercó a usted navaja en mano, ¿por qué no se limitó a sacar su cuchillo y a zanjar el asunto allí mismo?

—Yo no haría semejante cosa, señor.

—¿Ah, no?

—No, de verdad que no. Abandoné esa burda práctica hace unos meses, sí, señor. Además, jamás he usado el cuchillo con nadie. Yo siempre me he limitado a las amenazas. Puede preguntarlo por ahí, señor, y verá que digo la verdad.

En aquel momento justo, la señorita Linney se levantó de su silla, dispuesta a hacerse oír.

—¡Si lo dejó —chilló—, fue porque le hice un buen tajo en el brazo! ¡Oooh, aquello era sangrar!

Terminó su alarde con una risa aguda que pocos oyeron, pues el jurado explotó de repente en grandes carcajadas. Sir John golpeó la mesa con la mano abierta y tanteó luego en busca de su mazo. Cuando lo halló, la fuerza de sus golpes bastaba para mellar la dura superficie de madera.

—¡Señor Fuller! —gritó—. ¿Está aquí el señor Fuller?

—A sus órdenes, señor —dijo el alguacil.

—Expulse a esa mujer de la sala.

—Sí, señor.

La mujer no ofreció resistencia; de hecho, siguió riéndose con gran regocijo cuando el señor Fuller la condujo sin miramientos hasta la puerta y la sacó de la sala. El alguacil no volvió enseguida. Rápidamente se callaron todas las voces.

—Aceptamos, pues —dijo sir John a Yossel—, que tenía usted buenas razones para marcharse cuando esa mujer le amenazó. La cuestión ahora es: ¿Adónde fue? Ha oído usted decir que Priscilla Tarkin fue asesinada aproximadamente a las tres de la madrugada. ¿Dónde pasó usted el intervalo entre la una y las tres?

—Lo pasé con una dama, señor. —Respondió rápido y seguro de sí.

—¿Tiene pruebas de eso? ¿Declarará ella como testigo a su favor?

—Está aquí. Puede preguntárselo usted mismo.

Los murmullos recorrieron el grupo del jurado una vez más. Sir John los acalló encarándose a ellos con el entrecejo fruncido.

—Puede usted bajar, señor Davidovich. Señor Marsden, llame a la testigo.

—Lady Hermione Cox —llamó el señor Marsden con un potente grito, mucho más alto del que había usado antes para llamar a testigos previos.

El motivo se hizo evidente cuando se abrió una puerta lateral y apareció una figura femenina. La mujer vestía de luto y un velo oscurecía su rostro, pero no

ocultaba por completo sus facciones. Por su andar, que era grácil, pero algo rígido, calculé que estaba más cerca de los setenta que de los sesenta.

El efecto de su entrada en los miembros del jurado me pareció digno de consideración. Mientras que antes las sorpresas les habían llevado a susurrar y murmurar entre sí, y en una ocasión a reírse, en este caso se limitaron a permanecer sentados, callados y expectantes, impacientes por presenciar el desarrollo de los acontecimientos.

La mujer ocupó su lugar ante sir John, apoyándose levemente en un bastón, que había usado solo como bastón de paseo.

—¿Es usted Hermione Cox, viuda del recientemente fallecido sir Thomas Cox?

—Como usted bien sabe —replicó ella, y su firme voz negaba toda debilidad debida a la edad.

—¿Y ha venido para declarar en favor del señor Davidovich?

—¿Se refiere a Yossel? Por supuesto que sí. ¿Para qué si no habría venido aquí? Deseo probar su coartada, John Fielding. Creo que se dice así, ¿no es cierto?

—En efecto. ¿Y cómo piensa llevar a cabo su propósito sin hacer de ello motivo de escándalo?

—Pienso hacerlo contando la verdad sin pensar en las consecuencias. A decir verdad, soy demasiado vieja para que me preocupen los escándalos.

—Como quiera, lady Cox. Cuente su historia, por favor.

—Seré breve. El señor Davidovich... ¿es así como lo ha llamado usted?, vino a mi residencia de Duke's Court, en St. Martin's Lane, entre la una y la una y cuarto. Sé la hora con seguridad porque estaba esperando su visita y me irritó que llegara tan tarde. Oí que el reloj del vestíbulo daba la una, y poco después llegó él. Yo misma le abrí la puerta. Había dado ya orden a los sirvientes de que se retiraran. Él se quedó la mayor parte de la noche. Yo diría que eran un poco más de las cuatro cuando se fue.

—Espero, querida señora, que esté hablando en serio y que esto no sea una especie de burla magnánima con la que quiera desviar las sospechas de ese hombre.

—No cambiaré ni una palabra de lo que he dicho —afirmó ella, y para demostrarlo dio un golpe en el suelo con el bastón.

—Esto podría deshonar a sus hijos.

—No tengo hijos.

—Entonces a su difunto marido.

—Mi difunto marido sobrevivió a su utilidad, en todos los sentidos de la palabra, diez años al menos. La mayor parte de su vida fue un hombre aburrido. Hacia el final, no solo era aburrido, sino que también estaba enfermo. En cualquier caso, no podía cumplir con sus deberes como juez pesquisador de la Ciudad de Westminster, pero no tuvo la delicadeza de dimitir de su cargo, como todos sabían que debería haber hecho. Me dejó una casa y dinero suficiente para mantenerla, una renta y un terrible caso de insomnio. Yossel lo ha aliviado. Nunca ha dejado de divertirme, y eso es mucho más de lo que puedo decir del difunto sir Thomas. Siempre he podido dormir después de

una visita de Yossel.

Quizá fui yo el único en darme cuenta de que el alguacil Fuller volvía a entrar en la sala, pues todos los ojos salvo los míos se hallaban fijos en lady Cox mientras esta hacía el anterior discurso, que se repetiría a menudo en los salones y restaurantes de todo Londres; fue la diversión de la sociedad durante casi un mes, hasta que hallaron un nuevo bocado de cardenal para sus chismorreos. Yo me fijé en la entrada de Fuller porque él lo deseaba. Me hizo señas agitando las manos hasta que lo vi y luego me indicó que me acercara. Yo me levanté de mi asiento en el último banco y caminé de puntillas hasta la puerta donde me aguardaba él.

—Jeremy —susurró—. Quiero que le digas a sir John que ha habido otro homicidio, una mujer en la casa del número seis de King Street. Querrá ir hasta allí, y también el médico, pues por la descripción es un crimen más horrible aún que los otros. Yo debo adelantarme, pues me han dicho que se ha agrupado allí una gran multitud para mirar el cadáver y llevarse recuerdos.

—¡Pero se pondrá furioso!

—Lo sé, y por eso voy a adelantarme para poner orden si puedo. Tú ve y díselo ahora mismo; yo tengo que irme.

Fuller, cuyos deberes durante el día consistían en poco más que hacer de carcelero en Bow Street, tenía pocas oportunidades para demostrar su valía como alguacil. Llevaba su chaleco rojo con orgullo, pero las tareas más difíciles que debía realizar se limitaban a ocuparse de los reos ruidosos o recalcitrantes y a transportarlos a la prisión. Con una buena cuerda y manillas, podía hacerse cargo él solo de toda una compañía de malhechores.

Y eso había hecho cuando nosotros tres —sir John, Donnelly y yo— llegamos al número 6 de King Street. La multitud debía de haber sido importante en la casa, pues se hallaba en aquel momento apostada a lo largo de un pasaje que conducía a un patio interior, sucio y atestado; un auténtico «tugurio», podría decirse.

Avanzamos con dificultad por el pasaje, yo encabezando la marcha con la mano de sir John sobre el hombro, y Donnelly en la retaguardia. Cuando llegamos al patio, nos recibió un gran murmullo de voces. Todos los habitantes de aquel lugar parecían esparcidos por allí, sentados en las escaleras y apoyados en los portales, murmurando; todos menos un grupo de cinco personas, que permanecían en silencio y con expresión hosca junto a la puerta de una planta baja. Todos llevaban una lazada al cuello de la misma cuerda, con los que estaban atados unos a otros; el último y el primero llevaban también manillas. Fuller sostenía los extremos de la cuerda con una de sus grandes manos. Con la otra nos hizo señas.

—Noto que aquí hay mucha gente —me dijo sir John.

—Están alrededor de nosotros, mirando —dije yo—. El señor Fuller ha arrestado a cinco y los tiene atados y listos para marchar.

(Había hecho lo que me había sugerido Fuller en la sala y me había dirigido a sir John, sorprendiendo a Mardsen y molestando a lady Cox, que parecía disfrutar promoviendo el escándalo. Había susurrado al oído de sir John lo que me habían dicho y este había asentido solemnemente como respuesta. Con toda la rapidez que pudo, sir John se vio obligado a tardar casi un cuarto de hora en dar por concluida la vista, absolviendo a Yossel Davidovich e indicando al jurado que debía pronunciar el veredicto de «asesinato a manos de persona o personas desconocidas». Luego llamó a Donnelly y los tres partimos juntos, dejando que el señor Mardsen se ocupara de los cabos sueltos. Así pues, Fuller había tenido un cuarto de hora, seguramente menos, para controlar la situación en el número 6 de King Street).

Fuller se presentó ante nosotros con el equipo al completo. Llevaba un par de pistolas y el alfanje en la vaina en el lado derecho. En la mano con que nos hacía señas, empuñaba un garrote, el arma elegida; por el aspecto de sus prisioneros, lo había usado generosamente con dos de ellos como mínimo.

—Nunca había visto nada igual —dijo a modo de saludo.

—¿Se refiere a todos los mirones que noto alrededor en este momento?

—No, señor, me refiero a lo que estaba ocurriendo allí arriba cuando he llegado.

—Explíquese, señor Fuller.

—Con su permiso, señor, quisiera que los detenidos hablaran por mí, pues tengo curiosidad por saber si pueden justificarse mejor ante usted de lo que se han justificado ante mí.

El alguacil cogió entonces al hombre mejor vestido de los cinco por la nuca y lo empujó hacia sir John; me fijé en que era uno de los que llevaba manillas. Al mismo tiempo, Donnelly los rodeó para entrar por la puerta, que estaba abierta. ¿Fue mi imaginación, o provocó más susurros de los mirones cuando entró?

—Adelante —dijo el alguacil al desdichado prisionero—. Dígale a sir John quién es y qué hace.

—Mi nombre —dijo él, intentando recuperar lo poco que quedaba de su dignidad perdida— es Albert Palgrave, y soy dueño de propiedades, de esta propiedad, de hecho. Este edificio me pertenece, como todos los del patio.

Hablaba demasiado alto, quizá, pues en su esfuerzo por impresionar a sir John había conseguido que lo oyeran todos los demás. Sus primeros comentarios fueron recibidos con pitos, silbidos y abucheos.

—Si es así —dijo sir John—, no es usted muy popular entre sus inquilinos.

—¿Y qué casero lo es? Esta gentuza espera vivir aquí por nada. Cobrar los alquileres que me corresponden por derecho es un auténtico calvario. A decir verdad, la mitad de los que andan ahora por aquí mirándonos me deben alquileres atrasados.

—Al grano, hombre, y rápido.

—Sí, señor. Bueno... estaba yo precisamente cobrando alquileres cuando llegué a esa puerta. ¿La ve detrás de mí? Oh, lo siento, no puede usted...

—¡Siga! —exclamó sir John, que parecía no solo exasperado, sino realmente

furioso.

—Oh... bueno, sí, claro. Así que llamé a esa puerta, de una tal Tribble que me debía siete chelines del alquiler, y por Dios que iba a cobrar o la echaba. Llamé pero no me contestó nadie, pero yo sospechaba que me engañaba, así que miré por la ventana, que estaba tan sucia que no me dejó ver bien. Lo que sí vi fue que estaba tumbada en la cama, así que entré en la habitación. Naturalmente, como propietario tengo la llave. Eché una mirada, y debo decir que era una visión horrible, y di la alarma, lo que quizá no debería haber hecho. Al oír mis gritos, empezó a salir gente de las casas de todo el patio. Me pareció más prudente echar la llave, por miedo a que la turba invadiera la habitación. Pero ellos querían entrar a toda costa, querían ver. La gente siente una curiosidad natural por tales espectáculos, pero yo les indiqué que volvieran a sus domicilios, hasta que un tipo al que he reconocido como... eh, agente de la señora Tribble, me dijo que pagaría un chelín si le dejaba entrar. Se me ocurrió entonces que sería un chelín menos de la deuda. Otros dijeron que pagarían lo mismo. Bueno, como dueño del edificio tengo todo el derecho a dejar entrar a quien me parezca, y si querían pagarme por ese privilegio, estaba en mi derecho de aceptar el dinero. Pero luego no conseguí sacar a ese tipo. Sencillamente...

—¡Silencio! —gritó sir John—. Ya he oído bastante.

—Su hombre me ha arrestado —insistió el casero—. ¡Tengo el derecho de propiedad! Cuando se lo dije, me puso estas manillas y no ha querido decirme de qué se me acusa. No ha habido modo de razonar con él.

—Señor —dijo sir John—, de haber estado yo presente, le habría ordenado que hiciera exactamente lo mismo, no le quepa la menor duda. Los cargos le serán comunicados en el tribunal.

Sonoros vítores se alzaron entre los espectadores.

—Señor Fuller, tenía usted razón. Tampoco yo había visto nunca nada igual. Bien, ¿quién más tiene para hablar conmigo? Espero que sea el tipo al que el casero Palgrave ha llamado agente de la mujer.

El señor Fuller arrancó a otro hombre del grupo de cinco, a este, agarrándolo por el doble lazo que llevaba al cuello. Era joven, apenas tenía tres o cuatro años más que yo. Tenía el entrecejo fruncido en una expresión que aparentemente pretendía ser de desdén. Tenía una contusión en la cara y también llevaba manillas.

—Dado que no poseo el dominio del lenguaje del casero —dijo el señor Fuller—, yo diría que este tipo es un chulo. Eso han dicho sus propios vecinos. También que pegaba a la pobre mujer regularmente.

—Pues claro que la pegaba —gruñó el chulo—. Era mi puta.

—Habla cuando te pregunten —le ordenó el señor Fuller, y le dio una fuerte bofetada en la mejilla contusionada. Luego dijo—: Puedes decirle tu nombre a sir John.

—Edward Tribble.

—¿Estaba casado con esa mujer? —preguntó sir John, muy sorprendido.

—Más o menos, supongo. Fue un matrimonio en Fleet^[8]. No estoy seguro de que fuera legal, pero le dejaba usar mi apellido. Pero dormíamos en lugares diferentes.

—¿Un matrimonio en Fleet? ¿Y qué desdichado sacerdote celebró la ceremonia?

—Ni idea. No me acuerdo de su nombre.

—Dile a *sir* John qué estabas haciendo ahí dentro.

—Vendía recuerdos.

Sir John guardó silencio unos instantes. Luego meneó la cabeza.

—No... no comprendo.

—Señor —dijo Fuller con voz profunda y sombría—, la estaba vendiendo por partes. Usted aún no ha entrado, ni le han descrito la escena, pero está abierta de arriba abajo y le han sacado las entrañas y las han esparcido por la habitación. Este ofrecía sus órganos a la venta a los que entraban, y había compradores, esos tres entre ellos. No sé cuántos más.

Lo que vi entonces no lo había visto antes ni volvería a verlo después. *Sir* John alzó su bastón y, en su ceguera, lo abatió sobre Edward Tribble. Se dedicó a golpearlo durante un minuto o más hasta que, agotada su furia, cejó por fin. Sus golpes fueron increíblemente certeros considerando que los dio en lo que para él debía de ser una oscuridad total. Todo lo que pudo hacer Tribble fue agacharse y cubrirse la cabeza hasta que cesaron.

En ese momento fue lo bastante insensato como para alzar la voz en su propia defensa.

—No tenía por qué hacer eso —dijo, gimoteando—. Era mi mujer y mi puta.

—¿Y por eso también reclama el derecho de propiedad? ¡Era un ser humano, pequeño desgraciado!

Así hablando, *sir* John asestó un último golpe a la figura erguida de Tribble, causando poco daño, pero aliviando quizá su indignación. Yo me fijé en que la ingente muchedumbre de mirones no había soltado ningún hurra ni había aplaudido mientras *sir* John apaleaba a Tribble. Permanecieron inmóviles, muy impresionados por lo que veían. Su silencio era de aprobación, pues solo cuando terminó, volvieron a oírse murmullos.

—Yo no lo aprobaba —gimió entonces Albert Palgrave—. He intentado sacarlo de ahí. Le he instado a marcharse —aseguró, pero se había alejado del campo de acción del bastón de *sir* John. El magistrado retrocedió con repugnancia.

—Señor Fuller —dijo—, lléveselos. Ya he oído más que suficiente. Comparecerán ante mí en la sesión de mediodía.

—Será un placer —dijo el alguacil que, teniendo en la mano la cuerda a la que estaban sujetos todos los cuellos, dio un fuerte tirón que los obligó a ponerse en movimiento como una torpe bestia de diez pies.

Sin embargo, antes de que hubieran podido alejarse demasiado, los detuvo *sir* John.

—Señor Fuller, deténgase un momento, por favor. Al parecer tiene usted la

situación bajo control, así que, ¿podría dejar aquí un arma para Jeremy? Puede que tenga que hacer guardia y me temo que necesitará algo para mantener a raya a los curiosos.

—Ven aquí, Jeremy —dijo Fuller—, y coge las pistolas.

Yo me acerqué corriendo y le libré del peso de las pistolas que llevaba a la cintura.

—Están cargadas, no cometas errores —me dijo.

—Tendré cuidado.

—Más te vale. ¡Venga, vamos, amigos!

Dio otro tirón a la cuerda y sus prisioneros le siguieron quieras que no. Yo volví junto a *sir* John, abrochándome el cinturón con las pistolas y pavoneándome un poco ante los curiosos.

—Jeremy —dijo *sir* John—, llévame al sitio en cuestión. Creo que hay dos escalones y un porche. —Estaba en lo cierto, desde luego—. Quiero dirigirme a los espectadores de nuestro espectáculo de relumbrón. Siguen mirando, ¿verdad?

—Sí, señor.

Conduje al magistrado hasta el porche, donde se dio la vuelta y habló igual que en su tribunal:

—A todos los aquí congregados, dirijo ahora una petición. Si tienen cualquier información que pudiera conducir al arresto del que ha asesinado a esta infortunada mujer que era su vecina, les ruego que se lo comuniquen a este joven. Si vieron a alguien que la visitara anoche, por favor, descríbanlo. Si conocían las costumbres de la víctima, por favor, descríbanlas. Aunque solo sean sospechas, desahóguense. Cuéntenle a él todo lo que crean que puede ayudarnos, cualquier cosa. Estamos desesperados por atrapar a ese perverso asesino.

Tras haber pronunciado este discurso, golpeó el suelo del porche con el bastón a modo de punto final, se dio la vuelta y entró en la habitación con suma cautela para dar dos pasos únicamente. Cuando ocupé su lugar en el porche, eché una ojeada por encima del hombro de *sir* John y vislumbré algo sobre la cama. A duras penas podía llamarse cadáver y mucho menos mujer. Era mucho más parecido a los cuartos de buey y cerdo que había visto colgados en el mercado de Smithfield: con las costillas al descubierto, se veía el blanco de los huesos a través de grandes cuchilladas y había un agujero rojo en el lugar en que debería estar el estómago. Giré la cabeza, no deseando ver más.

Volví la mirada hacia el patio, cruzándome de brazos de manera que los dedos de las manos tocaban las culatas de las pistolas. Adopté una expresión grave con la convicción de que debía de ofrecer un aspecto formidable, pero recordando luego que debía mostrarme accesible a cualquiera que deseara aportar pruebas, alteré mi expresión para adecuarla a tal fin: comprensivo y benevolente. Sin embargo, por el aspecto de los que allí permanecían sentados o de pie, no serían muchos los que vinieran a hablarme; solos o en parejas, empezaron a dispersarse, algunos para

abandonar el patio, otros para entrar en sus viviendas y cerrar la puerta; la diversión matutina había llegado a su fin.

Así pues, mientras permanecía de guardia, no tenía nada más que hacer que escuchar la grave conversación entre *sir* John y el señor Donnelly.

Después de su cautelosa entrada en la habitación, el magistrado había permanecido inmóvil durante un rato.

—¿Es tan terrible como lo ha descrito el alguacil Fuller? —dijo al fin.

—No sé lo que habrá dicho él, pero es espantoso, señor, absolutamente espantoso. En toda mi experiencia como cirujano, jamás había visto un cuerpo humano tan destrozado. El monstruo que hizo esto debió de tardar más de una hora en realizar su horrible tarea.

—Huelo a sangre y a todo tipo de olores infectos.

—Hay sangre allá donde mires. Está en la pared sobre la cabeza de la víctima, hasta donde salpicó y chorreó cuando le cortaron la garganta; esa fue la causa inmediata de la muerte, por cierto. Hay sangre aquí, en la cama, por donde ha brotado de la enorme herida del estómago, y hay sangre en el suelo, que ha goteado de los órganos que el asesino le extrajo. Toda la sangre está prácticamente seca.

—Eso significa, claro, que lleva varias horas muerta.

—Oh, sí. Yo diría que hace ya seis horas, seguramente más. El *rigor mortis* se ha adueñado de ella en la postura carnal, desnuda, por supuesto. Sin duda la asesinaron de madrugada, a las tres más o menos.

—Suponiendo una hora más para toda esta mutilación, el asesino debió de marcharse hacia las cuatro, cuando aún es noche cerrada en esta época del año. No obstante, por lo que me cuenta usted, debía de ir ensangrentado de pies a cabeza.

—Podía ir tapado con un sobretodo. Otra posibilidad es que también él estuviera desnudo mientras trabajaba. Hay agua sanguinolenta en una palangana y restos de color escarlata en un vestido que está tirado en el suelo. Puede que el asesino lo usara para lavarse y secarse.

—Grotesca idea —dijo *sir* John—. ¿Puedo avanzar un poco sin pisar el suelo ensangrentado?

—Oh, no se preocupe, ya lo han pisoteado todo. Ahora mismo está usted pisando un poco.

Noté entonces cierto movimiento en la habitación. Le siguió un silencio.

—¿Qué órganos faltan? —preguntó *sir* John tras un par de minutos.

—Eso es difícil saberlo en este momento —respondió el médico—. Tendré que llevármela a mi consulta e intentar recomponerla, por así decirlo. En cualquier caso, sospecho que faltará alguna que otra parte.

—Debido, sin duda, al tráfico iniciado por su chulo. Jamás había oído una cosa semejante, ni siquiera podía imaginarla.

—Quizá no haya sido enteramente por su culpa. El asesino ha encendido un fuego en la chimenea, o quizá ella lo encendió para ahuyentar el frío mientras realizaban...

su transacción. En cualquier caso, entre las cenizas he encontrado restos de lo que parece ser su lengua. También le han arrancado los ojos, que se habrán derretido rápidamente entre las llamas.

—Dios bendito, ¿qué le ha dejado, pues?

—No mucho, me temo. El corazón está entero en la parrilla. Es un gran trozo de músculo que no arde con facilidad. El hígado, el páncreas y el útero han desaparecido. El estómago y los intestinos están intactos, y es una suerte porque el proceso digestivo contribuye a menudo a fijar la hora de la muerte con mayor exactitud.

—No sé qué decir. Quizá tan solo que en este caso me alivia no poder ver lo que usted me ha descrito. Es, como ha dicho usted, señor Donnelly, espantoso.

Se produjo un largo y sombrío intervalo en el que ninguno de los dos habló. Fue el médico quién por fin rompió el silencio.

—*Sir John*, creo que debe usted tener en cuenta seriamente lo que le sugerí anoche. Lo recuerda, supongo.

—Sí, y recuerdo que dije que era una perspectiva demasiado horrible para considerarla siquiera.

—¿La considerará ahora?

—Me temo que habré de hacerlo.

—Lo que vemos en estos cuatro homicidios son dos métodos de asesinato muy diferentes, opuestos incluso. El primero y el tercero se hicieron de modo que se causara el mínimo daño externo posible a la víctima. Este y el segundo se han hecho en una vorágine de mutilación. Creo que muy probablemente el asesino de la segunda víctima fue interrumpido, o temía serlo. Lo que tenemos ahora ante nosotros es lo que es capaz de hacer cuando dispone del tiempo suficiente y la oportunidad para perpetrar sus diabólicos designios hasta el final. Me asombra que lo que se hizo en un ataque de furia demencial pudiera mantenerse tanto tiempo mientras realizaba estas horribles mutilaciones. En resumen, este asesino (¿podríamos llamarlo el segundo?), deseaba causar el mayor destrozo posible en el cadáver de sus víctimas.

—Muy bien —dijo *sir John*—, supongamos que hay dos asesinos. ¿Cómo describiría usted a cada uno de ellos?

Se produjo entonces el primer signo de vacilación en el señor Gabriel Donnelly quien, desde el momento en que había vuelto a poner la cuestión sobre el tapete, había hablado con gran fluidez y tono persuasivo. No fue solo que hiciera una larga pausa antes de contestar, sino que, cuando lo hizo, se repitió a sí mismo e incluso tartamudeó un poco.

—¿Que cómo caracterizaría a cada uno de ellos? Sí, bueno, es decir... Si tuviera que decir... Tomemos el primero, el que asesina con la hoja estrecha.

—Sí, por cierto. ¿Qué sabemos de él?

—En primer lugar, sabemos que utiliza un estilete, y se trata de un arma de caballero.

—¿Cree usted que se trata de un caballero, entonces?

—Y sabemos que lo usa con el conocimiento y la habilidad de un cirujano —prosiguió Donnelly, haciendo caso omiso de la conclusión del magistrado—. Sencillamente, las heridas demuestran demasiada precisión para que las haya hecho alguien que ignore la anatomía humana, y demasiada seguridad para haber sido hechas por una mano inexperta.

—Supongo que debo aceptar lo que usted dice. Al fin y al cabo, es médico. Pero ¿qué me dice de su fuerza? Recuerde que sujetó y mató a una mujer de setenta y cinco kilogramos de peso y que luego la levantó y caminó con ella en brazos cierta distancia para ocultarla.

—Ah, sí, eso es cierto, claro.

—De modo que debemos hallar a un caballero cirujano con el tamaño y la fuerza de un simio. Esas partes forman un extraño todo, ¿no le parece?

—Ya veo a lo que se refiere.

—Pero ¿qué me dice del que usted ha llamado segundo asesino? —preguntó *sir John*—. ¿Cómo lo describiría?

—Es un loco.

—Sabemos que lo es por sus obras —dijo *sir John* con seguridad—. Pero incluso en su locura, puede que muestre cierta lógica. Anoche argumentó usted acertadamente que el arma no podía ser la misma en todos los asesinatos, que había lo que usted llama estilete, usado en el primer homicidio y el tercero, y un arma con dientes de sierra en el segundo. Supongo que ese cuchillo más brutal y de hoja más gruesa se ha usado también en este asesinato.

—Oh, sí, lo juraría.

—Quizá use esa terrible arma para castigar a las víctimas que le habían desagradado de algún modo. Quizá Polly Tarkin había intentado robarle, hurtarle la cartera, pues sabemos que era una ladrona. Quizá esta pobre mujer, Tribble, dijo algo que le ofendió. Entonces, en lugar de limitarse a matar, también mutila para castigarlas.

—¿Está sugiriendo que me equivoco, que hay un solo asesino?

—Sí, le he dado muchas vueltas, pero no estoy seguro. Bien pudiera ser que yo me equivocara y usted estuviera en lo cierto. Pero piense en esto: ¿no es cierto que nuestros órganos humanos no son tan diferentes de los de bueyes, cerdos y ovejas?

—Bueno, desde luego hay algunas diferencias, pero en general supongo que es así.

—Así pues, me concederá usted que un hombre puede familiarizarse con la anatomía humana por analogía, por así decirlo, si había llegado a conocer bien la anatomía de los animales irracionales a lo largo de los años.

—Empiezo a adivinar hacia dónde apunta.

—¿Quién trabaja normalmente con cuchillos de hojas serradas?

—Pues un carnicero, claro.

—¿Y quién, entre las personas que ha visto usted Últimamente, tendría la corpulencia y la fuerza necesarias para echarse a una mujer de setenta y cinco kilogramos de peso al hombro y trasladarla de lugar?

—Una vez más, el carnicero... el de anoche, claro. Es tan corpulento como el alguacil Bailey y sin duda igual de fuerte, puesto que se pasa el día acarreado y manejando cuartos de buey. Pero recuerde, *sir John*, que yo mismo examiné sus cuchillos y ninguno de ellos tenía una hoja lo bastante estrecha para infligir la herida que tenía la chica del pasaje.

—Sí, cierto, pero el señor Bailey olvidó registrarlo a él, como después admitió. No siempre es tan concienzudo como debería ser. Y aunque lo hubiera registrado, el carnicero podría haberlo escondido en algún lugar del pasaje. Rastrear el pasaje de noche y a la luz de una lámpara no pudo servir de mucho. Creo que enviaré a Jeremy a rastrear la zona otra vez esta tarde y quizá también le diré que pase por el puesto del carnicero y le transmita una invitación para que venga a conversar conmigo esta noche.

Ah, querido lector, podrás imaginar con qué poco agrado recibí tal encargo. Si hubiera podido hablar con *sir John* largo y tendido, tal vez le hubiera persuadido de la inocencia de Tolliver. Sin embargo, *sir John* me intimidaba y me resultaba difícil abordarle de ese modo. En tales ocasiones, sentía mi juventud como una terrible carga.

—Por cierto, señor Donnelly, lleva usted reloj, ¿no es así? ¿Podría decirme qué hora es?

Tras unos instantes, llegó la respuesta:

—Son casi las doce.

—Entonces Jeremy y yo debemos irnos, pues debo reanudar la vista, y prometo ser interesante. La llave está en la puerta. Según creo todavía le queda trabajo que hacer por aquí.

—Un buen rato.

—Haré que venga el carro mortuorio con un ataúd. No sería conveniente sacarla en tal estado.

—Estoy completamente de acuerdo.

VIII

En el que sir John dispensa justicia, rápida y sumaria

De todo lo que se ha dicho sobre sir John Fielding desde que falleció, lo que más se ha repetido es también lo más certero: era un hombre justo.

En el campo del derecho esa es una cualidad, ¡ay!, mucho más escasa de lo que se podría suponer. Como magistrado, sobre sir John recaía el deber de procesar a los malhechores. A veces no era tarea fácil, pues podía acaecer que se cometiera una acción claramente punible y, sin embargo, por falta de una ley concreta, no exista delito ni falta. En tales circunstancias, y en interés de la justicia, el magistrado debe demostrar su ingenio adaptando una ley adecuada al mal cometido. En la aplicación de esa justicia sumaria, nadie superó nunca a sir John.

No puedo ofrecerte un ejemplo mejor que el modo en que obró con los individuos que Fuller arrestó en el número 6 de King Street. Era evidente que todos ellos habían cometido un delito de mayor o menor gravedad, mas ¿había alguna ley en el derecho penal inglés que se ajustara a sus crímenes? Yo no la conocía; claro que entonces no era más que un chico que frecuentaba la sala del tribunal para aprender cuanto pudiera. Sin embargo, ahora que ya no soy ese chico, sino un abogado, seguiría diciendo que no conozco ley alguna que se ajuste a aquellos delitos.

El escándalo y la conmoción que habían producido las acciones de aquellos individuos resultaron evidentes por la reacción de la muchedumbre que abarrotaba la sala cuando, a petición de sir John, Fuller expuso sus hallazgos al llegar al edificio de la mujer asesinada, la señora Tribble. Se produjeron murmullos entre los espectadores, y una y otra vez se dejó oír el sonido del aire aspirado de repente, la expresión más común del asombro horrorizado. Hacia el final de su relato, cuando describió las acciones del marido putativo de la víctima, se elevaron gemidos y gritos de ira. Por una vez, sir John dejó tranquilo el mazo. Juraría que el magistrado deseaba que los acusados sintieran la rabia que todos les dirigían.

Cuando el alguacil terminó, sir John golpeó por fin la mesa con el mazo y llamó al orden.

—Señor Fuller —dijo—, no se mueva de donde está, por favor, porque creo que tendré que hacerle algunas preguntas mientras considero los cargos de cada uno de los acusados que comparecen ante mí. —Hizo una pausa y añadió—: Prisioneros, en pie.

Los cinco hombres se levantaron, cada uno a su tiempo y sin duda con alguna molestia, pues seguían atados unos a otros por el cuello con la fuerte cuerda de Fuller, y el primero y el último seguían enmanillados.

—En primer lugar, deberán identificarse para que conste en el acta del tribunal.

Los prisioneros se identificaron como Albert Palgrave, Ezekiel Satterthwait, Thomas Coburn, Lemuel Tinker y Edward Tribble. El señor Mardsen tuvo ciertas dificultades con el segundo nombre; pidió a Satterthwait que le deletreara el apellido y el prisionero no pudo. El escribano lo escribió entonces como Dios le dio a entender.

—Bien, todos ustedes —dijo entonces sir John— se han comportado de un modo abominable. De eso no cabe la menor duda. ¿O quiere alguno de ustedes mostrar su desacuerdo con el relato que acaban de oír de labios del alguacil Fuller? Esta es su oportunidad para hablar en su propia defensa, si es que realmente se puede decir algo. Les aconsejo que hablen ahora.

Se produjo un breve silencio. Luego los cinco hombres empezaron a hablar a la vez.

Sir John los hizo callar a golpes de mazo.

—¿De modo que todos tienen algo que decir? Muy bien, les oiré de uno en uno, el señor Palgrave primero. ¿Señor?

—Bueno, para empezar no entiendo por qué estoy aquí —dijo el interfecto—. Ni siquiera se me ha comunicado de qué se me acusaba cuando me han traído aquí de manera tan brutal. Es cierto que yo he encontrado el cadáver de esa puta, pero...

—¿Y ha enviado noticia de su descubrimiento a Bow Street?

—No, pero...

—No, no lo ha hecho. El señor Fuller me ha informado de que la noticia le ha llegado por un rapaz de la calle que conocía a la difunta y ha venido por su cuenta. Así pues, señor, si lo que quiere es que le acuse de un cargo concreto, será que, no habiendo informado sobre el asesinato de su inquilina, ha obstruido la investigación sobre su muerte. Pero ese, a mi parecer, no ha sido más que el principio de sus pecados. ¿Es o no es cierto que ha cobrado un chelín a todos cuantos deseaban ver el cadáver?

La respuesta del señor Palgrave quedó ahogada por los gritos de los cuatro que se hallaban de pie junto a él. Todos ellos aseguraban a sir John con gran vehemencia que Palgrave les había cobrado un chelín por dejarles entrar.

—Había unos cuantos antes que nosotros —gritó uno de los prisioneros, quizá Satterthwait—. Ha hecho un buen negocio con ella.

—¿Es eso cierto? —preguntó sir John—. ¿Cuántos han pagado por ver el cadáver? ¿Cuántos chelines ha ganado con ese extraño negocio?

—No muchos... bueno, diez en total. Pero como le he dicho antes, esa puta, Tribble, me debía siete chelines de alquileres atrasados. Como casero, estaba en mi derecho de resarcirme del modo que considerara más conveniente. Y dado que soy el propietario de la vivienda, de todo el patio, de hecho, tenía derecho a dejar entrar a quien a mí me diera la gana.

—Señor Palgrave, hay algo que me intriga. Se ha referido usted a la señora Tribble mediante epítetos según los cuales usted consideraba que ejercía la

prostitución. ¿O quizá los ha utilizado a la ligera para indicar que era una mujer de moral relajada, una perdida?

—¡No, por Dios, era una puta!

—¿Está seguro?

—¡Por supuesto que sí! Yo mismo he visto que llevaba hombres a su habitación a todas horas, de día y de noche. También a ellos los vi alguna vez. En una ocasión vi incluso cómo cambiaba el dinero de manos. ¡Si eso no quiere decir que era una puta, que venga Dios y lo vea! Todo el mundo sabía a qué se dedicaba.

—¿Y sin embargo usted le permitía que siguiera siendo su inquilina?

—¿Y qué? —dijo Palgrave a la defensiva—. Uno tiene que sacar una renta de sus propiedades. Hasta hace poco no se había retrasado nunca con el alquiler. Fue absolutamente regular durante el primer año.

—Bien, entonces —declaró sir John—, tenemos otra acusación contra usted, señor. Dirige usted una casa de latrocinio, puesto que cede a sabiendas su propiedad para la prostitución y comparte los beneficios. Pero, prosigamos. Dígame, cuando ha visto usted por primera vez el cadáver de esa mujer esta mañana, ¿cómo la ha encontrado? ¿En qué estado?

—Pues muerta, claro.

—No me ha entendido. ¿Estaba sentada o tumbada? ¿Vestida o desnuda?

—Ah, bueno, el cuerpo estaba sobre la cama y desnudo, aunque lo que me había parecido una especie de prenda que la tapaba, ha resultado ser un gran agujero en el centro.

—¿Y ha cobrado un chelín a cada uno de estos hombres y a otros para que pudieran contemplar esa visión?

—Sí.

—Dado que lo admite, le acuso de ofrecer un espectáculo libertino y obsceno y de cobrar dinero por permitir el acceso a dicho espectáculo.

Albert Palgrave farfulló algo ininteligible, intentando hallar las palabras adecuadas para protestar.

—No era un espectáculo —dijo, dominándose—. Era más bien una exhibición... como algo científico, no para divertirse.

—Estaba desnuda, ¿no? ¿Y obscenamente abierta en canal? No, señor Palgrave, rechazo su argumento. Los cargos se mantienen, le he encontrado culpable de ellos y le condeno a noventa días en la prisión de Fleet Street.

—¿La Fleet? ¡Yo no soy un moroso, ni un insolvente!

—Puede que lo sea cuando salga de allí, porque aún no he terminado con usted. También le declaro culpable de dirigir un prostíbulo y de recibir ganancias de la prostitución, por lo que le condeno a sesenta días en la Fleet, y finalmente, le declaro culpable de obstaculizar la investigación sobre la muerte de la señora Tribble, y le condeno a treinta días en la Fleet. Las sentencias se cumplirán consecutivamente: seis meses en total. Y si desea que la aumente, continúe discutiendo conmigo para que

pueda declararle culpable de desacato.

Reducido a un asombrado silencio, Palgrave se mordió la lengua, y sir John, satisfecho por haberle dado su merecido, golpeó la mesa con la maza, dando por zanjado aquel asunto.

—Y ahora, ocupémonos de Edward Tribble. Hemos oído al alguacil Fuller declarar que este hombre, que asegura ser marido de la víctima, ofrecía partes de su cuerpo a la venta como «recuerdos». Señor Fuller, ¿cómo llegó hasta usted esa información? ¿Qué vio y oyó usted?

El alguacil se frotó el mentón mientras reflexionaba.

—Bueno, señor —dijo, al cabo—, cuando he entrado en la habitación del asesinato, había tres hombres entre ese Tribble y yo, de modo que no se ha dado cuenta de que era un alguacil al principio. Me he quedado mudo un momento, horrorizado hasta tal punto por el estado de la víctima, que no me lo podía creer. Pero había notado que ocurría algo entre Tribble y ese, creo que ha dicho que se llamaba Lemuel Tinker. Me pareció que regateaban el precio de alguna cosa. Como yo era más alto que los demás, me coloqué en un lugar desde donde podía ver mejor lo que estaba pasando. Y vi a Tribble que le enseñaba algo al otro, algo pequeño y cubierto de sangre. Tinker le preguntaba: «¿Qué parte es?», y Tribble le contestaba: «¿A mí qué me cuentas? Por tres chelines, ¿qué importa?». «Si voy a comprarlo —dice el otro— debería saber cómo llamarlo». En aquel momento, al darme cuenta de lo que se traían entre manos, he empuñado espada y pistola y los he arrestado a todos.

—¿De modo que usted no ha visto en realidad cómo se efectuaba la compra, ni que el dinero cambiara de manos ni que el trozo del cadáver se entregara siquiera para una breve inspección?

—No, señor, no lo he visto. Jamás he visto cosa semejante, ni he oído hablar de nada parecido, y he querido ponerle fin en aquel mismo instante.

Sir John asintió en un gesto de aprobación.

—Estoy seguro —dijo— de que yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo. Pero ahora, señor Tribble, le toca hablar a usted. ¿Admite los hechos tal como los ha descrito el alguacil?

—Ni hablar —contestó Tribble con la mayor insolencia—. Sé muy bien cómo funciona la ley. Tienen que probar que soy culpable. ¡Así que lo niego todo!

A los presentes en la sala no les gustó su respuesta, de hecho, no les gustaba Tribble. Un murmullo de reprobación recorrió los bancos. De haber sido entregado al público de la sala en aquel momento, creo sinceramente que no hubiera sobrevivido más que unos pocos minutos.

—Yo diría —declaró sir John— que lo estamos probando con la descripción del señor Fuller, que ha sido razonable. No ha pretendido haber visto ni oído más de lo que en realidad ha visto y oído. Pero quizá necesitamos otro testigo. La elección lógica es el señor Lemuel Tinker. Así pues, díganos, señor Tinker, la descripción del alguacil sobre lo que ha pasado entre usted y el señor Tribble ¿es exacta? ¿Quiere

usted añadir alguna cosa?

—Ha sido extraordinariamente exacta, señor —contestó Tinker, un hombre con un rostro pequeño, de comadreja—, hasta las palabras las ha repetido exactamente. Lo que ha pasado entre nosotros es que este tipo estaba en la habitación cuando hemos entrado nosotros tres después de pagarle un chelín al casero. El casero nos ha dicho: «Aquí se ha cometido un gran crimen. Será histórico. Esta pobrecilla era mi mujer, y por mucho que me duela hacerlo, debo vender estas partes de ella que le cortó el que ha cometido este horrible asesinato. Lo hago para reunir dinero y darle un entierro cristiano decente». Tal como lo hablaba, parecía que fuera una obra de caridad comprar algo de ella. Se lo juro por Dios que así ha sido, señor. Le ha puesto un precio muy alto al corazón, una guinea; por el hígado han sido diez chelines, y por la parte más pequeña me ha pedido cinco chelines. He conseguido que me lo dejara en tres. Yo era el único que tenía dinero para comprar. El resto ha sido tal como lo ha contado el alguacil.

—Solo uno de los tres que han sido hallados en la habitación con Tribble no ha hablado todavía —dijo entonces sir John—, y es Thomas Coburn, de modo que se lo pregunto a usted, señor Coburn. ¿Vio a Tribble vender alguno de los órganos antes de que usted entrara en la habitación?

Thomas Coburn respondió en voz baja y a regañadientes, o al menos eso me pareció a mí. Empezó una vez, y volvió a empezar después de que sir John le ordenara hablar más alto.

—Señor —dijo—, estoy muy avergonzado de hallarme aquí, y más aún de haber entrado en aquel lugar de espanto. Ojalá no lo hubiera hecho, señor, pero haré lo posible por contestar a su pregunta. —Calló, respiró profundamente y prosiguió—: Nosotros tres estábamos en fila, retenido por el casero hasta que salieran los que habían entrado antes. Salieron dos hombres. Uno de ellos, señor, era un tipo muy grande, casi tan ancho como alto, con un parche en un ojo. Alzó un trozo sangriento de algo para que todos lo viéramos, luego simuló comérselo haciendo broma. Algunos rieron y otros no. Después de ver eso, no debería haber entrado, y no lo habría hecho si no hubiera pagado ya mi chelín.

Sir John asintió, satisfecho.

—Los tres han sido muy sinceros en sus declaraciones. Tomo nota y se lo agradezco, pero para apaciguar las dudas que me asaltan, ¿quieren Satterthwait, Coburn y Tinker hacer el favor de alzar las manos con las palmas hacia fuera? Bien, señor Fuller, ¿querrá examinar esas manos y decirme si encuentra rastros de sangre seca en ellas?

El alguacil obedeció a su superior y llevó a cabo su misión con la mayor seriedad. Se acercó a cada uno de los tres hombres por turno y les examinó las manos muy de cerca por uno y otro lado. Al terminar, se dio la vuelta bruscamente y se dirigió al centro de la sala frente al estrado.

—Presente su informe, señor Fuller.

—Bueno, señor, ninguno de ellos tiene lo que yo llamaría manos limpias, pero no veo sangre en ninguna.

—Muy bien. Ahora examine las manos del señor Tribble, por favor.

También esto lo hizo el alguacil, aunque se vio obligado a actuar con cierta brusquedad para poder verlas bien.

—Totalmente manchadas de rojo, señor, las dos. Incluso tiene sangre debajo de las uñas.

—Gracias, señor Fuller —dijo sir John—. Bien, en cuanto a ustedes tres: Satterthwait, Coburn y Tinker, acepto que sus acciones dentro de la habitación han sido tal como las describen ustedes. Se habían metido allí para mirar y curiosear, sobre todo. El señor Tinker se ha sentido tentado de comprar una de las horribles reliquias que le ofrecía Tribble. Por suerte para él, no la ha comprado. Su castigo habría sido mayor en ese caso. Sí, habrá un castigo, pues si el señor Palgrave ha ofrecido un espectáculo libertino y obsceno por lucro personal, ustedes tres han pagado por asistir a él. Y por ello les condeno a treinta días en la prisión de Fleet. Es también cierto que su misma presencia en aquella habitación obstaculizaba la investigación sobre la muerte de la víctima del espantoso asesinato. La condena, igual que la primera, es de treinta días en la prisión de Fleet, pero será concurrente con la primera. En otras palabras, se cumplirán las dos al mismo tiempo. Uno de ustedes ha expresado ya pesar y vergüenza por sus acciones. Aconsejo a los otros dos que dediquen el mes que tienen por delante a meditar sobre el delito moral que han cometido.

Sir John dio un mazazo sobre la mesa para dar el asunto por zanjado.

—En cuanto a usted, señor Edward Tribble —dijo el magistrado—, el suyo es con mucho el delito más grave, en lo que estoy seguro que coincidirán todos los presentes en la sala. Cuando me han informado por primera vez de lo que había hecho usted, mi cerebro se ha negado a creer lo que escuchaban mis oídos. He pensado que sin duda me había confundido. Tal es la reacción de la mente ante la naturaleza de su crimen. Cuando comparezca ante el juez, le aconsejo que utilice en su defensa un poco de la persuasión con que ha engatusado a estos tres hombres desencaminados. Dígame que vendía trozos de su mujer para poder dar al resto un entierro cristiano y decente. ¿Quién sabe? Puede que lo admita. Puede que el jurado le crea. Yo, desde luego, no. Eso, sin embargo, importa poco, pues en este caso, mi único deber consiste en acusarle formalmente y enviarlo a juicio.

—¿Qué? —chilló el preso—. ¿Quiere decir que no voy a la Fleet con los demás?

—No. Será enviado a Newgate, donde aguardará a ser juzgado en el Old Bailey.

—¿De qué se me acusa?

—De profanar a los muertos.

La sala se sumió en un absoluto silencio.

—Pero... —Tribble buscaba las palabras, incapaz de hallarlas por unos instantes—. Pero eso es como profanar tumbas, ¿no? Yo nunca he hecho eso. No estaba

enterrada.

—No —dijo sir John—, ni siquiera ha esperado a que estuviera bajo tierra para profanar su cadáver. En mi opinión, lo que ha hecho es cuando menos igual de malo, seguramente peor.

—Profanar a los muertos... ¡a uno lo cuelgan por eso!

—En efecto, pero le ofrezco cierta esperanza. Si coopera con mis alguaciles para recuperar los órganos que ha vendido, y creo que usted conoce a los compradores, recomendaré la deportación. Los jueces de Old Bailey aceptan mis recomendaciones sobre las condenas... casi siempre.

Edward Tribble miró a un lado y a otro con expresión frenética, pero no pronunció una sola palabra.

—Señor Fuller —dijo sir John—, llévese a estos cinco al calabozo y tráigame al que está allí. Mientras esto se lleva a cabo, declaro un receso y doy permiso para hablar y moverse. Y llamo al estrado al señor Oliver Goldsmith y al señor Jeremy Proctor.

Aquello sí que fue extraño. Jamás me habían llamado al estrado excepto durante nuestro primer encuentro, cuando yo era un mozalbete de trece años, falsamente acusado de robo. El hecho de que me llamaran ahora en compañía de un hombre tan conocido como Oliver Goldsmith denotaba la increíble mejoría de mi situación en aquellos dos años. No obstante, no tengo la menor idea de qué podíamos tener en común él y yo.

Sin embargo, cuando llegué al estrado, demorado por la multitud que atestaba la sala, reconocí al hombre que se hallaba inclinado hacia el magistrado y enzarzado en atenta conversación con él. ¿De modo que aquel era Oliver Goldsmith? Era el mismo hombre que se había alzado en defensa de Ormond Neville cuando el alguacil Perkins había arrestado al poeta y periodista en el Goose and Gander. Si era en efecto Goldsmith, tenía aproximadamente mi misma estatura, estaba casi calvo (y no intentaba disimularlo llevando peluca) y su aspecto era manifiestamente irlandés.

El hombre en cuestión me vio llegar y dijo a sir John:

—¿Este es el muchacho, señor?

—¿Eres tú, Jeremy?

—Sí, sir John.

—Ah, muy bien. No estaba seguro de que te encontraras en la sala cuando te he llamado. El señor Goldsmith y yo necesitamos ese pasquín difamatorio escrito por ese individuo, Neville. Lo recuerdas, ¿no?

Antes de que yo pudiera decir sí o no, el señor Goldsmith asintió vigorosamente sin dejar de mirarme.

—Estoy seguro de que se acuerda —dijo—. Vino con el alguacil que arrestó a Neville.

—¡Ah, en efecto! —convino sir John—. Pero, Jeremy, ¿podrías ir ahora a buscar el ejemplar del pasquín que tengo yo? Está en el cajón del escritorio en mi despacho.

No tiene pérdida.

—Desde luego, vuelvo enseguida —dije yo.

Me alejé sin decir nada más, dirigiéndome presuroso hacia la puerta lateral de la sala, por la cual acababa de salir el señor Fuller con sus cinco prisioneros. La puerta, claro está, conducía a la parte de la planta baja donde se hallaba el calabozo y al arsenal de los alguaciles, el cuarto del señor Mardsen y los cajones de las actas, y el santuario de sir John. Yo conocía aquellas dependencias, y el resto de la casa del número 4 de Bow Street, como la palma de mi mano.

Vi a Fuller, que introducía a los prisioneros en el calabozo, oficiando una vez más de carcelero del tribunal. Sin embargo, cuando era requerido, demostraba con creces ser un vigilante más. Nadie podría haber mejorado su actuación de aquella mañana. ¿Cuando me sería requerido, como a él, que demostrara mi valía? Bueno, claro que si se presentaba la necesidad, me pedían que me apostara en una puerta, o que acompañara a alguien como el rabino por calles potencialmente peligrosas, pero nunca me habían puesto a prueba de verdad. ¿Qué era yo, sino el chico de los recados de sir John, siempre dispuesto para ir a buscar alguna cosa, entregar una carta o citar a un testigo?

Y allí estaba de nuevo con el encargo de ir en busca del vil pasquín al despacho de sir John. ¿No podría haber enviado a Mardsen? No, el escribano estaba por encima de tales tareas. Mejor enviar a Jeremy; él hace eso y cualquier cosa que le pidas.

(Los chicos que aún no se han hecho hombres experimentan a menudo ataques de descontento parecidos, sobrestimando sus dotes y menospreciando los dones otorgados por la fortuna).

Entré en tromba en la habitación que sir John usaba para los interrogatorios privados e informales, para las reuniones con sus alguaciles y cosas parecidas. Yo sabía dónde encontrar lo que me habían pedido. No había más que un cajón en el escritorio, que en realidad era más bien una mesa, pero ese único cajón bastaba y sobraba al magistrado. Este no tenía necesidad alguna de almacenar papeles; para eso contaba con Mardsen. Abrí el cajón y saqué el pasquín, que estaba doblado a causa de su gran tamaño.

Cuando estaba a punto de cerrar el cajón me detuve, pues mis ojos habían vislumbrado algo familiar en el interior. Era la bolsa de cuero que había encontrado bajo el entarimado de la habitación de Polly Tarkin. Sin poderlo evitar, abrí la bolsa y comprobé que el montón de soberanos y guineas seguía intacto, igual que estaba cuando se lo había entregado a sir John. No me cabía la menor duda de que no se había contado antes de guardarse. El magistrado trataba con despreocupación el dinero que entraba en el tribunal. En mi cabeza resonó el eco de las palabras del chico matón de la víspera: «El juez ni lo echará de menos si lo coges, quizá un poco cada vez».

Hundí la mano en la bolsa y dejé que el tesoro se escurriera entre los dedos. No sería necesario coger un poco cada vez. Diez guineas no se echarían nunca en falta en

semejante abundancia. ¿Y no la había encontrado yo la bolsa? En ese sentido, ¿no era tanto mía como de sir John? De habérmela quedado yo, nadie habría sabido nada, sin embargo, se la había entregado a él, pensando que tendría importancia para la investigación, pero no la había tenido. Sir John se había limitado a arrojar la bolsa al cajón con indiferencia. Sin embargo, ¿cómo podía ser indiferente yo a aquella bolsa de monedas, cuando apenas una parte de su contenido podía comprar la libertad de Mariah de aquel tipo vil y despreciable de la estúpida risita?

Todo esto, lector, me cruzó por el pensamiento en pocos segundos, pero después me vinieron a la mente las palabras despreciativas de aquel chulo, las últimas que me había lanzado: «Sería como robarle a un ciego». Con ellas, en mi imaginación se formó el rostro amable y generoso de sir John Fielding, el hombre que me había aceptado en su casa, me había vestido y alimentado, y supe que no podía coger ni una sola guinea de aquella bolsa. Dejando a un lado los sofismas y los engaños, cerré la bolsa con su correa y cerré el cajón de un golpe. Cogí el pasquín y salí corriendo de la habitación en dirección a la sala del tribunal.

El murmullo de conversaciones me dijo, en cuanto abrí la puerta, que seguía el receso y, sí, seguían de pie formando corrillos. Sir John seguía enzarzado con Oliver Goldsmith en el estrado y hablaba con gran vehemencia.

—... si es necesario, sí, señor Goldsmith, porque ha de quedar claro que ese delincuente de poca monta, Yossel, ha quedado libre para siempre y por buenas razones. No es preciso que dé detalles. Diga tan solo que se ha demostrado que estaba en otro sitio a la hora del crimen. No es necesario que nos extendamos sobre quién lo ha demostrado y cómo. Esa historia correrá de boca en boca por todo Londres con rapidez.

—Desde luego —convino Goldsmith—. Eh... el muchacho ha vuelto, señor.

—Ah, Jeremy, bien. ¿Has traído esa maldita cosa? Dámelo. Lo necesitare para blandirlo.

Buscó el papel a tientas y yo se lo puse en la mano.

El señor Fuller apareció seguido de Ormond Neville.

—El prisionero está presente —dijo.

—Entonces podemos empezar. Señor Goldsmith, no se siente demasiado lejos, le pediré que hable. Le agradezco la oferta que me ha hecho.

—Me alegra serle útil, señor.

Sir John golpeó fuertemente la mesa con el mazo.

—Se reanuda la sesión del tribunal de Bow Street —gritó Mardsen, poniéndose en pie—. Ocupen sus asientos y guarden silencio. El magistrado, sir John Fielding, verá el último caso del día.

No más de un minuto tardó la muchedumbre en dispersarse y volver a sus asientos. Me fijé con interés en que, cuando Oliver Goldsmith se sentó en su sitio, que estaba cerca de la primera fila, a su lado se hallaba el señor Millhouse, el vecino de la segunda víctima, Polly Tarkin. Por mi parte, busqué un lugar mejor que antes y

encontré uno en un lateral, detrás de Fuller y Ormond Neville.

—Orden, orden —dijo sir John y se hizo el silencio—. Señor Mardsen, llame al acusado. —El escribano obedeció. Mientras el señor Neville se acercaba al estrado, el magistrado gritó—: Llamo también al señor Benjamin Nicholson.

Mi sorpresa fue mayúscula, lector, cuando vi al socio más joven de la firma editora de William Boyer alzarse de un asiento al fondo de la sala y acercarse con la cabeza gacha. Se trataba de un hombre de gran reputación en Grub Street, a quien el socio mayor tenía en tan alta estima que recientemente la firma había pasado a llamarse Boyer y Nicholson. Sin embargo, había poco orgullo en aquel hombre cuando caminó hacia el estrado arrastrando los pies y se paró junto al acusado.

—Señor Neville —dijo sir John, cogiendo el pasquín para agitarlo en el aire—, ¿es usted el autor de esta escandalosa mezcla de conjeturas, sospechas, invenciones y viejas mentiras?

—Ah, bueno, sí. Supongo que sí. Sí.

—¿A qué viene esa vacilación? ¿Dónde está el orgullo de la autoría? Y usted, señor Nicholson, ¿no lo publicó usted?

—Bueno, nosotros lo imprimimos.

—Al parecer hace usted lo que yo llamaría una falsa distinción. ¿No pagó usted al señor Neville por su trabajo? ¿No cubrió el coste de la imprenta en Boyer y Nicholson? ¿No contrató luego a un grupo de vendedores ambulantes para vocear el pasquín por las calles de Londres y venderlo al precio establecido por usted? Finalmente, ¿no reclamó usted los beneficios de este pequeño negocio para su firma?

El hombre exhaló un hondo suspiro.

—Sí, sir John —dijo.

—¿El proceso que acabo de describir no constituye una publicación, tal como se entiende normalmente por publicación? Así pues, se lo vuelvo a preguntar, señor. ¿No lo ha publicado usted?

Otro suspiro.

—Sí, sir John.

—Ahora dígame cualquiera de los dos, ¿de quién fue la idea de crear este... —Sir John vaciló— este adefesio de conclusiones precipitadas y calumnias?

—Suya —contestaron ambos hombres a coro, señalándose mutuamente.

—Bueno —dijo el magistrado—. Veo que hay diferencias de opinión. Déjenme hacerles unas preguntas y sopesar sus respuestas. Señor Neville, ¿por qué dice usted que fue el señor Nicholson quien inició este negocio?

—Pues, señor, porque me llamó a su oficina y me sugirió que hiciera una investigación periodística sobre el asesinato de Polly Tarkin, del que hasta entonces yo nada sabía. Él creía que había material para un pasquín.

—Muy bien —dijo sir John—, ¿y cómo se enteró usted del asesinato, señor Nicholson?

—Por Giles Ponder, párroco de San Pablo, de quien tenemos un libro en

preparación. Nos dijo que le despertó un tumulto de voces, luces de lámparas y demás, en la entrada posterior del cementerio. Bajó a investigar y un alguacil le dijo que acababan de encontrar a una mujer asesinada allí mismo. El alguacil y un muchacho se hallaban en aquel momento trasladando el cadáver.

Yo era el muchacho, por supuesto. Y recordé al clérigo a medio vestir, con el camisón colgando por encima de los pantalones, exigiendo saber qué estábamos haciendo. (Sir John se había alejado en aquel momento para hablar con la señorita Linney y sus compañeras). El alguacil Brede, parco en palabras como siempre, le había informado únicamente de que habían asesinado a una mujer, y le deseó buenas noches. O buenos días, pues estaba amaneciendo.

—Y con esa información, llamó usted al señor Neville, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Y usted, señor Neville, se dispuso a averiguar cuanto pudiera sobre aquel espantoso suceso.

—Sí, señor —respondió Ormond Neville.

—¿Y cómo obtuvo la información qué escribí?

—Bueno, descubrí con sorpresa la buena suerte de que uno de mis conocidos fuera vecino de la víctima, que viviera prácticamente en la puerta de al lado. Él me dio su nombre, me informó de su ocupación y de dónde podía encontrar a otras compañeras de la mujer que me dirían más cosas. Fui a Bedford Street, las invité a unos cuantos vasos de ginebra y pronto obtuve lo que necesitaba.

—Permítame que lo interrumpa, señor —dijo sir John—. Ese conocido suyo debía de ser el señor Thaddeus Millhouse, poeta según su propia descripción. Aquella mañana se hallaba en nuestro calabozo esperando que le llegara el turno de comparecer ante este tribunal por negarse a obedecer mi orden de despejar el callejón en el que se había cometido el asesinato. ¿Ha hablado con él allí?

Mi atención se desvió hacia Thaddeus Millhouse ante la mención de Ormond Neville sobre «uno de mis conocidos». Me temo que me quedé mirándolo fijamente. Fuera por vergüenza o por sentirse culpable, Millhouse se hundió en su asiento al lado de Goldsmith, y cuando se pronunció su nombre, intentó ocultar el rostro. ¿Con qué fin? Solo cinco o seis personas en toda la sala lo habrían reconocido, y de ellas una era ciega. Claro está que nadie desearía oír su nombre en la sala de un tribunal en tales circunstancias. Aun así, me pareció extraño.

Neville me sorprendió con su respuesta a la pregunta de sir John.

—Sí, en efecto. La mujer del señor Millhouse se había enterado de su desgracia y me pidió que le trajera una camisa limpia para que estuviera más presentable en su comparecencia ante el tribunal. Así lo hice, y su carcelero me permitió entrar con ese propósito. Charlé brevemente con el señor Millhouse en aquella ocasión, en la que mencioné mis indagaciones con el fin de escribir un pasquín.

—Mmmm —dijo sir John—, muy interesante. Y luego habló con las mujeres de la calle. Fue a través de ellas como oyó hablar de Yossel Davidovich y de su

altercado con la víctima.

—Sí, señor.

—¿Había presenciado el altercado alguna de ellas? Casi puedo contestar yo a esa pregunta, pues lo considero altamente improbable, a menos que hablara usted con Sarah Linney, que fue el único testigo.

—Bueno, no anoté sus nombres. No fueron más que dos.

—¿Afirmó alguna de ellas haber presenciado el altercado?

—No, con esas palabras no, pero me dijeron que ese tal Yossel había sido visto en tales términos con la víctima. Yossel no les gustaba lo más mínimo; una juró que le había robado, que la había amenazado con rebanarle la nariz. Debía de ser un individuo repugnante.

—Sin embargo, en lo tocante a la pelea entre Yossel y la víctima, aceptó usted las habladurías.

—Bueno, no podía seguir buscando testigos. ¡Tenía que escribir el pasquín ese mismo día!

—Y a causa de esa premura estaba dispuesto a acusarle de asesinato sin otra cosa que sustentara la acusación que la conjetura de que podía haber vuelto al lugar del altercado, llevarse a la víctima al callejón y asesinarla. Y esa conjetura, además, no se basaba más que en habladurías. Señor Neville, eso es inaceptable. —Pronunció estas últimas palabras con gran solemnidad. Sin embargo, al instante siguiente, sir John parecía reprimir una sonrisa—. Ha dicho usted, señor, que según sus informaciones, Yossel Davidovich debía de ser un individuo repugnante, pero, dígame, ¿qué impresión le ha causado a usted?

—¿Mi impresión? Pero ¿cómo...?

—Ha pasado usted la noche en su compañía.

—¿Quiere decir, señor, que ese pobre desgraciado tembloroso que estaba en el calabozo era él? Se ha pasado media noche temblando porque «ellos» lo perseguían, aunque no ha dicho quiénes eran «ellos». Ha dicho que no podría volver a caminar por las calles de Londres. ¡Así que ese era Yossel! ¡No me diga!

—Ah, pues lo digo, señor. De hecho, sus temores eran fundados, pues ciertamente «ellos» le perseguían. A él y al rabino que le persuadió para que viniera a declarar los persiguieron durante todo el camino hasta Bow Street una ciudadanía furiosa por culpa de su pasquín incendiario. De no ser porque dos de mis alguaciles se interpusieron para protegerlos, ambos podrían haber sufrido daños: uno, porque usted lo había difamado erróneamente, y el otro porque era evidente su condición de judío. Así pues, quedan demostrados los cargos contra usted. Obstaculizó mis pesquisas sobre la muerte de Polly Tarkin, atribuyendo el asesinato a Yossel Davidovich erróneamente pero con total certeza. En el curso de la vista celebrada esta mañana se ha establecido que él no pudo ser el autor del crimen, puesto que una testigo ha declarado que estaba con ella a esa misma hora. Y en cuanto a la acusación de incitar al desorden público, está también demostrada, puesto que lo que pudo ser un grave

disturbio fue sofocado por un rápido despliegue de fuerza de los Vigilantes de Bow Street. Así pues, Ormond Neville, lo declaro culpable de ambos cargos. Pero en mi opinión, señor, más flagrantes y dañinas han sido las viejas calumnias sobre los judíos que repite usted en el pasquín. ¿Cómo se le ocurrió semejante cosa?

—Bueno... señor, comprenda usted que se necesitan muchas palabras para llenar un folleto, y me pareció buena idea rellenar mis informaciones con un poco de historia.

—¿Historia, dice? ¿Y cómo llegó a su conocimiento esa «historia»? ¿Se lo enseñaron en la escuela? ¿Lo leyó en algún libro?

—No, pero durante un tiempo trabajé como secretario del cónsul británico, sir Anthony Allman, en la ciudad de San Petersburgo, en Rusia. En aquella época mantuve muchas conversaciones con rusos con respecto a los judíos, y parecían muy seguros de ciertos hechos concernientes a las prácticas secretas de los israelitas. Digamos que obtuve la información de fuentes fidedignas.

—Que yo ponga en duda —dijo sir John—, del mismo modo que niego esos supuestos hechos. ¿Le pareció que aquellos rusos tenían una amplia cultura? ¿Exhibieron una gran sabiduría en otras cuestiones?

—A mí me parecieron muy cultos —contestó Neville—, porque todos hablaban francés.

—¿Y ese es su modelo? Bah, digo yo, y otra vez bah. Los rusos son un pueblo ignorante que creería que el mundo es plano si no fuera porque son los amos de una buena parte. Rechazo su «historia», señor, y si hubiera una ley contra la difamación, también le acusaría de quebrantarla, pues es evidente que es usted culpable de difamar a los judíos. —Sir John hizo una pausa, como si quisiera recobrar el aliento—. Pero no existe tal ley, de modo que debemos atender ahora al señor Benjamín Nicholson. Señor Nicholson, dígame, cuando el señor Neville le llevó su artículo, ¿lo leyó usted entero?

—Pues sí, claro.

—¿Se lo enseñó a su socio, el señor William Boyer?

—No, a él solo le interesa la publicación y venta de libros, con exclusión de todo lo demás. Yo me encargo de la producción de dichos libros, así como de los pasquines, anuncios, etcétera.

—Comprendo. Y cuando lo leyó, ¿no encontró nada objetable o incendiario en él?

—Bueno, sir John, yo no soy abogado, ni tampoco el señor Neville. A mí me pareció que contenía información a la que el público tenía derecho. Nombraba a un malhechor, quizá con demasiada certeza, pero eso es lo que le gusta al público y no las sutilezas de la ley.

—Bien que lo sé —dijo sir John—. Pero ¿no tuvo usted dudas sobre las abominables prácticas atribuidas a los judíos, como el asesinato de niños cristianos y cosas parecidas?

—Carezco por completo de experiencia en esos temas. Déjeme decirle que no

tengo nada en contra de ellos, excepto lo que nos enseñan en las Sagradas Escrituras. Mi asesor personal en temas financieros es judío y lo cuento entre mis amigos. Sin embargo, si hay un principio al que nos atenemos en Boyer y Nicholson, es el de un escritor a expresarse libremente. Nosotros no dictamos los textos a los escritores.

—¿Quiere decir que tiene derecho a decir cuanto quiera, y que usted se limita a publicarlo tal cual?

—Bueno, hay ciertos límites, por supuesto.

—Y el... ¿cómo lo llamaremos?... el, digamos, ensayo del señor Neville, ¿no excedió esos límites?

—No, supongo que no.

—Desde luego que no, puesto que usted lo publicó. Y como consecuencia, le considero a usted igualmente culpable de los cargos imputados a Ormond Neville, a saber, obstaculizar una investigación criminal e incitar al desorden público.

—Pero...

—No hay pero que valga, señor. Él infringió la ley al escribir lo que escribió, y usted al publicarlo. Pero ahora llega lo más difícil, y es encontrar un castigo adecuado para los dos. De derecho, a ambos les correspondería cumplir una condena en prisión, yo diría que de un mínimo de treinta días. Pero cuando he llegado hoy a Bow Street para presidir la sesión de hoy, me esperaba una carta del señor William Boyer. Era, de hecho, una petición de clemencia para el señor Nicholson, expresada en unos términos sumamente prácticos. Me dice en ella que está ya demasiado viejo y que ha perdido el contacto con los aspectos de la impresión y la producción de su empresa, y que si el señor Nicholson no estuviera disponible durante un prolongado período de tiempo, tendría que cerrarlo todo salvo la librería. Los impresores y encuadernadores se quedarían sin trabajo mientras durara la ausencia del señor Nicholson. Conozco al señor Boyer. En el pasado ha sido de gran ayuda para el tribunal y no tengo motivos para dudar de que la situación sea tal como él la describe. Por lo tanto, me abstendré de imponer una condena de cárcel al señor Nicholson. Sin embargo, y dado que he hallado a ambos igualmente culpables en este asunto, tampoco puedo condenar al señor Neville. Como tampoco puedo permitir que su delito quede impune.

Sir John hizo una pausa y se recostó en su asiento unos instantes como si meditara. Permaneció así durante casi un minuto. Luego dijo, como si aún sopesara la idea:

—Deseo sobre todo que no se saque provecho alguno del acto delictivo en el que ambos han colaborado. Dígame, señor Neville, ¿qué le pagaron por escribir el pasquín?

—Dos guineas, señor.

—Esa será su multa. Y usted, señor Nicholson, ¿qué beneficios sacó la empresa de la venta ambulante?

—Es difícil saberlo con exactitud, señor, pero habrán sido unas veinticinco guineas, más o menos.

—Ah, los escritores deberían aprender algo de esa disparidad, ¿no creen? Pero este no es el momento ni el lugar. Veinticinco guineas será su multa, señor Nicholson.

—Pero, sir John, ese dinero es de la empresa, no mío.

—Usted es socio de la misma, ¿no? Arréglese con el señor Boyer. Aun así, con las multas no se endereza el entuerto. Este dilema me tenía perplejo hasta que el señor Oliver Goldsmith me ha abordado con una oferta muy generosa. Señor Goldsmith, ¿querría usted acercarse y repetir su oferta?

Oliver Goldsmith se acercó al estrado con el andar acompasado de quien tiene la costumbre de moverse por Londres a pie; desde luego aquel hombre hacía buen uso de sus piernas. Se situó junto a Ormond Neville.

—Tengo entendido, señor —le dijo sir John—, que desearía aclarar primero ciertos escrúpulos.

—Sí, señor, en efecto. Por lo general estoy de acuerdo con la opinión manifestada por el señor Nicholson, de que un escritor debe gozar de libertad de expresión, y que si se equivoca, sus errores deben corregirlos otros que escriban en contra de él. Esa es la naturaleza misma de la controversia, y la controversia es el núcleo mismo de la vida inteligente. Sin embargo, cuando leí el pasquín del señor Neville, censuré con firmeza ciertos pasajes del mismo, en particular los que se refieren a los judíos en general, su historia y sus prácticas criminales. Yo, al igual que usted, impugné sus fuentes, y sobre ello habíamos sostenido una disputa en el *Goose and Gander* antes de que su alguacil llegara para llevárselo.

—¿Y qué sugiere usted, señor Goldsmith? —preguntó sir John.

—La única respuesta adecuada a semejante pasquín es otro pasquín en el que se pongan de relieve lo que usted muy bien ha descrito como conjeturas, invenciones y viejas calumnias del señor Neville, y se corrijan. Mi oferta consiste en escribir dicho pasquín para que se publique lo antes posible y tenga la mayor utilidad.

—Su generosa oferta es aceptada, señor. Puedo garantizarle que el señor Nicholson estará encantado de publicarlo según las condiciones que ustedes mismos determinen.

Volví de Covent Garden muy descorazonado e inquieto. El magistrado me había enviado allí con el encargo que yo tanto temía. La carnicería cometida en la víctima de King Street había hecho resurgir las sospechas de *sir John* sobre el señor Tolliver. Al final, cuando me envió a buscar al carnicero con una invitación para que acudiera a hablar con el magistrado, conseguí farfullar unas cuantas palabras en su defensa. Era, le dije, «un buen hombre que no haría daño a un alma. Él...». *Sir John* me interrumpió bruscamente. «No son las almas lo que debe preocuparnos ahora, Jeremy, sino unos crueles ataques contra los cuerpos. Ve a buscarlo; invítalo a venir; quiero hablar con él».

(Muy pocas veces se mostraba *sir John* tan seco conmigo; lo cierto es que yo no

le daba motivos para ello. Sin embargo, en su defensa, si es que la necesita, debo decir que unos minutos antes se había quejado de que jamás había tenido un día tan agotador en el tribunal como aquel. Parecía realmente extenuado).

De modo que a Covent Garden había encaminado mis pasos a fin de transmitir la invitación al señor Tolliver, caminando por entre la multitud de transeúntes de la tarde, con la vista baja, pensando quizá demasiado en mi propio malestar al recibir el encargo. De modo que, cuando llegué al puesto y lo encontré cerrado, mi asombro fue total.

Miré a un lado y otro. ¿Me había equivocado de sitio? No, claro que no. Había ido demasiadas veces a comprar carne, para confundirme. Pero allí estaba yo, donde siempre, y no había señor Tolliver, ni carne colgando de los ganchos, esperando a ser cortada, ni cosa alguna salvo una caseta cerrada y protegida por un gran candado. ¿Dónde podía estar el carnicero? Sin duda había cerrado más temprano que de costumbre, pero ¿por qué?

Me acerqué al puesto de verduras de al lado. La mujer que despachaba tras la mesa estaba ocupada en reordenar sus zanahorias, patatas y demás. Aguardé a que me prestara atención, pero tardó bastante en alzar los ojos hacia mí y emitir un gruñido.

—Señora —dije—, ¿podría usted decirme dónde está el señor Tolliver?

—Ni idea. —La mujer volvió a ocuparse de sus mercancías.

—Bueno, ¿cuándo se ha ido?

—No ha venido hoy —respondió ella sin alzar la vista.

—¿No ha dejado dicho dónde iba o adónde?

—Ni una palabra. Ese y yo no nos tratamos demasiado. Se cree que es especial solo porque es el único carnicero del Garden. Este no es su sitio, y debería saberlo. El Garden es para frutas y verduras y Smithfield para la carne, como todo el mundo sabe. —Entonces me miró una vez más... no, me lanzó una mirada furiosa—. Ahora, si no vas a comprar nada, te agradecería que siguieras tu camino y dejaras sitio a los que sí quieren comprar.

Indignado, pero todavía perplejo, le hice caso sin decir palabra. Desde luego, pensé, en el lugar del señor Tolliver tampoco yo me hubiera tratado con una mujer tan irascible. Pedí información al carnicero en el puesto contiguo al de ella, pues, aunque estaba más lejos, quizá su dueño tenía una relación más amistosa con el señor Tolliver. Pero, si bien era mucho más cortés —el hombre me reconoció como cliente ocasional—, no me sirvió de más ayuda que la arpía del otro puesto. Que él supiera, el señor Tolliver no había aparecido en el mercado en todo el día y su caseta había permanecido tal como estaba, cerrada y con el candado puesto, y aunque a veces se saludaban, no solían pasar de ahí y mucho menos comentar por qué el carnicero se daba un día de asueto.

Decidí que sería inútil seguir preguntando y me dispuse a cruzar de nuevo el mercado en dirección a Bow Street. De haber sabido dónde vivía Tolliver, habría ido a su domicilio en su busca. Sin duda estaba enfermo, me dije. No obstante, aunque así

fuera, sería la primera vez que yo recordara, y el día anterior parecía perfectamente sano. Tales eran las dudas que me atormentaban mientras caminaba, temiendo que su ausencia injustificada le perjudicara a los ojos de *sir* John. Sin duda se hallaba en casa o, en todo caso, aparecería al cabo de un día o dos.

Encontré a *sir* John cómodamente instalado en su despacho, con una botella de cerveza sobre la mesa que Mardsen debía de haberle ido a buscar al otro lado de la calle. Me pidió que me sentara y le presentara mi informe, cosa que hice. Me escuchó sin reaccionar de manera visible. Lo cierto es que parecía apático y algo distraído, como si tuviera el pensamiento puesto en otra parte. A la postre, mi impresión resultó ser cierta.

—Jeremy —me dijo—, me temo que hoy te he dado un mal ejemplo.

Me sorprendió un tanto oír aquello. Si bien se había quejado de hallarse extenuado tras la sesión del día, a mí me había parecido especialmente agudo e ingenioso.

—¿En qué, señor?

—En el trato que he dispensado a ese villano, el joven Tribble. —Suspiró—. En primer lugar, no debería haberle golpeado. De haberlo hecho el alguacil Fuller, o el señor Bailey, o Perkins, o cualquiera de ellos, les hubiera reprendido severamente. Pero, Dios santo, ¿has oído lo que ha dicho? «Era mi mujer y mi puta», como si eso le diera derecho a hacer lo que quisiera con ella, viva o muerta.

—Lo he oído, sí, señor.

—Durante todo el camino de regreso a Bow Street he porfiado por encontrar una ley apropiada que aplicar en su caso, pero no se me ha ocurrido ninguna más que la que he usado contra él. Sí, la profanación de los muertos se castiga con la horca a fin de disuadir a los posibles ladrones de tumbas, pero no debería ser así. Supongo que el asesinato sí debe castigarse con la horca, aunque incluso cuando se causa la muerte de otra persona deliberadamente existen más circunstancias atenuantes de las que los tribunales suelen admitir. Lo que se hace a un cadáver no es ni mucho menos tan grave como matar. Quizá en su mente depravada, ese hombre tenía realmente una intención vaga de dar un funeral apropiado a su mujer con el beneficio de sus ventas, idea repugnante, pero práctica, supongo. ¿Quién puede juzgar tales cosas? —Una pausa, un encogimiento de hombros y luego—: Bueno, un juez y un jurado, por supuesto. Se escandalizarán, sin duda, y les horrorizará tanto como a mí, y puede que todos quieran colgarle, pero no debería ir a la horca, al menos por lo que ha hecho; sería injusto. Mañana por la mañana, Jeremy, redactaremos una carta para el lord magistrado supremo, exponiendo los hechos del caso, pero poniendo también el énfasis en el plan de dar a la víctima un entierro decente. Pediré clemencia y sugeriré la deportación durante unos años. Quizá en las colonias consigan sacar algo bueno de él.

—Usted ya le ha dicho lo que haría si ayudaba a recobrar los... los órganos perdidos.

—Oh, ya lo ha hecho. Ha dado dos nombres, e incluso una dirección. Se ha mostrado de lo más ansioso por ayudar. Esta noche enviaré a dos alguaciles en busca de los compradores.

—Yo podría ir a casa del señor Tolliver para transmitirle su invitación. Creo que el señor Bailey sabe dónde vive.

—No, pediré a uno de los alguaciles que se ocupe de eso, y será solo, tal como te he prometido, una invitación para venir y charlar mañana.

Me levanté de mi silla.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle?

—No. ¿Por qué no vas a ver a Perkins? Me ha comentado que eres un pupilo realmente dotado, que eres más peligroso cada día que pasa.

Azorado, solté una risita.

—Exagera, señor.

—Pero, Jeremy —añadió *sir John*—. No te conviertas nunca en un matón.

La mención de esa palabra me hizo recordar súbitamente mi experiencia anterior en aquella misma habitación.

—Oh, *sir John*, hay un asunto que creo que debería mencionarle. Cuando me ha enviado aquí antes en busca del pasquín que guardaba en el cajón del escritorio, me he fijado en que había dejado usted en el cajón la bolsa de dinero que traje de casa de Polly Tarkin. He pensado que quizá a usted se le había olvidado que estaba ahí. No tengo ni idea de cuánto dinero contiene, pero creo que es una suma considerable.

—Tienes razón, lo había olvidado. Se la entregaré al señor Mardsen para que la guarde en la caja fuerte hasta que decidamos qué hacer con ella, y...

—¿Sí, *sir John*?

—Gracias por recordármelo.

IX

En el que sir John aguarda con impaciencia la víspera del
día de Todos los Santos

El señor Tolliver había desaparecido de la faz de la tierra. El alguacil Langford regresó aquella noche del domicilio del carnicero en Long Acre con esa desalentadora información, cuando los cuatro —sir John y lady Fielding, Annie Oakum y yo mismo— estábamos sentados a la mesa. Acabábamos de cenar cuando sus pasos resonaron en las escaleras y luego llamó a la puerta. Yo me apresuré a abrirla y el alguacil pidió permiso para entrar. Sir John le indicó que entrara y el señor Langford se quitó el sombrero, entró y lo soltó de sopetón. Estas fueron sus palabras exactas:

—... desaparecido por completo, sí señor. No se le ha visto el pelo.

La sorpresa me hizo mirar a lady Fielding. Tenía los ojos muy abiertos, como sin duda debían de estar los míos. Era imposible que el señor Tolliver hubiera huido como un fugitivo. No podía, no quería creerlo.

El alguacil prosiguió con su informe.

—He aporreado su puerta con fuerza y no ha contestado. Claro que eso no significaba nada; podía haberse ido a cenar fuera o a echar un trago, o ambas cosas. Así que he recorrido el edificio para preguntar por él a los vecinos, y de ese modo he dado casualmente con su casero, que vive allí mismo, justo debajo de Tolliver. El casero me ha dicho que anoche estuvo fuera y que cuando volvió, tropezó con su inquilino que tiraba de una maleta y llevaba mucha prisa. «¿Adónde va?», le preguntó. «Eso es asunto mío, ¿no le parece?», le contestó Tolliver que, según el casero, suele ser más bien seco. Se fijó en que giraba en dirección a Covent Garden. Bueno, el casero, que se llama Coker, lo tengo todo anotado en mi diario, se quedó pasmado, pues dice que en todos los años que Tolliver lleva viviendo allí, jamás lo había visto salir de viaje de aquella manera, y que por lo abultado de la maleta, piensa pasar fuera cierto tiempo.

»Bueno, sir John, le he preguntado a ese tal Coker si tenía la llave de la vivienda del señor Tolliver, y le he convencido de que se trataba de un asunto de gran importancia para usted, “un asunto del tribunal”, le he dicho.

—Bien hecho, señor Langford —comentó sir John.

—Me abrió la puerta —prosiguió el alguacil—, y me acompañó al interior de la vivienda, que me pareció muy pulcra. Me sorprendió su tamaño. Tiene dos habitaciones grandes, un salón y un dormitorio, y una más pequeña para cocinar. Lo que más me asombró, señor, es que el salón y... ¿cómo lo llamaría usted?... la cocina, estaban ordenados y limpios como una patena. Eso no se ve a menudo cuando

un hombre vive solo. Pero el dormitorio era otra cosa. Había hecho la cama, sí, pero estaba cubierta de ropa revuelta. Miré dentro del armario y en el arcón que hay a los pies de la cama y vi que los ha vaciado completamente, luego cogió la ropa que quería llevarse y el resto lo dejó tirado. Le dije al casero: «Parece que su inquilino tenía mucha prisa». Y él me contestó: «Eso parece, desde luego».

—¿Se fijó por casualidad en si había un paquete de cuchillos por allí? —preguntó sir John—. Estarían envueltos en... ¿Cómo estaban envueltos, Jeremy?

—En una gamuza —respondí, sintiéndome un traidor.

—No, señor, no vi nada de eso, pero la verdad es que no registré la casa como es debido, primero, porque no me lo había ordenado usted y, segundo, porque no sabía qué debía buscar. De todas formas, eso es lo que ocurrió porque me fui entonces, después de decirle al casero que tal vez usted quiera hablar con él más adelante.

—Es muy posible —admitió sir John, y no dijo nada más, salvo para dar las gracias al alguacil Langford, alabando su iniciativa, y desearle buenas noches. Para aclarar las cosas, sería mejor decir que se negó a hablar del asunto con nosotros.

Tan pronto se extinguió el sonido de los pasos del alguacil en la escalera, lady Fielding intentó iniciar una conversación, empezando del modo más mesurado.

—Jack, estoy segura de que existe una explicación razonable para la súbita partida del señor Tolliver.

Sir John no quiso saber nada. Volvió a su sitio en la mesa y contestó, meneando la cabeza:

—Kate, por favor.

No se dijo nada más aquella noche, ni yo oí hablar de aquel asunto en cierto tiempo.

Al día siguiente había cartas que escribir, incluyendo la dirigida al lord magistrado supremo en favor de Edward Tribble. Sir John dependía cada vez más de mí para dictar sus cartas, dejando así libre al señor Mardsen para atender a sus muchos otros deberes como escribano del tribunal. A menudo, cuando las cartas no eran de excesiva importancia, el magistrado se limitaba a resumir lo que deseaba expresar y confiaba en mí para que lo pusiera en palabras. Firmaba las cartas después de que yo se las leyera. Pese a su ceguera, una vez se le ponía la pluma en la mano y sobre el papel, demostraba una gran aptitud. Puede que su firma, como decían algunos, no fuera más que un garabato, pero resultaba impresionante y era más legible que las firmas de otros hombres que tenían la facultad de la visión.

Así pues, a menudo nos hallábamos los dos sentados, uno frente al otro, en la mesa que le servía de escritorio; yo, oficiando de amanuense, y él, sumido en meditaciones. Y quizá, de vez en cuando, se levantaba y paseaba en silencio por la habitación, cuyas dimensiones y distribución conocía de memoria.

Tal era el caso aquella mañana cuando oímos un golpe suave en la puerta abierta,

y el señor Mardsen anunció al señor Oliver Goldsmith. Sorprendido en su deambular por la habitación, sir John invitó al escritor a pasar y se apresuró a ocupar su sitio habitual tras el escritorio. Por mi parte yo me desplacé hacia un lado para que el señor Goldsmith pudiera sentarse frente al magistrado. Tras estrechar con firmeza la mano que le tendía sir John, el escritor se sacó un pliego de papeles de la casaca y se sentó.

—Bueno, señor —dijo el magistrado—, ¿ha venido usted a pedirme más información sobre ese tunante de Yossel Davidovich?

—No, sir John, su escribano, el señor Mardsen, ha sido de gran ayuda a ese respecto. Me transmitió la esencia de lo que se dijo en la vista a partir de sus notas. He venido porque he escrito el panfleto.

—¿Ya? —exclamó sir John, sorprendido.

—Sí, señor. Me gusta trabajar de noche. He pensado que sería mejor sacármelo de encima, por así decirlo, para poder proseguir con los asuntos que más me interesan. Dado que ha insistido usted en que mi pasquín no solo debía comunicar la noticia de que Yossel había sido puesto libertad, sino también el cómo y el porqué, he creído oportuno leérselo a usted para asegurarme de que he observado las formalidades debidas, dentro de la legalidad.

—Cómo no —dijo sir John, sumamente complacido—. Proceda, proceda.

Goldsmith sacó unas gafas y se los ajustó tras las orejas. Mientras lo hacía, se dirigió de nuevo a sir John.

—Por cierto, me ha impresionado muy favorablemente la declaración del cirujano, el señor Donnelly. Teniendo en cuenta que yo también soy médico...

—De eso me he enterado recientemente, señor Goldsmith.

—Ah, sí. Estudié en el Trinity College de Dublín, aunque no he practicado mi profesión en Londres.

—Ciertamente es usted un hombre de talento.

—Pero en lo que se refiere al señor Donnelly, dado que supongo que es irlandés como yo, quisiera conocerle.

—Y estoy seguro de que él querrá conocerle a usted. No me cabe la menor duda de que se puede arreglar. Pero, señor, le ruego que proceda con la lectura.

—Ah, sí.

Goldsmith desvió su atención hacia el pliego de papeles e inició la lectura. La frase del preámbulo indicaba que lo que seguía era «tanto una respuesta como una corrección a los errores, las ideas falsas y las tergiversaciones publicadas en un pasquín con respecto a los judíos en general y a uno en particular, pasquín que se había distribuido a principios de semana. En cuanto al judío en particular, un tal Josef Davidovich, conocido por Yossel...». Goldsmith continuó presentando un relato conciso y convincente de la investigación sobre la muerte de Priscilla Tarkin en el Half Moon Passage. Se nombraba a los testigos, con una excepción, y sus declaraciones se resumían con unas cuantas frases elegantes. Se daba especial relieve a que el señor Donnelly había fijado la hora de la muerte «con extraordinaria

precisión». Y finalmente, llegaba al testigo no nombrado, lady Hermione Cox, a la que se refería como «una dama de considerable valentía y honorabilidad irrefutable». Su declaración, escribía Goldsmith, «demostró que Josef Davidovich se hallaba en su compañía durante el intervalo de tiempo en que se cometió el asesinato. Así pues, fue puesto en libertad con toda justicia, y el jurado emitió el veredicto mandado por el juez pesquisador de “asesinato por asaltante desconocido”».

Aquí el escritor se interrumpió, dejó el pliego de papeles, del que solo había leído el primero, y aguardó.

—Excelente, excelente —dijo sir John—. Solo tengo una corrección que hacer y es al final de todo. La frase que se utiliza, señor Goldsmith, es «asesinato por persona o personas desconocidas».

—Ah, gracias. Eso le dará el toque de autenticidad que yo buscaba. —Sacó un lápiz y se inclinó para poner el texto sobre la mesa y corregirlo.

—Pero continúe, se lo ruego —dijo el magistrado—. Me gustaría oírlo entero.

Tras hacer la corrección, Goldsmith dobló los papeles y se los metió en el bolsillo.

—No, sir John —dijo entonces con firmeza.

—¿No? ¿Se niega usted a leer el resto?

—Lamento decepcionarle, pero debo rechazar su petición por principios.

—No... no comprendo. ¿Qué principios le obligan a rechazarla?

—El derecho de autoría. Si continuara y se lo leyera entero, quizá usted me pediría cambios de mayor importancia. Por respeto a usted, seguramente me sentiría obligado a hacerlos, pero puesto que el señor Nicholson ha estipulado que aparezca mi nombre en el pasquín como autor, soy yo y solo yo quien debe figurar como garante de su contenido. No serviría que pusiera «La verdad sobre los judíos», que es el título que he escogido, por Oliver Goldsmith y sir John Fielding, ¿no le parece?

—Pero usted no ha vacilado en pedirme consejo sobre el fragmento que ha leído.

—Porque quería su opinión legal. Yo no estaba presente durante la vista indagatoria y quería asegurarme de que los hechos expresados eran ciertos. Puedo asegurarle, por cierto, que he seguido su recomendación y he pedido información al rabino Gershon de la sinagoga de Maiden Lane, un hombre notable, en mi opinión. Ha sido sumamente amable y servicial y me ha proporcionado tanta información que en realidad podría haber extendido el pasquín hasta convertirlo en panfleto. Sin embargo, no me ha pedido leerlo, ha puesto su confianza en mí. Yo le pido a usted que haga lo mismo. He venido aquí para pedirle una ayuda limitada, no para que me dé su aprobación oficial para publicarlo.

Por una vez, sir John Fielding no supo qué decir. Vi dos respuestas formarse en sus labios hasta que por fin consiguió emitir una.

—Me temo que ha interpretado mal mi interés, señor Goldsmith. No tenía la menor intención de censurar lo que usted haya escrito. Deseaba oír el resto porque era consciente de que es en él donde está su auténtico compromiso con este asunto y

quería saber cuál es.

—Me alegra oír eso, sir John, y le prometo que tendrá un ejemplar del pasquín tan pronto como se haya impreso. —Suspiró—. Sin embargo, confieso mi temor a que se sintiera usted mucho más feliz si no hubiera periodistas que se entrometieran en sus investigaciones.

—Es cierto, mi experiencia sobre el periodismo no ha sido afortunada. Claro que pocos de los que lo practican ponen tanto cuidado en comprobar los hechos como usted, que ha consultado primero al señor Mardsen y luego al rabino Gershon. En cuanto al ideal que manifestó usted en la sala, el duelo de ideas y opiniones que conduce en último término a la verdad...

—La controversia, sí.

—Tal ideal es posible únicamente en una sociedad ideal de hombres inteligentes y no una sociedad como la nuestra, gobernada por la ignorancia y la turba. Soy yo, como magistrado, quien debe ocuparse de las consecuencias del periodismo negligente.

—Sir John —dijo Oliver Goldsmith, levantándose de su silla—, respeto su postura, como usted parece respetar la mía. Digamos tan solo que es un asunto sobre el que hombres razonables pueden discrepar, y dejémoslo así.

Sir John se levantó a su vez y estrechó la mano de su visitante con cordialidad.

—Que así sea por el momento, pero estoy seguro de que volveremos a hablar de ello en futuras conversaciones.

—Espero el momento con impaciencia, señor, pero por ahora, adiós.

Goldsmith dio entonces media vuelta y salió de la habitación a buen paso.

Sentado de nuevo en su silla, sir John inclinó la cabeza hacia donde yo estaba.

—¿Jeremy? Aún estás ahí, supongo.

—Aquí estoy, señor.

—¿Qué opinas de la charla que hemos mantenido?

—Ha sido muy estimulante, señor, aunque creo que desde luego ha sido usted quien ha salido victorioso de ella. —Lo cierto es que no estaba tan seguro.

—Quizá. Por Dios, estos irlandeses pueden ser tan peleones como los escoceses. Creo que pediré a Kate que prepare una cena para Goldsmith y Donnelly juntos; sería una velada interesante, ¿no crees?

No debería sorprenderte saber, lector, que cuando más tarde llegó un ejemplar de *La verdad sobre los judíos* desde Boyer y Nicholson, sir John quedó casi tan complacido como si lo hubiera escrito él mismo. No, más, pues tendía a ser bastante crítico con los escritos que me dictaba, y de igual forma que suscribía totalmente el contenido de la breve historia del señor Goldsmith sobre los judíos, se maravillaba también de su estilo.

—¿Te imaginas escribir tantas frases y tan bellas en una sola noche? —me dijo.

Las frases describían tanto la historia de los judíos como sus prácticas religiosas. Se desmentían rotundamente las horrendas historias sobre sacrificios humanos que había repetido el señor Ormond Neville y que el señor Goldsmith tachaba de «burdas invenciones que tienen su origen en la Europa oriental», y concluía así:

Algunos les dirán que los judíos no tienen derecho a estar aquí, y eso, en sentido estricto es cierto, puesto que Eduardo I los expulsó del país en 1290, y aquel edicto medieval no se ha anulado hasta la fecha. Sin embargo, si su presencia es ilegal, también lo es la de los católicos irlandeses que se cuentan entre nosotros en número sensiblemente mayor, aunque no se les permite practicar legalmente su religión. Al pueblo inglés y a sus representantes en el Parlamento les digo que es hora ya de que leyes primitivas y desfasadas dirigidas contra pueblos enteros sean revocadas a fin de «adaptarse a la realidad presente».

—Bien dicho —exclamó sir John cuando terminé de leer el pasquín—, muy bien dicho. Son las leyes, y los castigos draconianos que prescriben, los que tienen la culpa, no los jueces y magistrados en quienes recae la tarea de aplicarlos.

Muy satisfecho, al día siguiente sir John me dictó invitaciones para cenar al cabo de una semana en su casa, dirigidas al señor Goldsmith y el señor Donnelly. Yo mismo fui a llevarlas.

Así pasaron los días. Era el mes de octubre. Todavía era casi de noche cuando yo me levantaba por las mañanas para encender la lumbre de la cocina, y la luz del día se extinguía tan rápidamente por la tarde que cada vez parecía más breve. Sin embargo, cada nuevo día era para sir John una victoria y una derrota a la vez: una derrota, porque no tenía ninguna pista sobre la identidad del asesino de las cuatro mujeres; una victoria, porque no se había unido una quinta a la lista de víctimas.

En su calidad de juez pesquisador en funciones, sir John había convocado los juicios indagatorios de la tercera y la cuarta víctimas en menos de un mes. Nell Darby, la joven (apenas una adolescente), cuyo cadáver había descubierto Tolliver, fue identificada gracias al anuncio que yo había escrito; era una criada fugada de la casa de un terrateniente de Kent, no hacía mucho que estaba en Londres y seguramente, como el señor Tolliver había adivinado, se ganaba el pan prostituyéndose. Elizabeth Tribble, conocida por Libby, era la mujer cuyo cadáver había mutilado horriblemente el asesino. Su marido (si lo era realmente) había vendido dos de sus órganos; se recobraron, de modo que Donnelly pudo recomponerla casi por entero, salvo los ojos, que supuestamente habían ardido en la

chimenea. Una gran multitud de personas presenció el juicio indagatorio de Tribble; la mayoría era mujeres de la calle que silbaron con tanta fuerza a Edward Tribble cuando compareció para declarar que sir John se vio obligado a expulsar a una docena de las más ruidosas de la sala del tribunal. Aquella fue la última vez que vimos al señor Tribble, que se mostraba mucho más dócil que antes. Al día siguiente embarcaba cargado de grilletes en un navío cuyo destino era la ciudad de Savannah, en la colonia de Georgia, donde trabajaría siete años como esclavo. Sin embargo, ninguno de los dos juicios indagatorios aportó testimonios que pudieran ser útiles para las investigaciones. En ambos casos, sir John se vio obligado a indicar al jurado el veredicto de «asesinato por persona o personas desconocidas».

No había rastro de Tolliver, lo que me producía al mismo tiempo cierto pesar y la sensación de un alivio sostenido. Estaba seguro de que había una buena explicación para su ausencia, y el mismo sir John admitió que no le había ordenado específicamente que se quedara para el juicio indagatorio. ¿Quién lo hubiera creído necesario? Sin embargo, era evidente que la ausencia del carnicero le perjudicaba a los ojos del magistrado, que me asignó la tarea de ir al puesto del señor Tolliver en Covent Garden de vez en cuando, y al señor Langford le ordenó que se pasara todas las noches por la vivienda de Long Acre para comprobar si el carnicero daba señales de vida. A los alguaciles que conocían a Tolliver de vista les instó a que se mantuvieran alerta, pero el tiempo pasaba y él no aparecía.

Los cuatro asesinatos, sobre todo el de la infortunada Libby Tribble, tuvieron un efecto desalentador sobre el comercio carnal en la zona de Covent Garden. Durante las noches siguientes al juicio indagatorio en que se había hecho pública la espantosa mutilación del cadáver, no se veían prostitutas por las calles, o quizá eran muy pocas. Se quedaban en el interior de tabernas y tugurios, bebiendo el poco dinero que tenían y examinando con escepticismo a cuantos hombres se acercaban a ellas como clientes, rechazando a todos salvo a los que ya conocían.

Lady Fielding me comentó de pasada que el número de las que pedían ser admitidas en el Asilo de la Magdalena para Prostitutas Arrepentidas había aumentado de tal manera que no cabían ya más.

—No sé —me dijo—, si están realmente arrepentidas, o si buscan solo un refugio temporal hasta que pase el terror. Algunas me hacen dudar seriamente.

El terror lo había llamado, y terror era, pero de una naturaleza silenciosa y hosca, quizá más cercana a la aprensión. Cuando pasaba una noche sin que se produjera un asesinato, no había alivio entre los moradores de Covent Garden, sino más bien una sensación de miedo creciente por lo que les pudiera traer la noche siguiente. Nadie dudaba de que el asesino seguía entre nosotros; nadie sugirió que tal vez se hubiera embarcado con destino a las colonias para impartir sus horrores entre las putas de Boston o Filadelfia. No, estaba con nosotros, y solo era cuestión de días hasta que volviera a asesinar. Los Vigilantes de Bow Street eran conscientes de ello, y su jefe, sir John, más que ninguno. Les había ordenado que salieran todas las noches armados

de alfanjes y pistolas, y que mantuvieran una vigilancia especial de pasajes oscuros y patios de manzana. Para ayudarles en su tarea, todos estaban obligados asimismo a llevar una lámpara de aceite, lo que fue causa de irritación entre ellos. Algunos decían que eso les reducía a simples serenos, otros que los convertía en blanco fácil si el asesino llevaba pistola, y todos parecían de acuerdo en que, con espada y pistolas, era demasiado. De modo que, cada noche que pasaba, los alguaciles estaban más tensos e irritables.

En cuanto a sir John, no daba tales muestras externas de inquietud, sencillamente guardaba silencio durante días enteros. Oh, por supuesto decía todo lo que se tenía que decir: presidía su tribunal cada día, daba las instrucciones pertinentes al señor Mardsen, al señor Bailey y a los Vigilantes, y, en definitiva, hacía cuando debía hacerse. Pero aquellos ratos antes y después de la sesión diaria del tribunal durante los cuales comentaba todo tipo de sucesos y temas entre bastidores, por así decirlo, los pasaba ahora en su estudio con la puerta cerrada. Durante el desayuno y la cena, momentos en los que su charla brotaba siempre tan generosamente, se secó la fuente, dejándonos en la duda sobre qué parte de la vasta presa que la contenía se debía a los asesinatos de Covent Garden, y qué parte se debía individualmente a nosotros. Se había vuelto distante, cosa rara en él, retraído. A quien no lo conociera bien, puede que quizá le pareciera incluso aletargado.

Yo, al igual que los demás de la casa, aguardaba con impaciencia la cena a la que Donnelly y Goldsmith estaban invitados, pues suponíamos que dos caballeros tan locuaces animarían a sir John y lo devolverían a su estado normal. Mientras tanto, en poco podía yo ayudar al magistrado en sus deberes oficiales. Tenía tiempo libre de sobra para lady Fielding, que ella aprovechó para asignarme aquellas tareas de tipo doméstico que yo había llegado a despreciar por considerarlas indignas de mí. Sin embargo, no me quejé, y apliqué todo mi talento en fregar los suelos, sacudir las alfombras y pulir la mesa del comedor y la plata. Al final también ella se quedó sin trabajo para mí, y yo que quedé libre para disponer de mi tiempo como mejor me conviniera.

Siempre que disfrutaba de tal oportunidad, me iba a visitar al alguacil Perkins para que me diera una de sus duras clases de defensa personal. Parecía muy complacido con mis progresos, tanto en conocimientos como en el modo en que se habían endurecido mis músculos con el ejercicio. También mi resistencia había mejorado considerablemente. Al principio, bastaban unos minutos golpeando el enorme saco de tierra para que sudara copiosamente, extenuado. Tras un mes de prácticas, había triplicado fácilmente ese tiempo y no me cansaba tanto. Perkins solía dar por terminado el ejercicio cuando aún andaba sobrado de fuerza para más.

Le había contado a mi viejo amigo, Jimmie Bunkins, las prácticas que hacía con el alguacil, y se había mostrado impaciente por acompañarme para verlas por sí mismo.

—Yo siempre contaba con salir pitando si me metía en algún fregao cuando

birlaba —me dijo—. Pero ya no soy un mocoso y hay veces en que un tío tiene que liarse a tortas o dejar que lo machaquen.

(Lo que, para aquellos lectores que no estén familiarizados con el argot de la calle, puede traducirse como: «Yo siempre pensaba en salir huyendo si surgían problemas mientras robaba. Pero ya no soy un niño y hay veces en que un hombre ha de pelear con los puños o dejar que le den una paliza»).

De esta forma, llegó un día en que, tras terminar las tareas que me había asignado lady Fielding a primera hora de la tarde, y habiéndose ido ella al Asilo de la Magdalena para Prostitutas Arrepentidas que supervisaba, quedé libre para ocupar el resto del día como quisiera, así que puse rumbo a la casa de St. James Street en la que vivía mi amigo en relativo esplendor con su protector, Black Jack Bilbo.

Digamos, de pasada, que Black Jack Bilbo era el propietario de lo que en aquella época era la casa de juego más importante de Londres. Ostentaba una impresionante barba negra que era el origen de su apodo^[9], y se le reconocía (si esa es la palabra adecuada) un pasado casi tan negro como su barba, pues se decía de él que había hecho la fortuna con que había iniciado su lucrativa empresa como pirata en el Caribe y en las aguas de las colonias norteamericanas. Tal era su reputación, pero el hombre en persona no era tan fiero como lo pintaba la historia. Sir John Fielding lo tenía por amigo, igual que yo, y para Jimmie Bunkins era su salvador, pues lo había sacado de las calles, le había ofrecido una educación y lo había tratado, a su modo algo rudo, como pupilo.

Llegué a la mansión de St. James Street que antes perteneciera a lord Goodhope, con buena parte de la tarde por delante. Llamé a la gran doble puerta y esperé, luego volví a llamar. ¿Quién vino a abrirla sino el amo de la casa en persona? Black Jack tenía un reducido número de sirvientes y no necesitaba mayordomo; la norma en su casa era que el primero en oír que llamaban a la puerta estaba obligado a abrirla.

—Vaya, así que eres tú, Jeremy. Entra, muchacho, entra. Ya sabes que eres siempre bienvenido en esta casa.

—Había pensado en invitar a Bunkins a dar una vuelta —dije—, si quiere y puede.

Black Jack dejó que la puerta se cerrara sola con un fuerte golpe y se rascó la cabeza calva con perplejidad.

—Bueno, no sabría decírtelo. Querer, siempre quiere. Si puede o no lo ha de decidir su tutor, el señor Burnham. De repente ha empezado a ir bien en los estudios. Las sumas siempre se le han dado bien. Cualquier ladrón que se precie sabe sumar y restar. Pero la lectura siempre se le ha resistido... hasta que vino ese tal Burnham. Trajo consigo una cartilla como las de la escuela, y Bunkins le ha cogido el tranquilo enseguida. Los otros tutores que le había puesto querían enseñarle latín y griego al mismo tiempo. Era demasiado para el muchacho. Burnham lo pone a leer el *Public Advertiser* y cosas parecidas. Dice que pronto podrá leer libros de verdad.

—El latín no lo necesita —dije—, y el griego es un misterio para mí.

—Eso le dije yo al señor Burnham. Estoy tan contento con él que le he dado una habitación arriba. Duerme aquí, y también lo tengo a pan y cuchillo.

Justo entonces se abrió la puerta de la habitación que daba al vestíbulo y que se usaba como aula. Bunkins salió por ella, sonriente, con el que debía de ser su nuevo tutor. El señor Burnham era un hombre joven, de unos veintitantos años, alto y de maneras afables. Me fijé en que tenía sangre africana en las venas, además de blanca, y quedé intrigado por su origen.

Nos presentó Jimmie y nos estrechamos la mano. El señor Bilbo asintió, lo que interpreté como el permiso para presentar mi petición. Pregunté si Bunkins podía tomarse el resto de la tarde libre.

—Eso depende del joven señor Bunkins —replicó el tutor sin la menor vacilación—, puesto que nosotros ya hemos acabado por hoy. —Luego añadió, dirigiéndose a Bilbo—: Es mejor acabar cuando la lección aún es placentera.

Burnham hablaba un inglés inmejorable con un leve deje parecido al de los galeses. (Más tarde aprendería a reconocerlo como acento de las islas del Caribe).

—¿Está usted de acuerdo, entonces, señor? —preguntó Bunkins a Black Jack Bilbo.

—Adelante, muchacho —respondió él con un guiño, asintiendo.

—Voy por el sombrero —gritó Bunkins, que ya había salido corriendo hacia las escaleras.

—Progresa mucho bajo su tutela —dijo Black Jack al señor Burnham—. Sus modales han mejorado. Antes no me llamaba «señor» con tanta regularidad.

—Ah, bueno, insisto mucho en eso.

—Como debe ser, señor.

Bunkins volvió con el sombrero en la mano mucho antes de lo que yo esperaba. Se detuvo el tiempo justo para despedirse de ambos hombres con una breve inclinación de cabeza, luego me agarró por la muñeca y tiró de mí hacia la puerta. Yo solo tuve oportunidad de despedirme agitando la mano antes de salir a la calle.

—Es un gran tipo, ¿verdad?

—Desde luego lo parece —dije.

Nos pusimos en marcha hacia Covent Garden por donde yo había llegado. Todo Londres era nuestro, y teníamos una hora larga antes de la clase de Perkins.

—Es de Jamaica. Me ha enseñado dónde está en uno de los mapas del jefe.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—¡Oh, menuda historia!

—¿Lo es? Bueno, pues cuéntamela.

Así, mientras caminábamos, me contó la historia del señor Burnham tal como se la habían contado a él.

Robert Burnham, mulato, había nacido en una plantación cercana a Kingston. Su padre, hijo menor de un caballero de Shropshire, era el propietario de la plantación y en aquella época estaba soltero; su madre era la cocinera de la casa y, aunque era una

esclava, su amo la tenía en gran estima; el amo aceptó a su hijo como propio y lo educó él mismo. Tenía una importante biblioteca, aunque carente de textos en griego y en latín, por lo que el muchacho solo había aprendido a leer inglés y a escribirlo con buena caligrafía, y las matemáticas prácticas que le había enseñado su padre. Sin embargo, había aprendido bien, y su padre lo tenía como secretario y para enseñar a leer y a escribir a los niños pequeños, negros y mulatos. Cuando su padre se casó con una viuda inglesa con tres hijos pequeños, también fue Robert quien les hizo de maestro. Finalmente, llegó el día en que el amo tuvo que regresar a Inglaterra por cuestiones de negocios —asuntos familiares y otros relacionados con el comercio del café—, y Robert le acompañó como secretario. Sucedió que mientras ambos se hallaban en Londres, Robert vio por casualidad el anuncio que había puesto el señor Bilbo en el *Public Advertiser* solicitando un nuevo tutor para Jimmie, puesto que acababa de despedir al quinto tutor en dos años. Sin que su amo lo supiera, había respondido al anuncio, había convencido al señor Bilbo de sus méritos y había sido contratado. El joven Robert, que conocía bien las leyes, volvió con su amo y reclamó su libertad, puesto que, si bien la esclavitud se permitía en las colonias, hacía siglos que se había prohibido en Inglaterra. Su amo se sintió dolido al comprender que Robert valoraba su libertad más que su vida regalada en Jamaica, sin embargo, poco podía hacer para evitar que se quedara en Londres, ni era probable que hubiera intentado impedirselo aunque hubiera estado en su mano hacerlo, porque al fin y al cabo amo y esclavo eran también padre e hijo. Al despedirse, el padre le había dado dinero suficiente para vivir en Londres varios meses, y padre e hijo habían llorado juntos.

De esa forma había entrado Robert Burnham al servicio de Black Jack Bilbo, como maestro de Jimmie. No creas, lector, que todo lo que acabo de revelarte lo supe por el relato de Bunkins, que fue, en el mejor de los casos, desigual. Con el tiempo llegué a conocer mucho mejor al joven caballero de Jamaica y me enteré de muchas más cosas de las que aquí he contado.

Digamos simplemente que el recital de Bunkins terminó de forma muy parecida a como había empezado, afirmando que Burnham era «un gran tipo» y que era el único maestro con el que había aprendido algo.

—¿Ah, sí? —comenté—. ¿Y qué me dices de aquella señora francesa que te enseñó su lengua? ¿No aprendiste nada de ella?

—¿De madame Bertrand? Lo que aprendí de ella en franchute fue a repetir como un loro lo que decía aunque me enseñó otras cosas que valía la pena meterse en la mollera. Era una buena fulana, pero no era una maestra de verdad, no valía para eso.

—¿En qué se diferencia el señor Burnham del resto?

—Bueno, para empezar, te habla como si fueras un hombre y no un pipiolo. Y recuerdo que una vez me llevó a dar una vuelta y me enseñó que hay letreros por todo Londres: nombres de calles, tiendas y cosas así, anuncios y carteles en las paredes, cosas en las que nunca me había fijado. Me enseñó lo que me estaba perdiendo, eso

hizo. Y luego también me enseñó que algunas de aquellas cosas podía leerlas, que no solo hay lo que pone en los libros. Así que he estado practicando, cuando tengo que salir a hacer recados para el señor Bilbo.

Tras la larga historia sobre la vida del señor Burnham y su llegada a Londres, habíamos llegado a Chandos Street, donde abundaban las tiendas de todo tipo. Pensé en poner a prueba a mi amigo y le pedí que me hiciera una demostración de su habilidad recién adquirida. Bunkins no solo no se acobardó ante mi desafío, sino que se detuvo en la primera tienda que encontramos y estudió la muestra colgada sobre la puerta con aire pensativo.

—Bueno —dijo—, mirando el interior ya sé qué tipo de tienda es, pero no es lo que dice el cartel. Dice: «far-ma-cia» —esta fue su cuidadosa pronunciación—, es decir, farmacia todo junto. Y eso debe de ser el nombre elegante para la botica, porque eso es lo que es. Bueno, ¿qué? ¿No tengo razón, compañero?

—Más razón que un santo, señor Jimmie Bunkins —dije, realmente impresionado. Él me sacó la lengua como respuesta.

—La sin hueso te enseño —dijo, intentando una rima^[10]—, por no creértelo.

—Eso no rima —dije.

—Sí que rima.

—Que no —insistí.

Entre risas, seguimos repitiendo las protestas a lo largo de casi toda la calle. Luego se me ocurrió que podía gastarle una broma, y me detuve de repente frente a la tienda de la modista Mary Deemey.

—Venga —propuse—, léeme eso. —Y señalé el nombre primorosamente pintado en el escaparate. Bunkins no tuvo dificultad en leer el nombre de Mary Deemey, y solo un poco con «modista», pero la frase que había debajo, «*modes elegantes*», lo dejó perplejo. Lo leyó bien, pero no le pareció correcto.

—Debería ser al revés, *elegantes modes*, modas elegantes, ¿no? —De repente vi en sus ojos el brillo de la sospecha—. ¡Oye, cabrón —exclamó—, eso es franchute! ¡Querías liarme con el francés!

Tuve entonces que salir corriendo sin dejar de reír, y él me persiguió gritando de nuevo aquel grosero insulto. —«¡Cabrón, cabrón!»— tan alto que se giraban las cabezas al pasar. Todos los rostros expresaban una severa censura. Me atrapó en el Half Moon Passage y fingimos una pelea. Luego, rápidamente satisfechos, seguimos caminando juntos cogidos del brazo, como dos muchachos más dispuestos a disfrutar la ciudad. Seguimos así hasta Bedford Street, donde vi algo, o más bien a alguien, que me hizo detenerme en seco, obligando a Bunkins a imitarme.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué te paras?

—Ese tipo de la otra acera, el que está apoyado en la puerta de ese tugurio hablando con el otro que nos da la espalda. ¿Quién es?

Al hablar, señalaba al que yo había apodado chico matón. Mientras Bunkins lo miraba, yo recorrí la calle con la vista, pero no vi a Mariah por ninguna parte.

—¿Ese? Más vale que no tengas tratos con él. Es un desgraciado y un maricón, y muy peligroso con la navaja.

—¿Ha rajado a alguien? ¿A quién?

—No es seguro que haya rajado a nadie, pero de todas formas, le encanta sacarla y asustar a la gente con ella.

—¿A gente como quién?

—¿Como quién? Pues a las putas sobre todo, y a mí una vez cuando era un crío. Yo había birlado un anillo que él quería. Intenté vendérselo. Me sacó la navaja y amagó un ataque, seguramente solo para asustarme. Bueno, le salió bien. Yo salí a escape y él se quedó el anillo.

Me recordó a Yossel, que tenía por costumbre amenazar con rebanarles la nariz o una oreja para robar a las prostitutas sus ganancias. Él juraba que eran solo amenazas, que jamás había cumplido. Quizá el chico matón era igual que él, o quizá no.

—¿Es lo que llaman un ladrón de prostitutas? —pregunté.

—Puedes llamarle lo que quieras, pero es un sinvergüenza peligroso. Eso te lo aseguro.

—¿Cómo se llama?

—Jack algo. —Bunkins se concedió unos instantes de reflexión—. Jackie Carver, dice él que se llama, pero creo que es un nombre inventado, algo así como Jack el Trinchador, porque te trincha como a un pavo, ¿entiendes?

Mientras hablábamos de él, Jackie Carver puso fin a su conversación a la puerta del tugurio, despidió a su amigo con la mano y se metió dentro.

—¿Para qué te interesa un tipo cómo ese? —preguntó Bunkins.

—Hemos tenido algún roce —contesté, porque no deseaba contarle nada más por el momento.

La razón por la que dimos un rodeo, desde St. James Street a Little Russell Street pasando por Covent Garden, fue que Jimmie estaba ansioso por ver el lugar de los dos últimos asesinatos; el de los dos primeros ya lo había visto. No era solo curiosidad morbosa lo que le impulsaba, pues creo que los años que había pasado en las calles adyacentes le habían dado un conocimiento sobre los rincones apartados del distrito muy superior al de otras personas. Deseaba ayudar y, efectivamente, resultó de gran ayuda.

Cuando le conduje al pasaje que daba a Henrietta Street y donde se había hallado el cadáver de Nell Darby, me comentó que conocía bien aquel lugar.

—En las noches frías o lluviosas solía dormir aquí —me dijo.

—¿Aquí? ¿Al aire libre?

—¿Tengo cara de pipiolo? No, compañero, hay un sitio más adelante. Ven que te lo enseñe.

Avanzamos unos metros por el pasaje hasta un lugar en el edificio que constituía

el lado oriental del mismo. Era una edificación en otro tiempo magnífica, construida al viejo estilo de madera y estuco. La parte inferior era enteramente de madera.

—¿Ves ahí? —dijo Bunkins—. Hay una puerta aquí, en la madera. —Trazó el perfil de la puerta, de unos treinta por treinta centímetros, que era prácticamente invisible al ojo humano incluso de día, porque estaba perfectamente encajada—. Se ha de saber dónde golpear.

Bunkins golpeó tres veces en lugares diferentes antes de dar con el bueno. La puerta se abrió no más de cinco centímetros. Él acabó de abrirla para dejar ver el oscuro interior.

—Es un viejo depósito de carbón, ¿ves? Los... ¿cómo se llaman?... los goznes están por dentro para que no se vea que es una puerta desde fuera. Antes esta era una de esas grandes casas en las que vivía gente rica. Seguro que ahora viven cuarenta donde antes vivían cuatro o cinco. Y los que viven aquí ahora tienen que buscarse el carbón, así que no necesitan esto. Aquí dentro guardan muebles y cosas así.

—¿Adónde lleva? —pregunté—. ¿Tiene alguna otra puerta?

—Pues claro. Lleva a un vestíbulo y a otra puerta que da a Henrietta Street, que tienen cerrada desde dentro.

—Eso lo explica todo.

—¿Qué es lo que explica?

—Por qué el señor Tolliver oyó pasos detrás de él justo antes de encontrar el cadáver de esa chica, Nell Darby. Pero miró hacia atrás y no vio nada.

—De aquí al Garden hay sitios donde un tipo podría ocultarse.

—Tengo que contárselo a sir John.

Llegamos a los establos situados a la entrada de Little Russell Street y encontramos al señor Perkins «manteniéndose en forma», dando puñetazos y patadas al saco de lona, haciendo que se balanceara a un lado y a otro. Tenía el torso desnudo y sudado en aquel frío día de otoño. Por su aspecto, calculé que llevaba una hora practicando.

Bunkins y yo nos quedamos a un lado, mirándolo, hasta que él decidió fijarse en nosotros.

Mi amigo estaba muy impresionado. Contemplaba todos los contundentes movimientos del alguacil y parecía especialmente impresionado por la velocidad de sus pies, no solo por las patadas, sino porque no parecían estar nunca quietos, sino moviéndose en una danza interminable.

—Nunca había visto nada igual —me susurró—. Y solo tiene un brazo. Podría vencer a cualquier hombre con dos.

—Desde luego —convine.

El muñón del brazo izquierdo del alguacil, justo por debajo del codo, parecía enrojecido en comparación con el pálido torso. Sin embargo, me fijé en que lo que le quedaba de brazo no había perdido musculatura. Debía de ejercitarlo duramente de

algún modo especial para mantener su fuerza. Aquel hombre no dejaba de asombrarme.

Por fin sus pies se detuvieron. Se quedó inmóvil durante un buen rato, respirando profundamente. Luego se acercó a una rama baja del mismo árbol del que estaba suspendido el saco y cogió su ropa interior de lana. Se la echó por encima con unos cuantos movimientos rápidos y vino hacia nosotros.

—Justo a tiempo para tu clase, Jeremy, como el buen pupilo que eres —dijo—. Y este debe de ser el amigo que me dijiste que traerías cuando se presentara la oportunidad.

—Sí, señor, señor Perkins. Este es mi amigo Jimmie Bunkins.

Los dos se estrecharon la mano con solemnidad.

—Bueno, si es amigo tuyo para mí basta, pero me parece que lo conozco de más de una persecución en el Garden. Si se diera la vuelta aún lo reconocería mejor. Siempre me daba la espalda.

—¡Y lo que me alegra que nunca me cogiera! —exclamó Bunkins entre risas—. He visto lo que hacía con ese gran saco.

—Tengo entendido que ahora es un individuo reformado. También me parece que ha crecido un poco desde la época en que robaba.

—Y gracias a Dios. Temía que iba a tener pinta de niño toda la vida.

Los dos se miraron sonrientes mientras yo suspiraba con alivio. Se llevarían bien, tal y como yo esperaba.

Lo cierto es que se llevaron divinamente. Después de ponerme a trabajar con el saco mi cuarto de hora, que era entonces mi límite, más o menos, el alguacil le preguntó si quería probar. Bunkins se quitó la casaca y se dispuso a ocupar mi lugar con impaciencia. Quizá demasiada, pues Perkins consideró necesario aconsejarle el mejor método para golpear con el puño, igual que había hecho conmigo hacía un mes. Bunkins se mostró ansioso por patear, pero Perkins lo tuvo dando puñetazos al saco, instándole a echar el cuerpo hacia adelante, a seguir moviéndose, etcétera. Estuvo bien mirar, porque me di cuenta de que había progresado en mis clases.

Bunkins solo tardó cinco minutos en cansarse, luego volví a ocupar su puesto. Cuando terminé, Perkins nos dio un adiestramiento especial a los dos juntos.

—Jeremy, imaginemos una situación del tipo que pudiera ocurrirle a uno en una calle oscura.

—¿Qué es, señor?

—Echa a andar a paso normal y te lo mostraré.

Hice lo que me pedía, alejándome de él hasta que, después de oír un ruido detrás de mí, me detuvo en seco una presa alrededor de la garganta, que resultó ser el brazo mutilado del señor Perkins. Tenía más fuerza de la que yo sospechaba. El muñón me tenía apretada la garganta de forma que no podía moverme ni gritar.

—Bien, ¿qué puedes hacer en una situación como esta? —preguntó Perkins, soltándome.

—No mucho —respondí, respirando entrecortadamente.

—Ah, pero algo sí —dijo él—. Siempre se puede hacer algo. Cambiemos de lugar y examinemos las posibilidades.

Cambiamos de posición mientras Bunkins nos observaba fascinado. El alguacil y yo éramos de una estatura parecida, lo que me permitió echarle el brazo por encima del hombro y darle un buen apretón... pero no en la garganta, pues había bajado el mentón para protegerla. Luego me sorprendió con un mordisco en el brazo.

—¡Ay! —grité, más por la sorpresa que por dolor.

—¿Te he hecho daño? Lo siento.

—No, señor, es solo que no me lo esperaba.

—Bueno, tampoco él. Si oyes un ruido a tu espalda, o tienes alguna sospecha de que podrían atacarte por detrás, lo primero que debes hacer es cubrirte la garganta con el mentón. Muerde con toda la fuerza de tus dientes. Si te tapa la cara con una mano, mejor. Intenta arrancarle un dedo, puede hacerse, o arrancarle la piel de la mano. Entonces te soltará, puedes estar seguro, y serás libre para encararte con él adecuadamente.

—Sí, señor.

—Bien, vuelve a echarme el brazo por encima, pero suelto, para que yo pueda hablar.

Cumplí con sus instrucciones.

—Bien, digamos que te ha pillado por sorpresa, antes de que hayas podido bajar el mentón. Te rodea el cuello con el brazo, o quizá con la mano, y te aprieta. Todavía te quedan algunas armas. Tienes los codos...

Con estas palabras, hundió el codo izquierdo en mis costillas.

—Tendrá entonces que cambiar de posición, si puede, y tú le golpearás con fuerza con el otro codo. Y cuando digo con fuerza, quiero decir que le echas encima hasta el hombro. Prácticalo por la noche. Tienes que llegar a hacerlo sin pensarlo. Sencillamente, te saldrá solo, ya verás.

—Sí, señor, lo practicaré.

—Buen chico. Bien, si con eso no consigues soltarte, tienes los talones. Prueba a darle en las espinillas, que puede ser muy doloroso, sí señor, pero los pies son más fáciles. Clávale el talón con todas tus fuerzas, pero no en los dedos, porque eso produce menos dolor, sino en la parte plana del pie. Intenta romperle los pequeños huesos que tenemos ahí, y si lo haces, no podrá apoyarse en ese pie. Perderá el equilibrio y tú podrás desasirte. Ya puedes soltarme, Jeremy.

Le solté y casualmente eché una mirada a Bunkins, que nos contemplaba muy concentrado y con gran admiración.

—No creas que porque te lo haya explicado todo paso por paso, ha de ser así. Tienes que hacerlo todo a la vez: morder, clavar los codos en las costillas y el talón en el pie. Tienes que hacerle pensar que ha agarrado al diablo en persona.

—Señor Perkins.

—Sí, Jimmie Bunkins, ¿qué quieres?

—Una pregunta, señor. ¿Y si el desgraciado ese saca un cuchillo?

—Una pregunta muy sensata, porque los que te atacan por detrás suelen llevar ese arma, que es de cobardes. Lo primero que hay que decir sobre los cuchillos es que la mayoría de los que llevan uno no saben usarlo. Pero en cuanto a tu pregunta, si te atacan por detrás con un cuchillo, una de dos, o te apuñalan por la espalda, en cuyo caso lo único que puedes hacer es esperar que no te haya tocado ningún órgano vital, darte la vuelta y encararte con él. No lo sabe mucha gente, pero el alguacil Brede recibió una puñalada en la espalda, se desasíó y redujo a aquel canalla con el garrote. Con el cuchillo clavado aún en la espalda, lo llevó a Bow Street y luego se fue a ver a un cirujano para que le sacara aquella cosa.

Bunkins y yo intercambiamos una mirada de asombro sin hacer comentarios.

—Luego están los que quieren rebanarte el pescuezo. Pero para eso tienen que alcanzar la garganta. De modo que la primera regla es: meter la barbilla. Lo siguiente: morder con todas tus fuerzas, clavar los codos e intentar romperle el pie. Haz todo lo que puedas para desasirte y encararte con él.

—Pero todavía tendrá el cuchillo, ¿no? —dijo Bunkins—. ¿Qué se hace si uno no lleva cuchillo también?

—La mejor defensa contra un cuchillo no es otro cuchillo, sino un buen garrote y un par de pies paralizados. Más adelante seguiremos con eso, pero ahora tengo que lavarme y vestirme para incorporarme al servicio. Jimmy Bunkins, serás bienvenido siempre que quieras a esta misma hora.

El día de la cena planeada para el señor Goldsmith y el señor Donnelly, tuvimos que atravesar buena parte de Londres, Annie Oakum y yo para ir al mercado de Smithfield a comprar carne. Tanto nosotros dos como lady Fielding aguardábamos con impaciencia la ocasión, seguros de que conseguiría despertar a sir John de su letárgico silencio, de modo que habíamos preparado un gran festín. Un gran festín exige una buena carne, y dado que el señor Tolliver seguía misteriosamente ausente, no tuvimos más remedio que irnos hasta Smithfield.

Annie y yo nos habíamos convertido en grandes amigos. Aunque no se dignaba hablar de ello, su corazón seguía perteneciendo al hijo de lady Fielding de su primer matrimonio, Tom Durham. Durante el mes que siguió a la partida de Tom como guardiamarina en el *HMS Leviathan*, se paseó por la casa con aire melancólico, descuidando todas sus tareas salvo sus magníficas comidas. De eso se enorgullecía siempre. Poco a poco, recobró el buen humor, a pesar de que, en el año que Tom llevaba ausente, no le había escrito ninguna carta. Tom escribía a menudo a su madre, había escrito dos veces a sir John, e incluso una vez a mí. Pero debo darle el beneficio de la duda, puesto que siendo Annie analfabeta, seguramente suponía que no tenía sentido escribirle una carta personal que habría de leerle un tercero de manera

impersonal. Ciertamente incluía pequeños mensajes personales para ella en sus otras cartas —dile a Annie esto, dile a Annie aquello—, o sobre las comidas exóticas que había degustado en Egipto o en Grecia, o en algún otro país remoto. No obstante, sé que ella suspiraba por una comunicación más directa con el hombre al que tanto amaba. Y a medida que él se volvía más distante, ella y yo nos hacíamos más amigos y confidentes. Annie acabó siendo para mí como la hermana que nunca había tenido.

Así pues, fue de lo más natural que en un momento dado durante la larga caminata hasta el mercado de Smithfield, le abriera mi corazón y le hablara de Mariah. Se lo conté todo: que yo la había visto por primera vez cuando había llegado a Londres como acróbata; que cuando su familia se volvió a Italia, a ella la había seducido un tipo que la había vendido como prostituta; que la habían devuelto a Jackie Carver y que este la había puesto a trabajar en la calle; y finalmente, que él me la había ofrecido «en venta» por diez guineas.

El relato completo duró casi kilómetro y medio. Annie me escuchó atentamente sin decir palabra. Solo me miró de reojo en dos ocasiones en que tuve que tragarme las lágrimas y no pude seguir hablando durante unos instantes. Por fin, viendo que yo no decía nada más, supuso correctamente que el relato había acabado y me miró a la cara.

—Jeremy —me preguntó—, dime la verdad. ¿La quieres?

—Creo que siento por ella exactamente lo que tú sientes por Tom. ¿No es eso amor?

Annie volvió el rostro, cuya expresión se había ensombrecido.

—No estoy segura —dijo tras una breve vacilación.

De repente nos asaltó el horrible hedor a sangre del mercado de Smithfield, donde se sacrificaban, despedazaban y vendían animales de todos los tipos y tamaños. No cabía la menor duda de que estábamos cerca; en efecto, allí delante, en Giltspur Street, se hallaba la entrada al mercado.

—Tenemos un encargo que realizar —me dijo entonces—. Déjame pensar en lo que me has contado mientras tanto. Seguiremos hablando en el camino de vuelta. ¿Te parece bien?

—Como quieras, Annie.

La llevé al puesto en el que compraba desde que Tolliver se había marchado. El carnicero me reconoció y me saludó cordialmente, pero Annie dejó bien claro que era a ella a quien debía complacer aquel día. Pidió ver el buey que tenía para asar. El carnicero se lo mostró, alabando la carne como tierna y gustosa. Annie la examinó con escepticismo, adelantando el labio inferior, y preguntó el precio. Al oír que era de cinco chelines, Annie se echó hacia atrás y lanzó una dura mirada al carnicero.

—Buscaremos un poco más —dijo—. Vamos, Jeremy.

El hombre me miró con expresión ofendida cuando nos marchamos, pero yo no hice intento alguno por contradecir o persuadir a Annie. Eran sus dotes como cocinera las que se ponían a prueba aquella noche; le correspondía tomar la decisión.

—Era una pieza bastante grande —comenté, creyendo que era un hecho indiscutible.

—Más de lo que necesitamos —dijo ella—, y no era de un animal recién sacrificado.

Annie demostró que no era fácil complacerla. Nos pasamos casi una hora recorriendo el mercado, examinando lo que se vendía en un puesto y en otro hasta que por fin llegamos a un puesto que se hallaba muy cerca de una de las tiendas donde se sacrificaban los animales y de la que emanaba un fuerte hedor. Aquella era precisamente la causa de que no hubiera demasiados clientes por allí. Cuando Annie pidió buey para asar, el carnicero señaló los cuartos de un buey que colgaba a su espalda, y la invitó a pasar y echarle una mirada igual que hubiera hecho Tolliver. Rápidamente se pusieron de acuerdo sobre el precio y el tamaño de la pieza, pero regatearon un poco sobre el precio; ambos parecían disfrutar. Por fin acordaron un precio de cinco chelines por un trozo que era prácticamente igual que el ofrecido por el primer carnicero, dejándome sorprendido. Cuando salimos del mercado (yo con sus buenos cinco kilos de carne y hueso envueltos bajo el brazo) y llamé su atención sobre ese hecho, Annie me lanzó la misma mirada severa con que la había visto mirar a los carniceros visitados.

—Jeremy —dijo—, el primer trozo era demasiado grande porque no aguantaría. Tenía una parte medio podrida que el carnicero intentaba ocultar con la mano. Lo que hemos comprado servirá para varios días. Llevas carne de un animal recién sacrificado, que aún rezuma sangre.

Sintiendo sin duda que había sabido hacerse con lo mejor que podía ofrecer el mercado, Annie emprendió el camino de regreso a Bow Street a buen paso, silbando una melodía. Dado su estado de ánimo, me sorprendió cuando retomó inmediatamente el tema que tan dolorosamente le había presentado yo en el camino de ida.

—He hecho lo que te había dicho —me espetó de repente.

—¿Perdón? —dije, sin comprender a qué se refería—. ¿Quieres decir que has comprado la carne para esta noche?

—No, Jeremy, mientras recorríamos el mercado, he estado pensando muy seriamente en ti y en tu amiga italiana.

—¿Oh? ¿Y qué piensas?

—Bueno, en primer lugar, no debes darle ningún dinero a su chulo.

—No tengo dinero que darle.

—¡Justamente! Y no hay más que un sitio donde podrías conseguirlo, y no debes pensar en ello siquiera... ni por un segundo.

—Estoy de acuerdo —dije, aunque lo había pensado aproximadamente ese tiempo.

—¡No conozco yo a los de su ralea de mis tiempos en la calle! Ese chulo jamás la dejará ir hasta que esté vieja, enferma de sífilis o muerta.

Tales posibilidades también se me habían ocurrido a mí, pero al oír cómo las expresaba tan fríamente, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Vamos, Jeremy, compórtate —me riñó—. Tienes que enfrentarte con la realidad.

—Pero me estás diciendo que no puedo hacer nada para ayudarla.

—Sí, es cierto. Solo ella puede ayudarse a sí misma. Ella es la que debe salvarse.

—Pero ¿cómo?

—Que se ponga a servir, como yo. Las grandes damas y los caballeros consideran muy elegante tener criadas francesas e italianas.

—Ella no sabría cómo buscar trabajo.

—Que se vista adecuadamente y empiece a llamar a las puertas de St. James Street, de Bloomsbury, dondequiera que haya casas elegantes. Le abrirá la puerta el mayordomo, y a él es a quien debe solicitar empleo. Una vez contratada, su chulo no podrá tocarla.

La mención de St. James Street me dio que pensar. Quizá el señor Bilbo tuviera empleo para Mariah.

—Y a malas —prosiguió Annie—, puede ir al Asilo de la Magdalena. La mitad de las chicas que hay allí querían escapar de uno como ese tal Jackie. La vieja arpía que hay en la puerta no deja pasar a nadie a quien no le corresponda.

¡Pues claro! Tenía la solución para Mariah ante mis propias narices. Pero ¿qué había oído decir sobre la Magdalena últimamente?

—Pero ¿no me dijo lady Fielding que el asilo estaba prácticamente lleno debido a esos monstruosos asesinatos? —objeté.

—A mí me dijo lo mismo, pero si puedes convencer a esa amiga tuya... ¿Cómo dices que se llama?

—Mariah.

—Eso, ahora sí me acordaré. Si puedes convencer a Mariah de que vaya a la Magdalena, yo le diré a lady Fielding que es una amiga mía que desea cambiar de vida. Se le haría sitio, te lo prometo.

—Gracias, Annie —dije con sinceridad.

—Pero, Jeremy, es ella la que debe dar ese paso. Es ella la que debe decidirse. La mayoría de las putas son unas gandulas. Puede que no les guste la vida que llevan, pero no tienen la fuerza de voluntad suficiente para dejarla. ¡No lo sabré yo! Detestaba aquella vida, en serio, y tardé casi un año en cambiar.

Al final, la cena festiva que había de servir para que el señor Goldsmith y el señor Donnelly se conocieran, fue un gran éxito y un fracaso estrepitoso a la vez.

Annie se superó a sí misma con el trozo de buey que había elegido tan cuidadosamente en Smithfield. Lo asó bañado en vino con rodajas de ajo y mucha sal y pimienta, e incluso probó a echarlo un poco de aquella especia roja, la paprika, que

había guardado para la ocasión adecuada. Había cuatro botellas de clarete para los seis, verduras salteadas al gusto de todos, y una sabrosa tarta como postre. Tras brindar por los anfitriones, el señor Donnelly se manifestó abrumado por el arte culinario de Annie y alzó su vaso para brindar por ella. El señor Goldsmith afirmó que jamás había comido tan bien, y era bien sabido que había sido invitado a las mejores casas de Londres. Sin duda fue un gran triunfo para la querida Annie.

Cómo burbujeó la conversación en la mesa aquella noche; las dos fuentes gemelas que la alimentaron manaron alegremente sin cesar para disfrute propio, pero más aún ajeno. Los demás nos constituimos en el público de un magnífico espectáculo representado al más puro estilo irlandés. Dos auténticos irlandeses eran aquellos dos, uno católico y el otro protestante, mas ambos con el mismo ingenio y pasión por la risa. Se sentaron a la mesa uno frente al otro, contando mil y una historias en su afán por superarse mutuamente. Si en verdad compitieron, no sabría decir quién fue el vencedor. En realidad los vencedores fuimos nosotros, cuando nos contaron sus extravagantes historias sobre su educación médica, una de ellas bastante indecorosa, que obligó a lady Fielding a mostrar su desagrado (después de reír de buena gana), carraspeando y enarcando las cejas. Donnally tomó nota, pero ello no le desalentó, antes bien, se lanzó a contar una serie de reminiscencias menos discutibles, pero igualmente cómicas, sobre sus diversos caseros vieneses (pues era en Viena donde había estudiado medicina); Goldsmith correspondió con historias de franceses, por las cuales era muy conocido (como supe más adelante); luego Donnelly volvió a deleitarnos con experiencias de su estancia en Lancashire (Annie me explicó después que una de ellas la había contado ya en la cocina en su primera visita). Y así continuó la cena, pasando de un tema a otro, y a otro más, hasta llegar al postre y luego, acabado el vino, al llegar al *brandy*. Al día siguiente, todos estuvimos de acuerdo en que no recordábamos habernos reído tanto en ninguna otra ocasión.

Sir John no se quedó atrás. Rio y soltó sus carcajadas y, como buen maestro de ceremonias, animó a sus invitados con una pregunta o dos, o con alguna broma de su propia cosecha. Sin embargo, aunque en un principio alabó el pasquín del señor Goldsmith, luego declinó responder a cualquier pregunta relacionada con los asesinatos de Covent Garden, y durante casi todo el resto de la velada permaneció fuera del rápido torbellino de la conversación. Por decirlo de otra manera, mantuvo un silencio tan cortés como era posible dadas las circunstancias. En ese sentido fracasó la cena para consternación de los demás de la casa, pues esperábamos que en tan jovial compañía sir John se sintiera tentado de participar de una manera más activa, lo que él declinó, dejando el terreno libre a sus invitados. Al día siguiente seguía tan retraído y silencioso como antes. Lady Fielding estaba muy disgustada y temía que su marido cayera en un estado de melancolía. En cambio a mí, que ya lo había visto antes en aquel estado, se me ocurrió que quizá el magistrado meditaba un plan de acción.

Una cosa, sin embargo, permanece en mi memoria de aquella cena. Era cerca de

la medianoche cuando nuestros invitados se alzaron de la mesa a regañadientes y dieron las gracias a sus anfitriones y a la cocinera. Lady Fielding les dio las gracias por «una velada tan alegre y animada», a lo que se sumó sir John. Luego él me pidió que acompañara a los dos caballeros hasta la calle, a lo que me avine con sumo placer, por supuesto.

Donnelly y Goldsmith se quedaron un rato en la puerta conversando, pues descubrieron que tendrían que separarse allí mismo. Yo aguardé atentamente mientras intercambiaban tarjetas y escuché cuando Goldsmith abordó el tema que sir John no había querido discutir en la mesa.

—Dígame, señor Donnelly —empezó, en un tono más serio del que había utilizado en las horas previas—, ¿se hallaba el cadáver de King Street en un estado tan horripilante como he oído comentar en la calle?

—Indescriptible —respondió Donnelly y, por supuesto, procedió a describirlo—: A la mujer la habían abierto en canal y le habían retirado la piel hacia atrás. Le habían sacado los órganos; el corazón estaba en la chimenea, parcialmente quemado, y el hígado, el útero, el páncreas y otros estaban desperdigados por la habitación.

—Parece obra de un carnicero.

—Quizá sea cierto en el sentido más literal, porque se sospecha de un carnicero de Covent Garden que ha desaparecido.

Se me cayó el alma a los pies. Jamás había oído decir a sir John que el carnicero fuera sospechoso.

—Dios bendito —exclamó Goldsmith—. ¿Que ha desaparecido, dice? Quizá entonces no habrá más asesinatos.

—Ojalá. Pero, a propósito, hay un asunto que quizá le interese como médico. ¿Conoce a un individuo llamado Carr? Es un cirujano del ejército retirado, creo.

—He oído hablar de él, pero no lo conozco personalmente.

—Vino a verme, la verdad es que era ya la segunda vez, para instarme a examinar los ojos de la víctima con el microscopio. Está convencido de que la imagen del asesino está impresa sobre la pupila.

—¡Ese cuento de viejas, asombroso! ¡Y un médico!

—Tuve que decirle que también le habían sacado los ojos y que seguramente habían ardido en la chimenea. Pareció muy decepcionado al oírlo. —Donnelly vaciló, como si debatiera consigo mismo lo que debía decir a continuación. Finalmente dijo —: Observé en él los síntomas del inicio de las últimas etapas de la sífilis: el chancro^[11]. Me temo que también su cerebro se ha visto afectado.

—Sin duda. Pero... —Goldsmith tendió la mano a Donnelly, quien la estrechó para despedirse—. Debo marcharme, pues me espera trabajo en casa. Venga a verme, señor. Encontrará la puerta abierta para usted, aunque debo decirle que mi mejor momento es el final de la tarde y el principio de la noche.

Agitó entonces la mano y se fue. Donnelly se volvió hacia mí y me tendió la mano.

—Siento haberte tenido esperando en la puerta, Jeremy. Buenas noches y dales las gracias a los de arriba por esta maravillosa velada.

—Pero, señor —dije—, ¿es cierto que sir John considera al señor Tolliver sospechoso de los asesinatos?

—¿Al carnicero? ¿Así que lo conoces? Ah, bueno, me temo que eso es lo que me ha dicho sir John. Un asunto lamentable, ¿verdad? Bueno, debo irme.

Emprendió la marcha a paso vivo en dirección a Tavistock Street, balanceando su bastón y silbando al andar. Lo seguí con la mirada hasta Russell Street y luego regresé escaleras arriba, a la cocina, donde me esperaba una montaña de platos y cacerolas.

Durante los días siguientes llevé encima el trozo de papel en el que había apuntado los nombres de Bilbo y Jimmie Bunkins y su dirección de St. James Street. El día después de mi charla con Annie volviendo del mercado, hablé con Bunkins después de nuestra clase con Perkins. Se lo conté todo y luego le pregunté si podrían emplear a Mariah en su casa, aunque fuera temporalmente. Al otro día me transmitió la respuesta afirmativa del señor Bilbo, pero solo si mientras estaba con ellos se pagaba la comida y el alojamiento trabajando. Yo lo encontré muy justo, pero por si ella temía el nombre de Black Jack Bilbo por alguna razón (como les ocurría a algunos), también apunté el nombre de lady Fielding y la dirección del Asilo de la Magdalena para Prostitutas Arrepentidas.

Con ese trozo de papel en el bolsillo recorrí el distrito de Covent Garden en busca de Mariah. Hacía casi un mes que no la veía. Había desaparecido, como la mayoría de las que ejercían su oficio cuando se extendió la noticia de la muerte de Libby Tribble. Sin embargo, a medida que pasaban los días sin que trajeran ningún nuevo incidente, la necesidad las arrastró de nuevo a las calles. Quizá algunas obraban esperanzadas por el hecho de que no se había cometido un nuevo asesinato desde hacía tres semanas, y decidieron que ya no habría más. Otras se mostraban fatalistas. Annie me comentó que se había encontrado con una vieja puta que conocía de antes y que había vuelto a la calle. Cuando Annie le preguntó si no tenía miedo de convertirse en la siguiente víctima, la mujer le había contestado:

—Querida, lo mismo da una cosa que otra. Si no es ese que se dedica a rajar, entonces será el río el que acabe conmigo. Mientras tanto, necesito dinero para ginebra.

De este modo, la apatía o las esperanzas infundadas eran las emociones predominantes en la calle cuando yo buscaba a Mariah. Iba más a menudo al lugar donde más la había visto a la luz del día y al anochecer. Sin embargo, una y otra vez volvía decepcionado de mis paseos arriba y abajo por Drury Lane y New Broad Court. Recorrí el perímetro de Covent Garden al llegar el crepúsculo... sin resultado. Busqué en Duke's Court, en Martlet's Court, e incluso en Angel Court, y en lugares a

los que ir solo y desarmado al anochecer era una temeridad. Por fin, planteé mi problema a Bunkins y él, siempre práctico, me señaló que habíamos visto a Jackie Carver en Bedford Street y que era más que probable que a ella la encontrara cerca de allí.

—A los chulos les gusta mover a sus chicas, para probar otros sitios —me dijo.

Así fue como, volviendo a Bow Street desde el alojamiento del señor Perkins aquella tarde, me desvié un poco para pasearme por Bedford Street. Volvía ya cuando la divisé y corrí hacia donde estaba, cerca de la entrada del Dog and Duck.

—¡Mariah! —le grité al acercarme, y temí ahuyentarla. Sin embargo era un grito de alegría por haberla encontrado al fin.

Ella me vio, me reconoció y no se fue. Pareció esbozar una sonrisa forzada cuando me vio acercarme.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas? Lo olvidé.

—Jeremy —contesté—. Jeremy Proctor.

Ella asintió con firmeza.

—Está bien... Jeremy. Ahora lo recuerdo. ¿Has traído el dinero? Tú me das a mí y yo doy a él.

—No, Mariah. No he traído el dinero para Jackie. He traído algo mejor... para ti.

—¿Para mí? —Volvió la cara. Luego, sin hacer esfuerzo alguno por disimular su exasperación, alzó los brazos al cielo y dio rienda suelta a su decepción—. ¿Qué puede ser mejor que salir de esto? Él dice que si no tienes el dinero, puedes robarlo. ¿Por qué no lo robas?

—No podría, ni quiero —repliqué, e intenté explicarme—: Aunque pudiera pagarle lo que me pide, no tendría dinero luego para mantenerte.

—Puedes robar más.

¿No tenía aquella chica la menor noción sobre el bien y el mal? Solo me cabía suponer que en su oficio se perdía rápidamente. Había llegado el momento de explicarle el plan, y de prisa, no fuera que Jackie Carver se hallara cerca. Saqué el trozo de papel que llevaba en el bolsillo. Le expliqué que había dos casas donde podían acogerla y alimentarla. En la primera, dije, formaría parte del personal doméstico. En la segunda, le enseñarían un oficio decente, como cocinera, o modista, o algo parecido.

—Pero lo más importante —le aseguré— es que estarás lejos de la calle, en un lugar donde Jackie Carver no te podrá tocar.

—¿Cómo sabes su nombre? —me preguntó con recelo.

—Me lo dijo un amigo.

—A él no le gusta que la gente de Bow Street sepa su nombre.

—Eso no importa. Solo tendrás que pagar el alquiler del coche, no más de diez peniques hasta la primera casa, y no más de un chelín hasta la segunda. Ese dinero lo llevas encima, ¿no? —Volví a meter la mano en el bolsillo—. Yo puedo dártelo también.

—Dame doce guineas para él. Eso es lo que me has de dar.

—Creí que eran diez.

—El precio ha subido. —Me miró con expresión furiosa—. ¿Crees que yo lavo suelos para la gente? ¿Crees que coso para la gente? Toma, llévate tu papel.

Así la dejé, con la mano extendida hacia mí, sosteniendo el trozo de papel. Mientras me alejaba a toda prisa por Bedford Street, me consolé pensando que al menos se había quedado el papel con las dos direcciones. Recé para que no lo tirara, para que lo guardara y quizá más adelante hiciera uso de él. Yo había hecho cuanto podía, ¿o no?

Aquella misma noche fui a ver a *sir* John a la pequeña habitación contigua a su dormitorio que le servía de estudio. Siempre que estaba preocupado por algo o rumiaba algún plan, permanecía allí sentado, solo y en la oscuridad, durante horas, tras la pesada mesa de roble. *Lady* Fielding se había retirado temprano la noche en cuestión. Annie estaba abajo, en la cocina, distrayéndose como solía cantando baladas que había aprendido en su deambular por Covent Garden. Pensando ahora en la corta visita que le hice a *sir* John aquella noche, recuerdo no solo lo que se dijo, sino también los retazos de canciones que nos llegaban desde abajo durante las frecuentes pausas en nuestra conversación.

Di unos golpes en la puerta abierta de su pequeño estudio.

—¿Quién es?

—Soy yo, Jeremy.

—Entra, muchacho, siéntate.

Entré y ocupé una de las dos sillas que había frente a él.

—No es mi intención retraerme de esta manera —dijo—, pero últimamente, mis pensamientos están tan absorbidos por esos espantosos asesinatos que no me siento capaz de mantener el trato social corriente. Quizá tú puedas animarme como has hecho tantas otras veces. En cualquier caso, charlemos.

—Quizá —dije tras una breve vacilación— lo que tengo que decirle no sea bien recibido, puesto que se refiere al señor Tolliver. El señor Donnelly me dijo que usted lo considera sospechoso de los asesinatos.

—El señor Donnelly no debería comentar contigo ni con cualquier otro lo que yo he dicho sobre este tema. Pero, adelante, siempre que lo tengas que decir de él sea importante y no un nuevo panegírico sobre su excelente carácter, que de eso ya he oído bastante de Kate, estaré encantado de oírte.

Le hablé del depósito de carbón que Bunkins me había mostrado en el pasaje donde Tolliver había descubierto el cadáver de Nell Darby; le dije que conducía a un vestíbulo y que tenía otra puerta que daba a Henrietta Street y que se mantenía cerrada desde el interior.

—¿Me estás sugiriendo —dijo *sir* John— que el asesino podría haberse escapado

por allí?

—Sí, señor. Y eso explicaría el ruido de pasos en dirección a Covent Garden que el señor Tolliver oyó justo antes de descubrir el cadáver.

El magistrado guardó silencio. Poco podía hacer yo salvo respetarlo, porque estaba seguro de que comparaba lo que acababa de contarle con sus propias sospechas sobre el carnicero. Finalmente puso las objeciones que yo ya había previsto.

—¿Cómo explicas entonces lo que dijo de esos pasos? —preguntó—. Que se había dado la vuelta y que no vio a nadie. ¿Y qué me dices del misterioso carro que apareció de repente donde antes no estaba... o quizá sí estaba, porque él no estaba seguro?

—Bunkins me ha dicho que hay muchos escondites en Henrietta Street, y yo lo he comprobado: dos grandes espacios que llevan a la casa y donde podría ocultarse un hombre; están distribuidas a lo largo del camino. En cuanto al carro, no puedo explicarlo mejor que el señor Tolliver, pero le he oído decir a menudo, *sir John*, que siempre hay motivos para desconfiar de una historia que carezca por completo de incongruencias.

—De modo que sugieres que si una historia es defendible en parte, debe ser aceptada en su totalidad. Sin duda comprenderás que eso es una falacia. Además, ¿qué hay del repugnante homicidio de King Street? Es cierto que no tenemos nada que lo sitúe allí, pero su súbita desaparición, debes admitirlo, es muy sospechosa.

—Usted no le ordenó que se quedara.

—No me recuerdes lo que ordené o dejé de ordenar. Lo tengo muy presente.

Sir John me habló con una brusquedad que jamás hasta entonces había usado conmigo. Yo me disculpé, dispuesto a marcharme, pero él me retuvo.

—Soy consciente de que fue un descuido mío no ordenarle que permaneciera en la ciudad. Sí le dije que habría un juicio indagatorio, pero no le dije cuándo. —Hizo una pausa. Luego añadió—: Si considero sospechoso al señor Tolliver, es por defecto, por así decirlo, por no haber aparecido. Y si aparece y puede justificar su ausencia, ya no será sospechoso. Entonces, ya no habrá ningún sospechoso.

»Por lo que dijo ese estúpido de Ormond Neville, había llegado a creer que tal vez hubiera razones para sospechar de Thaddeus Millhouse. ¿Lo recuerdas? Dijo que había traído una camisa limpia al señor Millhouse para su comparecencia. Teniendo en cuenta que me habían asegurado que su camisa no tenía manchas cuando compareció ante mí, pensé que quizá había algo incriminatorio en la camisa sucia, pero no era así. El señor Fuller me ha dicho que la camisa estaba simplemente sucia. No obstante, le llamé para interrogarlo más a fondo, porque tanto a ti como a mí nos pareció ocultaba alguna cosa. Hay algo falso en él. Creo que tú te habías ido a realizar un encargo, y en realidad era mejor. El secreto que ocultaba el señor Millhouse era fácil de adivinar, sencillamente había tenido relaciones carnales con Polly Tarkin. Se sentía muy avergonzado por ello, como no podía ser menos, y ese

era el origen de su sentimiento de culpabilidad. Sabía que había obrado mal, sabía lo que era ella, pero precisamente por ella le atraía más, de un modo perverso. Lloró a lágrima viva y dio rienda suelta a su congoja ante mí, pero también me convenció de que un hombre tan débil jamás podría haber cometido unos asesinatos tan horribles, sobre todo el último. En cualquier caso, me aseguró que ha pasado todas las noches con su mujer salvo la noche en que fue arrestado, y estoy seguro de que ella lo confirmaría.

»En resumidas cuentas, no me queda más sospechoso que el señor Tolliver y, a falta de otro, debo aferrarme a él. Sin embargo no estoy tan convencido de su culpabilidad como para no haber alertado a los Vigilantes de que deben mostrarse cautos y atentos en extremo, y así seguirán. Pero con esto lo único que hago es tomar precauciones para impedir un nuevo asesinato, sea quien sea el asesino. Preferiría elaborar un plan mediante el cual podamos adelantarnos a su próximo movimiento y atraparlo in fraganti. Los dos últimos asesinatos se cometieron la misma noche, y había luna llena; al menos eso me ha asegurado el señor Donnelly. La luna llena parece afectar a los dementes de un modo perverso. No conozco la causa, pero es así. Desde la última luna llena, el asesino no ha actuado, y la próxima será la víspera del día de Todos los Santos. Es una fecha que tal vez tenga cierto atractivo macabro para él. Será necesario realizar los preparativos con gran meticulosidad, pero con ayuda del Todopoderoso, podría funcionar.

Su voz no expresaba tanto certeza como una gran esperanza. Esperé a oír lo que seguiría, pero *sir* John no añadió nada más. Por fin, incapaz de contenerme, pregunté:

—¿Cuál es el plan, *sir* John?

—Pronto lo sabrás, Jeremy. Te lo contaré cuando llegue el momento.

X

En el que a mí me hieren y al asesino lo atrapan

Se ofreció una recompensa por la captura del Asesino de Covent Garden, como le habían apodado, lo cual tuvo un efecto beneficioso sobre los alguaciles de sir John, que rastrearon los rincones más oscuros del distrito con bríos renovados. No hubo más quejas por tener que llevar alfanjes que resonaban en las vainas, ni el peso de las lámparas pareció molestarles tanto como antes. Sin embargo, las veinte guineas prometidas por el Parlamento para quien llevara al asesino ante la justicia tuvieron también un efecto negativo: llevó hasta Covent Garden a multitud de cazaladrones independientes, aquellos individuos brutales que algunas veces operaban dentro de la ley, pero con mayor frecuencia aún se salían de sus límites. Yo mismo había sido víctima de uno de ellos al llegar a Londres y no me gustaban; a sir John aún le gustaban menos, y los Vigilantes de Bow Street los vieron, en este caso, como intrusos. Sin embargo, allí estaban y procedieron a recorrer tabernas y tugurios ofreciendo compartir la recompensa con cualquiera que les diera alguna pista que condujera a la captura del asesino. Los Vigilantes habían hablado ya con todos los soplones del distrito en quienes se podía confiar; sabían que fuera quien fuera el asesino, no le acompañaba nadie en sus macabras acciones, ni alardeaba después de ellas ni confiaba a nadie lo que había hecho. Lo que les faltaba a los de fuera era la organización y el profundo conocimiento de Covent Garden que poseían los Vigilantes. Finalmente, carecían sobre todo del plan de sir John.

A medida que pasaban los días y se acercaba la víspera del día de Todos los Santos, se hizo evidente que sir John estaba en lo cierto al pronosticar que no habría más asesinatos hasta aquella noche siniestra en la que, no hacía demasiado tiempo, se creía que las brujas volaban por los aires para celebrar su aquelarre y unirse al Diablo. Si la víspera del día de Todos los Santos pasaba sin incidentes, se demostraría que sir John estaba en un error, los alguaciles volverían a sus atentas patrullas y la ausencia del señor Tolliver pesaría aún más en contra de él. Fue esta última contingencia la que sin duda me incitó a rezar por el éxito del plan y, llegado el momento, a ofrecerme voluntario de la manera más insistente para participar en él.

Dicho plan consistía en dos elementos. En primer lugar, se encendería una enorme hoguera en el centro del mercado de Covent Garden cuando se cerraran los puestos, se llevaran los carros y cayera la noche. La hoguera atraería a todos los camorristas, marginados y prostitutas para celebrar la noche.

—Son gentes fundamentalmente simples —dijo, cuando explicó el plan a sus alguaciles la noche anterior a su ejecución—, y no resistirán la tentación de divertirse alrededor de la hoguera. La última quema de brujas se llevó a cabo a principios de

este siglo. Todos han oído las historias. Les daremos todo lo necesario menos una bruja para quemar; todo, incluyendo castañas para asar. Señor Mardsen, tome nota. Ha de haber abundancia de castañas. Muchos de ustedes habrán de encargarse de mantener el orden. He dispuesto que una brigada de bomberos esté presente para mantener el fuego bajo control. Desgraciadamente, si la noche es ventosa se habrá de anular el plan. Pero espero una noche clara y sin viento.

Un murmullo de aprobación recorrió el despacho atestado de sir John. Sin embargo, la segunda parte de su plan no fue tan bien recibida. Sería necesario que ciertos alguaciles salieran armados, pero disfrazados de mujeres, y que otro grupo los siguiera a hurtadillas, a fin de acudir al momento si los señuelos eran asaltados.

—La idea —prosiguió sir John— es sacar a las víctimas potenciales de las calles, o al menos reducir su número de forma considerable, y poner a nuestros hombres vestidos de mujeres para que puedan encontrarse con el asesino y reducirlo.

El silencio más absoluto siguió a estas palabras. Pronto resultó que ninguno de los alguaciles quería ofrecerse como voluntario para vestirse de mujer. Cuando el magistrado los pidió, no se adelantó nadie.

—Vamos, caballeros. Este no es momento para hacerse los tímidos. Se necesitan señuelos, y los tendremos.

Una vez más solo hubo silencio. Yo me sentí violento por aquella reacción; no sabía muy bien si era por sir John o por los alguaciles, pero me sentía violento.

Benjamin Bailey, su capitán, hizo de portavoz.

—Sir John —dijo—, perdone usted, pero no creo que ni uno solo de nosotros consiguiera engañar a ese hombre, por muchas sedas y encajes que nos pongan. Somos condenadamente grandes.

Miré a derecha e izquierda. La verdad era que tenía razón. Todos los alguaciles parecían medir un metro ochenta o más, con dos excepciones, y yo era una de ellas. Tenía la certeza de que Bailey tenía en cuenta la estatura cuando elegía a sus alguaciles. Sin pensármelo dos veces, di un paso, separándome de la pared en la que me apoyaba.

—Yo me ofrezco voluntario —dije—, puesto que tengo la estatura adecuada.

—¿Eres tú el que ha hablado, Jeremy? —dijo sir John.

—Sí, señor.

—Pues entonces vuelve a tu sitio. Esta no es tarea para un muchacho.

—No retrocederé, señor. Soy tan capaz de apañármelas si me atacan como cualquiera de aquí.

Mi fanfarronada provocó unas cuantas risitas ahogadas, pero hubo uno que acudió en mi defensa.

—Señor —dijo Perkins—, el muchacho aún no ha sido puesto a prueba, pero ha aprendido tan bien como cualquiera de nosotros. Acéptelo y tendrá a dos, pues, por mucho que deteste la idea de ir por ahí con faldas, estoy dispuesto a llevarlas para impedir que el chico no salga malparado.

—Y usted es el señor Perkins, ¿no?

—Sí, señor, y con mi estatura podría engañar a un agresor. La mujer irlandesa que fue la primera víctima no era más baja que yo.

Sir John permaneció sentado en silencio tras de su mesa. De repente, dio una fuerte palmada sobre ella.

—Por Dios que no me gusta. Esperaba poner a cinco o seis en diferentes calles. Sobre todo no me gusta la idea de utilizar a un muchacho de catorce años de ese modo. Sin embargo, hay veces en que la necesidad nos obliga a servirnos de lo que tenemos. Acepto al señor Perkins y al señor Proctor como señuelos... aunque en contra de mi buen juicio.

No se lanzaron hurras resonantes ni hubo aplausos. La única reacción de los inquietos alguaciles fue el sonido de pies que se arrastraban por el suelo. Sin embargo, elegí aquel momento para hablar.

—¿Sir John?

—Dime, Jeremy.

—Deseo corregirle señor. No tengo catorce años, sino quince.

Hay veces en la vida en que uno llega a lamentar sus acciones impulsivas o, si no es exactamente lamentar, sí al menos ponerlas en duda. Llegó el momento en que, solo en mi habitación del ático, me puse el viejo y raído vestido de lana que lady Fielding me había traído de la ropa que se recogía para las residentes del Asilo de la Magdalena. Me quedaba bastante bien, excepto en los hombros, que habían tenido que arreglar, como el borde del vestido que habían bajado para que me tapara los tobillos y los pies. Mientras me movía por la habitación probando los hombros, que aún me estaban pequeños, realmente tuve dudas sobre el plan de sir John y mi participación en él, pero sabía que esas dudas no cambiarían ni una cosa ni otra. Estaba anocheciendo y la hoguera de Covent Garden pronto ardería; la multitud debía de haber empezado a congregarse rápidamente. No tenía más que remedio que bajar las escaleras para el siguiente paso de mi disfraz... el que yo más temía.

La longitud de la falda resultó ser un obstáculo en las escaleras hasta que recordé el truco con el que se manejaban las mujeres, y alcé la falda delicadamente hasta los tobillos. Así llegué a la cocina, donde me esperaban lady Fielding, Annie y el alguacil Perkins.

En este último vi el destino que me aguardaba a mí. No solo le habían puesto color en los labios y colorete en las mejillas, sino que le habían puesto también una cofia de las que llevaban las mujeres en aquella época, hoy en día un poco pasadas de moda. Sin embargo, lo que le habían hecho no había suavizado sus facciones fuertes y decididas en modo alguno. Para ser sincero, parecía sencillamente el alguacil Perkins con colorete y un gorro ridículo.

—Oh, Jeremy, siéntate —dijo lady Fielding—. Nos han dicho que debemos

darnos prisa. Annie te pondrá el colorete.

—No te reconocerás ni tú mismo cuando haya terminado —dijo Annie. A mí me sonó como una amenaza.

Perkins no dijo nada. Volvió el rostro, fingiendo mirar por la ventana, donde no había nada que ver salvo la luna anaranjada.

Me senté con gran inquietud. Annie hundió dos dedos en el recipiente de hojalata del colorete e inició su tarea. Tras unos instantes me dio una colleja en la cabeza.

—No te muevas tanto —dijo—, o no conseguiré ponerte esto como es debido.

Obedecí entonces y me quedé quieto. Lo único que quería era acabar con aquello cuanto antes.

—El alguacil Perkins ha sido todo un desafío —dijo lady Fielding—. El pobre hombre tiene vello hasta el cuello y se lo hemos tenido que afeitar.

—Y me han cortado bien al hacerlo —gruñó él.

—No podíamos dejarlo tal como estaba —dijo Annie—. No hubiera engañado a nadie.

De un modo u otro, Annie completó su tarea y me ofreció un espejo, pero yo lo rechacé.

—Pareces una auténtica fulana —me dijo—. Un poco robusta, como una chica de pueblo, pero hay muchas así en las calles.

—Y con esto —dijo lady Fielding, alargando una cofia de lana como la que llevaba Perkins—, pondremos el remate.

Me colocó la cofia en la cabeza y me ató las cintas bajo el mentón.

—Creo que hemos hecho todo lo que debíamos hacer, ¿no crees, Annie?

—Sí —dijo Annie, mirando de reojo al señor Perkins—, o lo que se podía hacer.

—Muy bien, Jeremy —dijo entonces el alguacil con bastante brusquedad—, vamos allá.

Me despedí de las mujeres con una inclinación de cabeza y seguí al alguacil escaleras abajo. Allí aguardaban sir John y los cuatro vigilantes que tenían que seguirnos a una distancia discreta.

Aunque vi sorpresa y regocijo en los cuatro rostros, no se dijo ni una sola palabra, y ni tan siquiera se oyó una risita. La mirada furiosa y amenazadora que les lanzó el señor Perkins los silenció por completo.

—¿Están preparados? —preguntó sir John.

—Preparados —dijo Perkins.

—Pero tienen que llevar algún arma. ¿Señor Baker? —Sir John llamaba al alguacil que hacía el turno de noche en Bow Street—. Deles una pistola cargada y un garrote a cada uno, ¿o lleva usted su propio garrote, señor Perkins?

—Metido en el cinturón por debajo de la falda. No voy a ninguna parte sin él, señor.

—Bien hecho —dijo el magistrado—. Pero creo que es mejor que lleve la pistola en la mano, alguacil, dado que su tarea primordial será la de proteger a Jeremy.

—No es probable que yo atraiga a nadie, ni siquiera al asesino, pero no puedo ir por ahí con una pistola en la mano.

—Señor Baker, ¿tiene las pistolas? Dele una al señor Perkins. Ahora, señor Cowley, envuelva la mano y la pistola con el chal y cúbrale como mejor pueda el brazo izquierdo.

Contemplé, fascinado, cómo la pistola desaparecía en un remolino de lana azul.

—Que quede bien sujeto —dijo sir John al señor Cowley—. No debe soltarse a menos que así lo decida el señor Perkins. ¿Podrá desembarazar la pistola si es necesario, señor Perkins?

—Oh, me las arreglaré, señor.

—Estoy seguro de que sí, pero, señor Perkins, y tú también, Jeremy, recuerden por favor que cuando digo si es necesario, quiero decir exactamente eso. Piensen en la pistola sobre todo para hacer señales. No quiero que disparen al primer marinero borracho que quiera tocar a Jeremy. Ustedes que los siguen, cuando oigan un disparo o un grito, sea del señor Perkins o de Jeremy, tendrán que acudir con la mayor celeridad posible, porque la cosa irá en serio. Quédense a unos cincuenta metros por detrás de ellos, pero no más. Y hagan lo posible por pasar desapercibidos, aunque tal como van armados, será difícil.

En efecto, ambos llevaban un par de pistolas y el alfanje en su vaina.

Mientras sir John hacía sus últimos comentarios, el señor Baker me entregó pistola y garrote. Alcé la voluminosa falda que llevaba y metí ambas cosas en el cinturón con que sujetaba los calzones, luego dejé caer la falda de nuevo. Iban bien ocultos, pero me pregunté si podría cogerlos con facilidad. De todas formas, me dije, tenía a cinco alguaciles para protegerme.

—Bien, adelante —dijo sir John—. Se ha encendido la hoguera en Covent Garden. La gente debe de acudir ya en oleadas para bailar y cantar. Las calles son suyas. Que Dios conceda el éxito a nuestra empresa.

Finalmente abandonamos Bow Street.

Las oleadas de gente que debían de abarrotar Covent Garden según había predicho sir John constituían más bien un enjambre. Al girar hacia Russell Street, nos zarandearon y empujaron los que estaban impacientes por iniciar la diversión. No nos prestaron la menor atención. No vimos la necesidad de separarnos mientras las calles siguieran tan llenas de gente, de modo que avanzamos juntos los seis y aguardamos en Russell Street, una de las entradas principales a Covent Garden, a que la marea humana fuera menguando.

Desde nuestra posición en el cruce vimos la hoguera, que era realmente grande, pero las llamas aún no habían alcanzado su mayor espectacularidad; en las altas pilas de leña había troncos enteros a los que aún no había alcanzado el fuego. Y había más madera para alimentar las llamas regularmente. No era probable que ninguna de las

hogueras que arderían el día de Guy Fawkes^[12] de la semana siguiente consiguiera superar a esta, ni atraerían a tal cantidad de gente.

Finalmente, la marea humana cesó. Cruzamos Russell Street juntos, pero luego, al ver que Charles Street estaba prácticamente vacía, nos desplegamos en la forma sugerida por sir John. El alguacil Perkins encabezó la marcha y yo le seguí a unos veinte metros de distancia. Los otros cuatro alguaciles venían detrás, a unos escasos cincuenta metros, dos a cada lado de la calle.

Nuestro plan era dar una vuelta alrededor del Covent Garden y, si no ocurría nada extraño, daríamos otra vuelta, pero si tampoco esa vez sucedía nada, centraríamos nuestra atención en los lugares que se consideraban más peligrosos... tentando al destino, por así decirlo.

Miré al frente. Incluso a aquella distancia, Perkins seguía pareciendo ni más ni menos que un hombre con faldas. El colorete que le había aplicado Annie no había conseguido disimular ni suavizar sus rasgos varoniles, pero además, él no hacía nada por alterar su porte y caminaba por Charles Street con paso resuelto mirando cautelosamente a derecha e izquierda, exactamente como haría cualquier alguacil. Sin duda si el asesino lo veía de cerca, o incluso de lejos, sabría que ocurría algo raro.

A mi espalda, nuestra escolta representaba su papel un poco mejor. Podían detectarse sus movimientos, así como los fugaces destellos de sus vainas, pero caminaban en silencio y entre las sombras y solo eran totalmente visibles cuando pasaban junto a una farola; la luz de la luna llena no había llegado aún a Charles Street.

¿Y yo? Caminaba con cierto remilgo, más bien despacio, con la intención de parecer accesible, como había observado que hacían las mujeres de la calle.

De esta forma nuestra extraña procesión giró hacia Tavistock Street, la recorrió, cruzó Southampton y siguió por Maiden Lane. La luz de la luna llegaba con mayor claridad en aquella zona. Los alguaciles que me seguían ya no podían ocultarse como antes, desplazándose entre las sombras. Sin embargo, consiguieron disimular su propósito adoptando un andar pausado y mostrándose totalmente indiferentes a Perkins y a mí. Había unos cuantos transeúntes en Maiden Lane, que no parecieron fijarse en nosotros, y pasaron por nuestro lado sin sospechar nada, ni mostrarse siquiera curiosos.

Llegamos luego a Bedford Street, que parecía más peligrosa, pues cerca de aquella ancha calle, con sus tabernas y casas de comida de mala nota, donde se había encontrado el cuerpo mutilado de Polly Tarkin. Perkins parecía alejarse de mí con sus largas zancadas y se hallaba ya tan lejos de mí como los alguaciles que me seguían.

Recuerdo que no había dado más de veinte pasos por Bedford, dejando a mi escolta atrás temporalmente, en Maiden Lane, cuando una pareja emergió bruscamente de una taberna y chocó conmigo. Yo intenté seguir adelante, pero de pronto una mano masculina tiró de mí con rudeza.

—¡Oye, tú! ¿Qué clase de fulana eres, que no pides perdón cuando tropiezas con

un tipo? Voy a darte una patada en el culo, eso voy a hacer.

Conocía aquella voz. Aquellas palabras pronunciadas con una lluvia de saliva y olor a ginebra, solo podía ser la de Jackie Carver, y solo tuve que echarle una ojeada para confirmarlo. Intenté desasirme, pero él volvió a agarrarme.

—Bueno, adónde crees... —Se interrumpió entonces y de repente soltó una de sus tontas risitas—. ¡Mira quién es, Mariah! Es el chico del juez. Va vestido de mujer y con la cara y los morros pintados como tú.

Sí, era Mariah quien lo acompañaba. Se había quedado atrás, de modo que se acercó tambaleándose ligeramente a causa de la ginebra. Estiró el cuello hacia mí, me enfocó con dificultad y luego se echó a reír.

—*Dio mio, è vero!* ¡Es cierto, es él! —Y volvió a reír.

Alargó la mano hacia mi cara como si quisiera quitarme la pintura. Yo me eché hacia atrás. Jackie me tiró del brazo y yo, movido por fin a la acción, le propiné un fuerte golpe en el pecho que le hizo tambalearse. Me miró con absoluta incredulidad.

—¿Sabes quién soy, amigo? —chilló—. ¿Sabes lo que podría hacerte?

Justo cuando se echaba la mano a la espalda dispuesto a abalanzarse sobre mí, se encontró presa de unos brazos fornidos, pues la escolta me había alcanzado por fin. De la misma manera repentina, el señor Perkins se hallaba a mi lado preguntándome si estaba bien. Empuñaba la pistola.

Mariah miraba a unos y otros, perpleja, con los ojos muy abiertos, sin decir nada.

Jackie Carver comprendió su situación de inmediato.

—Bueno, caballeros, suéltense, suéltense. Ha sido un malentendido, como dirían ustedes. Pensaba que esta fulana estaba disponible. Si es un asunto del juez, no tengo nada que hacer. Suéltense.

—Tú sigue, Jeremy —dijo el alguacil Cowley—. Nosotros nos ocuparemos de este.

—Vamos, muchacho —dijo el señor Perkins—. Quizá deberíamos seguir juntos.

—Creo que no, señor. Pero permanezcamos más cerca el uno del otro.

—Caminas demasiado despacio.

—No, señor, si me lo permite, señor, usted camina demasiado deprisa, como un hombre. ¿Podría intentar ser un poco más... un poco más femenino al caminar?

El alguacil me miró furiosamente y pareció a punto de decir algo, pero se contuvo durante un buen rato.

—Lo intentaré —dijo por fin.

Dio media vuelta, recorrió rápidamente quince o veinte metros por Bedford Street, se detuvo y me indicó que avanzara. Yo le seguí, caminando como antes, consciente de que Mariah y su protector me observaban. Sentí vergüenza, pero continué, pues se trataba, al fin y al cabo, de un asunto del juez.

El pobre señor Perkins se esforzó cuanto pudo. No podía andar remilgadamente, pues dudo de que supiera cómo, pero dio pasos más cortos en lugar de sus habituales zancadas de hombre. Como resultado, parecía más bien que arrastraba los pies, lo que

sin duda era una mejoría. Sin embargo, el chal que le había dado el alguacil Cowley le impidió seguir, porque quería volver a tapar la pistola. Se detuvo y se inclinó para hacerlo. Con ayuda del muñón intentó envolver otra vez la pistola... tarea imposible, por supuesto. Yo me apresuré a acudir en su ayuda, pero él me ahuyentó con un ademán. Finalmente, dejó caer el chal por encima de la pistola, que quedó cubierta, pero tal vez por poco tiempo. Sin embargo, reanudamos la marcha.

Yo deseaba de todo corazón haber despachado antes a aquel tipo, Jackie. ¿Por qué me había quedado parado como un idiota, dejando que me agarrara? ¿Por qué había permitido que Mariah se riera de mí? ¿Por qué? ¿Por qué? De repente me encontré temblando de frustración por el incidente de antes. Decidí que era mejor sacármelo de la cabeza. Más tarde, cuando tuviera oportunidad, volvería a pensármelo bien.

Al mirar en torno a mí cuando pasé por delante del callejón que conducía al cementerio de San Pablo, vi el resplandor amarillo rojizo de la gran hoguera de Covent Garden y oí el clamor de la multitud. Al mismo tiempo, me sorprendió ver un carro parado en el callejón y sin su conductor, lo que no era sorprendente en sí mismo, salvo por el hecho de que se trataba sin duda del carro del Rastrero, de eso estaba seguro. Aunque no veía la tosca calavera de la muerte pintada en el costado, hubiera reconocido a aquellos caballos esqueléticos y somnolientos en cualquier parte. Ambos rucios tenían un color gris espectral y ambos permanecían temblorosos y con las cabezas gachas. Me pregunté dónde podía estar el Rastrero, aunque sabía, claro está, por qué estaba allí. Quizá se hallaba en el edificio frente al cual había dejado el carro. Quizá alguna pobre alma que había vivido tras una de aquellas ventanas había muerto por enfermedad o miseria. Mejor eso, pensé, que ser la víctima de un asesino, y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Al final de Bedford Street, Perkins cruzó a King Street. Yo aminoré el paso, pues vi que se detenía delante mismo del número 6, en Queen's Court, el lugar donde se había cometido el último homicidio y el más inhumano. Me pregunté si el alguacil pretendía entrar allí para rastrear el patio vecinal. ¿Había oído o visto algo? No, de nuevo intentaba envolver la pistola con el chal, esta vez con los dientes. Me acerqué más dispuesto a insistir en que me dejara ayudarlo.

Había llegado justo a la altura del pasaje que conducía al patio vecinal contiguo, conocido como Three Kings, cuando alguien que había permanecido completamente invisible a mis ojos, tiró de mí y me arrastró hacia el oscuro pasaje.

El asaltante me tapaba la boca con una mano para que no pudiera gritar y me retorció el brazo derecho a la espalda. La mano despedía un hedor insoportable y olía aún peor cuando la mordí. Mordí con fuerza un dedo, y seguí clavándole los dientes sin soltarlo. Al mismo tiempo, le clavé el codo izquierdo en las costillas con toda la fuerza de que fui capaz. Era un hombre corpulento, se adivinaba por su fuerza, casi tan ancho como alto. Los pies no me sirvieron de nada mientras seguía arrastrándome hacia el patio, pero noté el sabor de su sangre en la boca y supe que no seguiría tapándomela con la mano mucho más tiempo. Cuando nos detuvimos, hundí el talón

del zapato en su pie. Me soltó entonces todo menos el brazo y yo me retorcí para darme la vuelta y encararme con él.

¡Dios santo, era el Rastrero! Lo vi claramente a la luz de la luna.

—¡Perkins! —grité, desgañitándome.

Oí pasos procedentes de la calle cuando el Rastrero me soltó el brazo, y la hoja de un cuchillo lanzó un destello en su mano derecha. Avanzó pesadamente hacia mí, yo lo esquivé y giramos. Era él quien daba la espalda a King Street cuando Perkins apareció en la entrada del pasaje pistola en mano. Retrocedí a toda prisa.

El Rastrero debió percibir la presencia del alguacil, pues echó a correr hacia mí todo lo que daban de sí sus arqueadas piernas. Vi que no tenía intención de detenerse, de modo que amagué hacia la izquierda y salté hacia la derecha, lejos del cuchillo, pero cuando pasó por mi lado, el Rastrero me lanzó contra la pared. Justo cuando oía la detonación de la pistola de Perkins, mi cabeza golpeó la pared de ladrillo y yo caí en el negro vacío de la inconsciencia.

Cuando recobré el sentido, estaba completamente solo, pero no en el pasaje. De eso estaba seguro, pues pasé la mano por la superficie en la que yacía y descubrí que era una cama. ¿La mía? Abrí los ojos con esfuerzo y mirando a un lado y a otro vi que sí, estaba en mi cama y en mi habitación del ático. Intenté incorporarme, pero un súbito dolor en la nuca me obligó a posarla de nuevo sobre la almohada. Me toqué la dolorida cabeza y la encontré envuelta en un gran vendaje.

¿Cuánto tiempo llevaba así? ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Me concentré en los acontecimientos que habían precedido a mi pérdida del sentido. Los recordaba con claridad y por ello daba las gracias, ya que había oído decir que a veces un golpe en la cabeza podía causar una pérdida de memoria, incluso total. Lo recordaba todo demasiado bien: cómo me habían arrastrado hacia el pasaje y yo me había defendido lo mejor posible, el sabor de la sangre en la boca, y luego cómo me había soltado y había descubierto con gran asombro que mi agresor era el Rastrero. Recordé también que me había arrojado contra la pared cuando Perkins le disparó. ¿Me había dado a mí? ¿Esa era la causa del horrible dolor que sentía en la nuca? No, era más probable que me hubiera golpeado con el canto de un ladrillo en algún punto en que la argamasa se hubiera desmenuzado. Quizá me había roto la crisma. Desde luego era así como me sentía.

De modo que Perkins había matado al Rastrero de un disparo. Los asesinatos se habían acabado. Estaba contento, y contento por ese motivo y feliz de encontrarme en mi propia cama, volví a perder el conocimiento. Sin embargo, fue el sueño lo que se adueñó de mí y lo recibí con sumo agrado. Mis sueños fueron de lo más agradables. Me hallaba a bordo de un barco, un majestuoso navío con las velas desplegadas que se deslizaba sobre las olas con la misma suavidad que un coche de cuatro caballos

sobre una carretera bien pavimentada. Mariah estaba a mi lado. Paseábamos por la cubierta juntos, a proa y a popa, sintiendo el viento en el rostro. No se reía de mí, sino que me decía muy seria que me amaba. Los marineros nos trataban con gran respeto y se quitaban el sombrero a nuestro paso, y el capitán del barco, Tom Durham, que era casi como un hermano, nos invitaba a la toldilla donde se hallaba su puesto de mando. Tom desplegabá un telescopio grande y largo y contemplaba el horizonte. «¡Tierra a la vista! —exclamaba—. Veo la playa de Massachusetts». Entonces apareció Annie Oakum.

Pero era la Annie real y no una parte del sueño. Había entrado en la habitación. Yo tenía la cabeza vuelta hacia ella y abrí los ojos; aún había suficiente luz de luna para distinguir quién era.

—Estás despierto —dijo.

—Acabo de despertarme —dije.

—Tierra a la vista, has dicho. ¿Estabas soñando?

—Ah, sí, pero era Tom quien lo decía.

—¿Tom Durham? Yo sueño con él a menudo, pero mis sueños no valen gran cosa.

Intenté levantarme, pero de nuevo sentí dolor en la nuca, aunque no tan fuerte como antes. Annie me empujó suavemente contra la almohada.

—Tienes que quedarte quieto —dijo—. Lo ha ordenado el señor Donnelly. Ha insistido en eso.

—¿Ha venido a verme?

—Oh, desde luego. Ha dicho que tenías una con... con...

—¿Conmoción?

—Eso ha dicho. Y que tienes que quedarte en la cama y yo tengo que vigilarte. Así que, aquí estoy. —Hizo entonces una pequeña reverencia y vi que iba en camisón—. Mi segunda visita de la noche.

—¿Qué hora es, Annie?

—No lo sé, pero es tarde. La gran hoguera de Covent Garden se ha consumido ya del todo. —Suspiró—. Te aseguro que cuando ese alguacil manco te ha traído, he tenido miedo de que no despertaras nunca más. ¡Oh, Jeremy, estoy tan contenta de verte vivo!

Annie se inclinó y me plantó un beso en la mejilla. Con el rostro tan cerca del suyo, vi que tenía lágrimas en los ojos.

—No más que yo.

—Tengo que ir a decirle a sir John que estás despierto. Está tan afligido el pobre... te han herido gravemente y para nada.

—¿Para nada? —Una vez más, impulsivamente me incorporé, con el mismo desagradable resultado—. ¿No lo ha matado el señor Perkins de un tiro?

—Oh, no, todos los alguaciles están muy enfadados consigo mismos por haberle dejado escapar. Ni siquiera han podido verle bien.

—¡Annie, tienes que ir a decirle a sir John que yo sé quién es! ¡Yo sé quién es el asesino!

Con los ojos desorbitados y sin decir nada más, Annie salió al vuelo. En menos de un minuto, mi pequeña habitación estaba atestada de visitantes. No solo había venido sir John, sino también el señor Donnelly y el alguacil Perkins, correctamente vestido, además de Annie.

—Ah, Jeremy —dijo sir John—, no tengo palabras para describir... quiero decir que yo... me culpo a mí mismo por esta terrible desgracia. Te pido sinceramente que me perdones. Pero Annie dice que tú... tú...

—Sí, señor —dije—, era el Rastrero.

—¡El Rastrero! ¡Dios santo, claro! Siempre estaba por allí, ¿no es cierto? Y siempre he creído que está medio loco. Pero ¿estás seguro de que era él?

—Lo he visto claramente a la luz de la luna, señor, y tenía un cuchillo. Más cerca no lo podía tener cuando me ha derribado. Era el Rastrero. No podría estar más seguro.

—Y con un cuchillo. Tenemos suerte de que estés vivo.

—No lo estaría de no ser por las enseñanzas del señor Perkins.

—Buen muchacho —dijo el señor Perkins—, no has perdido los nervios.

—He oído su disparo. Suponía que lo había matado.

—No, Jeremy, con las prisas he fallado. Tenía miedo de darte a ti. Si hubiera esperado un poco más, no habría fallado, lo juro.

—Alguacil Perkins. —Sir John hablaba con voz de mando.

—¿Sí, señor?

—Reúna un grupo de vigilantes a la mayor brevedad. Encuentre al señor Bailey si es posible... pero no podemos esperarle. Yo iré al mando, en cualquier caso. —Sir John farfulló algo ininteligible mientras pensaba con celeridad—. Jeremy —dijo—, tú has visto al Rastrero, pero ¿te ha visto él a ti?... Bueno, claro que te ha visto, pero ¿te ha reconocido? ¿Se ha dado cuenta de que tú lo reconocías a él?

Tuve que meditar la respuesta.

—No podría decirlo, señor —contesté por fin—. Seguro que se ha dado cuenta de que no soy una mujer por el modo en que he aullado para llamar al señor Perkins. Pero me ha agarrado por detrás y hemos estado en la oscuridad la mayor parte del tiempo. Sí que es muy posible que haya supuesto que no le he conocido.

—Muy bien —dijo sir John—. Entonces puede que lo hallemos en aquella espantosa casa de muertos. En cualquier caso, esperemos que no haya huido. En marcha, señor Perkins; cuatro o cinco vigilantes serán suficientes.

El alguacil salió y bajó las escaleras a toda prisa con gran estrépito.

Donnelly, que había estado esperando a que se solucionaran aquellas cuestiones de tipo inmediato, se acercó entonces a la cama y pidió a Annie que encendiera un quinqué.

—Ya veo que tienes la cabeza despejada, pero voy a examinarte más

detenidamente ahora que has vuelto al mundo de los vivos.

Aunque excitado por mi conversación con sir John e impaciente por conocer el resultado, en cuanto salieron todos de mi habitación, solo permanecí despierto unos minutos más. Si soñé, no lo recordaba cuando desperté con la luz de la mañana. De nuevo me incorporé con cuidado a fin de poner a prueba la herida. El dolor había disminuido. Pude sentarme, echar los pies hacia un lado y hacer mis necesidades en el orinal que tenía junto a la cama. Por el momento no me atreví a ponerme de pie.

Oí el ruido que hacían Annie y lady Fielding abajo, en la cocina, y al pensar en el desayuno que preparaban, me di cuenta de que tenía hambre, ¿o era una cierta sensación de náusea? ¿O ambas cosas a la vez? En todo caso, me alegré de oír pasos en las escaleras y más aún de ver a lady Fielding con un cuenco en la mano. Pensé que serían gachas de avena, pero no.

—Annie te ha preparado un buen caldo sabroso, Jeremy —dijo con una cálida sonrisa—. Lo ha ordenado el señor Donnelly. Dice que quizá tu estómago no acepte otra comida más sólida.

Me incorporé sobre los codos y afirmé que podía sentarme sin dificultad, pero ella me arregló la almohada para que me sentara con la cabeza apoyada. Luego se sentó en mi cama e insistió en darme el caldo como a un bebé. Aunque algo contrariado por ello, encontré el caldo muy apetitoso, tal como ella había prometido, y no pareció afectar a mi estómago. No tenía nada más que hacer que abrir la boca para que me la llenara y escuchar lo que me contaba ella sobre los acontecimientos de la víspera.

—Te gustará saber que han capturado a ese monstruo —dijo—, dado que fuiste tú quien lo hizo posible.

—¿El Rastrero? —Hice una pausa para que me metiera la cuchara de caldo en la boca—. ¿Está abajo?

—En efecto, encerrado en ese calabozo que tienen en la parte de atrás de la sala de vistas. Comparecerá ante Jack dentro de una hora, luego irá directamente a Newgate. Jack dice que ha confesado y, además, lo pillaron en... una situación comprometedor... no es necesario que entre en detalles. ¡Esos espantosos crímenes tenían un terrible propósito! Dios bendito, Jeremy, Londres es un lugar aterrador y sin leyes. He llegado a pensar que Jack y sus alguaciles son lo único que se interpone entre nosotros y la anarquía total.

—Y lo consiguen —dije yo.

—Sí, y tú con ellos. No sabes lo orgullosos que estamos de ti. Jack ha afirmado que ninguno de los Vigilantes se hubiera mostrado tan valiente como tú. Está furioso consigo mismo por haberte puesto en peligro. Creo que quiere que le perdones.

Aquella idea me dejó estupefacto.

—Pero si no hay nada que perdonar. Hubiera hecho lo mismo cien veces por sir

John. Creo que estaría dispuesto a morir por él.

—Lo sabe, y al parecer cree que ha abusado de tu confianza. Lo cierto es que ninguno de nosotros creíamos que tu vida estaría amenazada. Al fin y al cabo, te escoltaban cinco alguaciles, ¿qué podía salir mal? Y si Annie y yo nos comportamos con ligereza cuando te preparábamos fue porque también nosotras creíamos que estarías protegido. Debes perdonarnos por nuestra frivolidad.

—No hay nada que perdonar —repetí—. Estaba mucho más violento que asustado.

—Eso nos pareció. —Lady Fielding exhaló un suspiro, e hizo sonar la cuchara contra el fondo del cuenco vacío—. Bueno, te lo has tomado todo. ¿Qué tal te sientes con algo de comida dentro? Espero que no te moleste el estómago.

—No, en absoluto. Dele las gracias a Annie de mi parte. Dígale que era justamente lo que necesitaba.

—Una cosa buena ha salido de todo esto —dijo ella—. La confesión de ese horrible hombre habrá de alejar las sospechas del señor Tolliver. Tú y yo sabíamos que no podía haber cometido tales crímenes.

—Eso es muy cierto —repliqué.

—Pero espera, déjame ponerte bien la almohada para que estés cómodo.

Arregló la almohada como si estuviera pensando en otra cosa. Cuando terminó, me recosté y la miré. Tras un momento de vacilación, habló al fin.

—Jeremy, voy a decirte algo que jamás le he contado a Jack, de modo que habrá de ser un secreto entre nosotros. —Una vez más, vaciló—. En la época en que Jack me pidió que me casara con él, el señor Tolliver me cortejaba también con la misma intención; eso lo había dejado claro. Era viudo y a mí me parecía un hombre bueno y honrado en todos los aspectos. Me hubiera casado con él de no habérmelo pedido Jack. No puedo creer que sea un juez tan pésimo del carácter de las personas como para que un hombre con el que me hubiera casado sea culpable de un crimen de cualquier clase, y mucho menos de unos crímenes de naturaleza tan horripilante. Así que, ya lo ves, te estoy muy agradecida por tu contribución para que ese hombre al que llaman el Rastrero vaya a la horca. Te doy las gracias, y también te agradezco que hablaras a Jack en favor del señor Tolliver.

Todo lo que acababa de decirme, lo había adivinado yo hacía tiempo. No obstante, repliqué:

—El señor Tolliver volverá y nos explicará su ausencia de manera satisfactoria, estoy seguro.

—Que sea nuestro secreto —repitió. Recogió el cuenco vacío y se marchó con una grave sonrisa.

Poco después, apareció Annie en el umbral de mi puerta. Venía a verme antes de irse a comprar a Covent Garden, lo que, en circunstancias normales, tal vez hubiera hecho

yo por ella. Parecía cansada y así se lo dije.

—Y cómo no voy a estarlo —exclamó ella—, con sir John subiendo y bajando por las escaleras y yo levantándome dos veces más para ver qué tal estabas durante la noche.

—Pero no era necesario, Annie. Como puedes ver, me encuentro bien.

—Oh, ya lo veo. Seguro que tienes mejor aspecto que yo, y te sientes mejor también. Bueno, me alegro, Jeremy, porque de verdad te lo mereces. Quizá no lo sepas, pero sir John cree que deberían darte la recompensa votada por el Parlamento: veinte guineas, ¡menuda fortuna!

—¿Eso ha dicho?

—Sí. ¡Yo también cambiaría un golpe en la cabeza por veinte guineas! —Después de decir esto, rápidamente clavó la vista en el suelo. Luego se corrigió—: No quería decir eso. Estoy segura de que te has ganado la recompensa. —Y, con un suspiro, añadió—: Jeremy, viejo amigo, me voy al mercado. Compraré unas manzanas, por si el señor Donnelly dice que puedes comerlas.

Al cabo de una hora de la visita de Annie, vino a verme sir John. Yo había pasado el tiempo soñando en lo que podía hacer con veinte guineas. Annie tenía razón: era una fortuna. Con aquel dinero podría comprar la libertad de Mariah y... ¿y qué? La amargura que me habían producido nuestros dos últimos encuentros se había borrado un tanto gracias al extraordinario sueño que había tenido. ¿Bastaría lo que quedara de pagar su libertad para comprarnos el pasaje hacia las colonias? Lo dudaba, aunque sin duda sería suficiente para que ella volviera a Italia con su gente. ¿Era eso lo que yo quería? Desde luego que no, aunque lo preferiría a verla en Londres sin oficio ni beneficio. Quizá cuando se viera libre de aquel villano, yo podría persuadirla para que entrara en el Asilo de la Magdalena, o para que aceptara la oferta de empleo del señor Bilbo; sí, estaba seguro de que podía convencerla. En este segundo caso, al menos, llevaría una vida segura y ordenada, y lo mejor de todo era que yo podría verla tan a menudo como quisiera. Estaba tan enfrascado en mis reflexiones que no presté atención cuando oí los pasos de sir John en la escalera, así que me pilló por sorpresa verlo en el umbral de mi puerta con actitud vacilante. No podía saber, claro está, ver si yo estaba despierto o dormido.

—Entre, sir John —le animé—, pues estoy impaciente por oír sus noticias.

—Ah, Jeremy, buen muchacho. Me ha dicho Kate que has mejorado mucho, que has tomado algún alimento.

Entró en la habitación y se plantó junto a mi cama con las manos enlazadas a la espalda. Yo me había acomodado la almohada de forma que pude incorporarme sin sufrir molestia alguna.

—He comido —dije yo—, y muy feliz de hacerlo, porque estaba realmente hambriento. Pronto podré volver a comer como Dios manda.

—Algo más sólido que el caldo, ¿eh? Bien, eso depende de lo que diga el señor Donnelly. Pasará más tarde para echarte una ojeada.

Sir John se quedó callado. Esperé. Luego se lanzó a relatar la captura del Rastrero. Eran seis en total los que llegaron a la necrópolis situada a orillas del Támesis: cuatro alguaciles dirigidos por el señor Perkins y con ellos el señor Donnelly y el propio sir John. Sigilosamente se acercaron al cobertizo, en el que brillaba una luz mortecina. Poca necesidad había de tanto sigilo, pues cuando irrumpieron en el cobertizo, hallaron al Rastrero ocupado en su actividad criminal, ajeno a todo lo demás.

—*In fraganti delicto* lo encontramos —exclamó sir John—. Tan seguro estaba de sí mismo que después de golpearte y dejarte sin sentido, escapó a través del patio contiguo, se buscó una nueva víctima y acabó con ella asestándole una única estocada en el corazón. Había estado practicando durante meses con los cadáveres de su cobertizo. El señor Perkins apuntó a la cabeza del Rastrero con la pistola y rápidamente este dejó lo que estaba haciendo.

(Todo esto, lector, resultó un poco vago para mí).

Dadas las circunstancias, el individuo confesó rápidamente y sacó el estilete de hoja larga y delgada con el que había cometido sus villanías. Admitió que había habido más víctimas de las que nosotros conocíamos. Desde hacía casi un año, había estado matando a una por mes. Si sus infames crímenes han salido a la luz ha sido únicamente porque se halló el cadáver de Teresa O'Reilly antes de que pudiera llevárselo en su carro.

—Debería haber sospechado de él, estúpido de mí —añadió sir John—, pues lo hallamos dos veces con su carro en la escena del crimen sin que nadie le hubiera llamado. Sin embargo, era una imagen tan familiar, que parecía formar parte del proceso, que no le presté atención.

Me vino un recuerdo a la cabeza e interrumpí al magistrado por primera vez.

—Recuerdo, sir John, que vi su carro en el callejón de Bedford Street en el que mataron a Polly Tarkin, y fue justo antes de que me atacara.

—¿Y no te extrañó?

—No, en absoluto. Pensé que habría ido a recoger a alguien que hubiera muerto por causas naturales.

—Entonces, quizá no soy tan idiota como suponía. —Después de un breve silencio, prosiguió con cierto aire meditabundo—. Hoy en la sala ha surgido una auténtica decepción. Se ha celebrado el juicio indagatorio sobre el asesinato de anoche y el juicio al Rastrero al mismo tiempo. Puede que no sea el procedimiento correcto, pero de esa forma lo hemos zanjado rápidamente. En cualquier caso, lo cierto es que, si bien ese loco ha confesado sin vacilar tres de los asesinatos, ha negado airadamente que tuviera algo que ver con las muertes de Polly Tarkin y Libby Tribble, es decir, con los asesinatos en los que los cuerpos fueron brutalmente profanados. Cito sus palabras: «Yo no trataría así a una mujer», como si su método de

asesinato fuera mucho más clemente. Yo le he echado un buen rapapolvo. Le he dicho... —Se encogió de hombros—. Bueno, poco importa lo que haya dicho. Lo que cuenta es que no me ha quedado más remedio que creerle. Así pues, aun habiendo capturado a un asesino, tenemos ahora que buscar a un segundo.

—Y el señor Tolliver sigue siendo sospechoso.

—A falta de otro, sí.

—Lady Fielding sufrirá una tremenda decepción.

—Ya la ha expresado. Sin duda tú estás a punto de hacer lo mismo.

—No, señor, ha oído ya todo lo que tenía que decir sobre ese asunto.

—Te lo agradezco. Hay otro asunto que se ve afectado por esa revelación, y tiene que ver contigo, Jeremy. Tenía la intención de dar tu nombre al Parlamento para que se te entregara la recompensa ofrecida por la captura del asesino. Pero dado que ahora sabemos que son dos, indudablemente te darán una parte, pero no toda la recompensa. No sé cómo la repartirán, pero creo que recibirás una suma considerable.

—Pero, sir John, si yo no esperaba nada —dijo animadamente, disimulando mi decepción.

—Realmente eres tú quien más se lo merece —dijo—. Fuiste tú quien arriesgó la vida. Fuiste tú quien lo reconoció. Lo hiciste todo menos ponerle la pistola en la cabeza.

—Bueno, gracias, señor. No sé qué decir.

—No hay nada más que decir... salvo quizá pedirte de nuevo perdón por haberte puesto en peligro. Perdóname, te lo ruego.

—Yo creo que no hay nada que perdonar, pero si quiere mi perdón, lo tiene mil veces.

—Gracias, muchacho. —Se dio la vuelta para salir, pero al llegar a la puerta añadió—: Bueno, al menos Hosea Willis está ya en Newgate y pronto acabará en el patíbulo.

—¿Hosea Willis? ¿Quién...?

—Es el nombre del Rastrero. Yo no tenía la menor idea. Incluso él ha tenido que pensárselo un poco para recordarlo. Qué hombre tan extraño y desgraciado es... o era.

Y con estas palabras, se fue.

Razón tenía. Recordé lo que había oído decir del Rastrero... de Hosea Willis, si aquel era su nombre. Había heredado su extraña vocación de su padre, que a su vez lo había heredado del suyo, y sería el último. En los numerosos encuentros que había tenido con el Rastrero, me había parecido siempre que estaba medio loco, como había dicho de él sir John. ¿Era su trabajo la causa de su locura? ¿Quién podía saberlo? ¿Merecía acabar en Bedlam^[13] en lugar de la horca? Una vez más, ¿quién podía saberlo?

La visita de Donnelly comenzó de un modo muy profesional. Me encontró sentado en la cama, y creo que eso no fue de su agrado, aunque no dijo nada al respecto. Me saludó y procedió a desenrollar el gran turbante de vendas que me rodeaba la cabeza, a fin de examinar la herida. Palpó el corte cautelosamente con un dedo y yo di un leve respingo.

—¿Te duele? —preguntó.

—Un poco —contesté.

—No me cabe duda.

Luego sacó una botella de ginebra de su maletín, empapó un poco de algodón con ella y lo aplicó al corte. El contacto me produjo un fuerte dolor. Luego el médico cogió otra venda enrollada y me envolvió la cabeza con ella al estilo musulmán como antes.

—Por suerte tienes una cabeza muy dura, Jeremy. Una fractura hubiera supuesto un grave peligro para tu vida. ¿Qué tal el dolor de cabeza? Supongo que debe de haber remitido, de lo contrario no estarías sentado.

—Solo lo noto cuando giro la cabeza bruscamente.

—Bueno, pues no lo hagas. Ahora echémosle un vistazo a esos ojos.

Encendió una bujía y, al igual que la noche anterior, la movió de un lado a otro delante de mi cara, pidiéndome que siguiera la luz con los ojos. Luego apagó la llama y examinó de cerca mis ojos.

—Parecen perfectamente —dijo—. No ves doble, ni borroso, ¿verdad?

—No, señor.

—Bien.

—¿Puedo leer?

—No veo razón para que no lo hagas, siempre que no fuerces demasiado la vista. Pero creo que es mejor que no leas a la luz de las bujías.

—¿Puedo levantarme y andar por la casa?

—Todavía no. Pero bastará con que te quedes un par de días más en la cama para recuperarte.

—¿Y la comida? —pregunté—. Solo he comido un caldo hoy.

—¿No has vomitado? ¿No has sentido náuseas?

—No, señor.

—Entonces puedes comer lo mismo que los demás. Annie podría prepararte una bandeja y traértela aquí para que puedas comer en la cama. Se lo comentaré.

El señor Donnelly empezó a recoger sus cosas, enrolló la venda sucia y guardó la botella de ginebra. Mientras esto hacía, le formulé una pregunta.

—Señor Donnelly —dije—, usted sabe mucho latín, ¿verdad?

—Eso creo —contestó—, latín médico, latín eclesiástico. ¿Por qué lo preguntas?

—*Sir John* ha usado una frase latina para describir la captura del Rastrero, que me

ha dejado perplejo. Ha dicho que lo han pillado *in fraganti delicto*. ¿Qué quería decir, señor?

El señor Donnelly, que parecía siempre dispuesto a sonreír o a soltar una carcajada, me miró con expresión muy seria.

—Eso se traduciría de manera aproximada como «pillado con las manos en la masa» —dijo.

—¿En qué masa, señor?

—Bueno, Jeremy —contestó él, después de un breve carraspeo—, viviendo como vives en Covent Garden, sin duda te habrás dado cuenta de lo que ocurre entre hombres y mujeres, como en el comercio de la prostitución, ¿no?

—Oh, sí, señor.

—Entonces puedo decirte que a esa criatura, el Rastrero, lo han pillado cuando mantenía relaciones sexuales con el cadáver de una mujer.

—¿Con una mujer muerta? ¿Es eso posible? ¿Se puede hacer?

—Se puede hacer y lo hizo. Incluso a mí, que he visto mucho más de lo que desearía, me horrorizó lo que vi en aquel cobertizo. Verás, Jeremy, la función sexual es muy potente en los hombres, es una gran fuerza en verdad, y si se reprime, puede llegarse a la locura. En el caso del Rastrero, debido a su espantosa reputación y a las historias que se contaban sobre él, por no mencionar su abominable aspecto, incluso las prostitutas de la calle lo rechazaban. El método que eligió para satisfacer su lujuria no es tan extraño, considerando su familiaridad con los muertos; eran sus súbditos; él era su amo. Con aquel pequeño estilete suyo, podía convertir a las que lo habían rechazado, o podían rechazarlo, en sus sumisas compañeras. *Sir John* se censura a sí mismo por no haberse dado cuenta antes de que el Rastrero era el culpable, puesto que siempre aparecía en el lugar del crimen. Yo me censuro a mí mismo por no haber comprendido el significado de la naturaleza peculiar de las heridas, prácticamente sin efusión de sangre, que infligía. Porque, aun muertas, sus víctimas parecían vivas.

Yo escuché con la mayor solemnidad todo cuanto el señor Donnelly me pudo contar. En mi fuero interno estaba realmente intrigado, atónito por la perversa lógica que sus palabras sugerían. Sin embargo, mi respuesta fue bastante insulsa.

—No tenía la menor idea.

—Ni ninguno de nosotros —dijo él.

Medité largo rato todo aquello y luego, desviando mis pensamientos hacia cosas prácticas, dije:

—Entonces, según me ha dicho, ¿tenía una nueva víctima, una nueva... compañera?

—En efecto.

—¿Sería de utilidad que escribiera otro anuncio para el *Public Advertiser* pidiendo a los que la conocieran que vinieran a identificarla? No tengo nada en qué ocupar el día.

—No será necesario, Jeremy. En realidad el Rastrero la conocía en cierto modo. Ella lo había rechazado a grito pelado, así que él había hecho indagaciones y había jurado que la haría suya a su manera. Era una chica italiana que se llamaba Mariah, o seguramente María. Ninguna de sus compañeras de la calle parece saber su apellido.

Anonadado, igual que si hubiera recibido un tremendo puñetazo, me recosté en la almohada con los ojos cerrados, pugnando por reprimir las lágrimas. Sin embargo, las lágrimas fluyeron.

Donnelly me agarró por el hombro.

—Jeremy —dijo—, no tenía la menor idea de que la conocieras.

XI

En la que el señor Tolliver aparece y se da caza a un asesino

Hosea Willis compareció ante el lord magistrado supremo al día siguiente en Old Bailey. La extraordinaria rapidez con que pasó de ser capturado a oír su condena se debió a que el conde de Mansfield deseaba dar por zanjado aquel asunto lo antes posible. Nada podía decirse en su defensa y nada dijo él. Se limitó a declararse culpable de los tres homicidios de los que le acusaron, y admitió que había cometido otros cuatro sin que fueran detectados. Tras su confesión, el lord magistrado supremo le preguntó si sentía remordimientos. Me dijeron que el Rastrero no hizo otra cosa más observarlo con mirada vacía y repetir la palabra como una pregunta: «¿Remordimientos?», como queriendo indicar que no sabía qué era eso. Fue condenado a morir en la horca y un mazazo rubricó la sentencia, dando por terminada la vida del Rastrero a todos los efectos, salvo las formalidades que debían cumplirse en Tyburn Hill.

Tras la breve comparecencia del Rastrero ante el tribunal que impartió justicia, me convertí en beneficiario de diez guineas en recompensa por su captura. Sir John me trajo esa suma en una bolsa de cuero muy parecida a la que usaba Polly Tarkin para guardar su botín. Me la entregó con una sonrisa cordial, afirmando que hubiera deseado que fuera más.

—En realidad —dijo—, creo que doce o trece guineas habría sido una repartición más justa, pero se ha decidido así.

—Estoy muy agradecido, señor —dije, sopesando la bolsa en mi mano.

—¿Deseas contarlas?

—No, señor, acepto la palabra de los miembros del Parlamento.

—Entonces quizá debería llevarme la bolsa abajo y dársela al señor Mardsen para que la guarde en la caja fuerte. No es prudente tener una suma importante por ahí, como tú mismo has tenido ocasión de advertirme.

—Con su permiso, quisiera quedármela yo. La necesito.

—¿Ah? Ya lo tienes gastado, ¿eh?

—Por así decirlo, sí, señor.

—Mmmm. —Sir John reflexionó brevemente—. Espero que no sea en nada frívolo.

—No, desde luego que no.

—Bueno, entonces quédatelo. —Se encaminó hacia la puerta de mi habitación, luego volvió a girarse hacia mí—. ¿Puedo preguntarte en qué has pensado? Quizá sea algo que nosotros podríamos proporcionarte: ropa... libros... Siempre que esté dentro de nuestras posibilidades, intentaremos dártelo.

—Lo sé, sir John, pero esto es algo completamente distinto. Confíe en mí, se lo ruego.

—Por supuesto —dijo él, y se fue tras una firme inclinación de cabeza.

Yo me quedé sentado en la cama con un libro y la bolsa llena de guineas en el regazo. De hecho abrí la bolsa y examiné el interior, pero no conté las monedas. La cerré y la arrojé sobre la cama, luego cogí el libro que había dejado abierto. Era un ejemplar de la amable novela del señor Goldsmith, *El vicario de Wakefield*, que lady Fielding me había ofrecido como regalo aquella misma mañana, sugiriéndome que tal vez el autor podía dedicármelo cuando volviera a verlo. Yo me había sumergido en el libro de inmediato, sintiéndome totalmente cautivado por el doctor Primrose y su prole. Sin embargo, con la recompensa en mis manos mucho antes de lo que esperaba, me resultó absolutamente imposible concentrarme en las páginas del libro, impaciente como estaba por la llegada del señor Donnelly.

La víspera, le había contado todo lo referente a mi relación con Mariah, desde el momento en que la había visto por primera vez como acróbata en Covent Garden, hasta nuestro último encuentro, cuando ella se rio de mí al verme ataviado de mujer. No dejé nada fuera, ni siquiera mi estúpida fantasía de huir con ella a las colonias americanas. Donnelly no se rio ni se burló de mí. Me contó que hacía años, cuando él era un muchacho de la misma edad que yo y vivía en Dublín, había sentido esa misma fascinación por una chica de las calles, que había llegado hasta el extremo de robar dinero de la tienda de su padre con la esperanza de reformarla, que el desastre había llegado cuando, al ser acusado del robo un dependiente de la tienda, el joven Gabriel se había visto obligado a confesar. Lejos de enfadarse, su padre le había cogido de la mano y le había convencido de que la chica solo quería su dinero, porque cada vez que pedía una suma, por la razón que fuera, siempre era más alta que la anterior.

—Tenía razón —añadió Donnelly—, pues cuando le dije que no podría darle más, se negó incluso a hablar conmigo.

—No puedo decir que fuera diferente con Mariah —dije yo entonces—. Pero ver una vida malgastada y luego arrebatada antes incluso de que hubiera una esperanza de cambio... ¿dónde está la justicia en eso?

—La vida no es justa, Jeremy. Es solo el espacio de tiempo que se nos da. Con él hacemos lo que podemos.

—Aun así —dije—, me gustaría hacer algo por ella.

Qué era ese algo no lo dije, aunque había meditado un plan que estaba supeditado a la recompensa prometida. Ahora que sir John me la había entregado, esperaba que pudiera llevarse a cabo.

El señor Donnelly llegó poco después de la visita de sir John, y tras un examen superficial, en absoluto tan exhaustivo como el que me había hecho el día anterior, declaró que «todo va sobre ruedas».

—¿Puedo levantarme de la cama? Me gustaría vestirme y comer con los demás.

—Bueno, pero nada más por hoy.

Se produjo un silencio. Luego cogí la bolsa de monedas y la agité, haciéndolas tintinear.

—He recibido mi recompensa —expliqué—. Diez guineas en total.

—Ojalá hubieran sido más —dijo él—. Ojalá no hubiera otro asesino por coger.

—Señor Donnelly, quisiera que cogiera usted este dinero y dispusiera lo necesario para que Mariah sea enterrada decentemente.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo, Jeremy?

—Estoy seguro. ¿Será suficiente?

—Oh, sí, pero... existen ciertas dificultades.

Lo tenía previsto.

—¿Es italiana y por tanto es católica?

—Sí, así es, pero hay sacerdotes aquí, en Londres. No tienen iglesia y actúan más o menos de incógnito, por así decirlo.

—¿No hay cementerio para enterrar a los muertos?

—Hay un terreno más allá de Clerkenwell cuyo propósito se mantiene en estricto secreto. No hay señales ni monumentos, pero es terreno consagrado.

—Bueno, entonces ¿cuáles son las dificultades?

—Bueno, en primer lugar, tendrá que ser enterrada de noche, sin ser vistos, y sin gran ceremonia.

—Sí, pero en un ataúd y en un lugar en el que a ella le gustaría estar.

—Sin embargo, será necesario persuadir al sacerdote. No conozco a ninguno de los de aquí, pero en Dublín yo diría que a uno le costaría convencer a un sacerdote de que una mujer de la profesión de Mariah debería ser enterrada entre otros con mayores posibilidades de morir en estado de gracia.

Todo aquello era un poco confuso para mí, pero alcancé a comprender el sentido de sus palabras.

—Quizá —sugerí—, si le dijera que su último acto fue el de rechazar al que quería comprarla... ¿no cambiaría eso las cosas? Quizá demostraría que tenía la intención de mejorar.

—Oh, puede que sí, Jeremy. Veré qué puedo hacer. No puedo prometer más.

A la noche siguiente me encontraba en un carro abierto de camino a Clerkenwell. Donnelly se había ocupado de todo: había alquilado el carro y el tiro de caballos en una cuadra y había contratado los servicios de un carretero irlandés. Incluso había pagado a una mujer para que fuera a su consulta a lavar y vestir el cuerpo de Mariah decentemente para su entierro. A petición mía, no se le pintó la cara. Pude verla una última vez antes de que cerraran el ataúd. Tenía el mismo aspecto que la primera vez que la había visto como acróbata en Covent Garden, cuando me había sonreído y había besado mi chelín de un modo tan encantador. Así sería enterrada. Me incliné

para besarla en la frente, pero no lloré cuando el carretero cerró la tapa y la clavó sobre la sencilla caja oblonga. Luego él y Donnelly llevaron el ataúd hasta el carro. No pesaba gran cosa. El carretero afirmó que él solo habría podido llevarlo.

Ellos dos se sentaron en el pescante y yo, sin pretender con ello insulto alguno, sobre el ataúd. Vestía mis mejores ropas y llevaba aquella casaca de color verde botella que ella tanto admiraba. Lo único que estropeaba mi aspecto era el vendaje de la cabeza. Creía que el sombrero lo taparía, pero no era así. Esperaba ser interrogado cuando Donnelly viniera a recogerme al anochecer y yo apareciera vestido como si fuera a bailar, pero ninguno de los de la casa me preguntó por mi aspecto ni por mi destino. Sospeché que Donnelly les había comunicado el propósito de nuestro misterioso viaje. En cualquier caso, de sir John y lady Fielding, e incluso de Annie, tan solo recibí miradas comprensivas y corteses saludos. Era mejor así. No sentía deseos de dar explicaciones ni de eludirlas.

El carretero conocía bien el camino. El sacerdote se lo había recomendado a Donnelly, porque había hecho el mismo viaje muchas veces y se podía confiar en que mantendría en secreto el emplazamiento del cementerio. Gracias al poco tráfico que había a aquella hora, los caballos rápidamente se pusieron al trote. Sin embargo, la distancia que debíamos recorrer era considerable. En St. John's Street, atravesamos Clerkenwell y pronto nos encontramos solos en Islington Road, cruzando los campos abiertos. Allí podía haber salteadores de caminos dispuestos a robarnos lo que quedaba en la bolsa de guineas que Donnelly llevaba en el bolsillo. Sin embargo, antes de que pudiéramos correr ese peligro, el carretero hizo frenar a los caballos y virar hacia la izquierda para enfilar un camino igual a cualquiera de los otros doce que había visto al pasar a la luz de la luna. Me fue imposible comprender cómo distinguió aquel camino de los demás.

No obstante, había acertado en su elección. Esto se hizo evidente cuando a escasa distancia vi la luz de una lámpara que permanecía inmóvil y luego se agitaba de un lado a otro en señal de bienvenida. Cuando llegamos, había una puerta abierta y un tipo fornido en mangas de camisa, pese al frío aire de la noche, que sostenía la lámpara en alto. Supuse que era el sepulturero. Sin decir una sola palabra, aquel hombre se colocó ante los caballos y los condujo por una pista de tierra hacia otra luz cercana. Cuando nos acercamos, vi la figura de un hombre de pie junto a un montón de tierra y un agujero.

A un gesto del sepulturero, el carretero tiró de las riendas y detuvo el carro. Él y Donnelly se bajaron y yo salté a tierra por un costado. Mientras los otros dos hombres bajaban la parte posterior del carro y sacaban el ataúd, Donnelly me llevó a un lado.

—Jeremy —dijo—, hay algo que he olvidado mencionarte. Para el servicio religioso deberíamos darle un apellido. Ya sé que me dijiste que no tenías la menor idea de cómo se llamaba, pero quizá podrías inventar algo apropiado.

Yo había pensado ya en ello y tenía preparada mi respuesta.

—Quizá «Angelo» serviría —dije. Incluso yo sabía un poco de italiano. Donnelly

sonrió.

—Eso servirá perfectamente.

Así nos encaminamos los cuatro hacia la tumba que se hallaba a unos metros de distancia: Donnelly sostenía la linterna e iluminaba el camino, el carretero y el sepulturero portaban el ataúd, y yo marchaba detrás como único allegado.

El sacerdote vestía como cualquier trabajador común. Era un hombre joven, de treinta y tantos, tan alto y fornido como uno de los alguaciles de sir John, pero con el rostro de un estudioso y la expresión más suave. Donnelly se inclinó hacia él y hablaron en cuchicheos. El ataúd se colocó en los soportes sobre el horrible agujero. Yo me quedé rezagado, no sabiendo muy bien de qué modo iba a participar en todo aquello. Así permanecí durante un par de minutos, hasta que Donnelly me hizo señas para que me acercara. El sacerdote quería conocerme.

—Padre —dijo el médico al sacerdote—, este es Jeremy Proctor. Él es el responsable de todo esto. Yo me he limitado a cumplir con sus deseos.

—Bueno, es muy decente esto que estás haciendo, Jeremy. —Me tendió la mano, que estaba llena de callos, y yo la estreché, quitándome el sombrero con la mano libre—. Enterraremos a la pobre chica —continuó el sacerdote— y dejaremos que el que esté libre de pecado tire la primera piedra. Así lo querría nuestro Señor. —Por su acento, también él era irlandés.

Donnelly se situó junto al sacerdote y le sostuvo la lámpara. El sacerdote abrió un libro encuadernado en negro, miró a derecha e izquierda y habló con tono solemne.

—Empecemos —dijo.

Luego comenzó a leer el oficio de difuntos en latín. Su voz siguió entonando el oficio durante muchos minutos. El latín es un idioma con el que la lengua se traba. Entendí una buena parte de lo que decía, aunque mis conocimientos de latín eran y son escasos. El sacerdote parecía saberse fragmentos enteros de memoria, pues alzaba los ojos de vez en cuando y entonaba ciertos pasajes con voz ronca que endulzaba para la ocasión. Me miró a mí cuando encomendó a Dios el alma de «María Maddalena di Angelo», añadiendo así un significativo adorno al nombre que yo le había dado. Sacó después una especie de varita que usó para rociar el ataúd con agua. Finalmente, nos miró e inclinó la cabeza. Donnelly dejó la lámpara a un lado y señaló las correas que había bajo el ataúd. Yo agarré la que tenía más cerca, que sujetó el sepulturero por el otro extremo. El propio sacerdote sacó los soportes y lentamente empezamos a bajar el ataúd por el profundo agujero. Mientras lo hacíamos, el sacerdote arrojó un puñado de tierra sobre el ataúd y entonó unas cuantas palabras más en latín. Solo entonces, cuando Mariah llegó a su morada final, brotaron las lágrimas. Me las enjuagué con la manga, tosí y sorbí las lágrimas, y así conseguí dominarlas. El sepulturero y el carretero enrollaban las correas, tirando de ellas con fuerza para soltarlas.

—Lamento, Jeremy —me dijo el sacerdote, volviéndose hacia mí—, que tenga que ser enterrada en circunstancias como estas, en la oscuridad, en un simple campo,

sin una misa para acompañarla hasta su última morada. Pero te aseguro que diré una misa por el descanso de su alma mañana por la mañana, y que la recordaré en mis plegarias a partir de ahora.

—Gracias, padre. —Donnelly me había enseñado la manera adecuada de dirigirme a él.

—Eres un buen chico. Ojalá fueras uno de los nuestros. —Luego se dirigió a Donnelly—: Pueden marcharse ya. El señor Dooley y yo nos ocuparemos de todo lo que falte por hacer.

Tras esta despedida, el señor Donnelly me cogió por el brazo y volvimos juntos al carro.

Así se consumaron mis deseos, y aunque aún quedaba por escribir un capítulo en la historia de mi relación con Mariah, yo no lo sabía entonces, y sentía que todo había terminado, que había cumplido con mi deber; era una paz con una especie de vacío en su interior.

Dejé a Donnelly en la puerta de su consulta, en Tavistock Street, y me fui andando hasta casa con cinco guineas tintineando en la bolsa, metida en el bolsillo. No esperaba que sobrara dinero, de modo que insté a Donnelly a quedárselo todo, o al menos una parte, puesto que él lo había arreglado todo, pero lo rechazó.

—No, Jeremy —me había dicho—, te he ayudado en esto porque quería hacerlo, y con sumo gusto.

—Pero ¿qué voy a hacer yo con tanto dinero?

—Pues ahorrarlo, por supuesto. Puede que lo necesites en el futuro.

Eran casi las diez de la noche cuando entré en el número 4 de Bow Street. En el interior me vi sorprendido por un inesperado bullicio. Se oía grandes voces en la parte más alejada de la casa, quizá en el despacho de sir John, y el murmullo de unas voces más cercanas. Al avanzar hacia las voces, descubrí que eran el señor Langford y el señor Baker los que hablaban cerca de la habitación que hacía de calabozo. Baker se interrumpió al verme y vino hacia mí. El alboroto en el despacho de sir John no cesaba. Además de la voz de sir John, había otra, una voz ronca de bajo, más grave que la del magistrado y que me era familiar, y ambas discutían acaloradamente.

—Jeremy, muchacho —dijo Baker—, te alegrará saber que el señor Langford ha visto a ese individuo, Tolliver, saliendo de la casa de postas. Lo ha detenido y se lo ha traído a sir John.

¿Me alegraba yo de oír esa noticia? No estaba seguro.

El alguacil Langford se acercó pavoneándose como la imagen misma de la suficiencia.

—Ha querido discutir conmigo el tipo, él y la mujer que iba con él; dice que es su esposa —me explicó—. Pero solo he tenido que dar unos golpecitos en el garrote y decirle que podía venir por las buenas o por las malas, que a mí me daba igual porque

venir iba a venir. Ha mirado entonces a su pequeña dama, que decía: «¡Oh, Dios mío!, ¿qué significa esto? ¿De qué se tratará?», y cosas parecidas, y ha decidido no poner más pegos. Y bien que me he alegrado porque, para ser justo, es un tipo realmente fuerte. Ha sacado dos grandes maletas de la casa de postas sin el menor esfuerzo.

—¿Ha explicado dónde había estado? —pregunté.

—¿Que si lo ha explicado? Me he hartado de oírlo. Ha dicho que se ha pasado todo el mes en Bristol para cortejar a una mujer que había respondido a un anuncio que él había hecho publicar allí. Es una mujer de aspecto agradable, se podría decir, aunque ya no tan joven. Pues va ella y dice: «No esperaré que me casara con un hombre al que no conocía, ¿no?».

—Bueno —dije—, creo que podría ser cierto. El señor Tolliver es viudo y tengo razones para creer que deseaba casarse.

—Y ella es viuda. No me interpretes mal, Jeremy, espero que consiga disipar las dudas que sir John pueda tener sobre él. Le he comprado carne muchas veces y me parece un hombre honrado. Pero debes admitir que esa súbita partida suya fue muy extraña. ¡Y cuando sir John dice que quiere detener a un tipo para hablar con él, por Dios que yo lo detengo!

—Imagino que es el señor Tolliver el que está ahí dentro con él —dije.

—Oh, puedes estar seguro. Se han estado gritando el uno al otro durante un rato. El carnicero no quiere dar su brazo a torcer. Dice que tenía derecho a irse cuando y adonde quisiera, que no tenía por qué pedir permiso.

—Llevan así media hora al menos —comentó el alguacil Baker.

—¿Está su mujer ahí dentro con ellos? —pregunté. No hubiera querido que escuchara los detalles del asesinato de Elizabeth Tribble y de la brutalidad con que se había profanado su cadáver. Sin duda oír que el hombre con el que acababa de casarse era sospechoso de semejante crimen sería más de lo que podría soportar.

—No —dijo el alguacil Langford—, y eso sí es extraño. Cuando fue arriba a decirle a sir John que había detenido a ese hombre para que lo interrogara, lady Fielding bajó con él e invitó a la señora Tolliver a tomar una taza de té, y muy amigable. «Llámeme Kate», dijo. Te aseguro que el carnicero la miró de lo más agradecido. Las dos mujeres están ahora en la cocina, según creo.

—Seguramente será mejor que me quede aquí —aventuré.

—Seguramente —admitió Baker.

No tuve que esperar mucho. Mientras escuchaba el orgulloso relato de Langford, las voces de la parte posterior de la casa habían disminuido el tono considerablemente. Aunque aún podían oírse, ya no parecían en pugna. A mí me pareció alentador.

Por fin aparecieron los dos hombres. No hablaron entre ellos mientras se acercaban, sin embargo, daban la impresión de haberse dicho cuanto debían decirse. Era evidente que no había ira entre ellos, pero tampoco sonreía ninguno de los dos.

—Alguacil Langford —dijo sir John—. Acabo de tener un franco intercambio de puntos de vista con el señor Tolliver. Yo le he censurado por no hallarse a mi disposición para ser nuevamente interrogado y para declarar en el juicio indagatorio sobre la muerte de Nell Darby. Él me censura por no haber sido más concreto y no haberle dado a entender la importancia que yo concedía a ese deber. En cualquier caso, ha sacado la carta que le llevó a Bristol y me la ha leído. Ahora es un hombre casado, por lo que no puede caber la menor duda sobre la naturaleza y el éxito de su misión. Me ha dejado la carta para que sea examinada con mayor detenimiento, de modo que no es necesario retenerlo por más tiempo. En consecuencia, le pido que los acompañe a él y a su esposa a su residencia de Long Acre. Y esta vez podría echarle una mano con el equipaje. —Luego, volviéndose hacia Tolliver, añadió—: Bien, eso debería darle cumplida satisfacción.

—Absolutamente. Es usted un caballero.

—Por supuesto que lo soy —dijo sir John, algo irritable—. Eso es lo que el «sir» delante de mi nombre pretende denotar. Bien, ¿quién subirá a buscar a la señora Tolliver?

—Yo lo haré, sir John —me ofrecí.

—¿Eh? ¿Jeremy? ¿Has vuelto? Bien. Sin duda la encontrarás en un *tete a tete* con lady Fielding en la cocina.

Subí las escaleras, pensando en que Tolliver se había limitado a inclinar la cabeza con aire hosco para saludarme. Me parecía que yo merecía algo más. Me detuve ante la puerta de la cocina, y decidí llamar por respeto a la invitada de lady Fielding. Desde el otro lado recibí una alegre invitación a entrar.

Después de presentarme a la señora Tolliver, a la que saludé con una cortés reverencia, anuncié que sir John y el señor Tolliver habían dado por terminada su conversación.

—¿Se da cuenta? —dijo lady Fielding, poniéndose en pie—. Ha sido un momento. Jack solo quería hablar con él. Espero que pueda usted venir algún día a visitar el Asilo de la Magdalena. Estamos muy orgullosos de la labor que desempeñamos allí.

La señora Tolliver, que, tal como había estimado el alguacil Langford con toda justicia, era una mujer agradable más que hermosa, sonrió agradecida.

—Quizá algún domingo. He prometido ayudar en el puesto durante la semana, al menos durante un tiempo.

—Quizá un domingo, entonces.

Se intercambiaron nuevas invitaciones y agradecimientos hasta que por fin la señora Tolliver se dirigió hacia la puerta. Yo me ofrecí a acompañarla por la escalera, pues era oscura y empinada.

La señora Tolliver se marchó del brazo de su marido, parloteando alegremente en alabanza de lady Fielding y de la amabilidad que le había demostrado. El alguacil Langford les seguía, agobiado bajo el peso de la maleta más grande de las dos.

Cuando oyó cerrarse la puerta tras ellos, sir John se volvió hacia el alguacil Baker y hacia mí para comentar con evidente fastidio:

—No he visto hombre al que le guste más discutir. Debería haber sido abogado. Aun así, no podía encerrarlo en el calabozo solo por eso, ¿no les parece?

Al otro día se hizo patente que, a pesar de que sir John hubiera permitido al señor Tolliver volver a su casa, sus sospechas no se habían disipado por completo. Por la mañana me invitó a bajar a su despacho y me pidió que volviera a leerle la carta que había llevado al señor Tolliver hasta Bristol. Era una respuesta bastante remilgada a su anuncio («objeto: matrimonio») que había puesto en el *Bristol Shipping News*, precisamente del tipo que podía esperarse de una viuda respetable en circunstancias ligeramente apuradas. Se mostraba franca al decir que no contaba con fortuna que ofrecer, ni grande ni pequeña, pero también que desde la muerte de su marido había conseguido ganarse la vida como modista de algunas de las damas elegantes de la ciudad. Había tenido dos hijos, pero los dos habían muerto de viruela junto con el padre. No era joven, pero tampoco vieja, y no tenía motivo alguno para creer que fuera estéril. Aunque también ella estaba interesada en volver a casarse, no tenía intención de hacerlo sin un cierto período de mutuo conocimiento. Si el señor Tolliver estaba dispuesto a ir a Bristol y quedarse un decoroso espacio de tiempo, podía presentarse. Había allí muchas posadas y casas de huéspedes, dado que Bristol era un importante puerto marítimo. Firmaba la carta «Respetuosamente suya», sin más adornos ni expresiones personales.

—No veo nada malo en esto, sir John.

—No, pero fíjate en la fecha de la carta: diez días antes del asesinato de la Tribble, no, once. Una carta de Bristol no tarda tanto en llegar a Londres, más bien dos días, tres a lo sumo. Él explica esta discrepancia afirmando que su mujer llevó la carta encima durante casi una semana antes de echarla al correo, tan poco segura estaba de querer embarcarse en esta aventura. También afirma que encontró la carta bajo la puerta cuando llegó a su casa después de entrevistarse conmigo en la escena del crimen de la Darby. Dice que estaba tan impaciente por llegar a Bristol que no pensó en su responsabilidad hacia mí, sino que hizo la maleta a toda prisa y cogió la diligencia de Bristol que sale a las diez.

—Pero no veo...

—¿No? Si realmente cogió esa diligencia, en el momento en que asesinaron a la Tribble, él estaría en la carretera. Recuerda que su casero dijo que se fue en dirección a Covent Garden. La casa de postas se halla en la dirección opuesta, pero King Street queda de camino hacia Covent Garden, y en King Street fue donde asesinaron y despedazaron a la Tribble. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, bueno, pero ¿no situó el señor Donnelly la hora de la muerte varias horas después de las diez?

—¡Exactamente! Debió de irse a Bristol al día siguiente por la mañana.

Suspiré. No parecía propio de sir John levantar un edificio de suposiciones y contingencias tan ingenioso. ¿Nacía acaso su ingenio de su desesperación? Yo sabía que se hallaba en un estado de gran ansiedad, esperando que el segundo asesino fuera atrapado antes de que pudiera matar de nuevo.

—Así pues, señor, según su razonamiento, la culpabilidad o la inocencia del señor Tolliver depende de si cogió la diligencia nocturna de Bristol o viajó al día siguiente.

—Es una manera un poco exagerada de decirlo, pero si no cogió la diligencia de aquella noche, como él afirma, tendré una buena razón para sospechar de él, en lugar de andar buscándola como hago ahora. Si lo pillo en una mentira, le sacaré la verdad.

—¿Cómo se propone conseguirlo, sir John?

—He pensado en otro posible fallo en su historia. Dime, ¿has pasado por su puesto del mercado desde su desaparición?

—Sí, señor, como usted me ordenó, aunque confieso que últimamente no.

—Pero vas a comprar verduras a los puestos cercanos, ¿no?

—No; suelo comprar en los puestos más próximos.

—Bueno, pues quiero que vayas a su puesto y lo olisquees bien. Si se fue tan deprisa como dice, dejaría carne allí dentro, bajo llave y se habrá podrido y despedirá una gran peste. Debería haber quejas de los demás. Si no hay peste, habré encontrado otra discrepancia en su historia. Haré que el señor Fuller lo lleve a la casa de postas para que pruebe que viajó en la diligencia nocturna.

—Pero...

—No, Jeremy, haz lo que te digo; ya sé que sientes aprecio por ese hombre. Ahora son las siete apenas, no es probable que esté en el mercado. Estará remoloneando en la cama como un recién casado. Lo único que has de hacer es ir a su puesto y olisquearlo bien. De nuevo me habían asignado una misión que yo encontraba desagradable, pero pensaba llevarla a cabo, aunque no sin recelo. Atravesé Covent Garden a buen paso, dado que a aquella hora no había multitudes que me impidieran el paso. Los puestos y los carros en los que se vendían frutas y verduras se preparaban para el flujo de clientes que pronto llenarían el inmenso espacio vacío. Los competidores charlaban ruidosamente, intercambiando chanzas en su mayor parte. Los buhoneros llenaban sus carretillas y carretas y discutían con sus proveedores. Así cobraba vida el Garden entre voces y gritos.

El puesto del señor Tolliver se hallaba en el extremo más alejado, cerca de Henrietta Street, donde nos había llamado a Bailey y a mí para informarnos sobre el cadáver que había hallado en el pasaje. Yo había visitado el puesto unas cuantas veces desde que él se fuera a Bristol, la primera para cumplir con un encargo que para mí era desagradable. Seguía tal como lo había visto entonces, cerrado con el candado. Lo rodeé con cuidado, aplicando la nariz sin recato, olisqueando como un perro de caza buscando un rastro. Ciertamente me sentía bastante estúpido haciendo aquello, sobre todo porque me di cuenta de que había atraído las miradas de la desagradable

mujer que vendía verduras en el puesto contiguo.

—Eh, tú —me gritó del modo más grosero—, ¿qué estás haciendo? Si estás pensando en apropiarte de esa caseta, no está disponible. El que la tiene alquilada se ha ido, pero volverá. Puedes estar seguro.

—Se equivoca —le dije—. Vengo de parte del juez de Bow Street. ¿Ha despedido olores desagradables esta caseta?

—¿Olores? —repitió ella con suspicacia—. ¿De qué tipo?

Habiendo citado al magistrado como la persona bajo cuya autoridad actuaba, hice uso de ella.

—Conteste a la pregunta, señora.

—No ha habido olores —contestó ella—. Es un carnicero, eso es, aunque no sé por qué no está en Smithfield con el resto. La verdad es que huele mejor ahora que él no está.

Eso, claro está, según el razonamiento de sir John, constituyó una decepción para mí. Di las gracias a la mujer y me volví para irme. Sin embargo, cuando me disponía a ello, a quién veo si no al mismísimo señor Tolliver que venía hacia mí. Él también me vio; de hecho, me saludó con un gesto despreocupado. No podía fingir que no lo había visto, de modo que avancé hacia él, saludándole, sin saber qué otra cosa podía hacer... o decir.

—Has venido a buscarme, ¿no es eso? —me dijo—. Supongo que su majestad me requiere para una nueva charla. Me dijo que aún no había acabado conmigo.

—He pensado que tal vez había abierto ya para los clientes —dijo yo, eludiendo una mentira más directa.

—Hoy no, mañana. Tengo que lavarlo bien todo. Luego tengo que comprar carne y concertar la entrega. Se tarda un día en volver a empezar. Pero, lo cierto es, Jeremy, que me alegro de haberte encontrado.

—¿Oh? ¿Por qué?

—Me temo que estuve un poco seco contigo anoche. ¡Si ni siquiera te saludé! El magistrado me había sacado de mis casillas. En pocas palabras, al parecer no me cree. Por qué, no lo sé... a menos que sea algo personal.

—Oh, no lo creo —dije—. Es solo que, después de haber capturado a uno de los asesinos, descubrió que aún había otro.

—Me lo contó; me dijo que te portaste como un héroe y que incluso te han dado una recompensa.

—Media recompensa, pues aún queda otro por capturar, y sir John se siente en la obligación de capturarlo antes de que vuelva a matar.

—Bueno, puedes decirle esto por mí, que me perdone, pero no soy su hombre.

—Le creo señor Tolliver —dije con firmeza—. Yo no quería, ni podía pensar mal de usted. Como tampoco lady Fielding. Ambos hemos hablado a menudo en su favor. El carnicero emitió un gruñido con su voz de bajo.

—Debo decir que trató bien a mi mujer. Puedes decirle a Kate que no lo olvidaré,

ni tampoco Maude.

—¿Maude? —pregunté con cierta torpeza. Mi pensamiento, lector, estaba entonces ocupado por un asunto de mucho más peso. Pugnaba por tomar una decisión.

—Mi mujer —contestó él, explicando lo evidente—. Maude Whetsel se llamaba, y Maude Tolliver se llama ahora. Te aseguro, Jeremy, que es realmente triste tener que traer a la mujer con la que acabas de casarte de vuelta a un terrible embrollo.

Sacudió su gran cabeza como si se hallara sumido en una total perplejidad. ¿Qué podía hacer? En aquel momento sentí que solo yo podía ayudarle.

—Señor Tolliver —le espeté, cediendo al fin al impulso que había estado debatiendo en los últimos instantes—, ¿existe modo alguno de que pueda probar que tomó la diligencia nocturna de Bristol, que no esperó a la mañana para viajar?

Me miró con extrañeza, como si se hubiera alzado el velo de sus ojos y viera claramente lo que hasta entonces solo percibía de una manera tenue.

—Así que era eso, ¿eh? —dijo.

—Dígame qué le ha contado a sir John, se lo ruego. ¿Qué hizo usted después de dejarnos en Henrietta Street?

—Pues me fui a casa.

—Volvió a sus habitaciones de Long Acre. Continúe, con todos los detalles, por favor.

—Bueno, al llegar a casa me encontré con una carta que me habían deslizado por debajo de la puerta. Era de...

—Espere un momento —le interrumpí—. ¿Sabe cómo llegó la carta hasta allí?

—Con seguridad, no, pero me lo imagino. Tengo un vecino, el señor Salter, que dirige los camerinos y entre bastidores en el Theatre Royal. Un hombre en su posición recibe numerosas cartas de todas partes, de manera que él mismo pasa por la oficina de correos dos o tres veces por semana y recoger sus cartas. Es bien sabido que yo vivo en la misma dirección que él, de modo que cuando me llega alguna carta de tarde en tarde, se la dan a él para que me la entregue, y él me las mete por debajo de la puerta.

—Bien —dije—. ¿Podría preguntarle al señor Salter si realmente fue él quien le entregó la carta de Bristol de aquella manera?

—Podría, sí, si es que se acuerda. Hace ya más de un mes.

—Bien, usted encontró la carta, la abrió y la leyó. ¿Por qué decidió irse a Bristol tan de repente para conocer a la que luego sería su esposa?

—Sir John me preguntó lo mismo, y yo le contesté cortésmente que era un asunto personal y que no quería comentarlo. Discutimos un poco, pero dado que eres tú quien me lo pregunta, te lo diré. No tenía suerte en mis intentos por volver a casarme. Estuve a punto una vez... —Me lanzó una mirada que yo llamaría significativa—, pero se quedó en agua de borrajas. Por lo general las mujeres respetables no quieren tener nada que ver con un carnicero. No sé por qué, pues en cambio están bien

dispuestas a comerse un buen trozo de carne. No obstante, había cortejado a unas pocas y siempre había obtenido el mismo resultado, les repugnaba que fuera carnicero. De modo que puse el anuncio en el *Shipping News* de Bristol, que es mi ciudad natal, y en él dejé bien claro que tenía el oficio de carnicero, y te lo juro, Jeremy, la carta de ella fue la única que recibí. Y era una carta magnífica, sí señor. Yo la vi como una mujer inteligente que había sufrido una gran desgracia, que había perdido a su marido y a sus dos hijos, pero había conseguido ganarse el sustento y sin perder el respeto por sí misma. Así es, en efecto; es una gran mujer mi Maude. Y... bueno... —Se interrumpió y volvió la cara.

—¿Y qué? Dígame lo que estaba a punto de decir, señor Tolliver, por favor.

—Fue lo que acababa de ver, cuando encontré a la muchacha muerta en el pasaje lo que me decidió a irme inmediatamente. Como creo que dije en su momento, conocía a la chica del mercado, me había comprado un par de veces, y verla así, una chiquilla como ella, tirada en la calle, asesinada, con la gente manoseándola para encontrarle la herida... bueno, hizo que se me cayera el alma a los pies. Esta es una ciudad muy dura, Jeremy. Hay tan poca decencia y esperanza en ella, sobre todo para las que son como ella. Bueno, yo solo quería marcharme de aquí lo más rápido posible. Quizá debería haber pensado en la petición de sir John de que estuviera aquí para el juicio indagatorio, pero acababa de contarle todo dos veces. Sencillamente quería marcharme de aquí.

Tolliver se había puesto tenso mientras lo contaba. Tenía las dos manos fuertemente apretadas y la cabeza inclinada. Recordé sus objeciones cuando Bailey buscaba la herida que el Rastrero había infligido a la chica. Ciertamente lady Fielding no juzgaba mal el carácter humano, y yo tampoco: Tolliver no pudo haber asesinado a Libby Tribble ni a Polly Tarkin.

—Supongo que a sir John no le contó nada de todo esto, ¿verdad?

—No... solo un poco sobre Maude, que estaba impaciente por conocerla.

—Cuando vuelva a interrogarle, como sin duda hará, debe decirle a él exactamente todo lo que me ha contado a mí. —Vi la resistencia pintada en su rostro, de modo que repetí—: Exactamente. Pero ahora continúe, por favor. Hizo usted la maleta a toda prisa y partió. ¿Sabe a qué hora salió de su vivienda para ir a coger la diligencia nocturna?

—Bueno, si no recuerdo más, tenía poco menos de una hora para llegar hasta allí. Tengo un reloj al que le doy cuerda a diario, así que estoy completamente seguro de eso.

Allí había algo que no casaba.

—Pero, si tenía casi una hora para llegar a la diligencia —le dije—, ¿a qué venían tantas prisas? Podía llegar tranquilamente en un cuarto de hora.

—Pero tenía que venir a mi puesto del Covent Garden. Había carne dentro y estaba todo cerrado. No tenía la menor idea de cuándo volvería y sabía que la carne se iba a pudrir. No podía permitirlo.

—¿Cómo se deshizo de ella?

—Pues me limité a colgarla de los ganchos. Sabía que por la mañana ya no quedaría nada. Y sus dos guineas que valía, aproximadamente. Así de impaciente estaba por marcharme de Londres. Oh, pero, Jeremy, deberías saber que un carnicero no dejaría jamás que su carne se pudriera en el puesto. ¡Dios mío, menuda peste echaría! No hubiera podido volver a poner un trozo de carne en Covent Garden. Pero volviendo aquí y colgando la carne en los ganchos se estaban haciendo las diez, aunque no sabía la hora exacta, pues no tengo reloj de bolsillo. Así que crucé el Garden, lo que es arriesgado por la noche, y cogí un coche de alquiler en el Theatre Royal.

—Una vez más, ¿le dijo a sir John algo de esto, de los detalles que me ha dado a mí?

—Puede que le dijera que cogí un coche de alquiler, pero el resto no. La mayor parte del tiempo la pasamos discutiendo sobre mi responsabilidad de estar presente en la indagación. Me ha pillado a contrapelo, sí señor.

—Puede —dije yo—, pero cuando le interrogue la próxima vez, debe contarle que volvió aquí y que colgó la carne fuera. Son detalles muy importantes.

—¿Ah, sí? —Parecía dudarlo.

—Sí.

Lo dije con toda la severidad y autoridad que podía aparentar un muchacho de quince años, pero me pregunté si lo había convencido. Un hombre que no era observador por naturaleza, como el señor Tolliver, no tenía gran respeto por los detalles, aun los que recordaba. Así pues, continué esforzándome por mantener la misma actitud de severidad casi hostil.

—Así pues —dije—, llegó usted a la diligencia con el tiempo justo.

—Tan justo —explicó él—, que a duras penas tuve tiempo de pagar el billete y subir.

—Nunca he viajado en otra cosa que no fuera un coche de alquiler —admití—. ¿Hay que comprar un billete, algo que ponga «diligencia nocturna a Bristol», o algo parecido?

—No, nada de eso. Se paga y te dan un trozo de papel con una marca; tú se la entregas al cochero, o como resultó en este caso, al conductor de la diligencia.

Intuí que ahí había algo importante, de modo que me abalancé rápidamente sobre ese tema.

—¿Por qué le cogió el conductor el billete en lugar del cochero?

—El cochero se había puesto enfermo y el conductor me dijo que tendría que hacer el viaje solo. Le pregunté si le gustaría tener compañía arriba, en el pescante, y él contestó que sí, sobre todo si era un tipo fuerte como yo. Me preguntó si sabía manejar una escopeta, por si teníamos algún tropiezo por el camino. Yo le dije que llevaba algo mejor en la maleta y saqué mi par de pistolas. Las tengo desde la guerra con Francia^[14], y las usé, aunque no era más que sargento de intendencia. Todos

teníamos que luchar cuando era necesario, contra los indios y demás. Allí fue donde aprendí el oficio de carnicero, en el ejército. Sacrificaba los animales y los despedazaba...

—Un momento, un momento —volví a interrumpir—. ¿Quiere decir que viajó todo el trayecto hasta Bristol al lado del conductor?

—Sí, y un buen tipo era, por cierto. Ben no se qué. Ben Calverton, se llamaba. Charlamos bastante en las rectas, cuando ponía los caballos al paso.

Me costaba creer que tuviéramos tanta suerte.

—Pues entonces seguramente se acordará de usted.

—Oh, desde luego que se acordará.

—¿Por qué? ¿Tropezaron con salteadores de caminos?

—No, y me alegro.

—¿Pues por qué está tan seguro?

—Porque fui lo bastante tonto como para decirle mi nombre de pila.

—No creo que yo lo haya oído nunca —dije.

—Es Oliver —dijo él—. Al conductor le pareció un chiste muy bueno.

—¿Oliver... Tolliver? —A pesar de mi intención de mantener el semblante serio, al oír aquello, prorrumpí en carcajadas.

Me despedí del señor Tolliver para dirigirme a la casa de postas, advirtiéndole con cierta sensación de culpabilidad que no dijera a sir John que había hablado conmigo, pero conminándole a la vez a contar su historia al magistrado tal como me la había contado a mí. También le pedí perdón por haberme reído, cosa que parecía haberle molestado. Me aseguró que todo el mundo reaccionaba igual, que el conductor de la diligencia había llegado incluso a inventarse unos versos con su nombre, que desde luego no habían agradado en absoluto a Oliver Tolliver.

—No obstante —añadió—, parecía un buen hombre y sin duda en la casa de postas te dirán cuándo lo podrás encontrar por allí. Solo conduce la diligencia de noche; hace el trayecto de ida y vuelta a Bristol.

Así pues, me encaminé rápidamente a la casa de postas, recorriendo las calles llenas ya de transeúntes. Cuanto de malo hallaba el señor Tolliver en Londres era muy cierto, pero caminando entre la gente corriente a aquella hora del día contribuyó a devolverme en gran medida la fe en la ciudad. Era y sigue siendo un lugar como ningún otro. De hecho, era dos ciudades en una: un Londres de día, con sus honrados dependientes y trabajadores que desempeñaban toda suerte de oficios; y otra ciudad de noche, poblada por borrachos, ladrones, putas y chulos. En aquel momento en que brillaba el sol matinal, no se veían signos del Londres oscuro. En mi ingenuidad, me deleitaba pensando que la mayoría de los rostros de la multitud parecían felices e inocentes, y el resto parecía resignado y dócil, al menos.

Así me lo pareció en la casa de postas, cuando me acerqué al hombre que vendía

los billetes y pregunté por Ben Calverton. El individuo de la ventanilla sonreía y tarareaba una canción.

—¿Ben Calverton? —repitió, en respuesta a mi pregunta—. Ah, sí, jovencito, es uno de nuestros mejores hombres, un héroe de los caminos. Hace el largo trayecto de Bristol tres veces por semana; ¡ese hombre debe de tener el trasero de hierro! Nadie conoce la carretera y sus peligros mejor que él. Tres veces los salteadores han intentado detener su diligencia y tres veces los ha arrollado él, con intercambio de disparos en dos ocasiones. Ah, sí, joven señor, es uno de los mejores.

—¿Cuándo podría encontrarlo para hablar con él? —pregunté—. Se trata de un asunto judicial de Bow Street.

Al oír mis palabras, el hombre frunció levemente el entrecejo.

—No querrá decir que anda metido en algún lío, ¿no?

—Oh, no, nada de eso. Se trata de un asunto referente a un pasajero que viajó con él hace unas semanas.

—Ah, bueno, en ese caso tiene usted suerte. Ben Calverton llegará de Bristol dentro de quince minutos más o menos, si Dios quiere. —Miró el reloj que había en la pared a mi espalda—. Sí, si no ha ocurrido ninguna desgracia por el camino, llegará en ese tiempo.

Detrás de mí se había formado una corta hilera de personas que deseaban comprar un billete. El hombre de la ventanilla indicó al tipo que esperaba después de mí que no tardaría nada en despacharme.

—¿Dónde puedo esperarlo? —pregunté.

—Lo mejor sería que fuera a la taberna de la casa de postas, aquí al lado. Los conductores tienen que presentar un informe al llegar, pero lo primero que suele hacer Ben después es tomarse una pinta de cerveza. Le diré que está usted allí esperando para hablar con él.

—Dígale que es referente a Oliver Tolliver.

—¿Oliver Tolliver, dice? —El hombre rio de buena gana—. ¡Menudo nombre! ¡No se me olvidará! Buenos días, joven señor.

Salí al patio de la casa de postas, donde aguardaban diligencias, caballos y pasajeros. El lugar tenía un halo de excitación y expectación que me hizo desear formar parte del grupo que, maleta en mano, se disponía a iniciar un largo viaje hacia un lugar distante como Bristol o Edimburgo, o incluso a viajar por mar para llegar hasta Dublín. El mundo era realmente grande y yo estaba resuelto a ver mi parte antes de abandonarlo.

La taberna de la casa de postas era un establecimiento modesto para beber y comer en el que los viajeros o los que acudían a recibirlos podían esperar en un ambiente agradable. Aunque no estaba lleno ni mucho menos, el humo de tabaco lo impregnaba todo, oscureciendo el interior ya de por sí mal iluminado, haciéndote creer que era de noche. Me senté en la barra, cerca de la chimenea, y el tabernero se acercó para preguntarme qué deseaba.

—Café, señor, si tienen.

—Tenemos. ¿Lo quiere con o sin?

—¿Con o sin qué? —pregunté, desconcertado.

—Con o sin «relámpago», en la taza o al lado.

—Oh, sin, desde luego.

Al cabo regresó con una taza humeante que solo costaba dos peniques. El café era realmente fuerte, pero potable. ¿Lo sería con ginebra, como me lo había ofrecido el tabernero? ¿Cómo se podían beber las dos cosas juntas? Parecía una contradicción.

Una vez instalado y servido, inicié un juego al que juegan muchas personas en situaciones parecidas... observar a los viajeros e intentar discernir quiénes son, a qué se dedican y adónde van. Mientras tanto, no dejaba de vigilar la puerta, examinando detenidamente a los que entraban, por si uno de ellos era Ben Calverton.

Cuando por fin entró, fue inconfundible. Era un hombre corpulento, pero no muy alto. Caminaba con un ligero contoneo y llevaba un látigo más largo que él mismo, como el que los conductores de diligencias utilizan para azuzar a los caballos. Dio dos pasos, se plantó y miró a un lado y a otro. Luego dijo a voz en cuello: «Oliver Tolliver», y soltó una carcajada tan estentórea que casi sacudió las vigas.

Se volvieron las cabezas, las charlas se interrumpieron, y yo, sintiéndome violento, agité mi mano para llamar su atención. Como por arte de magia apareció un vaso alto de cerveza antes de que llegara a la barra. Y cuando llegó, ay, llevaba la decepción pintada en el rostro. Al parecer, yo era la causa.

—No es él —dijo, casi como una acusación.

—No, señor, no lo soy —dije, explicándome rápidamente—. Deseaba hablar con usted sobre el señor Tolliver. Verá, yo...

Él alzó la mano, haciéndome callar en el acto. Luego, apoyó el látigo en la barra, cogió el vaso de cerveza y lo vació de un solo trago. Lo alzó hacia el tabernero, que inmediatamente le sirvió otro. Pareció entonces a punto de hablar... pero no. Una vez más alzó la mano durante un rato y soltó un magnífico eructo.

—Bien —dijo—, desea hablar conmigo sobre él. ¿Qué es lo desea decir?

—En primer lugar, ¿lo recuerda?

—Pues claro que lo recuerdo. Un tipo muy fornido, mucho más alto que yo. Vino conmigo en el pescante todo el trayecto hasta Bristol una noche de hace un mes más o menos. ¡Oliver Tolliver! ¿Quién podría olvidar a alguien con ese nombre? —Recalcó sus palabras con una nueva risotada, no tan estentórea como la primera. Luego entrecerró los ojos al recordar—: Ese papanatas que vende los billetes dice que es un asunto judicial. ¿Está metido en algún lío?

—Bueno, podría ser, señor Calverton. Es decir, si no puede demostrar que tomó la diligencia nocturna de Bristol en una noche concreta y no al día siguiente.

—¿Qué noche? ¿Qué día?

—Eso es lo que yo esperaba que usted me dijera. ¿Cuándo viajó con usted en el pescante?

—Ah, pues eso tengo que pensármelo. Hago tantos viajes. —Miró mi taza y la vio casi vacía—. Tabernero —gritó—, ponle a este muchacho otra taza de lo que esté tomando... café, supongo.

—¿Con o sin? —respondió el tabernero.

—Con, por supuesto —dijo Ben Calverton sin prestarme la menor atención y fijando la mirada en el vacío—. Bueno, ¿cuándo fue? —se preguntó a sí mismo en voz alta.

Con un golpe, el tabernero dejó delante de mí una taza llena y se llevó la vacía. Bebí por curiosidad y descubrí que el sabor no era muy diferente, pero parecía mucho más caliente. De hecho me quemó un poco en todo el trayecto hasta el estómago. No era tan malo como esperaba. Tomé otro sorbo.

—Recuerdo —dijo Calverton—, que iba a Bristol para conocer a una señora con la que esperaba casarse. ¿No sabrás lo que pasó, por casualidad?

—Oh, se casó con ella, señor —contesté—. Eso hizo.

—¡No me digas! ¿La has visto?

—La he visto, sí. Parece... bueno, muy agradable. Desde luego al señor Tolliver le gusta.

—Bueno, eso es lo que importa, ¿no?

Eché un buen trago de cerveza, pero esta vez no vació más que un cuarto del vaso alto.

—¿Cómo se llama ella? ¿Olivia? —Volvió a reír, con una carcajada breve y aguda—. Pero eso no rimaría tan bien, ¿verdad? Quizá debería llamarse Olivia Tollivia. —Soltó una nueva risita.

—Se llama Maude —dije, esperando terminar con aquello.

—Qué nombre tiene el tipo —insistió él—. Le gasté algunas bromas sobre el nombre. Después de que me contara cosas de sí mismo, hice un pequeño poema. Yo suelo componer poemas mentalmente para matar el rato mientras conduzco la diligencia. Creo que lo recuerdo casi todo. ¿Quieres oírlo?

—Bueno, yo...

Bebió otro trago de cerveza, se aclaró la garganta y empezó a recitar en voz alta:

Oliver Tolliver

Va de camino a Bristol

Y lleva al lado una pistola.

Oliver Tolliver

A la luz de la luna,

Va a Bristol a buscar compañía.

Oliver Tolliver

Carnicero de oficio,

Va hacia el oeste a buscarse novia.

Oliver Tolliver

De repente se detuvo y dio un puñetazo sobre la barra.

—¡Dios santo, eso es! «¡A la luz de la luna!».

—¿Señor? —Estaba confuso—. No comprendo.

—Pues que ahora recuerdo que fue igual que la noche pasada. Había una enorme y redonda luna llena aquella noche. Oh, lo recuerdo bien; era lo que llaman una «luna de salteadores». Por eso me alegré tanto de que ese tipo tan fornido, Tolliver, y sus pistolas viajaran conmigo en el pescante, porque mi cochero estaba enfermo con diarrea. A los salteadores de caminos les encantan las noches de luna llena, como sabrás.

—¿Así que fue en la noche de luna llena? ¿Está seguro?

—Tan seguro como que estoy aquí. Cuidado, no fue la última noche de luna llena. Esa fue la víspera del día de Todos los Santos, como cualquier idiota sabe. No sé qué día del mes era, puedes buscarlo en cualquier almanaque, pero fue la noche de luna llena de hace poco más de un mes.

—¿Estaría dispuesto a jurarlo ante un tribunal?

—¿Por qué no? Es la verdad, ¿no?

Encontré un trozo de papel en el bolsillo, y en el reverso escribí el nombre del conductor y su dirección, que me dio con indicaciones para llegar a su alojamiento. Luego, olvidando la fuerza de la bebida, me acabé el café de un trago y me dispuse a marcharme.

—Cuando vuelvas a ver a Oliver Tolliver —dijo Ben Calverton—, dile que le deseo buena suerte. Puede viajar conmigo en el pescante siempre que quiera, no volveré a burlarme de su nombre.

Le di las gracias. Él me dio una fuerte palmada en la espalda y se despidió.

Fue al salir al patio de la casa de postas cuando noté todo el impacto de la ginebra que había bebido tan alegremente. Tenía la frente sudorosa cuando el resto de mi cuerpo sentía el frío seco de la mañana de noviembre. Tenía la cabeza embotada y lúcida a la vez. Desde luego, era el conjunto de sensaciones más extraño que había tenido en mi vida, en nada parecido al par de ocasiones en que había bebido demasiado vino. Me dirigí de vuelta a Bow Street, camino que conocía perfectamente, pero tras andar la mitad de una calle, descubrí que había tomado la dirección equivocada. Me paré, perplejo, intentando orientarme, zarandeado por la multitud que seguía pasando por mi lado, en una y otra dirección.

¡Aquello no serviría de nada! Tras reflexionar, giré en redondo y volví sobre mis pasos. Volví a casa por el camino por el que había llegado, pero evitando pasar por el puesto del señor Tolliver en el Garden. En mi opinión había pasado bastante tiempo hablando con él aquella mañana y demasiado hablando con Ben Calverton, aunque bien aprovechado en ambos casos. Sir John debía esperar que volviera al cabo de unos minutos y en cambio había pasado más de una hora. No solo eso, sino que

regresaba en un estado que no era de sobriedad. Mis pies funcionaron mejor que mi cabeza y me llevaron a donde deseaba ir. La mente se me había despejado lo suficiente para darme cuenta de que tenía un testimonio que satisfaría a sir John.

Sin embargo, cuando se lo presenté a él, no pareció hacerle demasiado feliz. Le expliqué que había ido al puesto del carnicero y que no había oído nada podrido. Pensando en ayudar, había decidido luego ir a la casa de postas y preguntar cuándo podría hablar con unos de los conductores, omitiendo mi conversación con el señor Tolliver, por supuesto. Por casualidad había un tal Ben Calverton disponible, y él me confirmó que el señor Tolliver había viajado junto a él en el pescante hasta Bristol la noche de luna llena de principios de octubre.

—¿Le has apuntado las respuestas? —preguntó el magistrado.

—No, señor. Por mucho que lo hubiera deseado, no lo he hecho.

—Ben Calverton, ¿dices? Supongo que le habrás pedido su dirección.

—Sí, sir John.

—Bueno —dijo él—, aunque te has excedido en tu cometido, has obtenido información de cierta importancia. Por eso debo alabarte. —Esto lo dijo, lector, de un modo desabrido—. Sin embargo, no veo motivos para alabarte cuando llegas oliendo a ginebra.

—Puedo explicárselo, señor. Cuando yo...

El magistrado alzó la mano para hacerme callar.

—En otro momento, quizá. Por ahora creo que será mejor que subas y preguntes a lady Fielding si tiene alguna tarea que encomendarte.

Más tarde descubrí que sir John había enviado a Fuller en busca de Tolliver para interrogarlo otra vez. En aquel momento yo estaba ocupado en fregar mi habitación. En sus visitas a mi habitación, lady Fielding había notado que, por concienzudo que fuera en limpiar y fregar el resto de la casa, había dejado que mi pequeña morada cayera en el más absoluto descuido. Era muy cierto: el polvo había formado pelusa en los rincones; una fina capa de polvo cubría los libros apilados contra la pared que ya había leído; el techo se había llenado de telarañas. Yo no me había dado ni cuenta hasta que ella me lo dijo. Así ocupé el resto del día, y no supe de la visita del señor Tolliver hasta que sir John la mencionó durante la cena.

Mientras masticaba un trozo de carne del sabroso estofado de Annie, el magistrado soltó, sin más preámbulos:

—El señor Tolliver ha venido hoy otra vez para ser interrogado.

Lady Fielding y yo nos quedamos con la cuchara a medio camino de la boca.

—Esta vez se ha mostrado francamente sincero y mucho menos dispuesto a discutir. En resumen, ha cooperado.

Nosotros dos intercambiamos una mirada.

Sir John siguió masticando hasta que, satisfecho, tragó.

—Ya no es sospechoso —dijo, y volvió a hundir la cuchara en el plato.

A medida que pasaron los días, volvió a aumentar la tensión. La captura del Rastrero y su rápida condena habían supuesto un alivio temporal. Sin embargo, hasta la calle llegó el rumor de que el Rastrero se había negado a admitir dos de los crímenes, precisamente los más sangrientos. Poco a poco, las putas volvieron a refugiarse en las tabernas y tugurios y a ser más cuidadosas con los que aceptaban como clientes. Lady Fielding nos comunicó que, tras un torrente de defecciones, el Asilo de la Magdalena para Prostitutas Arrepentidas se había llenado de nuevo.

También los Vigilantes de Bow Street volvieron a la rutina instaurada antes por sir John; llevaban con ellos linternas con las que registrar los rincones, y un par de pistolas además del garrote. Tan solo se llegó a un acuerdo. Bailey presentó una queja al magistrado, hablando en nombre de los demás Vigilantes: que llevar el alfanje y su pesada vaina les estorbaba y que no podrían correr si tenían que lanzarse en una persecución. Sir John concedió la importancia debida a semejante argumento y permitió que el alfanje se considerara opcional. Todos como un solo hombre devolvieron sus alfanjes al señor Baker.

Hacia el final de la semana me visitó Donnelly. Lo había visto abajo, cuando se dirigía a hablar con sir John, de modo que sabía que habían tenido una larga conversación. Conmigo no necesitó tanto tiempo. Me encontró puliendo la plata con Annie, o mejor dicho, puliendo la plata según las indicaciones de Annie; en realidad, podía ser tan puntillosa como su señora en lo que concernía a su cocina. Annie saludó al doctor alegremente con una reverencia y una sonrisa. Yo, que lo conocía mejor, me mostré menos efusivo en mi saludo y desde luego menos coqueto.

—He pensado, Jeremy —dijo él—, en echarle otra mirada a ese corte de la cabeza. Quizá sea el último.

—Me complacería mucho librarme de este gran vendaje —dije yo—. ¿Vamos a mi habitación?

—No, aquí en la cocina estaremos bien, es decir, si no tiene usted objeción, señorita Annie.

Poco acostumbrada a que se le pidiera su opinión, Annie solo pudo farfullar una negativa, y retrocedió ruborizada.

Con cuidado, Donnelly desenrolló el gran turbante que había llevado yo en la cabeza durante varios días. Luego examinó la herida con el mismo cuidado.

—¿Te duele, Jeremy?

—Oh, no, nada en absoluto.

—¿Y qué me dices de los efectos de la conmoción? ¿Algún mareo?

—No, nada. Bueno... me echaron ginebra en el café sin que yo lo supiera. Eso me dejó mareado un rato.

—¿A tu edad? Qué menos. Ya me contarás esa historia en alguna otra ocasión. —Luego añadió—: Pronto.

Donnelly me interrogó sobre todos los demás efectos negativos que podía tener después de una conmoción, y yo respondí sinceramente que no tenía ninguno. Luego,

tras lavar el corte con ginebra, pidió unas tijeras, me cortó un poco de pelo e hizo un emplasto que aplicó al corte. Annie lo contempló desde el principio, fascinada.

—Bueno —dijo él—, con esto bastará. En poco tiempo podrás quitarte el emplasto.

Cogió su maletín y frunció el entrecejo como si meditara.

—Jeremy —me dijo al fin—, quería invitarte a cenar pasado mañana por la noche. He pensado en el Cheshire Cheese donde ya cenamos una vez. Se lo he pedido a sir John y no tiene inconveniente. Hay ciertas cosas que quisiera hablar contigo.

—¿Conmigo? Pues, sí, claro, señor Donnelly.

—Bien. Pasaré a recogerte a eso de las siete.

Sin decir nada más, se despidió y se fue.

—Bueno —dijo Annie, consumida por la envidia—, cenar con el doctor. ¿No es fantástico?

—Sí, toda una sorpresa —dije yo.

—¿Qué querrá hablar contigo?

—No tengo la menor idea en absoluto.

Pese a que sir John y el lord magistrado supremo habían hecho los mayores esfuerzos para ocultar al Rastrero de la mirada pública, dada la sórdida naturaleza de sus crímenes, la ley exigía que fuera colgado y la costumbre pedía que se hiciera públicamente en Tyburn. Ambos hombres temían que se produjeran desórdenes públicos. Era, al menos según la leyenda, tan famoso y tan aborrecido por el populacho que cuando llegó el día de colgarlo (que fue el día siguiente al de la visita del señor Donnelly), se tomaron todas las precauciones para garantizar el traslado desde Newgate hasta el patíbulo triangular. Si la muchedumbre era grande y estaba descontrolada, podía bajarlo del carro y pisotearlo hasta la muerte o hacerlo pedazos. Por lo tanto, además de la acostumbrada escolta a caballo, que hizo el trayecto con los sables en la mano, lo acompañó también un grupo de soldados de a pie que rodearon el carro y marcharon con los mosquetones a punto y las bayonetas caladas.

Yo, que hacía tiempo había prometido a sir John no asistir nunca a ejecuciones públicas, no estaba presente, ni deseaba estarlo. En mi opinión, no hay diversión alguna en ver como un hombre agoniza al final de una soga, ni es un espectáculo edificante. Sin embargo, mi amigo Jimmy Bunkins, que no tiene mis escrúpulos, sí que estuvo y me lo relató después de nuestro adiestramiento con Perkins, que habíamos reanudado aquel mismo día.

—Bueno —dijo Bunkins—. He ido este mediodía a ver cómo ajusticiaban al Rastrero y para empezar no ha habido disturbios.

—Es un alivio —dije yo.

—Lo raro es que no los hubiera, porque no he visto una turba más amenazadora y con intenciones más siniestras. Cubrían toda la colina, desde el patíbulo hasta donde

alcanzaba la vista. Han arrojado algunas piedras y excrementos al pasar el carro, pero han dado en el macho y en los otros dos condenados tanto como en el Rastrero. Cada vez que querían acercarse al carro para pararlo o bajar al Rastrero, los que lo intentaban recibían un golpe con la hoja plana de un sable o les pinchaban con la punta de una bayoneta. Así lo han llevado al patíbulo. Los soldados a caballo y los soldados de a pie han formado un círculo alrededor de él cuando lo han bajado del carro con los ojos vendados y les han hecho subir los peldaños.

»Y cuando ha aparecido allí arriba, el griterío de la multitud ha sido increíble. Yo estaba en primera fila, y ojalá no hubiera estado, pues para empezar todas las putas y alcahuetas de Covent Garden estaban allí conmigo, chillando los peores insultos que conocían. Oh, él los ha oído, ya lo creo que los ha oído. ¿Y sabes lo que ha hecho? Ha sonreído de oreja a oreja con esa fea cara que tiene, como si no se lo hubiera pasado mejor en toda su vida. Estaba allí de pie, sonriendo como un imbécil, y el verdugo le ponía la soga al cuello. Luego ha pateado las tablas del patíbulo como si estuviera bailando, como si quisiera decir que pronto bailarían así, pero en el aire. Cuando ya tenía la soga apretada alrededor del cuello, ha gritado algo que no ha podido oír nadie por los chillidos de las putas. Entonces, justo antes de que lo colgaran, ha soltado un enorme y repugnante escupitajo y le ha dado a la puta que estaba a mi lado en toda la cara. Ha tenido una puntería increíble, y le ha dado a la más ruidosa de todas, te lo juro. Esa ha sido otra de las razones por la que hubiera preferido quedarme más atrás. El escupitajo me ha salpicado un poco en la casaca.

—¿Ha tardado mucho en morir? —inquirí. Me había preguntado a menudo si Mariah había muerto en el acto.

—No mucho —contestó Bunkins, como todo un experto en la materia—. Pero ha bailado lo suyo. Aunque es evidente que estaba completamente chiflado, debo reconocer que ha muerto manteniendo el tipo.

Confieso, lector, que deseaba para él una agonía más prolongada.

—¿De qué estáis hablando los dos?

Era el alguacil Perkins que bajaba las escaleras desde las habitaciones que ocupaba encima de los establos, vestido con su chaleco rojo, preparado para el turno de noche. Iríamos los tres juntos a Bow Street.

—Del Rastrero —dijo Bunkins—. Lo han ajusticiado hoy en Tyburn.

—Eso han hecho, ¿eh? Es un alivio. —El alguacil se acercó a nosotros, me traspasó con la mirada y preguntó—: Y tú, Jeremy, ¿qué tal te sientes?

—Es un alivio —dije.

Ocurre que cuando nuestros principios más misericordiosos se ponen a prueba por una amarga experiencia personal, a veces tales principios ceden ante el deseo de venganza.

Aunque Gabriel Donnelly y yo habíamos hablado de muchas cosas en el camino

hasta el Cheshire Cheese, y de muchas más mientras cenábamos, estaba completamente seguro de que aún no habíamos tocado aquellos temas que él pretendía comentar conmigo. Yo le expliqué cómo había llegado a beber café con un «relámpago» y, así, pude explicarle también cómo el nombre rimado del señor Tolliver había hecho su viaje imborrable para Ben Calverton y había conseguido disipar las sospechas que recaían sobre él.

Por su parte, él me contó algunas experiencias más de su estancia en Viena cuando estudiaba medicina; eran anécdotas divertidas, como las que había contado en Bow Street durante la cena con Goldsmith. Se me ocurrió entonces que quizá deseaba ofrecirme un puesto de aprendiz en su consulta para llegar a ser médico como él. Si me lo ofrecía, ¿qué debía decirle? Hacía algún tiempo que no hablaba con *sir* John sobre mi deseo de aprender leyes con él. Quizá lo había olvidado o, peor aún, esperaba que yo lo hubiera hecho. Consideraba que la medicina era una gran profesión, y no podía pedir mejor maestro que el señor Donnelly. Sin embargo, mi vocación eran las leyes.

Por fin, mediada la cena, Donnelly decidió explicarse de una manera un tanto brusca.

—Sin duda te preguntarás, Jeremy, por qué te pedí que cenaras conmigo y qué es eso tan importante de lo que quería hablar.

—Bueno, señor, la verdad es que sí.

—Es muy sencillo: la semana que viene abandono Londres para irme a Portsmouth, donde solicitaré un destino en la Marina como cirujano.

—Señor Donnelly, ¿abandonará usted a sus pacientes?

El buen doctor esbozó una triste sonrisa.

—¿Qué pacientes? —dijo—. Hace casi tres meses que volví a Londres y él único trabajo que he tenido han sido las autopsias que *sir* John me ha encargado con su habitual generosidad. Te he tenido a ti como paciente, así como al señor Goldsmith. Lamento decir, por cierto, y lo digo confidencialmente, que su salud no es buena. Pero no es este el momento de hablar de eso. La pura verdad es que sencillamente carezco de los fondos necesarios para mantener abierta mi consulta hasta que esta dé beneficios. Quizá sea por la simple razón de que hay demasiados médicos en Londres, aunque su calidad es lamentable. Quizá sea, como sugiere el señor Goldsmith, que entre los ingleses existe un prejuicio innato hacia los irlandeses. Él mismo, durante los años en que intentó también establecerse como médico, solicitó numerosos empleos pagados como cirujano o médico, y afirma que le bastaba con mostrar su inconfundible rostro irlandés para que lo rechazaran inmediatamente.

Yo no supe qué decir. Después de haberme acostumbrado a su presencia durante aquellos meses, me entristecía pensar que ya no lo vería más. Tenía una confianza y una fe en él de una naturaleza particular, que no tenía en los demás. Era para mí como un hermano mayor o un tío. O al menos eso me había parecido cuando se mostró tan bien dispuesto a ayudarme cuando expresé mi deseo de enterrar a Mariah

decentemente.

Lo único que podía hacer en aquellas circunstancias era bajar los ojos y decir:

—Le echaré mucho de menos, señor. —Estoy convencido de que mi triste tono de voz transmitió mucho mejor que mis torpes palabras lo que sentía en aquel momento.

—Si no hubiera hecho el tonto marchándome a Lancashire en pos de aquella viuda —prosiguió—, tal vez las cosas habrían sido diferentes. Cuando llegué por primera vez a Londres hace dos años, había ahorrado una suma considerable de mis años como cirujano de la Marina. Quizá entonces lo habría conseguido, si hubiera perseverado. Sin embargo, me fui y lo gasté todo en cortejar a aquella mujer. No estaba tan enamorado de ella como de mí mismo y de mi propia ambición. Ah, bueno, que mi experiencia te sirva de lección, Jeremy. La vanidad tiene su precio.

—Pero, señor, no tiene usted motivos para sentirse avergonzado. Fue *lady Goodhope* la que salió perdiendo, no usted.

—Bueno —dijo él—, dejemos eso, pues la razón por la que he querido hablar de mi partida en privado contigo es que he de darte un consejo. *Sir John* lo sabe ya y lo aprueba. Hemos hablado de ti.

»En primer lugar, me tomé la libertad, si es que a ti te lo parece realmente, de informar a *sir John* sobre el modo en que gastaste cinco guineas de tu recompensa. *Sir John* se sintió muy conmovido por tu acción, igual que yo, por supuesto. No obstante, le preocupó que te hubieras relacionado hasta tal punto con una chica de la calle sin contárselo a él. Quiso saber si había alguna posibilidad de que hubieras contraído alguna enfermedad característica, y yo le aseguré que no, que tu relación con ella no había sido de esa naturaleza. Sintió un gran alivio, claro, pero dijo que aun así hubiera deseado que fueras más sincero con él. Luego me permití decirle que, en mi opinión, la dificultad de comunicación se debía a tu ambigua posición en su casa. No eres un criado, pero tampoco eres un hijo adoptado. Él me dijo entonces que a menudo se sentía como un padre para ti, si es que en verdad sabía cómo podía sentirse un padre, que difícilmente podría hallar un hijo mejor que tú, y que había considerado seriamente la posibilidad de adoptarte formalmente. Pero me explicó que él y *lady Fielding* tenían todavía la esperanza de tener hijos propios y que últimamente se hablaba de que le iban a conceder el título de *baronet*. Se trata, claro está, de un título hereditario, y estoy seguro de que tú mismo comprenderás que podría haber dificultades inherentes en el caso de que tuvieran hijos.

—Por supuesto —dije yo, inclinando la cabeza con solemnidad.

—Así pues, mi primer consejo es que te consideres adoptado informalmente. A él le gustaría, estoy seguro. La comunicación entre padre e hijo a tu edad o incluso mayor no es nunca fácil y, debido a tu situación, sin duda puede serlo aún menos.

—Algunas veces es difícil acercarse a él —expliqué—. A menudo me intimida.

—Estoy seguro de que es cierto, sobre todo en estos últimos tiempos, pues estaba enfermo de preocupación por esos asesinatos de Covent Garden. Pero debes intentar hablar con él sobre las cosas que de verdad te importan. Cuando él saque un tema a

colación, si tienes otros puntos de vista o alguna objeción, exprésalos, con respeto, naturalmente. No debería ser siempre «sí, *sir John*».

—Lo he intentado —le aseguré—. No siempre es fácil conseguir que escuche lo que quiero decirle.

—Entonces sigue intentándolo.

—Y él... —vacilé—. ¿Dijo algo cuando hablé con usted sobre su intención de hacer que aprendiera leyes con él? Al principio habló de ello, pero hace más de un año que no ha vuelto a mencionarlo.

—Entonces eres tú quien debe sacar el tema a relucir. Pregúntele si puedes empezar y cuándo.

Estas palabras me dejaron mudo un rato. La idea de plantear semejante cuestión era difícil de digerir. Rumié la posibilidad durante largo rato y con esfuerzo, más incluso que la chuleta que tenía en el plato.

—Pero ahí va mi segundo, y creo que último consejo —añadió Donnelly—. Recordarás, Jeremy, que cuando me hablaste de tu relación con Mariah, te contesté con mi propia historia de cómo me había engañado una chica de la calle en Dublín para que le diera dinero, y que al final acabé robando de la tienda de mi padre para proporcionárselo. Para mí fue doloroso contar semejante historia de mí mismo, y al soltarla así, de buenas a primeras, quizá te causara una impresión errónea. No quiero que creas que porque me sucediera a mí, siempre ocurre lo mismo con los desdichados que cuentan historias igualmente tristes. Tú reconociste que quizá Mariah pretendía utilizarte, pero no podemos estar seguros de eso. Y desde luego, en su caso, no somos nosotros quienes debemos juzgarla.

»Hay tanta miseria en este mundo, Jeremy, y tan poca caridad, que no quisiera que se endureciera tu corazón. A medida que crezcas y te conviertas en un hombre adulto, oirás más historias sobre infortunios e injusticias, y algunas de ellas resultarán ser falsas, inventadas para sacarte un chelín o algún favor. Pero puede que la siguiente historia que oigas sea cierta, y que la inocencia que percibas en el que la cuenta sea auténtica. Así que, ayudemos siempre que podamos y no hurguemos demasiado en los motivos que mueven a las personas.

Me entristeció pensar que perdería la amistad de aquel excelente hombre al cabo de una semana o quizá menos.

Cuando terminamos de cenar y nos levantamos para abandonar el Cheshire Cheese, pensé en lo mucho que me gustaba aquel local y la vida en la ciudad de Londres. Recordé mi primera comida allí con Donnelly, cuándo nos había importunado James Boswell, ahora compañero sempiterno del doctor Johnson, y me pregunté cuando volvería a comer allí con mi buena casaca de color verde botella y en compañía de quién. Miré hacia las vigas del techo, oscurecidas por el humo del tabaco y de la leña, luego miré a un lado y a otro, a los hombres (no había ni una sola mujer entre ellos) sentados en las toscas mesas, y por fin miré hacia el futuro, hacia un tiempo en el que, como abogado, quizá me reuniría allí con uno de mis clientes

para hablar del modo de abordar un tema espinoso. Tendrían que conocerme allí, habría de tener predilección por una mesa, quizá la que había junto a la chimenea. Entonces formaría parte realmente de la vida de Londres. Perdóname, lector, por desviarme del curso de mi historia, pero estos sueños de mi adolescencia siguen vivos en mi memoria y necesitan ser expresados en ocasiones.

Donnelly y yo nos paramos justo después de cruzar la puerta, quizá tan solo para respirar profundamente el aire de aquella agradable noche de noviembre. Mas, cuando esto hacíamos, ambos nos dimos cuenta enseguida de ciertos gritos amortiguados que persistían y que parecieron aumentar de volumen mientras escuchábamos. Nos miramos con curiosidad. ¿Qué era aquel ominoso sonido?

Entonces emergió una figura de Butchers Row, desplazándose todo lo deprisa que sus piernas daban de sí. Pasó junto a nosotros velozmente hacia Fleet Street, donde dos hombres le salieron al paso e intentaron detenerlo; él arremetió contra ellos, trazando un amplio arco con el brazo, haciendo que un objeto que llevaba en la mano lanzara un destello; los dos hombres retrocedieron, dejándole vía libre.

Desde Butchers Row llegó una gran multitud de gente, hombres y mujeres juntos, algunos cojeando y gritando mientras avanzaban: «¡Deténganlo! ¡Deténganlo! ¡Asesino! ¡Asesino!». Aquel griterío de voces mezcladas era el clamor que habíamos oído unos momentos antes.

—Se ha dado la voz de alarma —dije a Donnelly, gritando para hacerme oír. Entonces, comprendiendo que lo que había lanzado un destello a la luz de una farola debía de ser un cuchillo, grité—: ¡Debe de ser el asesino de Covent Garden!

Quise echar a correr, pero Donnelly me agarró por una manga. Cuando la multitud pasó por nuestro lado, divisé al señor Benjamin Bailey, capitán de los Vigilantes de Bow Street, muy cerca de la cabeza de los perseguidores, y supe que debía unirme a él.

—¡Es el señor Bailey! —grité, como si eso lo explicara todo, y me desasí para echar a correr como si persiguiera al Diablo en persona.

Dado que no llevaba tanto tiempo en la persecución como los demás, rápidamente alcancé a los que iban en vanguardia con Bailey todavía entre ellos. Me fijé en que se había subido a la acera y seguí su ejemplo. Pronto comprendí el porqué. Un coche de dos caballos avanzaba hacia el grupo de gente. Los caballos se encabritaron, agitando las patas en el aire. El cochero pugnó por dominarlos, el lacayo poco pudo hacer salvo sujetarse para no caerse. La gente se dispersó, cambiando los gritos de «¡Asesino!» por chillidos de miedo. Así se redujo el número de perseguidores, aunque siguió siendo considerable. Yo corrí en medio de aquel alboroto, seguro en la acera, sin tantas personas entre Bailey y yo como antes. Alargando las zancadas fui ganándole terreno. Más allá, aunque ya no tan lejos, pude ver la oscura figura del perseguido.

Bien, una multitud como aquella no es nada más ni nada menos que una turba en movimiento. Comprendí enseguida por qué el alguacil se había puesto a la cabeza de

la persecución. Cuando alcanzaran al fugitivo, cosa que harían sin duda, el señor Bailey tendría que protegerlo de sus iras. Yo estaba decidido a prestarle mi ayuda, de modo que seguí corriendo, acortando distancias poco a poco.

Recorrimos Fleet Street en toda su longitud. Yo estaba ya cerca de Bailey y de unos cuantos más, cuando ocurrió algo muy extraño. Había apartado la vista del objeto de nuestra persecución durante unos segundos apenas, y cuando volví a mirar, había desaparecido. No fui el único. Bailey aminoró el paso, al igual que las tres o cuatro personas que iban con él, y yo los alcancé. Detrás de mí llegaron más.

Nos hallábamos en el emplazamiento justo del viejo puente del río Fleet. Había sido un puente hasta que, hacía apenas unos años, se había cubierto con arcos el río y se había pavimentado en todo su curso hasta el río Támesis, y ahora no era más que una elevación de la carretera. Allí había desaparecido el fugitivo. Los hombres se detuvieron jadeando y mirando en todas direcciones. Yo me acerqué al alguacil Bailey.

—¡Jeremy! —exclamó sobresaltado cuando le di unos golpecitos en el hombro. Con la respiración entrecortada alcanzó a decirme que el perseguido era sin duda el asesino de Covent Garden—. Lo han visto cometer un asesinato en un callejón junto a Catherine Street... —Tomó aire—. He dejado al alguacil Cowley junto al cadáver y me he unido a la persecución.

—¿Dónde puede estar?

—Ni idea... Lo hemos perdido antes... por el camino... luego lo hemos vuelto a ver. Ha acuchillado al que intentaba detenerlo y ha escapado por el Strand.

—¿Quién es? ¿Lo conoce?

—No he llegado a acercarme lo suficiente para... —Se interrumpió de pronto para orientarse—. ¿Dónde estamos?

—Al final de Fleet Street.

—En el viejo puente, ¿no es eso?

—Pues sí, señor.

—Entonces solo puede haber escapado por un sitio. Ven conmigo.

Lo seguí a través de lo que era una multitud cada vez mayor, que se apiñaba en los alrededores, murmurando y gruñendo sin saber qué hacer. Bailey me condujo por Fleet Market, que seguía el curso del viejo río hasta Holbourn, sin dejar mirar al suelo. Allí, entre los puestos del mercado, encontró lo que buscaba: una trampilla en la calle empedrada. Alzó la vista hacia mí y asintió, después de haber probado a abrirla lo suficiente para saber que se abriría sin resistencia.

—Jeremy, ¿ves a esa mujer de allí con la lámpara? Intenta traértela aquí sin llamar mucho la atención.

Me aproximé a la mujer y la reconocí del Garden; era una verdulera a la que había comprado en ocasiones. También ella me reconoció.

—Qué cosa tan terrible, ¿verdad, joven señor? Parece que ha conseguido escapar.

—Bueno, ya veremos —dije yo—. ¿Podría usted venir un momento? El alguacil

Bailey quisiera hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Será solo un momento.

La mujer asintió y se dejó conducir hasta el señor Bailey sin discutir.

—Señora —dijo él con una cortés inclinación de la cabeza—, soy el alguacil Bailey de Bow Street.

—Le conozco —dijo ella.

—Necesito su lámpara.

—Pues no la tendrá. Es la única que tengo.

Hizo girar la lámpara para ocultarla a su espalda, como si quisiera recalcar su negativa, pero no se marchó.

—Señora —insistió el alguacil—, solo se la pido prestada, y si no se la devuelvo, puede pedir una mejor en Bow Street.

—¿Una mejor?

—Más grande, en cualquier caso. Tiene mi palabra.

—Bueno... —Vaciló—. De acuerdo. —Y tendió la lámpara al alguacil.

Este cogió la pequeña lámpara, que en realidad daba poca luz, y me la entregó a mí. Luego abrió la trampilla y la lámpara iluminó lo que había debajo. Oí el rumor del agua.

—No es mucho —dijo—, pero que me aspen si bajo hasta ahí sin una luz. Le he dejado mi lámpara a Cowley. Bueno, Jeremy, voy a bajar, es el río Fleet, eso es lo que es, y cuando llegue al último peldaño de la escala, me das la lámpara, ¿entendido?

—Sí, señor —contesté.

Bailey me entregó una de sus pistolas. Luego cogió su garrote y lo sujetó entre los dientes. Empuñando su pistola, se metió por el agujero, encontró la escala tanteando con los pies e inició el descenso. Tomé entonces una decisión muy impulsiva. Dejé en el suelo pistola y lámpara, me quité mi elegante casaca de color verde botella y se la arrojé a la mujer que me contemplaba con absoluta fascinación.

—Lleve esa chaqueta a Bow Street —le dije—, porque yo también voy a bajar.

Bailey sacudió la cabeza, incapaz de hablar a causa del garrote que sostenía con la boca, pero yo no le hice caso y le seguí hasta abajo. Llevé la lámpara colgando del pulgar de la mano izquierda; solo así puede bajar con la pistola en la mano derecha. Bajé con todo el cuidado del mundo, pero cuando descendí bajo el nivel del suelo y me llegó el olor mefítico del río, fue demasiado para mí. No sé si fue la mano o el pie lo que resbaló, pero aterricé con ambos pies y un chapoteo en el agua. Sujeté con fuerza la lámpara, pero al apoyarme con la otra mano para enderezarme, mojó la pistola.

Fue literalmente como si hubiera caído en un orinal. Gracias a Dios no caí de cabeza, pero quedé bastante cubierto. El agua me llegaba por encima de la cintura, casi hasta el pecho. Al señor Bailey, que era mucho más alto, le llegaba solo hasta la cintura. Vino chapoteando hasta mí, empuñando ahora garrote y pistola.

—Demos gracias de que no se ha apagado la lámpara —susurró—. Ya que estás aquí abajo, sigamos. Antes de que cayeras al agua, he oído un chapoteo en dirección a Holbourn. Ven. Sostén la lámpara en alto.

No se oía ya ruido de chapoteo ni de ningún tipo, salvo los leves pasos de las ratas. Miré a un lado y a otro y detecté movimiento en una especie de saliente que discurría a lo largo del estrecho curso del río a ambos lados. Avanzamos por el centro, donde era más profundo. Aunque el Fleet era una alcantarilla, también era un río, y tuvimos que luchar un poco contra la corriente.

A lo largo del camino, a intervalos de unos quince metros, había grandes columnas a ambos lados, contrafuertes que sostenían los arcos. Comprendí que Bailey esperaba encontrar a nuestra presa tras una de esas columnas. Se detenía al llegar a cada una de ellas, y se mostraba especialmente cauteloso, indicándome en silencio que hiciera oscilar la lámpara a derecha e izquierda para iluminar las oscuras sombras del otro lado de las columnas.

Así pasamos por delante de unas diez o doce columnas. Acabábamos de dejar una de ellas atrás, cuando oí un ruido a mi espalda, muy cerca, aunque no demasiado fuerte, y giré en redondo. Allí, a no más de dos metros de distancia, había la figura de un hombre que emergía del agua y avanzaba hacia mí tambaleándose. Le apunté con mi pistola y disparé a boca de jarro, pero el arma falló por haberla sumergido en el agua y tan solo lanzó un débil resplandor. Sin embargo, el hombre vaciló antes de abalanzarse sobre mí con la mano adelantada, y aunque no puedo afirmar que lo viera, intuí que debía de empuñar un cuchillo. Salté hacia atrás y hacia la izquierda, lejos del señor Bailey, y el cuchillo no me alcanzó, aunque solo le faltaron tres dedos. En ese preciso instante, Bailey dio un garrotazo a aquel hombre en la nuca, que debería haberlo derribado, pero no lo hizo. El hombre se volvió hacia el alguacil y le atacó con el cuchillo, lo que dejó su mano al descubierto. Bailey le golpeó entonces en la muñeca, haciéndole soltar el cuchillo, que cayó al agua. Aun así, el hombre se lanzó contra él, como el loco que era, intentando vencer a alguien mucho más corpulento con las manos desnudas. Me daba la espalda. Avancé con dificultad contra la corriente, pensando en golpearle con la culata de la pistola. Sin embargo, antes de llegar hasta él, Bailey le dio un garrotazo final que le partió el cráneo. El hombre cayó de bruces en el agua y se hundió.

—Jeremy —exclamó el alguacil—, ¿estás bien? ¿Te ha herido?

—No, estoy bien. Pero por los pelos.

Bailey guardó el garrote, empuñando aún la pistola, que no había disparado: luego metió las manos en el agua para recuperar el cuerpo de nuestro agresor. Buscó con la mano.

—No está —dijo.

—La corriente —sugerí—, la corriente debe de habérselo llevado.

Volví hacia atrás chapoteando, buscando con los pies, y finalmente tropecé con el cuerpo a unos dos metros o más de donde había caído. Planté el pie sobre el cuerpo

con firmeza para sujetarlo.

—Aquí está —grité.

Entre los dos lo levantamos del agua. Acerqué la lámpara al rostro, pero los cabellos mojados que ocultaban sus facciones hicieron imposible que lo identificáramos. Bailey apoyó la mano en su pecho durante un buen rato y luego meneó la cabeza. No tuvimos más remedio que arrastrarlo entre los dos para volver sobre nuestros pasos.

—No sé si ha sido el golpe que le he dado en la cabeza —comentó Bailey mientras lo arrastrábamos— lo que lo ha matado, o es que se ha ahogado. —Después, añadió—: Imagínate lo que es ahogarse en toda esta mierda.

—Pues había nadado por debajo del agua para pillarnos por detrás.

—Los hombres desesperados hacen cosas desesperadas. Eso dice *sir John*.

Unos minutos más tarde distinguí el tenue haz de luz que entraba por la trampilla a través de la cual habíamos descendido hasta aquel lugar infernal.

—Te ha atacado a ti primero, Jeremy, porque tú llevabas la linterna.

—La pistola ha fallado porque se había mojado cuando me he caído de la escala. Lo único que he podido hacer ha sido apartarme.

—Sí, pero sin dejar caer la lámpara. En la oscuridad podría haberme acuchillado tranquilamente. No lo hubiera conseguido sin ti, muchacho.

Empujando y tirando, finalmente conseguimos subir la forma inerte por la escala hasta la superficie. Yo, que era el que empujaba, salí el último. Para mi sorpresa, un grupo de personas aguardaba junto a la trampilla, entre ellos los alguaciles Cowley y Picker. No me prestaron demasiada atención, pues habían tendido el cadáver en el pavimento y le habían apartado el pelo de la cara, que iluminaron con dos grandes lámparas de Bow Street. Inquieto, miré atentamente a los que contemplaban al hombre muerto y noté la ausencia de la mujer a la que había confiado mi hermosa chaqueta de color verde botella. Sin embargo, antes de que pudiera preocuparme más, oí las exclamaciones de los alguaciles.

—Dios santo, señor Bailey —decía el joven Cowley—, fíjese. ¡Es el médico, ese que fue cirujano del Ejército!

—¡Que me aspen si no es él! ¡Fíjate, Jeremy, es Amos Carr!

Me abrí paso a empujones y comprobé con asombro que el señor Bailey estaba en lo cierto. Realmente era Amos Carr.

XII

En el que encuentro y recupero mi chaqueta de color verde
botella

Fue grande la sorpresa y no poca la consternación al saberse en Covent Garden que el doctor Amos Carr era el autor de los asesinatos más sanguinarios. El propio sir John Fielding mantuvo su incredulidad hasta que ordenó que se registrara la vivienda y la consulta del médico; los macabros hallazgos que resultaron incriminaron al médico *ex post facto*. En su armario se encontraron ropas manchadas de sangre, pero lo peor se encontró en un armario de su consulta. Allí, en un vaso de ginebra con un ligero tinte marrón, se hallaron dos globos oculares: los ojos que faltaban a Libby Tribble, como Gabriel Donnelly atestiguó.

Donnelly también ayudó a sir John a comprender lo que había llevado a Amos Carr a semejante estado de desvarío. Explicó que el doctor Carr era sifilítico, cosa que el magistrado no sabía, claro está, y que en las últimas etapas de aquella terrible enfermedad, el cerebro resulta dañado a veces, con consecuencias totalmente impredecibles. Sugirió que tal vez el doctor Carr creía, con razones fundadas, que la enfermedad se la había contagiado una prostituta, y su mente enferma le había llevado a vengarse de aquella desdichada clase de mujeres. De no haber sido descubierto en el acto de mutilar el cadáver de su tercera víctima, seguramente habría seguido matando mientras viviera (lo que, teniendo en cuenta el avanzado estado de su enfermedad, no podía ser mucho). Según me contó después Donnelly, sir John dijo tras escucharle que, a falta de otra explicación mejor para aquellos crímenes de otro modo incomprensibles, tendría que aceptar la del médico, pues no cabía la menor duda de que Amos Carr era el hombre que habíamos sacado de la alcantarilla, ni de la naturaleza incriminatoria de las pruebas siniestras halladas en su vivienda.

En cuanto a mí, salvo el agradecimiento expresado por Bailey, pocas alabanzas recibí por haberle seguido hasta el Fleet. Donnelly, que se encontraba entre el grupo reunido en torno a Amos Carr, me reprendió por haberme introducido en un ambiente tan insalubre, y una vez los alguaciles dejaron de maravillarse por la identidad del cadáver, se mantuvieron alejados de Bailey y de mí, porque el hedor de la alcantarilla les molestaba. Grande fue su tribulación cuando su capitán les ordenó que se llevaran el cadáver.

Lady Fielding no me permitió subir a las dependencias superiores de la casa hasta que me bañé y me cambié de ropa. Envió todo lo necesario abajo por medio de Annie, que se tapó la nariz al ver mi estado. Yo hice lo que me mandaban, y me bañé en un rincón oscuro, frotándome bien con jabón y temblando en el agua fría. Mientras me bañaba, Bailey presentó su informe a sir John. Cuando terminé y me hallé una vez

más en condiciones de relacionarme con seres humanos, sir John me llevó aparte y me dijo que había sido «un tonto muy valiente». Me sugirió, además, que la siguiente vez que me sintiera tentado de actuar por impulso, me detuviera un momento para pensar en los peligros potenciales.

También mencionó que quizá tuviera derecho a una parte de las diez guineas de recompensa por el segundo asesino, pero yo le dije que no quería nada. Afirmé que el señor Bailey lo había hecho todo, que yo me había limitado a sujetar la lámpara y apartarme. Eso pareció dejarlo satisfecho. Al final, empero, el alguacil compartió su recompensa con un tal Albert Mundy, de oficio carpintero. El señor Mundy era el hombre que había visto a Amos Carr inclinado sobre su última víctima para despedazar su cuerpo con el cuchillo, y había dado la voz de alarma. Hubo un acuerdo general en que tenía derecho a algo, aunque desde luego no más que las tres guineas que le dieron.

La buena mujer que nos lavaba la ropa recibió aviso al día siguiente. Con aire indeciso, contempló mis mejores calzones y mi camisa, que yo había arrojado la víspera sobre el retrete de la parte de atrás. Las prendas estaban llenas de manchas y hedían, y no parecía que pudieran volver a estar limpias nunca más. Esto mismo dijo ella, pero prometió hacer cuanto pudiera. Yo le di palabras de aliento y la acompañé hasta la puerta. Luego me dirigí a Covent Garden para intentar descubrir qué había sido de mi casaca.

Encontré a la verdulera donde siempre estaba, en su puesto, voceando la calidad de sus mercancías a todos sin excepción. Cuando me aproximé, no vi la casaca por ninguna parte. Llevaba conmigo la lámpara de la verdulera, esperando canjearla por mi chaqueta. No pude por menos que preguntarme por qué, si no había llevado la casaca a Bow Street, como yo le había pedido, tampoco la había llevado a su puesto. Era imposible que creyera que me iba a olvidar.

—Le he traído su lámpara —le dije con semblante serio, después de presentarme. La mujer dejó de vocear y me miró con expresión decepcionada.

—Creía que me iban a dar otra más grande en su lugar.

—Solo si esta se perdía.

—Bueno... —Se encogió de hombros y cogió la lámpara.

—¿Dónde está mi casaca?

—¿No se la han llevado? —Apartó la vista como si estuviera avergonzada, o eso me pareció a mí.

—No, no me la han llevado.

Ella suspiró.

—La verdad es esta, joven señor. Tan pronto como bajó por el agujero, se acercó un joven y me dijo que era amigo suyo y que le guardaría la casaca. Yo le dije que no, que tenía que llevarla a Bow Street, y qué hace él si no agarrarla y decir que la llevará él. Bueno, yo la sujeté bien fuerte y él me dio un fuerte empujón, así que me caí de culo y solté su elegante casaca. Cuando conseguí ponerme en pie, el tipo se había ido,

había desaparecido entre la multitud. Yo fui detrás de él, buscando ayuda, y voy y tropiezo con un alguacil. Yo empecé a decirle que aquel tipo había dicho que era amigo suyo, que había cogido la casaca y se había ido corriendo, pero él solo quería saber por qué la tenía yo, cómo usted y el otro alguacil habían bajado al Fleet. No quiso saber nada más que dónde estaba el agujero. Luego vino otro alguacil y se lo enseñé a los dos. Empezaron a discutir sobre si debían bajar a ayudarles. Fue entonces cuando me fui a mi casa y me acosté.

Poco podía decir yo. Su historia sonaba a verdad. De hecho, yo mismo me había preguntado cómo era que los alguaciles Cowley y Picker se hallaban casualmente esperándonos cuando salimos de aquel pestilente mundo subterráneo.

Mi rostro debía de mostrar la decepción que sentía, pues la mujer me tocó el brazo con ánimo consolador y dijo:

—Lo siento mucho, joven señor. Esperaba que quizá fuera realmente amigo suyo y le hubiera devuelto la casaca, aunque me resultaba difícil creer que usted tuviera un amigo de aquella clase.

—¿De qué clase? ¿Podría describirlo? ¿Lo había visto antes?

—Oh, una ve a tanta gente aquí, en el Garden, dando vueltas. Nunca me ha comprado nada, de eso estoy segura, si no lo recordaría. Era de su estatura más o menos, pero un poco mayor, y tenía un aire amenazador. Vaya, me ha parecido sospechoso desde el principio.

—¿Iba bien vestido?

—Ni mucho menos. No es que fuera andrajoso, pero la casaca que llevaba no era tan magnífica como la que me dio usted para que se la guardara.

Le había hecho la pregunta con la débil esperanza de que fuera Bunkins quien se había llevado la casaca, aunque no podía imaginar en modo alguno que él tratara a una mujer de una manera tan ruda. Desde que vivía con el señor Bilbo, además, vestía con tanta elegancia como cualquier joven caballero de los que se encontraban en Vauxhall Gardens. Tampoco podía decir nadie que tuviera un aire amenazador. No, Jimmie Bunkins no.

—Siento mucho lo que ha pasado —dijo la verdulera.

—La creo —dije. Me encogí de hombros, le di las gracias y me alejé de vuelta a Bow Street.

Al parecer mi casaca había sido robada por un ladronzuelo común que primero había intentado engatusar a la mujer con una mentira. Aquella noche, busqué a los dos alguaciles en cuestión y ellos confirmaron la historia de la verdulera. Los dos se disculparon por haber considerado que la casaca robada no tenía importancia en aquel momento. Sus disculpas, claro, no sirvieron para que yo recuperara mi casaca. En la siguiente oportunidad en que me hallé con Bunkins y el alguacil Perkins, saqué el tema a colación. Eso fue mientras recorríamos juntos parte del trayecto desde la vivienda del señor Perkins junto a Little Russell Street hasta que cada uno se encaminara en su propia dirección. Les conté lo que me había dicho la verdulera del

ladrón e intenté describir la casaca.

—Pero —dije, recordando de pronto— usted ya la ha visto, señor Perkins. ¿No se acuerda? La llevaba el día que íbamos juntos y descubrimos el cadáver de lo que creímos que era la primera víctima del Rastrero.

—Ah, sí, es cierto —dijo él—, y una hermosa casaca era. Era verde, si no recuerdo mal.

—Verde oscuro —precisé—. Verde botella lo llaman.

—¿Verde oscuro, dices? —repuso Bunkins—. ¿Y tiene un ribete blanco?

Lo miré sorprendido.

—Pues sí, alrededor de los bolsillos y los ojales. ¿La has visto?

—Puede que sí —dijo él—, y la llevaba un tipo al que tú conoces, viejo amigo.

—¿Oh? ¿Y quién era?

—¿Por qué no vamos a ver si podemos encontrar a ese tipo? Puede que encontremos también tu casaca.

Así pues, sin decir nada más, Bunkins continuó con nosotros más allá de donde solíamos separar nuestros caminos y él se encaminaba a la mansión del señor Bilbo en St. James Street. No habíamos andado mucho cuando sugirió que podíamos desviarnos de la ruta habitual para ir a Bow Street y dar una vuelta por Bedford Street.

—Pero usted, señor Perkins —dijo al alguacil—, supongo que tendrá que marcharse. El deber le llama, como se suele decir.

—El deber no me llamará hasta dentro de una hora —replicó el señor Perkins, reprimiendo una sonrisa burlona—. Pero como alguacil estoy obligado a hacer que las propiedades robadas le sean devueltas a sus legítimos dueños. No pretenderás deshacerte de mí, ¿verdad, Jimmie B.?

—Oh, no, señor —dijo Bunkins, como la viva imagen de la inocencia ofendida—. ¿Cómo puede pensar eso?

De modo que los tres dimos un rodeo hasta Bedford Street. Aunque yo no le había preguntado nada a Bunkins, tenía una idea cierta de quién podía llevar mi casaca buena en Bedford Street; todo lo que la verdulera me había contado del ladrón abonaba mis sospechas.

Cuando llegamos a nuestro destino, Bunkins nos pidió que esperáramos mientras él entraba en el primer tugurio que teníamos a mano. No había aún tantos transeúntes en la calle como solía haber más tarde; los que salían de trabajar a aquella hora tendían a evitarla por su mala reputación. Me fijé en que Perkins, que guardaba silencio, se estaba abotonando la casaca con aire casual. Cuando terminó, ya no se veía el chaleco rojo que lo identificaba como un vigilante de Bow Street. Bunkins salió del tugurio, sacudiendo la cabeza, y seguimos hasta el siguiente, cuya muestra indicaba que era una tienda de licores, y luego hasta el siguiente, que era una taberna. Perkins no habló hasta que nos hallamos esperando ante la puerta de un quinto local de mala nota.

—Yo no voy a intervenir para nada —dijo—. Pero recuerda lo que te he enseñado y todo saldrá bien.

Yo, que cada vez estaba más tenso a medida que íbamos de un local a otro, cobré nuevos ánimos gracias a las palabras del señor Perkins: él había sido mi maestro y yo estaba preparado.

Bunkins apareció en la puerta y nos hizo señas de que entráramos.

Perkins me retuvo. Cogió su garrote y me lo metió por el cinturón a la espalda.

—No lo uses a menos que tengas un buen motivo —me dijo.

Finalmente entramos. Perkins me dejó para ir a la barra. Yo me acerqué a Jimmie Bunkins, que había vuelto a entrar. Se limitó a señalar sin decir nada. Dentro estaba casi tan oscuro como fuera, donde empezaba a caer la noche. Un quinqué ardía en la barra, un fuego ardía en la chimenea y había bujías desperdigadas por las pocas mesas en las que había parroquianos sentados. Con tan escasa iluminación, no fue fácil hallar al que buscaba. En realidad lo oí —aquella risita suya tan estúpida, como el relincho de un caballo— antes de que mis ojos consiguieran penetrar la penumbra del fondo del local. Pues sí, allí estaba, sentado en una mesa con cuatro compinches: Jackie Carver.

A aquella distancia y con tan poca luz, no pude distinguir si la casaca que llevaba era la mía, de modo que avancé hacia él, trazando un camino por entre las mesas. Bunkins me siguió. Mientras me acercaba, Carver me vio, me reconoció, y abandonó su cháchara. Cuando llegué a la mesa, ya había visto bien la casaca que llevaba: de color verde botella y con un ribete blanco era inconfundible; era la mía. Todos los ojos de la mesa estaban fijos en mí cuando llegué a su altura y esperé.

—¿Qué quieres? —me preguntó él con una afectada sonrisa despectiva.

—Mi casaca —contesté.

—¿Tu casaca? —Soltó su estúpida risita—. Esta es la casaca de un hombre. La última vez que te vi, llevabas faldas de mujer, como si fueras una fulana. No tienes derecho a llevar una casaca de hombre.

Sus palabras causaron hilaridad entre sus compañeros de mesa. Mientras él permanecía sentado, sonriendo afectadamente, los demás se carcajaban; uno de ellos, un tipo con aspecto patibulario de unos treinta años, golpeaba la mesa con regocijo. El resto del local se había sumido en el silencio. El tabernero se movió hacia nosotros. Esperé a que las risas remitieran.

—Aun así la quiero.

—Pues no la tendrás. —Me miró con odio desde su sitio al final de la mesa rectangular.

Entonces, para que dejara de mirarme, extendí la mano derecha delante de él e hice chasquear los dedos. Sus ojos se movieron involuntariamente hacia el sonido, como yo había previsto. En un rápido movimiento estudiado, le agarré entonces por la oreja con la mano izquierda, se la retorcí y tiré hacia arriba. Él no tuvo más remedio que levantarse o dejar que le arrancara la oreja. Cuando se había levantado a

medias, le di un fuerte empujón en la cara y le solté. Cayó hacia atrás contra la silla y la pared con gran estrépito, aunque consiguió mantenerse en pie. Sus compañeros estaban demasiado sorprendidos para hacer algo aparte de mirarnos boquiabiertos. Luego él se llevó la mano a la espalda como si fuera a sacar el cuchillo, pero la dejó allí en un gesto de amenaza.

—¿Sabes quién soy? —chilló—. ¿Sabes lo que puede hacerte?

Me pareció haber oído eso antes.

—Sí —le grité—. Dices que te llamas Jackie Carver, y eres un chulo y un impostor que solo sabe apuñalar por la espalda, y serías capaz de enfrentarte con el mismísimo Diablo antes que luchar debidamente con cualquier hombre mortal.

—¡A pelear fuera!

Era el tabernero. Se inclinó por encima de la barra empuñando sendas pistolas, y aunque no las había amartillado, por su expresión era evidente que estaba dispuesto a disparar.

—Vamos —grité, luego me di la vuelta, pasé por delante de Bunkins y me encaminé hacia la puerta.

La desbandada hacia la calle fue general. El tugurio se vació de bebedores impacientes por presenciar la reyerta. Sin embargo, me hicieron sitio como uno de los protagonistas principales que era y salí a la calle, notando las palmadas de Bunkins en la espalda.

—Eh, eso sí que ha sido todo un desafío, compañero —exclamaba con entusiasmo—. Nunca lo había visto hacer mejor.

—Pero ¿adónde podemos ir?

—Allí, al callejón.

Bunkins me cogió por el codo y me condujo al mismo callejón donde se había descubierto el cadáver de Polly Tarkin. La muchedumbre vino detrás. Oí murmullos que expresaban posibilidades y hacían apuestas. Al parecer, y pese a mi digna actuación dentro del tugurio, las apuestas no estaban a mi favor.

Me planté en medio del callejón y esperé mientras la muchedumbre se colocaba en torno a mí. Tras recoger mi casaca vieja, Bunkins recorrió el perímetro de público, empujándoles hacia atrás.

—Dejen sitio... Atrás, atrás... Dejen sitio —iba diciendo.

Por fin llegó mi adversario, acompañado por sus cuatro secuaces, que reían entre dientes y le daban palabras de ánimo, hablándole de la gran efusión de sangre que estaba a punto de producirse. Por su parte, él parecía más sombrío allí que en la taberna; asintió, aceptando sus palabras de aliento, pero no hacía ninguna mueca de desprecio ni sonreía, y tampoco soltó ninguna de sus risitas. Yo me eché la mano a la espalda para asegurarme de que el cinturón sujetaría el garrote del señor Perkins para que no se cayera y al mismo tiempo yo podría sacarlo fácilmente cuando lo necesitara. Satisfecho en ese punto, avancé para demostrar que estaba preparado.

Él se quitó la casaca, mi casaca, y musitó algo a sus amigos. Luego, como última

bravata, gritó a la multitud:

—Que lo sepan todos. Esto no es por culpa de una casaca. Es por una chica, una de mis putas que quería para él solo. Ella no quería saber nada él. Ella...

Mientras él hacía su discurso y miraba a derecha e izquierda a su público, yo seguí avanzando hacia él. Comprendió demasiado tarde lo cerca que estaba de él e, interrumpiendo su perorata, apenas tuvo tiempo de alzar los brazos para defenderse, y mucho menos de echar mano al cuchillo.

Tras pasé los tres pasos que nos separaban con dos veloces zancadas y le asesté dos puñetazos en la cara, uno con la derecha y otro con la izquierda, y luego le di una fuerte patada en una rótula. Se desplomó, cayendo al suelo sobre la otra rodilla.

Entonces hice algo que no debería haber hecho: Retrocedí, permitiendo así que se recobrara. Esto lo hice en parte para dar oportunidad a mis dedos de recuperar la sensibilidad, pues aunque tenía las manos endurecidas por los muchos días de ejercitarme a fondo con el saco del patio del establo, no estaban preparadas para topar con los huesos de su cara. A partir de ese momento le golpearía en las partes blandas...

Había sacado el cuchillo y me acometió, lanzándome una cuchillada a la altura del ombligo. Tenía la mano rápida, y desde luego me habría rajado de no ser porque salté hacia atrás. Se puso entonces en pie, empuñando el cuchillo, y se abalanzó sobre mí. Yo no pude hacer otra cosa que retroceder. No podía sacar el garrote que llevaba a la espalda, porque necesitaba ambas manos para guardar el equilibrio.

A la multitud pareció divertirle esto especialmente. Oía «Ooohhhs» y «Aaahhhhs» cada vez que él arremetía contra mí y esperaban ver una mancha carmesí de un momento a otro. Eso era lo que querían ver.

Pero yo hice mi pequeña danza, fintando a la izquierda y saltando a la derecha, lejos del cuchillo. Él siguió mis movimientos y me pasó rozando, pero antes, le di una patada en la cadera que le hizo perder el equilibrio, y se tambaleó torpemente para recuperarlo.

Esto me dio la oportunidad que necesitaba para sacar el garrote del cinturón. Lo cogí con la mano derecha y me golpeé la palma izquierda con él. La fuerte punzada de dolor que sentí me dio nuevos ánimos. Había practicado con el garrote a menudo.

Él había conseguido hacerme retroceder con una serie de acometidas. ¿Seguiría así? ¿O intentaría acuchillarme como había hecho al principio? Tenía que estar preparado para ambos métodos de ataque.

Arremetió contra mí.

Yo volví a saltar hacia la derecha para alejarme de la hoja, pero él pareció preparado para ese movimiento, pues giró hacia mí y me habría tocado de no ser porque, al tiempo que saltaba, le golpeé con fuerza en la oreja con el garrote. Me agaché detrás de él y le di otro garrotazo en la coronilla.

Él se volvió hacia mí, lanzándome una cuchillada con un amplio movimiento de la mano. Sin embargo, yo lo había previsto, lo esperaba incluso, y estaba fuera de su

alcance cuando el cuchillo pasó, y después, avancé y golpeé la mano que sostenía el cuchillo con el garrote, que lo dejó caer al suelo. Él se lanzó a la desesperada para recuperarlo, pero yo volví a darle un garrotazo en la cabeza y pensé con toda certeza que lo había dejado sin sentido. Sin embargo, mientras yo le daba un puntapié al cuchillo, que resbaló sobre el pavimento, alejándose de nosotros, él consiguió ponerse en pie.

De pie ante mí, jadeando, sudando ginebra, con la sangre que le caía de la oreja y del cuero cabelludo, no parecía una gran amenaza, pero yo sabía que debía terminar con él. Me metí el garrote por el cinturón y le hice señas de que se acercara. Él avanzó pesadamente hacia mí con los brazos extendidos como si quisiera estrangularme, lo que sin duda habría hecho de haberle dado yo la oportunidad.

Lo que siguió no debió de ser agradable de ver, porque el recuerdo de Mariah despertó en mí una furia que impulsó el torbellino de patadas y puñetazos que solté sobre aquella forma vertical, pero inerte. Por fin, cuando lo tenía apoyado en mí para no caerse, le di un cabezazo en la cabeza. Retrocedí y él cayó de bruces sobre el empedrado del callejón.

Aguardé. No se movió. Caminé hacia atrás, no queriendo darle la espalda hasta hallarme a una distancia prudencial. Mientras andaba, miraba a un lado y a otro, y vi dinero cambiando de manos entre la multitud. Guardaban silencio en su mayoría, no sabía si por aburrimiento una vez concluida la diversión, o porque les decepcionaba el resultado. Encontré a los cuatro que buscaba, cuchicheando entre ellos.

—Quiero esa casaca, por favor. —Saqué de nuevo el garrote del señor Perkins y me di unos golpes en la palma de la mano.

El más feo de los compañeros de Jackie Carver —y ninguno de ellos era una belleza— seguía aferrando mi casaca. Me la tiró a la cara y sacudió las manos con repugnancia. Luego los cuatro dieron media vuelta y se alejaron, dejando a su campeón tirado en el suelo.

—¡A ver! ¡A ver! ¿Qué es todo este alboroto?

Era el señor Perkins, con la casaca desabrochada y el chaleco rojo a la vista, presentándose como alguacil en la escena de la pelea. Vino directamente hacia mí.

—¿Ha tomado usted parte en todo esto? —preguntó con la mayor severidad—. Yo me haré cargo de ese arma que tiene en la mano, jovencito.

Le tendí el garrote sin protestar. (Al fin y al cabo, era suyo). Él me aferró por el brazo y me condujo por una ruta indirecta hasta Jackie Carver. Por el camino, hizo un «descubrimiento».

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Un cuchillo? —Se agachó y recogió el arma—. ¿Ha usado usted este cuchillo para atacar a ese pobre hombre de ahí?

Antes de que me viera obligado a alzar la voz en mi propia defensa, tres de los espectadores se adelantaron para poner las cosas en claro.

—No, alguacil, no ha sido así.

—Era el otro tipo el que tenía el cuchillo. Es famoso por eso.

—El muchacho no usó el garrote hasta que el otro sacó el cuchillo.

—Bueno —dijo Perkins, acercándose a la forma que yacía en el suelo—, aun así, lo ha dejado malparado.

Carver, gracias a Dios, había empezado a moverse. Mis tres defensores se acercaron también para verlo mejor. Perkins se arrodilló, supuestamente para examinarle las heridas, pero al mismo tiempo pareció susurrarle algo en la oreja sana.

Bunkins apareció a mi lado inopinadamente.

—Me has hecho un hombre rico, Jeremy, viejo amigo —dijo—. Tenías en contra las apuestas, y yo he apostado por ti todo lo que llevaba en el bolsillo y un poco más.

—¿No has apostado también por él, por si acaso?

—¡Jamás haría una cosa semejante! —exclamó, mirándome con consternación.

—Ya sé que no. —Sonreí y le guiñé un ojo para tranquilizarlo. Se me ocurrió entonces que si podía sonreír, sin duda aquella dura prueba había terminado.

—Vaya por Dios —exclamó Perkins para que todos le oyeran—, todo este tiempo estaba pisando la mano derecha de este pobre hombre. Puede que le haya hecho más daño aún del que tiene.

Aun así, no quitó el pie hasta levantarse y apoyar todo el peso del cuerpo en él. Carver intentaba incorporarse sobre los codos. Los otros lo miraban, más por curiosidad que por preocupación.

—A ver, ustedes tres. Ayúdenle a ponerse en pie. Les ordeno que lo lleven a un médico para que examine sus heridas. Hay uno en Tavistock Street; Donnelly se llama.

Los tres se apresuraron a obedecer la orden del alguacil. Otro se acercó para ayudarlos y entre los cuatro consiguieron ponerlo en pie.

—Y a usted, jovencito —dijo Perkins, cogiéndome bruscamente por el brazo—, me lo llevo directamente a Bow Street. ¡Y le advierto que si se resiste lo lamentaré!

Agaché la cabeza, y huelga decir que no opuse la menor resistencia.

Nuestro estado de ánimo, cuando nos alejamos, era de un júbilo contenido. Tan pronto como estuvimos fuera de la vista y del oído de los demás, Bunkins soltó un fuerte aullido de triunfo, y el señor Perkins se permitió por fin sonreír.

—Creo que he dejado el honor de los Vigilantes de Bow Street bien alto. ¿No os parece, muchachos? No podemos dejar que crean que aprobamos las peleas callejeras.

Los dos le aseguramos que había representado su papel a la perfección, y mientras Bunkins se jactaba de sus ganancias, Perkins quiso asegurarse de que yo no había recibido herida alguna y me aseguró que, de haberme visto herido, habría detenido la pelea en el acto. Luego se lanzó a criticar mi actuación.

—Tu único error —dijo— fue echarte atrás después de hacerle caer con esa patada en la rodilla.

—Pero el modo en que esquivó el cuchillo... —interpuso Bunkins.

—Ha sido peligroso y daba miedo verlo —dijo el señor Perkins con brusquedad.

Así continuó hasta que, al aproximarnos a Bow Street por Great Hart, nos separamos de Bunkins, que aseguró estar impaciente por volver a casa y contar su botín. El señor Perkins y yo seguimos andando en silencio durante un rato, pero de repente me obligó a detenerme y me miró de arriba abajo con ojo crítico.

—Bueno —dijo—, el sudor se te ha secado, tienes la cara sucia y el pelo necesita un buen peine, pero has salido con bien, Jeremy. Y debo decir que tienes una elegante casaca por la que merece la pena luchar.

—Hay una cosa que ha dicho Carver que era cierta —dije después de darle las gracias—. La pelea no era por la casaca... o al menos solo lo era en parte.

—Me lo había imaginado.

Reemprendimos la marcha.

—Dígame, señor Perkins —dije—, cuando se agachó para examinarlo, me pareció que susurraba algo al oído de Carver. ¿Qué le dijo?

—Ah, sí. Le he transmitido un mensaje. Le dije que si se le ocurría intentar vengarse de ti, era mejor que lo olvidara, porque si te ocurría algo malo, yo iría a buscarle personalmente y lo mataría más deprisa que cualquier verdugo. Le pregunté si me entendía y él soltó un gemido, que yo tomé por un sí.

No nos dijimos nada más hasta que estábamos a punto de entrar en el número 4 de Bow Street. El alguacil me instó a lavarme un poco y a peinarme antes de subir las escaleras.

—Así pues, ¿no se me acusa de nada? —pregunté con una sonrisa insolente.

—De nada en absoluto —dijo él.

En los días siguientes se produjeron varias idas y venidas, un par de ellas no carentes de misterio. La que no me extrañó fue el regreso de la mujer que nos lavaba la ropa. Orgullosamente me mostró la camisa y los calzones que llevaba al vadear el río Fleet. De algún modo, lavándolos tres veces y dejando que se secaran al aire libre los escasos días de sol de noviembre, había conseguido dejarlos limpios. Mayor importancia tenía que ya no apestaran. Yo me sentí tan agradecido que la recompensé con dos chelines de la gran provisión de dinero que Bunkins me había entregado. (Su conciencia no le permitía guardarse para él solo todo lo que había ganado gracias a mis esfuerzos, de modo que me había dado la mitad de sus ganancias). La buena mujer quedó abrumada por mi generosidad. Mientras usara aquel montón de chelines para un buen fin como aquel, no tenía por qué sentirme culpable de haberlo aceptado. O eso me parecía a mí.

La visita más curiosa, por lo imprevista, fue la de la familia Millhouse. Thaddeus, Lucinda y el pequeño Edward entraron un domingo por la mañana ataviados con sus mejores galas. Me los encontré justo cuando salía para llevar al buzón unas cartas de

lady Fielding. Les saludé y me pareció que todos, incluso el pequeño Edward, se comportaban de un modo muy solemne. Sin duda el magistrado les había mandado llamar, aunque yo no les había llevado ninguna carta, y por un asunto que debía de ser importante. Dado que mi recado me obligó a dar toda la vuelta hasta la cochera, me sorprendió ver de lejos a los Millhouse en Covent Garden cuando regresé, no tanto por verlos, como por su extraordinaria actitud. Incluso desde aquella distancia —pues los vi desde el otro lado de la espaciosa plaza, si bien estaba casi vacía—, sus rostros sonrientes y la alegría con que charlaban me indicó que su visita a sir John les había alegrado sobremanera. Quizá, pensé, sir John había perdonado la multa por ebriedad que había impuesto a Thaddeus. No sería nada raro en él.

Al día siguiente, o más bien a la noche siguiente, pues habíamos acabado de cenar, vino a visitarnos Gabriel Donnelly. No llevaba su maletín de médico ni había ningún enfermo en la casa, por lo que su visita no podía ser profesional. De hecho, la única razón que se me ocurrió para su visita fue que quisiera despedirse. Sin embargo, no dio muestras de semejante cosa cuando entró. No hubo tiempo para discursos ni lágrimas, porque sir John se levantó de la mesa y lo condujo directamente a la pequeña habitación que él llamaba su estudio. Los que nos quedamos abajo, en la cocina, oímos cómo se cerraba la puerta y luego el murmullo de la voz grave de sir John, incluso una vez el sonido de la risa del señor Donnelly.

No se quedó mucho rato, menos de media hora, diría yo, y regresó solo. Sir John se había quedado arriba. Yo alcé la vista de la marmita que estaba fregando y vi una amplia sonrisa en su cara. No creí que se hubiera despedido.

—No se irá usted a Portsmouth próximamente, ¿verdad, señor? —aventuré.

—No, Jeremy, no te librarás de mí tan fácilmente. ¡No, por cierto! —Volvió a echarse a reír y dibujó unos pasos de baile.

Annie, a la que también habían comunicado la inminente partida de Donnelly, clavó los ojos en mí con una pregunta en su mirada que yo no pude contestar. Incapaz de hacer otra cosa, me limité a encogerme de hombros y ella imitó mi gesto.

De modo que tenía dos misterios por resolver, y difícilmente podría hacerlo por mí mismo, dado que no se había dejado caer ninguna insinuación ni nadie había ofrecido su ayuda. No me quedaba nada por hacer salvo esperar a que el propio sir John decidiera explicarse. Lo hizo dos noches después, mientras estábamos cenando. Había pedido vino, cosa rara en un día corriente, cuando a la mesa de la cocina nos sentábamos solo los cuatro. Me pareció probable que quisiera hacer un brindis, y así fue en efecto.

Antes de que hubiéramos tocado siquiera la comida con los cubiertos, sir John se levantó y alzó su vaso en alto.

—Mi querida familia —dijo, incluyéndonos generosamente a Annie y a mí—, brindo a la salud del señor Gabriel Donnelly, pues aunque ausente de esta mesa hoy, podemos esperar que se halle presente en ella muchas veces en el futuro, en lo que esperamos que sea su larga y prolongada residencia en Londres.

Los tres nos levantamos y bebimos a la salud del médico junto con sir John, ahorrándonos las preguntas hasta que volviéramos a sentarnos. Entonces llegaron en abundancia: ¿Le había persuadido para que se quedara? ¿Lo había rechazado la Marina? ¿Había encontrado un mecenas? ¿Por qué no estaba entre nosotros? Sir John alzó una mano para acallar nuestras voces y se dispuso a explicarse.

—Por nada del mundo habría podido persuadirle de que se quedara aquí —dijo—, dado que era la simple necesidad económica lo que le impulsaba a reincorporarse a la Marina que, por cierto, le hubiera aceptado con sumo gusto, pues he averiguado que tuvo un muy brillante historial durante sus años de servicio. En cierto sentido, sí, ha encontrado un mecenas, como ahora os aclararé, puesto que el anuncio oficial se hará mañana en el Parlamento.

»Por fin, y ante mi insistencia, se ha designado un nuevo juez pesquisidor. Será Thomas Trezavant, un amigo del primer ministro y, entre nosotros, tan poco preparado para el cargo como su predecesor, aunque sea mucho más joven. Sin embargo, al menos él no pretende fingirse competente, y durante una entrevista que sostuve con él y con el lord magistrado supremo, conseguí convencer a ambos de que el juez pesquisidor necesita un asesor médico, un profesional en cuyas opiniones pueda depositarse la máxima confianza. Naturalmente, recomendé al señor Donnelly para el cargo. Debo admitir que hubo cierta oposición, porque es irlandés y, como bien supusieron, católico. Yo contraataqué con su excelente historial en la Marina Real, y puse de relieve que su religión no había supuesto impedimento alguno. En cuanto a su fiabilidad, les hablé del modo en que me ha ayudado en la investigación de los últimos y espantosos asesinatos que, gracias a Dios, ya hemos dejado atrás. Les confesé que, mucho antes de que yo estuviera dispuesto a reconocer esa posibilidad, el señor Donnelly había insistido en que se trataba de la obra de dos asesinos en lugar de uno, y que su convencimiento se basaba puramente en pruebas médicas. Pidieron conocerle. El encuentro se produjo ayer. El señor Donnelly, del que todos sabemos que es una excelente persona, se presentó a sí mismo de la manera más modesta, como todo un caballero, y ellos lo aceptaron. Dado que el señor Trezavant goza de la confianza del primer ministro, ha podido persuadirle de que establezca una remuneración anual para el asesor médico; no será mucho, claro, pero bastará para ayudar al señor Donnelly a hacerse con una clientela en esta ciudad. Sin duda el reconocimiento oficial le proporcionará pacientes en abundancia. —Sonrió de oreja a oreja y asintió—. Pero cenemos. El cordero se nos quedará frío.

De modo que cenamos nuestras buenas chuletas de cordero, mejores aún gracias al clarete que las acompañaba. Sin embargo, yo seguía teniendo una pregunta.

—Sir John, ¿por qué no ha venido el señor Donnelly a cenar con nosotros? ¿Por qué tenemos que brindar por él en su ausencia?

—Ah, Jeremy, haces bien en preguntarlo. Esta noche cena con su nuevo patrón, el señor Trezavant. Se trata, desde luego, de una obligación social y profesional. El señor Donnelly envía sus disculpas y promete venir a celebrar su buena fortuna en

breve.

Tras haber solucionado así uno de los misterios, resolví hallar la solución al otro. Así pues, cuando terminé de fregar, decidí abordar a sir John y preguntarle directamente. Al fin y al cabo, ¿no me había aconsejado Donnelly que buscara la oportunidad de hablar con él? Además, quizá si conseguía entablar conversación con él, tendría la ocasión de hablarle de asuntos a los que yo otorgaba mucha más importancia. Sabía que lo encontraría en el estudio, donde tan a menudo se sentaba a reflexionar entre tinieblas. Subí hasta allí y di unos golpecitos en la puerta.

—Soy Jeremy, señor —dije—. Tal vez podría usted responderme a una pregunta.

—Lo haré si puedo, muchacho. Entra y siéntate. Enciende una bujía si quieres.

Entré y me senté frente a él, pero dejé que siguiéramos en la oscuridad. Era su elemento.

Le expliqué que había visto a la familia Millhouse entrando con toda solemnidad el domingo anterior y que más tarde los había divisado cruzando Covent Garden con aspecto realmente feliz. ¿Qué había conseguido levantarles hasta tal punto el ánimo?

—Ah —dijo él—. Me avergüenzo de no habértelo contado antes, puesto que se trata de un asunto que te concierne. A decir verdad, Jeremy, soy algo obsesivo por naturaleza. Al parecer solo soy capaz de pensar en una cosa cada vez, y desde el domingo, la designación del señor Donnelly ha absorbido mi atención por completo. Pero como tú bien percibiste, el señor y la señora Millhouse también han experimentado un cambio de fortuna, y tú, Jeremy, eres el responsable.

—¿Yo, señor? ¿Cómo es eso?

—Fuiste tú quien encontró el botín de Polly Tarkin, el producto de sus hurtos y robos. Cuando por fin me liberé de la carga que pesaba sobre mí por causa de los asesinatos de Covent Garden, mi pensamiento se desvió hacia la pequeña familia del Half Moon Passage, cuyo padre es un bebedor, presa fácil de las tentaciones de la carne, condenados a vivir en una única habitación con un bebé llorón. Me pareció que merecían algo mejor. Averigüé que el empleo del señor Millhouse en casa del señor Hoole obligaba a aquel a levantarse temprano cada mañana y caminar hasta Clerkenwell, pues es allí donde realiza la traducción de Ariosto. En resumen, comprendí que tenía toda la razón del mundo para sacarlos de un entorno tan poco recomendable, de modo que les mandé llamar el domingo. Dado que se habían atrasado en uno de los pagos de la multa que impuse al señor Millhouse, debieron de creer que quería castigarlos, de ahí la expresión solemne. Cuando descubrieron que, por el contrario, había decidido entregarles la bolsa de dinero que tú descubriste bajo el suelo de la vivienda de Polly Tarkin, su alegría fue inmensa. Aunque obtenido por medios ilícitos, les dije, ellos podrían darle buen uso. Sin embargo, puse una condición sobre el modo en que podían gastarlo. Les dije que tenían que mudarse de Covent Garden a Clerkenwell, o cerca de allí, a una vivienda más amplia y

confortable, y que el señor Millhouse no debía tocar un solo chelín para celebrar su buena suerte. El juró que no lo haría delante de su mujer, y creo que ella le ha obligado a cumplir, porque ya han encontrado otro sitio y se mudarán el próximo sábado. ¿Qué me dices de eso, Jeremy?

—De no ser porque podría molestar a lady Fielding, soltaría un sonoro hurra.

—Estaba seguro de que te complacería.

—¿Cuánto había en la bolsa?

—Casi cuarenta guineas. Le pedí al señor Mardsen que lo contara: guineas, soberanos y chelines, y esa era aproximadamente la cantidad.

—Les cambiaré la vida.

—A mejor, sin duda.

Esperé. Como sir John no decía nada, me dispuse a levantarme para salir.

—Quédate —dijo él entonces—. Ahora que estás aquí, quizá podríamos hablar de otras cosas. —Vaciló antes de añadir—: A causa de mi estado obsesivo durante las últimas semanas, hemos tenido pocas ocasiones de hablar como antes hacíamos. En primer lugar, quiero que sepas que aprecio tu ayuda en la investigación de los homicidios. No, es algo más que aprecio. Aún me siento culpable por haberte puesto en peligro con aquella mascarada que sirvió para capturar al Rastrero, sin embargo, tú te comportaste de un modo admirable y te ganaste la recompensa recibida con creces. Aunque te dije después de tu aventura en las alcantarillas que habías sido «un tonto muy valiente», fuiste mucho más de lo segundo que de lo primero. Y también debo reconocer, Jeremy, que tú demostraste mi error con el señor Tolliver. Puede que te parezca increíble, pero últimamente me gusta que demuestren que estoy equivocado de vez en cuando.

»El señor Donnelly me contó cómo te gastaste el dinero de la recompensa, parte de él, y también eso lo encontré admirable. Confieso, empero, que me preocupó que hubieras tenido relaciones carnales con aquella pobre chica. Él me aseguró que no. ¿Es cierto?

—No las tuve, sir John.

—Bien. La sífilis se ha extendido por Londres. Ya has visto las posibles consecuencias en Amos Carr, pero en las calles puedes ver otros ejemplos: tullidos e idiotas babeantes. Es una enfermedad terrible. No obstante, me resulta demasiado fácil olvidar casi siempre cómo era yo a tu edad y un poco mayor que tú. En mi pecho ardían los mismos anhelos, la misma pasión por la aventura y el riesgo. De no haber estado tan impaciente por vivir el riesgo, quizá hoy podría disfrutar del don de la vista, cierto, pero quizá no habría tenido la misma vida y, en conjunto, creo que ha sido buena. El destino nos juega siempre estas extrañas pasadas. De todas formas, creo también que, en general, sería bueno que consideraras los peligros potenciales, Jeremy, antes de lanzarte a la aventura.

Supuse que entonces habría acabado, pero habíamos llegado tan lejos que me pareció posible avanzar aún un poco más.

—¿Sir John?

—Sí, muchacho, dime.

¿Cómo decírselo?

—Bueno, señor, solo quería renovar mi intención de estudiar leyes con usted, si ese es también su deseo.

—¿Si he olvidado tu intención o mi promesa? ¿Es esa la pregunta? No, aunque hace bastante tiempo que no hablamos de ello, no lo he olvidado. Sencillamente eres aún un poco joven para empezar. Pero es un largo proceso, te lo advierto, y también tedioso. Esperemos un poco más, quizá un año. Esperemos a que cumplas los dieciséis. Tienes mi palabra.

A medida que se acercaba la Navidad en aquel año de 1770, yo me mostraba más impaciente por comprar regalos para todos. Dado que solo había gastado dos chelines de la suma que me había dado Jimmy Bunkins, por fin tenía los medios para dar rienda suelta a mis buenos deseos hacia todas las personas queridas. A Bunkins le regalé un ejemplar del *Robinson Crusoe*, que sin duda podría leer en el año entrante; al señor Perkins le compré una cadena para el reloj; a Annie, un camafeo con una cinta de seda; a *lady* Fielding, un cepillo para los cabellos; y a *sir* John, una navaja de afeitar nueva (yo, que necesitaba una, heredé la vieja). Lo cierto es que también gasté dos guineas de la recompensa.

Aunque no es necesario que enumere aquí todos los regalos que recibí a mi vez en Navidad, debo mencionar el que me hicieron *sir* John y *lady* Fielding. Fue ella quien me entregó un paquete grande y pesado. Mientras lo desenvolvía delante de todos, no tenía la menor idea de qué contenía, ni hubiera podido adivinarlo, salvo por el hecho de que tenía la forma de una pila de libros. Y libros eran, cuatro, que comprendían la gran obra de *sir* Edward Coke, el gran jurista del siglo anterior, *Instituciones de la Ley de Inglaterra*.

Abrumado, les di las gracias a los dos.

—Lo que te hemos dado —dijo *sir* John— es mucho trabajo, Jeremy. Pues mis instrucciones son que leas esta obra de cabo a rabo, los cuatro volúmenes. Está bien escrita y no debería serte muy difícil. Pero luego será mejor que la leas una segunda vez y tomes nota de todas las preguntas que se te planteen. Si trabajas bien, dos lecturas deberían llevarte un año. Luego empezará el auténtico trabajo, porque entonces tendremos que leer la obra juntos, discutirla y responder a todas tus preguntas. Después de eso, podremos pasar a otras cosas. El estudio de las leyes, como ya te he advertido, es un proceso largo y aburrido, pero finalmente provechoso.



BRUCE ALEXANDER COOK, (7/4/1932, Chicago, EE. UU. - 8/11/2003, Hollywood, California, EE. UU.), fue un periodista y escritor estadounidense. Obtuvo una licenciatura en Literatura de la Loyola University (Chicago).

Sirvió como traductor en el Ejército de los EE. UU. en Frankfurt (Alemania), a finales de 1950 y también trabajó como relaciones públicas. Se incorporó a la redacción del *National Observer* en Washington, DC, en 1967. Trabajó como crítico literario y cinematográfico en varios periódicos, tales como el *Detroit Times* y *Los Ángeles Daily News*. También trabajó en el mundo editorial, siendo editor del semanal *Newsweek*. Mientras tanto, escribía como *free-lance*, vendiendo a publicaciones como el *National Catholic Reporter*.

Entusiasta lector de John Le Carré y Ross Macdonald, publicó varias novelas policíacas, pero alcanzó el éxito con las investigaciones del juez ciego John Fielding, ambientadas en Londres durante el siglo XVIII.

Murió en noviembre de 2003, después de publicar el décimo título de esta serie, cuyo primer volumen se publicó en España en 1998 como *El juez ciego* y más tarde como *Justicia ciega* (*Blind justice*, 1994).

Aunque más conocido por sus novelas policíacas, escribió también libros de no ficción que firmó como **Bruce Cook**: *La generación Beat* (*The Beat generation*, 1971); *Listen to the Blues* (1973); *Brecht in exile* (1983); y *The town that country built: Welcome to Branson, Missouri*, (1993). Sus últimos libros fueron publicados póstumamente, *Young Will: The Confessions of William Shakespeare* y *Rules of*

engagement, por lo que su viuda y el escritor John Shannon pusieron los toques finales.

[1] Oficial de justicia de la Corona en Inglaterra, encargado de investigar los casos de muerte violenta o por accidente. (*N. de la T.*) <<

[2] La frase original inglesa, mouldy grass, se pronuncia de una forma parecida a molte grazie, cosa que no ocurre con la traducción en español. (*N. de la T.*). <<

[3] El término inglés Raker, que se utiliza para designar al personaje que recoge cadáveres, significa literalmente «rastrillador», es decir, el que utiliza el rastro en las eras o el rastrillo en las calles y jardines. Hemos preferido utilizar la palabra «rastrero», en su acepción de persona que lleva el ganado al rastro para matarlo, por tratarse de un término que tiene una mayor connotación peyorativa, dado que también significa vil y despreciable. (*N. de la T.*). <<

[4] Cochera donde había caballos de refresco para la diligencia que llevaba el correo.
(*N. de la T.*). <<

[5] Téngase en cuenta que en este caso la palabra ciudad se refiere a distritos administrativos. La City de Londres se halla al este de la ciudad y es el centro histórico del conjunto de la ciudad, mientras que Westminster se halla junto al río Támesis, en el centro de la ciudad. (*N. de la T.*) <<

[6] Téngase en cuenta que en inglés el término legal es Act of God, es decir, literalmente, «acción divina», lo que justifica el que se hable de castigo por los pecados. (*N. de la T.*). <<

[7] La obra más famosa de Goldsmith (1728-1774) es El vicario de Wakefield. (*N. de la T.*). <<

[8] Se daba tal nombre a los matrimonios celebrados a finales del siglo XVII y principios del XVIII en la prisión de Fleet Street o en las cercanías de la misma, sin amonestaciones, ni testigos, o sin el consentimiento de los padres, y con clérigos de dudosa reputación como oficiantes. (*N. de la T.*). <<

[9] Black Jack Bilbo significa Jack Bilbo el Negro, apodo que se atribuye a su barba negra, pero es también un juego de palabras, puesto que el black jack es el juego de cartas de las veintiuna, famoso en casinos y casas de juego. (*N. de la T.*). <<

[10] En el argot londinense se utilizan frecuentemente las rimas. (*N. de la T.*) <<

[11] Ulceración contagiosa. (*N. de la T.*). <<

[12] Se celebra el 5 de noviembre para quemar simbólicamente a Guy Fawkes, católico que participó en 1605 en una conspiración para asesinar al rey Jacobo I. (*N. de la T.*). <<

[13] Nombre popular de un famoso manicomio de Londres, el hospital de St. Mary de Bethlehem. (*N. de la T.*) <<

[14] Se refiere a la guerra anglo-francesa por la que los ingleses se hicieron con Canadá, que hasta entonces había sido colonia francesa (1763). (*N. de la T.*). <<